

PATRICK

EMI C. KASTLE



LIBRO 4

Patrick

Emi C. Kastle

AVISO LEGAL
Ninguna parte de esta obra puede ser copiada, almacenada o transmitida, por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación, o cualquier sistema de reproducción y recuperación, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, con excepción de breves citas utilizadas en reseñas o comentarios críticos.
Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, situaciones y escenarios que aparecen en él son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas o eventos, es pura coincidencia.
Algunas herramientas de inteligencia artificial fueron utilizadas como soporte en el proceso creativo y editorial de esta obra, bajo supervisión de la autora, sin que ello sustituya su autoría ni responsabilidad sobre el contenido.
La autora reconoce todos los derechos sobre las marcas registradas, productos o referencias mencionadas en el texto. La inclusión de dichos elementos se realiza sin intención de infringir derechos ni de establecer asociación o patrocinio con sus propietarios legales.

AUTORA: Emi C. Kastle
DISEÑO DE LA PORTADA: Emi C. Kastle

Para quienes son capaces de enamorarse de un alma
antes que de un cuerpo,
Y descubren que el amor a veces llega donde nunca
pensaron mirar,
Y aun así tienen el valor de romper sus propios límites
para no soltar aquello que les hace sentir vivos.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO:

Este libro está dirigido exclusivamente a lectores adultos.
Patrick es una historia MM. Una historia entre dos hombres que aprenden que, a veces, el mayor riesgo no es la violencia ni la guerra… sino permitir que alguien llegue hasta ti.
Jack nunca ha tenido miedo de quién es. Vive el deseo y la vida bajo sus propias reglas, sin esconderse de nadie. Patrick, en cambio, ha crecido dentro de un mundo donde el deber, la lealtad y el peso de un apellido están por encima de cualquier emoción.
Aquí hay tensión. Hay deseo. Hay escenas sexuales explícitas entre dos hombres, narradas desde la intimidad, la conexión emocional y el respeto hacia la relación que construyen, sin esconder lo físico, pero dando siempre importancia al vínculo que nace entre ellos y al viaje que hacen juntos.
Porque esta historia no trata solo de atracción. Trata de derribar prejuicios. De cuestionar todo aquello que uno creía inamovible. De descubrir que algunas personas llegan para cambiarte la vida incluso cuando haces todo lo posible por mantenerlas fuera.

Este libro incluye:
– Lenguaje explícito.
– Escenas sexuales MM explícitas e intensas.
– Violencia gráfica, asesinatos y enfrentamientos armados.
– Universo de mafia, jerarquías criminales y luchas de poder.
– Personajes moralmente complejos.
– Dinámicas de protección, obsesión y lealtad emocional.
– Trauma, pérdidas y conflictos internos.

Esta no es una historia sencilla. Es una historia que habla de mirar más allá de los propios prejuicios, de descubrir que el amor no siempre llega como esperabas… y de entender que una conexión real puede ser mucho más pura, intensa y verdadera que cualquier idea preconcebida.
Si algo espero de esta historia, es que sintáis el corazón un poco más libre cuando lleguéis al final.

Sinopsis

Patrick O’Sullivan siempre ha sabido cuál es su lugar.
Leal a su familia, a su apellido y a las reglas no escritas que sostienen el mundo al que pertenece. Nunca se ha permitido mirar demasiado hacia sí mismo, porque en una vida como la suya, dudar es un lujo que puede costarte todo.
Jack Maddox es justo lo contrario.
Impulsivo, provocador y completamente ajeno a las normas de los O’Sullivan, vive la vida a su manera, sin esconder quién es, ni pedir permiso por ello. Su mundo está hecho de tinta, cicatrices y decisiones que siempre lo mantienen al borde de algo peligroso.
No deberían encajar. Y precisamente por eso, desde el principio, resulta imposible ignorarse.
Lo que empieza como tensión y enfrentamientos constantes termina convirtiéndose en algo mucho más profundo, una conexión que crece entre silencios, miradas y una necesidad cada vez más difícil de controlar. Porque cuanto más intentan mantenerse lejos, más evidente se vuelve que algo entre ellos ha cambiado.
Pero enamorarse nunca fue parte del plan de Patrick. Mucho menos de alguien que pone en duda todo aquello que creía inamovible.
Y mientras la violencia, las lealtades y las guerras del clan amenazan con arrastrarlo todo, tendrá que decidir si sigue siendo el hombre que siempre ha sido… o si está dispuesto a arriesgarlo todo por alguien que jamás vio venir.

Nota de la autora

Esta historia ha sido un reto muy distinto para mí.

No por la oscuridad, ni por la violencia, ni siquiera por la intensidad emocional, sino porque era la primera vez que me adentraba en una historia MM y quería hacerlo bien. Quería escribirla desde el respeto, desde la honestidad y desde la emoción real que hay entre ellos.

Nunca quise tratar la relación de Patrick y Jack como algo superficial, ni convertirla únicamente en provocación o tensión sexual. Tampoco quería esconderla detrás de metáforas incómodas o "tupidos velos" que hicieran parecer que amar entre dos hombres debía narrarse de forma diferente. Quería poder escribirlos exactamente igual que escribo cualquier otra historia de amor: con deseo, con pasión, con intimidad y con verdad.

Como mujer, ponerme en la piel de dos hombres, entender cómo sienten, cómo desean y cómo viven una conexión así sin caer en estereotipos, ha sido uno de los mayores retos de esta historia.

Y lo he hecho a mi manera.

Sin suavizar lo que sienten. Sin avergonzarme de lo físico, pero sin volverlo vulgar tampoco. Porque para mí, el sexo en una historia siempre habla de mucho más. Habla de vulnerabilidad, de confianza, de entrega y de la forma en que dos personas aprenden a encontrarse de verdad.

Y eso es exactamente lo que terminó siendo Patrick y Jack para mí.

Dos hombres muy distintos, marcados por vidas completamente opuestas, que poco a poco empiezan a romper sus propias barreras hasta descubrir algo que ninguno esperaba encontrar. Hay deseo entre ellos, muchísimo. Hay tensión, peleas, miedo y contradicciones. Pero, por encima de todo, hay una conexión emocional tan intensa y tan sincera que terminó robándome el corazón mientras la escribía.

Creo que, sin darme cuenta, esta ha acabado siendo una de las historias más tiernas que he escrito jamás, incluso en medio de toda la sangre, las armas y el caos que rodea a los O'Sullivan.

También ha sido una historia sobre prejuicios. Sobre cómo, a veces, creemos tener ciertas ideas claras hasta que conectamos con alguien

que nos obliga a mirar más allá. Y sobre entender que el amor, cuando es real, no depende de cómo debería verse desde fuera.
Solo espero haber sabido transmitir todo lo que Patrick y Jack sienten el uno por el otro. Toda la intensidad, toda la intimidad y todo el amor que existe entre ellos.
Porque al final, el amor no debería entender de normas, prejuicios ni géneros. Solo de personas. De libertad. De sentir sin miedo y de tener el valor de amar a quien haga latir tu alma.
Gracias por acompañarlos en este viaje.

Con todo mi amor,
Emi

1

Patrick

El despacho de Declan siempre huele igual. A madera vieja, whisky caro y pólvora seca. No porque haya armas a la vista —aunque las hay, siempre— sino porque todo en este espacio tiene memoria. Las paredes, el suelo, la mesa enorme de nogal, incluso las sillas donde nos sentamos cada semana para decidir quién vive, quién muere, quién se alinea y quién desaparece.

Hoy estamos todos.

Declan al frente, con ese gesto concentrado que no necesita levantar la voz para marcar territorio. A su izquierda, Liam, el más joven de todos, pero con la mirada afilada de quien ya ha visto lo suficiente como para no temblar nunca. Al lado de él, Seamus, la cabeza fría, el que pone palabras a los números y ejecuta con manos limpias. Y en el extremo, casi encajado en la penumbra, Aidan, brazos cruzados, mirada siempre alerta, esa mezcla entre sacerdote y asesino que lo hace parecer más peligroso cuando calla.

Siobhan y Ryan están unos días en Inglaterra para arreglar unos asuntos allí.

Estoy al lado de Declan, como siempre. No es que nadie me lo imponga, ni falta de coraje, es que siento, desde lo más profundo de mi ser, que es mi sitio, el que elijo cada día.

Un paso al lado, medio paso detrás, yo soy el que sostiene sin que se note, el que observa en silencio, el que guarda la espalda del que lidera.

En esta familia, eso vale tanto como la corona, y no cambiaría este lugar por ningún otro.

La reunión empezó hace rato. Hablamos de la mercancía que viene de Sacramento, de la presión de los Enforcers en el este, de las tensiones con los italianos en Oakland. Las cifras encajan, pero el

ambiente no. Hay algo que chirría, una promesa de tormenta que aún no se asoma, pero que sabemos que viene. Siempre viene.

Declan repasa la ruta del próximo envío, señala los puntos de carga, las matrículas de los camiones que deben cambiarse antes de cruzar el condado. Aidan interviene con una precisión quirúrgica, casi sin mirar las hojas que Seamus le pasa. Tiene todo memorizado, como siempre. Liam lanza una pregunta sobre los horarios de la aduana, sobre un nombre que apareció en la última lista y que no encaja, Seamus asiente, y lo anota sin decir nada.

Yo los escucho, pero hoy hay un zumbido en mi cabeza que no logro apagar.

Me pica el antebrazo izquierdo, justo donde la cicatriz atraviesa la piel como una soga mal cerrada. Me paso los dedos por encima, por debajo de la manga, como si pudiera aplanarla, hacerla desaparecer solo con mi insistencia. No funciona, de hecho, nunca ha funcionado.

La herida es vieja, pero no lo suficiente como para olvidarla. Fue hace unos meses, la noche en que matamos a Cárdenas. Él era el objetivo, sabíamos dónde, sabíamos cuándo, y no dejamos margen para errores.

Entramos con todo medido… y aun así, sangré. Uno de sus hombres, acorralado y desesperado, me alcanzó con una navaja justo antes de caer. El tajo fue torpe, sin técnica, pero profundo. Desde el codo hasta la muñeca, casi me abre la vena. No fue nada limpio, y un par de centímetros más me hubieran convertido en un nombre en una lápida.

No me dolió entonces, pero me dolió después.

Cuando el cuerpo se enfría y el silencio pesa más que los disparos, cuando todo lo que hiciste ya no se puede deshacer.

La cicatriz quedó como una advertencia, pero no para los demás, para mí mismo. Para recordar que incluso cuando haces lo correcto, dejas partes de ti por el camino.

Y ahora… pienso en taparla. No es una cuestión de vanidad, pero necesito superarla.

No quiero que lo primero que vea alguien al mirarme sean los restos de una noche que no cambió nada, salvo la forma en que respiro cuando me quito la camisa.

Un tatuaje, quizás. Algo sobrio, preciso. Que la cubra sin contar otra historia. No me gustan los tatuajes, nunca me han gustado. Solo tengo uno y es el único que cuenta.

Un trébol negro sobre el corazón cruzado por una daga. Letras en gaélico que significan lealtad, honor, familia.

Llevamos ese símbolo todos los O'Sullivan. Para nosotros es el mayor de los juramentos, el recordatorio de que pertenecemos antes de ser.

Declan sigue hablando, Seamus asiente y Aidan revisa algo en su móvil con expresión tensa. Liam pregunta si informamos al contacto de Redmond sobre el cambio de hora, y a mí me cuesta seguir el hilo. Estoy allí, pero no del todo.

—¿Patrick? —La voz de Declan me arranca del hilo.

Parpadeo y vuelvo a la mesa. Seamus me mira de reojo, y mamá aparece como siempre oportuna, con la cafetera en silencio. Nadie ha notado que me fui. Solo Declan, claro.

—¿Estás con nosotros? —repite, apoyando los antebrazos en la mesa con ese gesto que siempre significa habla ahora o calla para siempre.

—Perdona —respondo, tocando la cicatriz con el pulgar, apenas un segundo—. Miraba esta mierda.

Seamus alza una ceja, ladea la cabeza como quien lo ha entendido todo antes de tiempo.

—Si vas a taparlo, conozco al tipo perfecto —dice, sin dejar de mirar la tablet—. Hace maravillas con la aguja. No es barato, pero vale cada maldito dólar. No hay nadie mejor en esta parte de la costa.

—No soy muy de eso.

—No hace falta que te tatúes un dragón en el cuello —responde con media sonrisa—. Este tipo trabaja con la precisión de quien dibuja directamente sobre hueso. Es preciso y discreto.

Declan asiente, dando a entender que ya sabe de quién habla.

—¿Cómo se llama?

—Jack Maddox. Tiene un estudio a las afueras, Ink & Dust. No tiene página, ni tiene escaparate. Si no sabes cómo encontrarlo, es

como si no existiera, pero cuando pone la aguja, transforma lo que toca.

—No le gustan los cobardes —continúa Seamus, encogiéndose de hombros—. Si vas, ve con la decisión tomada. Si dudas, te manda a casa.

Jack Maddox. El nombre me suena a alguien que no pregunta, a alguien que no se disculpa. Un perfil que no encaja en nuestro mundo, pero que sobrevive igual. Lo anoto, mentalmente, como se marcan los objetivos: sin emoción, pero con la certeza de que llegará el momento.

—Quizá le haga una visita —digo sin mirarlos. Y entonces, simplemente, volvemos a la reunión.

Seguimos con normalidad, sin rastro de que algo se haya desviado. Con la sensación de que mis dedos no dejan de tocar una cicatriz que insiste en recordarme que, a veces, incluso el cuerpo necesita borrar para empezar de nuevo.

La sala se va vaciando sin prisas. Liam sale primero, con el móvil ya pegado a la oreja. Seamus recoge su carpeta, hace un gesto de asentimiento en mi dirección y desaparece sin decir palabra. Aidan se queda un segundo más, con la impresión de que quisiera añadir algo, pero al final solo se limita a mirar a Declan, después a mí, y se marcha en silencio.

Cuando la puerta se cierra y el eco se apaga, el despacho recupera esa densidad que solo tiene cuando estamos él y yo. Declan no dice nada al principio. Se queda mirando la chimenea apagada, buscando en las brasas muertas algo que los demás no ven. Yo no lo apuro, sé que si se queda quieto, no es por indecisión, sino porque está ordenando lo que va a decir.

—Estoy preocupado —dice por fin, sin levantar la mirada.

Y esas palabras, saliendo de su boca, pesan. Porque Declan no admite preocupación delante de nadie, solo conmigo, y solo cuando el muro se resquebraja lo justo para dejar pasar el miedo, sin perder la autoridad.

—Lo sé —respondo, y me quedo de pie, apoyado contra la mesa, observándolo como quien estudia el contorno de una grieta recién abierta.

—Desde que Natasha está embarazada… —suspira, y ahora sí me mira, pero no como el jefe—. No puedo evitar pensar que se ha convertido en un blanco demasiado claro. Ya lo era antes, pero ahora… joder, Patrick. Si yo quisiera hacerme daño a mí mismo, también iría por ella.

Asiento. No hace falta que lo diga, todos en la familia lo sabemos. Natasha no solo es su mujer. Es su debilidad. Su amor, su luz. Y ahora… es madre de su hijo que está por venir.

—No me gusta cómo se siente el aire últimamente —añade, casi como si hablara consigo mismo—. Hay demasiada calma, demasiadas cosas que no se mueven. El puerto parece limpio, los pagos llegan, los italianos han bajado la cabeza, y el sur… el sur está quieto.

—Demasiado quieto —digo yo, sin adornos.

Él asiente, seco, y aprieta las manos contra el borde del escritorio. El gesto es pequeño, pero me basta para notar la tensión que le brota por los dedos.

—Es la calma antes de la tempestad —murmura—. La reconozco. La he sentido antes.

—Y yo también.

Silencio. Ambos sabemos que este tipo de calma nunca trae nada bueno. No cuando el territorio lleva años manchado de sangre y las alianzas sobreviven por equilibrio, no por confianza.

—Voy a investigarlo a fondo —le digo, y ahora mi voz ya no es tranquila, sino firme, tan clara como un disparo en la oscuridad—. Voy a levantar cada piedra, voy a mirar cada rincón, cada nombre, cada esquina de esta ciudad. No dejaré que nada se nos escape.

Declan me mira y durante un instante, sus ojos no son los del jefe, ni los del primo. Son los de alguien que no puede permitirse temblar, pero que por dentro arde de miedo por lo único que de verdad no puede perder.

—Confío en ti.

—Siempre lo has hecho —respondo, y entonces nos quedamos ahí, sin palabras, con el peso de una guerra que aún no ha empezado… pero que ambos sabemos que ya está en marcha.

La puerta de la casa de Declan se cierra detrás de mí con ese sonido denso, familiar, que marca el fin de las conversaciones y el inicio del trabajo silencioso. Bajo los escalones del porche sin prisa, sintiendo la brisa cargada de sal y humo que siempre flota en Eureka cuando cae la noche.

Las calles están medio dormidas, con los comercios cerrando, los bares encendiendo luces cálidas y los motores apagándose poco a poco como si todo el barrio respirara con calma, pero con los dientes apretados.

Conduzco hasta mi apartamento a paso constante, sin desviar la mirada, con la mente todavía en la reunión y en las palabras de Declan, que no han dejado de pesar desde que las pronunció. "Estoy preocupado".

Él no dice esas cosas a la ligera, ni a cualquiera. Y aunque no lo admita abiertamente, sé que le cuesta respirar cuando piensa en Natasha, en el hijo que está en camino, en lo mucho que tiene que perder ahora que por fin ha conseguido algo que lo hace feliz.

Entro en el edificio sin necesidad de mirar a nadie. Las cámaras reconocen mi rostro antes de que levante la mano para abrir la puerta, y el sistema me da paso con un pitido sordo y preciso. El portero no está en su sitio, pero hay al menos seis hombres armados que vigilan desde distintos puntos, aunque ninguno esté a la vista. No hace falta verlos, esta no es una entrada cualquiera. Este no es un lugar donde se viva sin permiso.

El edificio está blindado. Cada planta, cada pasillo, cada acceso. Todo está monitoreado, controlado, gestionado desde una sala que ni los propios vecinos conocen. Y aunque a simple vista parece un complejo residencial más —cristal, acero, mármol pulido—, este lugar es un bastión. Un refugio que solo compartimos unos pocos, cuidadosamente elegidos, todos con vidas que necesitan discreción y líneas de defensa invisibles.

Tomo el ascensor sin detenerme. No hay botones, se accede con reconocimiento biométrico. La cabina me lleva directo a mi planta: la última. Nadie más puede llegar allí. Nadie más tiene acceso a ese espacio sin que yo lo autorice.

La puerta se abre y el silencio me recibe como siempre. Cierro detrás de mí, activo los seguros con un gesto automático, y camino sobre el parqué oscuro mientras la ciudad queda atrás, de modo que al cruzar el umbral todo baja una octava.

El apartamento está en calma. No es ni demasiado grande, ni demasiado ostentoso. Es espacioso, sobrio, bien distribuido. Me gusta así, todas las cosas en su sitio. Sin ruido visual, sin nada que desordene la cabeza cuando vengo cargado.

El mobiliario es elegante, funcional, sin adornos innecesarios. Hay libros, pero no están expuestos como trofeos. Una botella de whisky buena sobre la barra. Luz tenue, un sofá amplio. Todo cuidado, sin exageración. No hay fotos personales, no las necesito, lo que tengo que recordar ya lo llevo encima.

Me quito la chaqueta y la dejo sobre la silla del comedor. En la cocina, abro el frigorífico, saco una botella de agua y la bebo directamente. El cristal está frío contra los labios, pero no me detengo a pensarlo.

Camino hasta el despacho y enciendo el portátil, dejando que la pantalla me devuelva al único lugar donde realmente siento que tengo el control: la información. Los nombres, las rutas, los movimientos, las señales sutiles de algo que se mueve sin querer mostrarse.

La mafia nunca respira tranquila. Los italianos no bajan la cabeza sin intención y cuando el sur se queda quieto durante demasiado tiempo, lo que hay detrás no es paz, sino cálculo. Están midiendo, esperando. Ajustando algo que aún no han terminado de mostrar. Y yo necesito encontrarlo antes de que lo muestren.

Reviso rutas, nombres de conductores, matrículas, horarios, incluso los permisos de carga firmados por intermediarios. Me detengo en los detalles más pequeños, en las señales que no hacen ruido, pero que podrían significar que alguien ha empezado a moverse por debajo. No hay nada. Todo encaja, todo cuadra demasiado bien.

Y eso es lo peor.

La ciudad está callada, pero yo la conozco. He vivido entre sus grietas, he caminado sus madrugadas, he disparado en sus sótanos.

Y sé cuándo se está preparando para sangrar.

Y esta noche, aunque nadie lo diga, aunque no haya un solo disparo ni una sola palabra mal puesta, Eureka se siente como una bomba conteniéndose.

Empiezo a enviar mensajes a los hombres del sur. Les pido informes diarios, me aseguro de que nadie se cruce con los italianos sin que me llegue antes una alerta. Les marco zonas para patrullar, puntos de control aleatorios, nombres que quiero que revisen con detalle. Les ordeno que escuchen, que miren, que noten cualquier cambio en el aire.

Les digo que no dejen piedra sin levantar, porque yo tampoco lo haré. Porque Declan necesita que todo esté bajo control.

Natasha no puede ser una variable en una guerra que aún no ha empezado, y si alguien piensa mover una pieza contra nosotros, quiero saberlo antes de que ponga un dedo sobre el tablero.

Porque esta calma… no es real. Y no pienso esperar al primer trueno.

2

Jack

El sol me da de lleno en la cara cuando abro los ojos, y me dan ganas de romper algo solo por eso. No hay persiana, no me gustan. Si tengo que dormir hasta el mediodía, que me lo gane la noche anterior, si no, que el puto sol me despierte.

Estoy enredado entre dos cuerpos. Uno cálido y suave, el otro duro y con olor a cuero y sudor. Ni idea de sus nombres, y no me interesa saberlos. Lo de anoche fue bueno. Salvaje y fuerte, como tiene que ser. Gritos, arañazos, sudor, un par de risas roncas y la certeza de que ninguno de los tres buscaba nada que durara más allá de las sábanas arrugadas.

Me aparto de ellos sin delicadeza, rodando hacia el borde del colchón con un gruñido y los pies ya en el suelo. Me crujen las rodillas, el cuello, la espalda. Bien. Si no duele al levantarte, es que no viviste la noche como debías.

Camino desnudo hasta el baño. Meo con la puerta abierta y me miro al espejo. No me reconozco del todo, y eso me gusta. La barba crecida, el pelo revuelto, el tatuaje que me cruza el pecho y se hunde por la cadera como una serpiente negra. La cicatriz sobre la ceja sigue ahí, recordándome lo que pasa cuando no esquivas a tiempo.

Entro en la ducha y abro el grifo al máximo. El agua caliente, tan caliente que debería escaldar, pero yo ya hace tiempo que no noto eso. Me quedo ahí un rato largo, las manos contra la pared, la frente apoyada en los azulejos. Dejo que el agua me limpie los restos de la noche, pero no las ganas. Porque tengo la cabeza llena de ruido, de necesidad. Y no de sexo, no ahora. Necesito silencio, espacio, volver a mi ritmo.

Cuando salgo, envuelto en una toalla que apenas me tapa la cintura, los dos siguen en la cama, enredados, dando la impresión de que esto fuera algo más que una noche, como si yo fuera a ofrecerles café y caricias.

—Se acabó la fiesta —gruño, sin suavizar nada.

Ella se ríe y estira un brazo para buscarme. Él también sonríe, y no sé cuál de los dos me jode más.

—¿Y si repetimos antes de irnos?

—¿Y si os largáis y me dejáis desayunar tranquilo? —contesto, ya de espaldas, camino a la cocina.

Lo digo sin rabia. Es la pura verdad, no tengo espacio para gente que no sabe irse. Anoche fue jodidamente bueno, pero ahora ya está. Fin de la función.

Mientras escucho cómo se visten y murmuran algo entre risas, saco dos huevos, algo de bacon y enciendo la cafetera. El sonido del aceite chisporroteando es lo único que quiero oír ahora. Me sirvo un café negro, sin azúcar, sin mierdas. Solo eso.

Me siento en el taburete de la cocina, con el cigarro ya encendido entre los labios antes de que termine el primer sorbo. El humo se eleva en espirales lentas. Me arde la garganta, pero es un ardor conocido, uno de esos que me recuerda que sigo aquí.

—Gracias por la noche, cariño —dice ella desde la puerta, con una sonrisa demasiado blanda para lo que esto fue.

Él solo asiente, y ambos se van, por fin. Ni una despedida real, mejor así.

Apago el cigarro a medias, dejo el plato sobre la encimera y entonces lo escucho. Las patas de Havoc golpean el suelo con su ritmo pesado y tranquilo, ese paso de animal que no tiene prisa porque sabe que no necesita correr detrás de nada.

Entra en la cocina con la naturalidad de quien sabe que el sitio es suyo —y lo es—, se sienta frente a la puerta de cristal que da al patio trasero y me lanza esa mirada oscura que ya conozco.

No ladra, no gime, no empuja. Solo espera.

—¿Quieres salir, cabrón?

Gira apenas la cabeza, en un gesto que parece responderme con desprecio, y le abro.

Havoc cruza la puerta sin ruido, con ese cuerpo enorme, negro, tenso, que parece hecho para el combate pero vive en silencio. Huele el aire con la actitud de quien somete a juicio todo lo que se mueve ahí fuera. Después se sienta junto al muro, vigilante, como una sombra viva.

Yo me quedo en el marco de la puerta, café en mano, sin camiseta, con el humo del cigarro pegado a la piel y la sensación de que el día va a ser largo. No por trabajo ni por los clientes, sino por ese puto ruido que empieza a acumularse otra vez en el pecho. Esa sensación de que algo se acerca, algo distinto. Algo que va a cambiar el aire, y yo, jodidamente, lo presiento.

Me visto sin prisa, pero sin perder el ritmo. Camiseta negra, vaqueros gastados, botas reforzadas. El cuero de la chaqueta me abraza como una segunda piel, el mismo de siempre, con el cuello rozado y el interior lleno de humo viejo. Recojo las llaves, el mechero, la navaja, y salgo con Havoc siguiéndome los pasos hasta la furgoneta.

Ink & Dust está a solo diez minutos en coche, y aunque el tráfico es un caos, me importa una mierda. Pongo música sucia, distorsionada, y fumo mientras la ciudad se estira como un animal vago que aún no ha decidido si va a morder o no.

Cuando llego, el local ya huele a tinta, alcohol y piel quemada. Mi asistente ha abierto y ha dejado todo listo. No me saluda, pero no le pago para eso.

La primera en llegar es la viuda, siempre me toca uno de estos.

Treinta y tantos, curvas como gritos, escote que no deja nada a la imaginación y una forma de mirarme que sugiere que yo formo parte del paquete que se va a llevar tatuado en la piel.

Se sienta en la camilla con la naturalidad de quien ocupa su propio sofá.

—¿Y tú me vas a tatuar? —pregunta con voz melosa, pasándome la mano por el brazo—. Porque si es así, tal vez quiera que me hagas uno más abajo…

Se me planta casi encima, tetas por delante, olor dulce por todos lados, la sonrisa esa que cree que funciona con todo el mundo.

La paro en seco, sin tacto ni sonrisas.

—Escucha, muñeca, yo no follo con clientas. No me interesa saber si tienes hambre o si echas de menos que te muerdan el cuello. Si quieres que te tatúe el nombre del difunto, dime dónde y qué tipo de letra. Si no, la puerta está detrás de ti.

Se ofende, claro. Finge que se ríe, pero se baja la camiseta y me enseña el pecho donde quiere que lo ponga.

La tatúo. Lo hago rápido, sin hablar, sin mirar más de la cuenta. Porque para mí la piel no es carne. Es un lienzo y si se mueve, jode el diseño.

Cuando se va, viene el siguiente.

Un tipo insulso. Brazo fino, mirada nerviosa, voz de pájaro.

—Quiero una serpiente… o algo así… como… envuelta en una calavera… pero suave.

Me dan ganas de clavarle la aguja en el ojo.

Lo hago sentarse. Lo tatúo. No digo nada. Cobro y se larga. Y pienso que el día va a ser una puta mierda.

Hasta que entra alguien por la puerta sin cita. Eso es algo que me jode. Me jode de verdad.

Levanto la vista desde mi estación, con la aguja en reposo y las manos cubiertas de guantes.

—¿Tienes cita? —pregunto, sabiendo que no.

—Vengo de parte de Seamus.

Eso me hace parar. Seamus es un cabronazo, pero cumple. Si te manda a alguien, es por algo, y aunque no lo trague, confío en él más que en la mayoría de la escoria que pasa por aquí.

—¿Y cómo te llamas? —pregunto, secándome las manos.

—Patrick.

Lo miro de arriba abajo mientras cierra la puerta detrás. Viste un traje impecable, pero no de esos trajes que se compran en tiendas de centro comercial. No. Esto es costura con intención. Noto el cuerpo bien hecho debajo. Espalda firme, brazos tensos, postura de hombre que ha roto más huesos de los que ha contado.

Hay algo en él que me intriga. No sé si es la forma en que no sonríe o la manera en que me mira, con la sensación de que este lugar no le importara una mierda.

—¿Qué quieres? —le escupo.

Se abre la chaqueta, se remanga la camisa y me muestra el antebrazo.

Una cicatriz ancha, fea, cargada de historia. No es un cuchillo barato. Es una cicatriz de guerra, de esas que solo te llevas si has estado cerca de algo que podría matarte.

—Quiero cubrir esto —dice.

Lo miro, no la herida. A él.

Con ese aire de tipo que nunca pierde el control. Postura recta, mirada fría. Uno de esos que no se agacha ni cuando les apuntan a la cabeza.

—¿Y con qué?

—Todavía no lo sé —dice, sin apartar la vista.

Suelto un bufido. No tengo tiempo para esta mierda.

—Entonces vuelve cuando lo sepas. Yo no trabajo con gente que no tiene claro qué quiere llevar en la piel el resto de su vida.

No lo dice, pero sé que le toca los cojones. Se le nota en el gesto contenido, en la forma en que ajusta la manga de la camisa con más fuerza de la necesaria. El traje caro, los zapatos impolutos, esa manera de estar erguido como si el mundo le debiera respeto por respirar. Huele a orden, a jerarquía. A alguien que no está acostumbrado a que lo manden a la mierda.

Y justo por eso, me jode más que no se largue de inmediato.

—No me gusta perder el tiempo —añado, ya de espaldas, volviendo a la mesa—. Ni el mío, ni el de nadie.

Escucho la puerta abrirse, pero antes de cruzarla, suelta una última frase.

—Tampoco a mí.

Y se va, sin más.

Seco. Frío. Con la voz dura como piedra. Y sin embargo, se me queda grabado como una patada mal dada. Como un eco raro que no esperaba oír en mi propio estudio.

Joder.

Paso todo el puto día con ese capullo en la cabeza.

Patrick.

El del traje, el estirado. El que entró sin cita, sin sonrisa, sin pedir permiso. El que me miró como si este sitio fuera una mierda y luego

me dejó con la palabra en la boca.

Y no es por la cicatriz. Ni por la mierda del encargo que no sabe explicar. Es por él. Por esa puta forma de estar de pie. Por esa boca apretada, seca, hecha para mandar, pero que —joder, lo sé— si la tuviera de rodillas delante, sabría perfectamente cómo usarla.

Debería haberlo puesto de rodillas. Haber agarrado ese cuello y haberlo hecho tragarse el orgullo entero.

La rabia, la tensión, las ganas. Todo.

Esa boca me habría suplicado y yo no habría sido suave.

Estoy tan cabreado que no me centro. Me equivoco con las plantillas, el café me sabe a mierda. Me olvido del nombre del cliente siguiente y me da igual. Tengo los nudillos tensos, el cuello rígido, y el ruido en el pecho empieza a subir. Ya sé lo que eso significa.

Cierro antes de tiempo. Paso por la trastienda, apago luces y lo dejo todo listo para mañana. Llevo a Havoc a casa, porque esta vez no me apetece contener nada.

Me echo una última mirada en el espejo. Ojeras marcadas, mandíbula tensa y la rabia todavía viva bajo la piel. Le digo a Havoc que se quede, y él me obedece sin ruido, echado sobre el sofá como un centinela que no necesita órdenes para entender lo que no se dice.

Agarro la chaqueta de cuero, los guantes y el casco. Salgo al garaje y me subo a la Harley. Negra, cromada, sin concesiones. El motor ruge al primer giro, grave y sucio, como un animal al que han despertado antes de tiempo.

El aire me azota la cara, las luces de la ciudad se arrastran a los lados como manchas líquidas. Conduzco sin pensar, sin frenar, sin mirar más allá de lo justo.

No hay prisa, solo ruido y velocidad.

Llego al punto exacto. Una nave vieja en el puerto con paredes de hierro, ventanas rotas y una única bombilla colgando en la entrada como un faro podrido.

Adentro, humo, gritos, apuestas, carne dispuesta a manchar el suelo. Algunos vienen a mirar, otros a morir. Yo vengo a arrancarme algo.

Me bajo de la moto y camino hasta la puerta. No saludo. Entro directamente y me saco la camiseta. Cruzo la mirada con los que esperan. Nadie se atreve a hablarme.

Y entonces me quedo quieto. Siento cómo la rabia se acomoda bajo las costillas, cómo el hambre baja de la garganta a los nudillos.

No necesito que me provoquen. Un gesto, una excusa… un roce es suficiente, porque ese cabrón me dejó revuelto y alguien va a pagarlo con huesos rotos.

3

Patrick

Salgo del estudio con la mandíbula tan apretada que me duele la raíz de los dientes. La puerta se cierra a mi espalda con un golpe seco y el aire frío de la calle me corta la cara como si el día también tuviera ganas de joderme.

No entiendo qué mierda acaba de pasar.

He conocido a muchos capullos. A arrogantes, a imbéciles, a tipos con demasiado ego o con demasiadas ganas de demostrar que tienen algo entre las piernas. He trabajado con asesinos, negociado con narcos, metido la mano en el barro de esta ciudad hasta el codo… pero ese cabrón se lleva la palma.

Jack Maddox.

Tatuador de mierda. Expresidiario, sin duda. Chulo de barrio con aires de dios.

Su tono, su manera de mirarme. La forma en que se rió, con la superioridad de quien mira a un niño perdido buscando sentido.

No sé por qué me jode tanto y sé que algo así no debería joderme, pero lo hace, porque a mí no me manda a la mierda cualquiera y sobre todo porque no suelo quedarme sin palabras.

Y esa puta frase final, tan seca, tan directa, tan… tan llena de ego, me sigue retumbando, clavada como un tatuaje hecho con aguja caliente en la nuca.

Cruzo la calle sin pensar, ni siquiera recuerdo dónde dejé el coche. Camino sin rumbo exacto, solo para enfriar la sangre, para soltar la rabia, para no volver y estamparle la cabeza contra la puta mesa de trabajo.

Necesito romper algo. O follar. O conducir hasta el sur y empezar a levantar piedras como un salvaje.

Pero esto no es por la cicatriz, ni por el estudio. Es por ese cabrón y eso me jode más.

Me paso una mano por la cara, respiro hondo e intento sacarlo de la cabeza pero no puedo. Su voz me sigue, su cara también. Ese tono de mierda, ese control absoluto, como si nada lo tocara y con la sensación de que nada le importara.

Maldito hijo de puta.

Vuelvo al coche. Cuando arranco, me pasa un coche rozándome y ni siquiera insulto. Solo aprieto más fuerte el volante.

Y mientras conduzco solo tengo una idea fija: Volveré.

No porque me interese, sino porque ese cabrón no se va a quedar con la última palabra.

Conduzco sin destino claro, con los nudillos blancos alrededor del volante y la cabeza hecha un puto avispero.

Me sé todos los rincones de Eureka donde alguien como yo puede apagar lo que lleva dentro. Alcohol, cuerpos, labios dispuestos, piernas abiertas. Siempre hay algo, siempre hay alguien.

Termino en uno de los clubes privados donde suelo ir cuando necesito ruido y carne sin preguntas. Todo huele a colonia cara, a sudor disimulado, a deseo manufacturado.

La música del club me vibra en el pecho cuando entro, pesada, grave, diseñada para empujar el cuerpo a moverse aunque el alma esté muerta. A mí no me mueve nada, solo me mantiene en marcha.

La sangre me sigue golpeando dentro como un tambor maldito. Me bajó de la cabeza, sí, pero no del todo. Está justo ahí, detrás de los ojos, me arde la mandíbula y no por deseo. Por rabia, por tensión, por algo que no debería seguir ahí, pero sigue.

Me acomodo en uno de los sillones del fondo. El reservado, mi espacio. Nadie se sienta aquí sin invitación. El camarero lo sabe y me trae un whisky sin preguntar, sabe que lo tomo sin hielo. Lo dejo bajar por mi garganta, intentando apagar algo con él.

A los pocos minutos, llega ella. Rubia, piernas infinitas, tacones de aguja. Caderas pensadas para vender promesas y pechos grandes, redondos, apenas contenidos por un corpiño negro que brilla bajo la luz roja.

No necesito que hable y ella tampoco.

Se sienta sobre mí, apropiándose del lugar. Me rodea el cuello con los brazos, sus labios se acercan al lóbulo de mi oreja y su voz es un susurro húmedo.

—¿Día largo?

Respondo con un asentimiento, sin palabras. Mis manos le rodean la cintura, fuertes. Siento su piel cálida, el olor a perfume caro, a látex, a maquillaje. No hay naturalidad, todo está construido a conciencia, pero eso nunca me ha importado.

Me lame el cuello, desliza la lengua por mi piel, hasta la mandíbula y me muerde, suave. Busca mi reacción.

Su mano baja y me desabrocha el pantalón con destreza. Entra cálida y lentamente. Finge sensualidad. Sabe lo que hace, me toca, me aprieta, me masajea con movimientos precisos.

Nada. Mi cuerpo está ahí, pero no responde.

Ella se intensifica. Se mueve sobre mí, se agarra con fuerza a mi cuello. Gime, exagera, me lame los labios, los muerde, los quiere abrir.

Yo estoy frío, tenso. Veo todo y siento todo, pero como desde fuera, como si estuviera viendo a otro en mi lugar.

Su boca baja, pero yo la detengo antes de que llegue a su destino. No me interesa, no me excita. De hecho, me asquea. Todo esto huele a plástico, a rutina, a mecánica. Y hoy no necesito nada de esto.

La aparto con firmeza.

—No va a pasar —le digo, sin adornos.

—¿No te gusto? —pregunta, fingiendo una sonrisa.

—Me da igual si me gustas. Es todo demasiado… sintético.

Me levanto, me arreglo el pantalón, dejo un par de billetes en la mesa y me largo sin mirar atrás.

El aire de la calle me golpea en la cara, y aunque me recuerda que estoy vivo, no me calma.

Conduzco a casa en silencio. El ruido de la ciudad es distante, pero mi cabeza, no. Él sigue ahí. Jack Maddox. El puto tatuador de los cojones. Su voz, su tono, su desprecio.

Y eso es lo que no puedo sacarme.

Cuando llego a casa, todo está en su sitio, como siempre, pero no encuentro consuelo en ello. Dejo las llaves en el cuenco, me saco la chaqueta, la pistola, los zapatos, y voy apagando luces hasta que solo queda encendida la del dormitorio. Todo está limpio, ordenado, bajo control. Todo, menos yo.

No entiendo este calor que se me ha quedado en el pecho desde que salí de ese maldito estudio. No es deseo, no puede serlo. Es frustración, rabia, un nudo amargo en la garganta que no termina de aflojarse.

Me desnudo sin prisa, cada prenda cayendo al suelo, con la intención de que junto a ellas se desprenda también la tensión que me atraviesa el cuerpo.

Me tumbo en la cama, con las luces apagadas y el techo negro sobre mí, y dejo que la mano baje como lo ha hecho tantas veces antes, en noches donde necesitaba dormir, olvidar, soltar algo que el día había cargado demasiado. Busco silencio, paz, una forma de apagar esta incomodidad que no se me va.

Cierro los ojos y trato de pensar en cualquiera de las mujeres con las que me he acostado en los últimos meses, en las que se me han ofrecido sin condiciones, sin promesas, sin vínculos. Mujeres que sé cómo tocar, cómo manejar, cómo olvidar. Pero no vienen, hoy no aparecen. Ninguna imagen permanece.

Y eso me jode. Porque lo único que aparece es él.

Jack Maddox.

El tatuador de los cojones.

Ese cabrón que me habló dando a entender que no importaba quién era yo. Que me miró sin miedo, sin respeto, sin una puta pizca de reconocimiento. Ese tipo sucio, tatuado, peligroso. Ese hijo de puta que me largó del local tratándome como si no fuera nada.

No quiero pensar en él y sé que no debería estar haciéndolo.

Nunca me han gustado los hombres. Nunca en mi vida me ha pasado esto. Nunca he sentido este calor por algo masculino. No soy así, no es mi cuerpo, no es mi historia.

Y sin embargo, cuando me toco, su voz aparece. Esa forma seca de hablar, ese tono rasposo. Esa mirada de acero que no se apartó

ni un segundo. Y me jode, porque cuanto más intento borrarlo, más se clava y más arde.

Empiezo a mover la mano con más fuerza, buscando cortar el pensamiento antes de que se vuelva algo que no pueda controlar, pero ya es tarde.

Lo veo apoyado contra su mesa, con los brazos cruzados, esos tatuajes cubriéndole la piel como un uniforme de guerra, el pecho ancho, la boca dura. Y entonces, algo en mi cuerpo responde.

Pero no es deseo, no como lo conozco. Es otra cosa.

Un impulso físico que no reconozco, que no quiero entender, pero que se impone, se cuela por cada resquicio y no me deja respirar.

Me aprieto la polla más fuerte, más rápido. El pulso se dispara, me arde la piel, me tenso completo, como si todo el cuerpo se negara a admitir lo que está ocurriendo. Y aun así, no me detengo. No puedo. No sé si me estoy castigando o entregando, pero no hay vuelta atrás.

Me corro, con el pecho agitado y la mente hecha un desastre, sin un solo segundo de placer, sin alivio, sin esa paz que vine a buscar. Solo hay un temblor sordo, una ola sucia de vergüenza que no sé cómo explicar.

Me quedo ahí, con el brazo sobre los ojos, respirando como si hubiera corrido una puta maratón, con la piel aún caliente y los pensamientos enredados como un cable que no sé desenredar.

No debería haber pasado y no puede volver a pasar. Esto no significa nada, no soy ese tipo de hombre.

Pero lo peor es que, incluso ahora, en esta oscuridad que debería calmarme, no dejo de verlo.

Y eso… aún me desarma más.

4

Jack

La reja se cierra a mi espalda con ese chirrido oxidado que corta la música de fondo y lo llena todo con tensión cruda. El suelo de cemento está húmedo, marcado por sangre vieja y sudor reseco, y huele a metal, a piel quemada, a miedo.

Frente a mí, un cabrón enorme. Brazos como columnas, torso sin camiseta, tatuajes en la espalda, cuello grueso y mirada que intenta intimidar, pero a mí no me impresiona. Está nervioso y lo noto en los pies. Pivota demasiado, no sabe si plantarse o moverse. Mejor así, me gusta que tengan dudas.

Me crujo el cuello a un lado, luego al otro y me paso la lengua por los dientes. Estoy relajado por fuera, pero por dentro tengo una jauría corriendo. Me vibra el estómago, me arde el pecho y me queman los nudillos incluso antes de cerrar el puño.

El árbitro ni siquiera habla. Baja el brazo y suena la campana.

El gigante viene directo, con los hombros adelantados y los puños altos. Se cree rápido para su tamaño, pero no lo es.

Me lanza una derecha cerrada a la mandíbula y yo me aparto por medio paso, ni siquiera esquivo con todo el cuerpo. Me roza, pero no me toca. Le respondo con un gancho bajo al costado, y el sonido que hace su respiración al cortarse me da la primera descarga de placer de la noche.

No paro, tiro otro directo al estómago, un codo rápido en el pómulo, y cuando intento engancharle la pierna, me lanza un codazo al mentón que me hace tambalear. Bien. eso me despierta más. Me hace sonreír, me saca sangre de la boca y me recuerda por qué estoy aquí.

Lo encierro contra la reja con el antebrazo en su cuello. Le pego una serie al hígado, a las costillas, al costado de la mandíbula. Lo escucho gruñir. Me escupe en el pecho y le clavo la rodilla entre las piernas. Que se joda.

Me agarra del costado e intenta girarme, pegarme contra el metal. Lo dejo creer que puede, lo dejo moverme y cuando me da la espalda, le meto el puño bajo el omóplato, justo en el centro nervioso. Cae de rodillas, jadeando. Me agacho con él y le estampo la frente contra el suelo. Dos veces. Tres.

El griterío afuera sube, pero lo ignoro. Tengo los nudillos ardiendo, el cuello bañado en sudor, el pulso a mil, pero no es por el combate, es porque sigo buscando dentro de mí algo que no sé cómo arrancar.

El tipo intenta levantarse, tambaleante, parece que aún le queda orgullo. Me lanza una patada mal dirigida. La bloqueo, le sujeto la pierna, lo giro y lo dejo de espaldas. Me subo sobre él. Un, dos, tres, cuatro puñetazos directos a la cara. El sonido es húmedo y se me mancha la frente con su sangre.

La campana suena de nuevo, pero yo ya no estoy aquí, él árbitro me agarra del hombro, solo entonces me detengo detengo.

El cabrón está fuera, y yo, por fin, respiro.

Me levanto y camino fuera de la jaula como si nada. Las piernas firmes, la mirada seca y el pecho marcado por golpes que ya están empezando a enrojecer. Me paso la mano por la cara, siento el gusto metálico de la sangre en la lengua y escupo al suelo.

Pero no me siento mejor. Solo más… suelto, más liviano. Por ahora.

Me cruzo con una de las chicas que siempre ronda después de las peleas. No hace falta que diga nada, me mira con esa mezcla de hambre y sumisión que ya conozco de memoria.

Me agarra del cinturón, me arrastra al cuarto del fondo con los tacones sonando contra el cemento. Cierra la puerta, se arrodilla, me baja los pantalones con manos seguras, me saca la polla y se la mete en la boca con fuerza, decidida, tragándome hasta la base como si se le fuera la vida en ello.

Apoyo la cabeza contra la pared, dejo que la espalda se relaje, que el cuerpo responda. Ella trabaja bien, húmeda, profunda, sin miedo. Sabe lo que hace. Me chupa con la mandíbula tensa, con la lengua firme, con la garganta abierta como si me conociera de siempre. Pero yo no estoy con ella, no del todo.

Cierro los ojos… y ahí está. Otra boca. Otra imagen.

Traje gris, camisa blanca abierta, cuello tenso. La cicatriz marcada en el brazo… y esa puta mirada.

Patrick. El jodido estirado.

Su boca, imaginada, fantaseada, apretada contra mí. Su mandíbula dura y su orgullo tragándose el control.

Mi polla se endurece aún más, como si fuera su voz la que me la acariciara desde dentro. Y eso me jode, me cabrea, pero no me detengo.

La chica sigue chupando con fuerza, gimiendo bajito, con saliva bajándole por la comisura de los labios. Acelera el ritmo y me aprieta con la lengua, con los labios, me agarra de la base y empieza a subir y bajar con desesperación, como si supiera que estoy cerca.

Yo no digo nada, solo respiro más fuerte, con el pulso reventándome en los oídos. Mis caderas se mueven solas, le marco el ritmo, le empujo la cabeza. Ella jadea, se deja hacer.

Y entonces me corro. Fuerte. Profundo. Dentro.

Y no lo hago por ella, lo hago por él.

Mi cuerpo explota contra su maldita imagen, contra esa boca que no debería estar ahí, contra esa puta tensión que se me ha quedado metida entre los huesos.

Ella lo traga todo, sin protestar. Me mira desde abajo, con la boca aún roja, satisfecha, esperando algo. Una palabra. Una caricia. Algo.

No se lo doy.

—Fuera —gruño, subiéndome el pantalón.

Se marcha sin rechistar y yo me quedo solo, con las venas aún calientes, con la polla aún palpitando, con la cabeza hecha un puto desastre.

Recojo mi camiseta, salgo del cuarto y cruzo la nave sin hablar con nadie. Me monto en la Harley, arranco con un rugido que apaga cualquier pensamiento, pero no lo suficiente.

Conduzco con los dientes apretados, el asfalto pasando como un borrón bajo las ruedas, y Patrick aún ahí. Pegado como una infección bajo la piel.

Y lo peor es que me corrí pensando en él. En su puta boca, como si fuera real, como si de verdad estuviera ahí, de rodillas, tragándoselo todo. Y eso me revienta.

No quiero volver a casa. No con ese fuego aún latiéndome entre las costillas, con su imagen repitiéndose como un eco sucio que no sé arrancar.

Necesito ruido, alcohol, humo, palabras vacías. Algo que me ensucie lo bastante como para dejar de pensar. Así que en vez de girar hacia mi calle, acelero hacia el centro, sin plan, sin prisa, solo con la rabia aún mordiéndome los bordes del cuerpo.

Cuando llego, el bar huele a grasa, a sudor envejecido y a alcohol barato derramado en la madera hace años. Es mi sitio, uno de esos pocos donde la gente sabe guardar silencio y nadie hace preguntas que no sepa responder con un puño.

Me siento en la esquina, como siempre, y al poco llegan un par de los de siempre, cabrones con los nudillos rotos y el corazón seco, con los que se puede compartir una botella sin necesidad de abrir el pecho. Me sirven bourbon sin hielo, como debe ser. Me arde en la garganta y eso, me ayuda.

La conversación es poco más que ruido de fondo. Risas ahogadas, anécdotas que probablemente son mentira, golpes en la barra y humo de tabaco que flota como un velo sucio sobre todo. Me relajo y consigo no pensar, no sentir. Por un rato, solo bebo, y funciona. Casi.

Hasta que la puerta se abre.

Los noto antes de verlos, como un cambio de presión en el aire. Tres hombres, botas de suela gruesa, vaqueros oscuros, chaquetas pesadas con los cuellos levantados. Entran con ese andar lento y cargado de quien sabe que puede romper algo si quiere. No miran alrededor, ni sonríen. Se mueven con ese tipo de seguridad que no se aprende en la calle sino en la carretera.

Y entonces lo veo.

El parche en la espalda del primero. Fondo negro, una calavera de buitre con las alas extendidas, los ojos vacíos como agujeros.

Black Vultures MC — Tacoma.

Y debajo, en letras gastadas: Death flies with us.

El vaso se me queda congelado en la mano, a medio camino de la boca. El mundo no se detiene, pero dentro de mí algo sí, porque ese parche no es cualquier mierda de novato queriendo jugar a motero. Ese es real. Ese está ganado. Ese lo llevé yo, lo sudé, lo manché. Lo defendí a golpes y a cuchillo.

Tacoma queda lejos, pero no lo suficiente como para que su presencia aquí sea una anécdota, y los Vultures no se mueven sin una razón. Cuando aparecen en una ciudad, no es por casualidad y no es por negocios legales. Es porque alguien debe favores, o porque hay sangre que cobrar.

Y yo sé lo que eso significa.

Me viene la imagen como una descarga eléctrica. Una noche en el bosque, cerca del viejo silo al este de Lakewood. Lluvia densa, los motores apagados, el olor a gasolina en el aire.

Uno de los nuestros —Eddy, joven, aún sin haber aprendido a cerrar la boca— de rodillas, con los dientes partidos, sangrando sobre el barro. Alguien había hablado más de la cuenta. Lo que vino después no se olvida, ni aunque te pases tres años entre barrotes intentando dejarlo atrás.

Trago el bourbon de golpe. Me arde pero no calma nada.

Apuro el vaso, lo dejo sobre la barra sin un sonido, y me levanto sin llamar la atención. No miro atrás, no cruzo los ojos con ninguno de ellos. No quiero saber si alguno me ha reconocido, no quiero poner nombres a caras que creí haber enterrado.

Cruzo la puerta y el aire frío me golpea la cara. Enciendo un cigarro aunque no me apetezca. Me tiembla el pulso y no es por la pelea, es por algo más profundo, algo que creí cerrado.

Llego a la Harley y me detengo un segundo, con el cigarro colgando entre los labios, apoyo los antebrazos en el manillar y respiro hondo.

El cuerpo aún está tenso y la cabeza hecha mierda.

Porque ahora no solo tengo a un trajeado metido bajo la piel, ni a una boca que no debería excitarme… ahora también tengo a mi pasado cruzando la puerta de uno de mis bares.

Y eso solo puede significar que se acerca algo feo.

5

Patrick

Me despierto antes que el despertador. La habitación está en penumbra, la ciudad apenas comienza a moverse allá fuera, pero yo ya estoy con la cabeza llena. Otra noche sin respuestas, otra revisión de archivos, contactos, rutas, y nada. Todo continúa limpio, demasiado limpio.

Y no me gusta.

Me visto sin hacer ruido. Camisa negra, pantalón oscuro, reloj. Todo en su sitio, como debe ser. Tomo un café rápido, dejo el informe medio escrito sobre la mesa del comedor y salgo. El aire de Eureka es espeso esta mañana, con la sensación de que se prepara para algo que aún no sabe cómo llegar.

Llego a casa de Declan en quince minutos. La casa está tranquila, como siempre, pero mis ojos se pasean por cada sombra, cada figura que no reconozco. Me cruzo con uno de los nuevos de seguridad, le hago un gesto y entro.

Cuando la puerta se abre, la escena me golpea con una calma inesperada.

Declan aparece en el pasillo con Natasha a su lado. Ella está preciosa, con ese brillo suave en los ojos que solo tienen las mujeres cuando todo cambia por dentro. Se ha puesto un abrigo claro y se recoge el cabello con una pinza. No necesita nada más. La luz entra por los ventanales del recibidor y la envuelve, haciendo que el mundo parezca moverse más lento a su alrededor.

Declan la mira como si fuera sagrada. No la suelta, no deja de escanear cada movimiento, cada paso, esperando que algo invisible pudiera rozarla. Ella se ríe bajito y le dice que está bien, que no necesita que le abroche el cinturón del abrigo, pero él insiste igual.

Hoy tienen la primera ecografía, el primer vistazo real, el primer latido.

No me lo dice, pero lo veo, está nervioso. Él, que lo controla todo, que se mueve con frialdad quirúrgica, que no pierde el pulso ni cuando tiene sangre en las manos… hoy tiene los hombros tensos y la mirada cargada.

—¿Quieres que os acompañe? —pregunto desde la mesa, por cortesía más que otra cosa.

Él niega con la cabeza.

—Quiero que vigiles todo desde aquí, que revises las rutas y que sigas atento. No me fío del silencio.

Asiento, porque yo tampoco me fío.

Los veo salir, rodeados por nuestros hombres, con los coches listos y las órdenes claras. La puerta se cierra y la casa queda en calma. Me sirvo otro café y vuelvo al despacho.

Reviso informes, rutas de transporte, comunicaciones. Ninguna alerta, ni ningún movimiento sospechoso en el sur. Los italianos, callados. Las bandas latinas, tranquilas. Todo sigue demasiado tranquilo.

Algo no encaja.

Abro una carpeta, la cierro. Paso de un correo a otro, nada me salta a la cara. Y, sin embargo, la presión no se disuelve. La siento detrás de la nuca, como una sombra que se mueve sin sonido.

Y entonces, sin querer, vuelve a él.

Jack Maddox.

El tatuador. El cabrón de las manos grandes y la voz áspera. El que me largó de su estudio como si no valiera una mierda, el que no preguntó quién era y me miró sin miedo, sin filtro, sin respeto.

No debería seguir pensando en él, no debería estar todavía en mi cabeza. Pero ahí está, constantemente. Y lo peor es que no hizo nada especial, solo me sacó de quicio y me puso frente a algo que no supe nombrar.

Cierro el portátil y me paso una mano por la cara.

Acaricio inconscientemente el brazo izquierdo, justo donde aquel hijo de puta me abrió durante el asalto a Cárdenas. La herida ya cerró, pero la marca quedó y no puedo verla sin recordar esa noche.

Pienso, otra vez, en cubrirla, pero no sé con qué. Pienso en líneas limpias, algo sobrio. Negro. Quizá un diseño tribal que envuelva la cicatriz y la incorpore, integrándola como parte del diseño. Algo celta, en honor al clan. Nudos entrelazados, símbolo de protección, pero sin misticismo.

O tal vez algo más duro. Una daga vertical, fina. Marcada sobre la cicatriz, reforzándola, no para ocultarla, sino para convertirla en un aviso de lo efímero que es todo.

Y sin darme cuenta me descubro imaginando cómo sería sentir esa aguja… en sus manos.

Puto infierno.

Estoy a punto de buscar diseños, de verdad, como un jodido adolescente con una carpeta llena de ideas, cuando algo me detiene.

Una notificación leve, archivada sin urgencia en uno de los canales de seguridad. Anoche, entrada de tres moteros por la zona norte. No levantaron revuelo ni hicieron ruido, pero alguien anotó sus matrículas. Por protocolo, por costumbre, y casi me pasa por alto.

Abro el informe y cruzo los datos. Uno de los nuestros los vio en un bar cerca del puerto. No hubo confrontación, pero llevaban chalecos. Uno de ellos con un parche que me hace fruncir el ceño al instante.

Black Vultures MC.

Lo compruebo, y no son de aquí, son de Tacoma. Y Tacoma no está tan cerca como para darse un paseo.

Empiezo a investigar. Pido imágenes, recojo datos, me cruzo con archivos viejos. Me toma media hora armar el perfil, pero cuando lo tengo delante, la incomodidad se vuelve evidencia.

No son cualquier grupo de carretera. Estan bien estructurados, son antiguos, y no entran en territorio ajeno sin razón.

El problema no es que estén de paso, es que están aquí, en Eureka. En territorio O’Sullivan y no han pedido permiso.

Mando dos mensajes, uno a Aidan y otro a Seamus. Quiero ojos sobre ellos y quiero saber dónde duermen, qué beben, a quién follan y a quién pagan.

Quiero el nombre de cada uno, y quiero saber qué los trajo. No voy a parar hasta que se larguen con sus putas motos y sus chalecos de mierda.

Porque si creen que pueden meter la cabeza en esta ciudad sin que yo lo note, no me conocen. Y porque ahora sí lo tengo claro: la calma se ha terminado.

El sonido de la puerta me saca del informe. Cierro la carpeta, levanto la vista, y los veo entrar. Declan y Natasha, uno al lado del otro, como siempre, pero hay algo distinto. Algo en su cara, en la de él, más concretamente.

Ella sonríe, cargando un secreto que no puede esperar a contar. Pero Declan… no. Él tiene ese gesto raro, tenso. Con la expresión de quien lleva algo en el estómago que aún no ha digerido. Se mueve con precisión, como siempre, pero a mí no me engaña, lo conozco demasiado. Desde niños, desde antes de que la vida se volviera tan jodidamente seria.

—¿Todo bien? —pregunto, bajando el tono.

Natasha me lanza una sonrisa radiante, dulce, casi tímida. Declan tarda medio segundo más en responder.

—Sí —dice, finalmente—. Todo bien. Muy bien.

—¿Seguro? —insisto.

—Sí. Te lo contaremos todo esta noche, en la cena. Reúne a todos.

Me quedo en silencio un segundo. Él me sostiene la mirada, y ahí está. Noto que no hay peligro, no hay problema, pero hay algo y no lo va a decir ahora.

Asiento. Me aparto para que suban, y en cuanto se alejan, empiezo a mover hilos.

Busco a mamá. Ella se encarga de todo como siempre, con esa mezcla de eficiencia y cariño que sostiene esta casa incluso cuando las paredes tiemblan. Esta noche volvemos a estar todos. Siobhan, Ryan y Maeve regresaron esta mañana desde Inglaterra, con las maletas todavía abiertas y el jet lag arrastrándoles la mirada. Pero no importa, estaremos todos en casa.

Y así es.

En unas horas la casa familiar de los O'Sullivan huele a carne asada, a vino bueno y a algo más difícil de nombrar. Presencia, historia, pero también protección.

Mamá se supera. La mesa está puesta como en las grandes ocasiones, sin ostentaciones pero con gusto. Platos de cerámica, servilletas de lino, copas bien alineadas, el centro con pan recién hecho, y el aroma a asado llenando la casa como si fuera una promesa. Los manteles están limpios, planchados, con ese cuidado que solo ella sabe dar. La cena huele a tradición y a familia.

Seamus llega con Emily, elegante como siempre. Liam entra detrás, con la cara de eterno insomne. Aidan arrastra un cigarro apagado entre los dedos y lo hace girar entre los nudillos sin encenderlo. Está de buen humor, se le nota en el gesto suelto, en la manera de reírse cuando mamá lo regaña por intentar colar una botella extra en la mesa.

Mi tío ya está en la cabecera, con la espalda recta, el vaso de whisky en la mano, y esa expresión que mezcla orgullo con control. No habla mucho, pero su presencia lo dice todo.

Yo sirvo el vino. Me tomo mi tiempo y camino alrededor de la mesa, botella en mano, llenando copas, escuchando risas, esquivando gestos, notando cómo poco a poco la atmósfera se carga de algo bueno, algo denso, algo vivo. Y en ese instante, los miro a todos, uno por uno. Mi gente. Mi clan. Los que importan.

Nos sentamos y el murmullo baja, dando la impresión de que todos supieran que algo viene. Natasha se acomoda al lado de Declan. Está radiante, serena y hermosa. Él le toma la mano con cuidado, aún sin terminar de creerse del todo lo que está por decir. La envuelve con la suya y cuando la mesa queda en silencio, se aclara la garganta.

—Queríamos esperar a que todos estuvierais aquí —dice, con la voz más grave que de costumbre—. Hoy hemos ido a la ecografía. Y… hay dos latidos.

El silencio se sostiene un segundo, flotando en el aire como un cristal a punto de estallar.

Y entonces estalla.

Las voces se levantan al mismo tiempo. Risas, gritos, palmas sobre la mesa. Copas alzadas. Mamá suelta un chillido emocionado y casi se le cae el plato que lleva. Seamus dice "joder" tan alto que hasta el tío lo mira entre divertido y ofendido. Aidan se levanta para abrazar a Declan, le da una palmada en la espalda que suena fuerte, como un aplauso seco. Maeve empieza a llorar sin remedio, y Siobhan la abraza sin soltarla, con los ojos fijos en Natasha como si viera un milagro de carne y hueso.

La cena se vuelve un torbellino. Los platos empiezan a pasar de mano en mano. Carne asada, verduras al horno, pan crujiente, vino que no para de servirse.

Las conversaciones se cruzan, las risas estallan en olas y los brindis se multiplican hasta que nadie recuerda cuántos llevamos.

Yo no digo nada al principio. Me quedo observando, me permito ese lujo. Me apoyo contra el respaldo de la silla, dejo la copa medio llena, y los miro. Siento algo apretado en el pecho. Un orgullo real, una alegría quieta, silenciosa, que se instala sin hacer ruido pero lo llena todo.

Declan me mira desde el otro lado de la mesa. Solo un segundo, una mirada entre hermanos, entre soldados. Entre hombres que se han salvado la vida más veces de las que pueden contar. Yo asiento y no hace falta decir nada más.

Porque sé lo que significa, sé lo que lleva dentro. Sé que está feliz como nunca, y sé también que no dejará de estar alerta ni un solo segundo.

Y yo estaré ahí, como siempre. Su sombra, su ancla, su hermano.

Por él, todo. Por ellos, lo que haga falta.

6

Jack

El día arranca como siempre: con un gruñido y un olor a café rancio flotando en la cocina. Havoc me despierta antes que el sol, sus patas golpeando la puerta como un recordatorio de que no todo gira a mi ritmo. Le abro y sale al patio convertido en una sombra negra, se sacude, marca territorio y vuelve a echarse junto a la puerta, dueño absoluto del lugar.

No desayuno, no tengo hambre. Solo tomo café fuerte, sin azúcar, lo suficientemente caliente como para quemarme la lengua y recordarme que sigo vivo. Me ducho rápido, con agua hirviendo hasta que la piel se me enrojece y las cicatrices se marcan. El espejo no miente: barba de dos días, ojeras que no se van y la mirada de quien no sabe sonreír.

Me visto como siempre, sin pensar. Camiseta negra, pantalón vaquero gastado, botas y la chaqueta de cuero. Armas, solo por si acaso. Me cuelgo el llavero, le doy un último vistazo a Havoc y salgo.

La Harley arranca con un rugido que me cruza la columna. Conduzco sin música, solo el viento, el ruido del motor, y el sonido sordo de mi cabeza aún llena de cosas que no quiero nombrar.

Ink & Dust abre cuando yo llego. Nadie antes, nadie después. Hoy hay tres citas programadas y algún posible colado, pero no me importa. Si no me cuadra la cara, no lo tatúo. Punto.

El primero es un chaval de veintipico que quiere un tribal en el hombro. Viene con actitud, pero se le cae cuando le clavo la mirada. Se sienta, grita, aguanta y paga.

El segundo, una chica con una serpiente en la clavícula. Lo dibujo rápido, con líneas limpias. Le tiembla la voz pero no el cuerpo y eso

me gusta. Respeta el silencio, así que le cobro menos de lo que vale, aunque no le digo el porqué.

Y entonces llega el tercero.

Un tipo alto, con los brazos marcados que quiere una manga completa. No lo dice así, claro. Me enseña una carpeta con imágenes, quiere "algo que tenga fuerza pero también equilibrio". Lo escucho con sospecha… hasta que le veo los ojos. Fríos. Calculadores. Sabe lo que quiere y sabe por qué lo quiere.

Y sin querer, lo veo a él.

Patrick.

Otra vez ese maldito traje en mi cabeza. Esa boca seca, esa forma de mirar como si pudiera controlarlo todo con un solo gesto. Me tenso y el tipo me pregunta si estoy bien.

—Sí —respondo, con la mandíbula apretada—. Pasa.

Dibujo en silencio. Siento la aguja firme, y el olor a tinta me calma un poco, pero no lo suficiente. Cada línea que trazo me recuerda a esa puta cicatriz que me enseñó Patrick. Cada línea me deja más inquieto.

Cuando el tipo se va, me quedo un rato con las manos apoyadas en la mesa. No pienso, no quiero pensar, pero mi polla lleva media hora dura y eso me irrita.

A la tarde, ya casi al cierre, los huelo antes de verlos.

El rugido de las motos, el crujido de las ruedas sobre el asfalto. Cuero. Humo. Maldad antigua.

Me acerco a la ventana solo para confirmar lo que ya sabía. Tres. Uno alto, con la mandíbula torcida; otro más bajo, con tatuajes hasta el cuello; y el tercero… mierda. Es Jansen. No hay duda. Los años pasaron, pero su andar no cambió, ni tampoco la forma en que se pasa la lengua por los dientes cuando algo le interesa.

Black Vultures MC.

El parche les brilla en la espalda como una amenaza.

Death flies with us.

No cruzan un estado para saludar, y desde luego, no entran a Eureka para hacerse tatuajes.

—Qué puta casualidad —dice Jansen, sonriendo, como si el mundo aún fuera suyo.

No le contesto, me cruzo de brazos. Ellos miran el local como quien evalúa un terreno de caza. Uno de ellos se acerca a la vitrina.

—Bonito sitio —dice Jansen—. Más limpio de lo que esperaba de ti.

Silencio.

Los músculos de mi cuello están tan tensos que crujen. No quiero pelea, pero si me la traen a mi puerta, no retrocederé. Jansen da un paso más.

—Estamos de paso, solo unas noches. No queremos problemas.

—Entonces no los traigáis —respondo.

Mi voz sale baja, firme, como si cada palabra pesara lo justo para que se entendiera sin espacio para réplica. Nadie habla, solo se oye el zumbido del fluorescente, el olor metálico de la tinta y el ruido sordo del aire tenso que empieza a llenar el local.

Jansen no se inmuta, da un paso más y apoya una mano sobre el mostrador, adueñándose del espacio. Con la actitud de quien tiene derecho a entrar aquí y hablarme ignorando los años transcurridos. Como si los huesos rotos, las noches en la celda y las heridas viejas fueran solo parte del uniforme.

—El Prez tiene amigos aquí —dice, sin levantar la voz—. Gente importante. Quizá podamos llegar a un acuerdo, quién sabe… igual nos vemos más a menudo, Maddox.

Lo dice despacio, midiendo mi reacción. Pero ya tiene mi atención, hace rato que la tiene.

—Quizá lleguemos a un acuerdo —añade, sin apartar la mano del mostrador—. Sería bueno tener a alguien de confianza, alguien que conozca el terreno, que sepa cómo moverse sin levantar alarmas.

El más bajo, el del cuello tatuado, lanza una sonrisa que no llega a los ojos. Mira alrededor con interés mal disimulado, evalúa, apunta. Quiere parecer relajado, pero sus dedos no dejan de moverse, inquietos, listos para sacar algo si hace falta.

—Tú encajas, Maddox —dice el otro—. Eres de los nuestros, al final. Aunque lo niegues.

Ahí me muevo, no con violencia, pero sí lo justo.

Salgo de detrás del mostrador, con los guantes aún en las manos, y camino hasta quedar frente a ellos. Me planto con los pies

separados, la espalda recta, el cuello expuesto, pero la mirada afilada. La sala se encoge, la temperatura baja y el tiempo se hace denso.

—Yo no encajo con nadie —respondo—. Y desde luego, no con vosotros.

Jansen me mira. Aguanta, pero la comisura de sus labios tiembla, como si estuviera a punto de escupir una risa que no le sale. El de la derecha hace un leve gesto de advertencia. Sabe lo que viene, lo huele, y eso me gusta. Me gusta que uno de ellos tenga el puto instinto de sentirse amenazado.

—Escuchadme bien —continúo, con la voz aún más baja, más tensa—. Lo que tuve con los Vultures se quedó en la puta celda donde pagué por ello. No me debéis nada y yo a vosotros, menos. Así que no volváis a cruzar esa puerta buscando favores.

Silencio.

—¿Estamos? —añado.

El silencio se alarga un segundo más, uno solo. Y entonces, Jansen suelta una carcajada breve, nasal, con la diversión asomándole en la voz.

Ignorando lo que acabo de decir… o demostrando que lo ha entendido todo.

—Nos volveremos a ver, Maddox.

Se giran y salen sin prisa. El ruido de las motos arranca afuera con un rugido sucio. No corren, se alejan con la calma de quien cree que tiene todo el tiempo del mundo.

Yo cierro la puerta, echo el cerrojo y me quedo ahí, de pie, con los nudillos tensos y la mandíbula apretada. Siento el latido en la sien y el sudor frío bajándome por la espalda.

No es miedo, es pura memoria. Pero esta vez, no pienso tragarme nada.

Si han venido a Eureka a remover el barro, van a encontrarse con alguien que ya aprendió a nadar en él.

No puedo quedarme quieto, no puedo ir a casa con esto bajo la piel. Ni follar me serviría esta noche, ni siquiera tragarme una botella. Necesito romper algo, algo real. Que suene, que sangre.

Tiro los guantes sobre la mesa y apago las luces.

Agarro la chaqueta, me monto en la Harley y arranco sin rumbo fijo. Pero no me hace falta pensar. Mis manos giran solas; el cuerpo ya sabe dónde ir cuando todo lo demás se pudre por dentro.

La jaula. La puta jaula.

Una nave vieja en el puerto, sin nombre en la fachada. Solo hombres, golpes, ruido. Y una lista de cabrones dispuestos a dejar los dientes sobre el cemento.

El ambiente de la nave es denso, como si el sudor de años anteriores se hubiera quedado atrapado en las paredes de metal oxidado. La luz amarilla vibra sobre el suelo sucio, el cemento manchado de sangre vieja, de vómito, de cerveza.

La gente rodea la jaula como buitres con dólares en el bolsillo. Todos buscando espectáculo, todos queriendo ver a alguien caer.

No hablo con nadie y me abro paso sin mirar. Me quito la chaqueta y la camiseta, los dejo a un lado. Uno de los organizadores me mira, asiente sin hablar, automáticamente el nombre "Maddox" suena por el altavoz.

Cuando subo a la jaula el calor me golpea de frente y mi cuerpo ya está listo. No me hace falta pensar, sentir cómo la furia me aprieta el pecho es suficiente preparación.

Jansen. Ese puto parche. Y Patrick. Joder. Patrick.

El otro tipo entra con los brazos levantados. Es corpulento, más joven, con esa mirada de hambre que tienen los que aún creen que pueden dominar el mundo a golpes. Me lanza una sonrisa torcida para provocarme, me habla, pero no le escucho.

Cuando suena la señal, voy directo a por él.

No busco el golpe limpio ni busco el punto débil. Busco dañar, sentir hueso contra hueso. El primer cruce de puños es brutal. Él me da en la boca del estómago, me saca el aire, pero yo le reviento la ceja de un directo de derecha que resuena hasta en los huesos.

Grita, retrocede, pero no lo dejo.

Lo acorralo contra la valla. Le clavo los puños al costado, al estómago, al mentón. Siento los nudillos romper la piel, el crujido sordo de un cartílago cediendo. Me da igual. Él también golpea, me parte el labio, me tambalea un segundo… pero yo no caigo. No esta noche.

Estoy sudando como un animal y me escuecen los ojos, pero no paro.

La rabia me guía. La imagen del chaleco, el rugido de la moto alejándose. Y detrás, esa puta mirada. Ese traje, esa boca que no debería seguir en mi cabeza pero se clava como una espina caliente.

El tipo cae. Se levanta y cae otra vez.

Me lo quitan de encima antes de que lo parta. Me agarran los brazos, me giran. Estoy cubierto de sangre —la suya, la mía, no sé— y no siento alivio, solo vacío.

El público grita, pero yo no los escucho, porque todo sigue igual. Nada se ha calmado y nada ha cambiado.

Sigo con los dientes apretados, el pulso desbocado, y esa sensación de que me estoy desgarrando desde dentro… sin conseguir salir de mí.

Bajo de la jaula. Me pongo la camiseta mojada de sudor. Nadie se me acerca ni nadie me felicita. Saben que esta noche he peleado con algo más que un tipo cualquiera. Y aunque haya ganado la pelea, no me siento como un ganador.

Salgo de la nave con los brazos ardiendo y los oídos zumbando, el eco de los golpes todavía latiéndome en las sienes. El aire de la calle me corta la piel como si el cuerpo no supiera que la pelea ya terminó. Me subo a la Harley sin decir una palabra, con la sangre seca pegada al cuello y el sabor del cobre en la lengua.

No pongo dirección, solo conduzco. Dejo que el motor me lleve mientras la ciudad se deshace en luces sucias y sombras que no importan. Podría seguir rodando toda la noche, pero sé que no me va a servir. Nada lo hace.

Llego a casa pasada la medianoche. Havoc me espera en la puerta, tumbado, con las orejas altas, pero no se mueve, se limita a observarme, y su silencio es lo único que no me irrita.

Entro, dejo las llaves sobre la encimera sin mirar. No enciendo luces, hoy no quiero ver mi cara reflejada en nada.

Voy al fondo, al garaje. El saco cuelga en su sitio, inmóvil, esperando como siempre. Me quito la camiseta de un tirón. Me vendo las manos sin cuidado, mal, rápido y empiezo.

Puño. Puño. Otro.

Me olvido del ritmo, solo golpeo. El sudor me empapa el pecho, me resbala por la espalda. Me vibra la mandíbula. El vendaje se empapa y la piel se abre. Me arden los nudillos, pero sigo.

Golpeo hasta que los brazos ya no responden, hasta que las piernas me tiemblan, hasta que cada respiración me duele. Hasta que el cuerpo se dobla solo y caigo de rodillas, jadeando, con la frente pegada al saco, clavado a él igual que a una cruz que no puedo soltar.

Havoc se acerca y me huele. No ladra, se tumba a mi lado, su cuerpo cálido junto al mío, entendiendo que no necesito consuelo, solo compañía.

Me dejo caer sobre el suelo, de lado, con los pulmones buscando aire y la cabeza aún ardiendo. Cierro los ojos, no porque quiera dormir, sino porque no me queda nada más.

Y así me duermo, en el suelo del garaje. El cuerpo rendido, el alma encendida y Havoc respirando lento a mi lado.

Y todo lo que no se ha roto aún… está preparándose para explotar.

7

Patrick

Dormir no ha servido de nada. Me acosté con el cuerpo tenso y me levanto igual, como si hubiera pasado la noche entera dando vueltas en una celda que no se ve. La luz todavía no ha entrado, pero ya siento el día clavado entre los hombros. No recuerdo qué hora era la última vez que miré el reloj, aunque tampoco importa.

La cocina huele a café demasiado fuerte. No tengo hambre, pero igual caliento algo, más por rutina que por necesidad. El silencio es espeso, como si todo estuviera aguantando la respiración. Me siento frente al portátil, sin abrirlo todavía y miro la taza de café recordando la noche de ayer. Fue una buena noche. Familiar, cálida, completa, pero eso no significa que esté en paz.

Abro los informes. Primero los habituales. Seguridad, rutas, comunicaciones. Todo parece correcto, pero empiezo a ver patrones que no me gustan, demasiado previsibles.

Y entonces, casi al final de la lista, aparece un reporte discreto, sin prioridad asignada: los tres moteros del otro día en Hilfiker Lane, entraron durante menos de diez minutos en un establecimiento: Ink & Dust.

Mierda.

El estudio de tatuajes. Su estudio.

Jack Maddox. El exconvicto con la boca sucia y las manos que parecían hechas para agarrar armas o carne. El mismo que me habló sin tapujos, el mismo que no se me ha ido de la cabeza desde entonces.

Reviso los detalles y sé que por el tiempo que estuvieron allí no se tatuaron. Solo entraron, estuvieron allí diez minutos exactos… y salieron.

No es casualidad. No puede serlo.

Escribo a Aidan de inmediato:

"Investiga a Jack Maddox. Quiero saber si tiene relación con moteros, especialmente con los Vultures de Tacoma. Que sea rápido."

Cierro la tapa del portátil, pero sigo viéndolo. La puerta del estudio, su mirada. Esa forma de sostener el espacio como si todo le perteneciera. Esa voz que aún me vibra en los huesos, y ahora esto. Chalecos. Parche negro. Tacoma.

Me tenso y siento el brazo arder y siento la cicatriz. El motivo por el que fui a verlo la primera vez. Tal vez esta vez sí sea el momento.

Hoy mismo iré a ese estudio a comprobar qué sabe y a ver si está metido en algo.

No porque quiera volver a verlo ni porque no deje de pensar en él, solo porque necesito saber en qué está metido.

Y si tengo que usar mi propia piel como excusa, lo haré.

Me visto a conciencia, no pongo cualquier cosa.

Camisa negra, bien planchada, sin una sola arruga. Chaqueta de cuero ajustada y pantalón oscuro con botas limpias. Nada llama la atención, pero todo habla claro: no soy un cliente cualquiera. No soy uno más.

Me miro al espejo antes de salir. El corte en el brazo ya cicatrizó, pero se sigue viendo. La línea es gruesa, torcida, como una grieta que alguien intentó abrir y no lo logró. Hoy quiero cubrirla, o eso me repito.

El trayecto hasta Hilfiker Lane es rápido, pero no fácil. El tráfico es mínimo a esta hora, pero la tensión crece con cada semáforo que dejo atrás.

Las calles cambian y el paisaje se vuelve más sucio, más rugoso. Alambres viejos, fachadas corroídas, almacenes convertidos en negocios que no figuran en ningún registro.

Ink & Dust aparece como lo recordaba: oscuro, sin cartel visible, puerta metálica cerrada como si el mundo no pudiera pasar sin permiso. Bajo de la camioneta y respiro. Camino hasta la entrada y golpeo dos veces y sin espera que me respondan, empujo.

Adentro, huele a tinta, alcohol, sudor viejo y cuero. La música suena baja pero densa. El lugar parece vacío, pero sé que no lo está.

Jack Maddox está al fondo, sentado en su mesa como un rey en su trono. No se levanta, solo alza la mirada cuando me acerco y durante unos segundos, ninguno dice nada.

El silencio es distinto al de la primera vez. Más tenso, más cargado, mucho más afilado.

Sus ojos se clavan en los míos como si ya supiera por qué estoy aquí. Yo no bajo la mirada, no soy de los que bajan la mirada, pero esta vez no sé con qué cara sostener la suya.

—¿Qué quieres? —gruñe, con esa voz que suena a lija sobre piedra.

—Un tatuaje —respondo, sin cambiar el tono—. Hoy.

Él se apoya contra el respaldo, exhala lento, conteniéndose. Me mira de arriba abajo, siento su vista recorrerme. Me está evaluando, intentando medir hasta dónde puede empujarme sin romper nada.

—¿Y ya sabes qué deseas? —pregunta, sin moverse.

—Una daga —respondo, desabrochándome la chaqueta. Me arremango y le muestro el brazo—. Negra y fina, que siga la línea. No quiero que la tape, quiero que la remarque. Y quiero algún símbolo celta en la empuñadura.

Jack se pone en pie de manera lenta, como un depredador que no tiene prisa porque sabe que la presa no se irá. Sus botas suenan pesadas sobre el suelo de hormigón. Se acerca un poco y se detiene justo frente a mí. Sus ojos bajan al corte y lo examina sin tocar.

Y luego, alza la vista.

—¿Vienes por el tatuaje… o por algo más?

Su voz me alcanza y me desarma, no hay burla en ella, solo esa forma de preguntar que suena a saber más de lo que debería.

—Solo quiero cubrir la marca —respondo sin bajar la tensión—. Si no quieres hacerlo, buscaré a otro. Pensaba que eras un profesional.

Jack no se inmuta, se pasa una mano por la barba, luego se gira hacia su mesa, recoge el cuaderno, y dice sin levantar la voz:

—Siéntate. Vamos a ver qué puedo hacer.

Obedezco y me acomodo frente a él mientras pasa las páginas hasta encontrar una nueva. Coge el lápiz y empieza a trazar. No habla ni me pregunta nada. Solo dibuja.

Y yo no puedo dejar de mirar.

Su mano se mueve con precisión. Trazos finos, seguros, como si ya supiera lo que quiero sin que yo tenga que explicarlo. Con la impresión de que puede leer la forma de la cicatriz antes incluso de verla.

La daga toma forma. Firme, oscura, estilizada. Nada decorativo ni suave. Una línea recta que corta el papel igual que cortaría mi piel.

Cuando levanta la vista, yo ya sé la respuesta.

—Está bien —digo, seco.

Jack asiente. Sin añadir nada, se pone en pie y empieza a preparar el equipo. Abre los frascos, ajusta la máquina, se coloca los guantes con el mismo silencio que un cirujano antes de una operación.

—Quítate la chaqueta, cuello blanco —dice sin mirarme—. Vamos a marcar esa piel como se merece.

Camino hacia la camilla y me desabrocho la chaqueta sin prisa, pero la piel ya arde bajo la ropa, como si supiera lo que viene. El sonido del guante al estirarse corta el aire. La vibración baja de la máquina comienza y su respiración, junto a la mía, forma un pulso que llena toda la sala.

En este preciso momento, sé que lo que empieza hoy me marcará más que la tinta.

8

Jack

Lo escucho antes de verlo. El golpe de sus pasos contra el hormigón, firme y seguro. Como si el puto suelo le obedeciera.

Levanto la vista y ahí está.

Hoy no lleva traje, pero sigue igual de pulcro, igual de milimétrico. Camisa negra metida en el pantalón, chaqueta de cuero bien ajustada, ni una arruga, ni una jodida concesión.

Parece sacado de una revista de lujo, de esas que no leo, de esas que tiro a la basura. Y, sin embargo, lo único que pienso es que quiero desordenarlo. Quiero arrancarle ese control de los dientes, verlo jadear, verlo crudo, real, mío.

Se planta frente a mí y dice que quiere un tatuaje.

Me explica lo de la daga negra y fina. Que no oculte la cicatriz, que la convierta en recuerdo, no en un disfraz.

Y joder, lo clava, encaja con él. Con esa puta energía de hielo bajo presión que lleva en la sangre.

Una marca que no busca borrar, sino dejar constancia.

No digo nada y no le doy la satisfacción de ver que estoy de acuerdo. La hoja se dibuja sola en mi cabeza, pero la ajusto diez veces sobre el papel.

Una daga larga y recta. La hoja se alarga como un susurro afilada, la empuñadura tiene peso, memoria. Y justo en el centro, tallado en acero, el triskelion que encaja perfecto con él. Fuerza. Cambio. Destino.

No es un tatuaje, es una jodida declaración.

Patrick no dice nada mientras dibujo. Está ahí, observando, con esa puta energía que parece contener todo un incendio tras la mirada. Y yo, por algún motivo que prefiero no nombrar, quiero que le quede perfecto. No solo bien, ni solo profesional. Perfecto.

Cuando termino el boceto, no me mira. Solo asiente, como si no quisiera darme el gusto.

Lo preparo todo. Agujas limpias, sombra negra, dos tonos de gris. La gota roja la dejaré para la segunda sesión. El trazo necesita curar antes. No le explico eso todavía, me basta con saberlo yo.

—Quítate la chaqueta, cuello blanco —le digo, sin mirarlo—. Vamos a marcar esa piel como se merece.

Camina hasta la camilla y se quita la chaqueta y en el momento en el que su brazo queda expuesto, no pienso. Solo me acerco, pongo los dedos sobre su piel, para limpiarla, para trazar la primera línea con alcohol. Y entonces pasa.

Un escalofrío me atraviesa el cuerpo, igual que si me hubieran tocado a mí. Me cago en todo. ¿Qué cojones me pasa con este tipo?

Es solo un cliente, otro cabrón con una historia fea.

Pero el calor de su piel me sacude con la intensidad de haberme conectado a un puto generador.

Tengo que centrarme. No sé por qué quiero hacerlo tan bien, tan jodidamente bien, mejor que nunca. Pero lo quiero.

Me siento, acerco la aguja. Y mientras la tinta empieza a correr, mientras la máquina vibra y la primera gota sale, preparada para marcar su piel, pienso que esto ya no es solo un tatuaje.

Es otra cosa, algo que no controlo y que ya no puedo frenar.

Joder. Estoy duro como una roca desde que entró. Desde que me miró con esa mezcla de rabia y algo más que no quiere admitir.

Me acerco con el stencil, coloco el diseño sobre su piel y presiono con firmeza.

Él no se mueve, pero siento cómo se tensa. Con la rigidez de quien se contiene para no empujarme contra la pared o para no rendirse.

Retiro el papel y ahí está. La daga perfecta siguiendo su herida, nacida de ella.

Empiezo a tatuar. La aguja zumba suave, constante y la tinta entra bajo la piel como un secreto.

Trazo cada línea con lentitud, con una precisión casi quirúrgica. Me concentro o al menos eso intento, pero la verdad es que me cuesta respirar cerca de él.

El calor de su cuerpo sube y el olor también. No huele a perfume caro. Huele a limpio, a piel, a noche sin descanso y a rabia contenida.

Y cada vez que exhala, lo siento más cerca.

Le repaso el contorno completo. Le marco la línea central y la hoja queda anclada entre tendones. Luego la empuñadura, firme, sobria. Añado textura con la aguja curva, cambio de tono, meto sombra y doy contraste al filo, volumen, profundidad.

Patrick no se mueve, ni una queja ni un gesto. Solo los ojos cerrados y el músculo del antebrazo en tensión.

Y aún así, no quiero acabar.

Voy despacio, más de lo necesario. Me permito retocar detalles que podrían esperar. Me dejo llevar por la precisión, por la excusa de hacerlo mejor, más limpio, más brutal.

Llega un momento en que sé que ya es suficiente, que el trazo está completo y que la piel necesita descanso. Soy consciente de que cualquier línea más podría estropearlo, pero no me muevo.

No quiero que se levante de esa camilla, no quiero que se largue.

Me obligo a limpiar la tinta y le aplico el bálsamo. Vuelvo a repasar con la mirada cada trazo.

Y entonces le hablo:

—Lo que queda lo haré en dos semanas.

—¿Qué queda? —pregunta sin moverse.

Su voz suena más baja, más áspera. Casi… rendida.

—Sombreado final. Algunos detalles. La gota roja. El acero necesita cicatrizar antes de volver a sangrar —digo, sin humor, sin levantar la vista.

Puro silencio.

Me aparto, me quito los guantes y los tiro a la papelera.

Me obligo a respirar, pero no sirve de nada. Él sigue ahí y lo peor es que no quiero que se vaya.

Seguimos en silencio.

Él aún en la camilla, con el brazo cubierto de crema y los bordes de la tinta aún vivos, brillantes, ardiendo bajo la piel. Yo al borde del precipicio. Con las manos sucias, el cuerpo tenso y la respiración contenida.

Y entonces, la puta puerta se abre. No veo quién es, ni me importa.

—Fuera —gruño, sin girarme siquiera.

Y quien sea, se va sin decir una palabra, sin siquiera respirar. Porque ahora mismo, nada ni nadie tiene permiso para estar aquí.

Patrick intenta incorporarse.

—Espera —le digo, sin levantar la voz.

Cojo el film, lo limpio con cuidado y lo cubro. Cada gesto es preciso, pero hay electricidad en mis dedos. Me quema tocarlo sin tocarlo como querría.

Le explico las indicaciones mínimas. Cuidados, lavado, hidratación. Programo la segunda sesión en dos semanas. Es lo necesario para que la tinta quede perfecta.

Él escucha y aunque no me interrumpe, no me quita los ojos de encima.

Esos ojos de hielo contenido… Y entonces ya no aguanto más y me lanzo.

Le agarro por la nuca con fuerza, los dedos apretando como si su piel me perteneciera desde antes de tocarla, como si llevara días, semanas, jodidos meses esperando este instante. Y entonces lo beso.

No soy suave, ni tierno. Lo beso como si pudiera abrirle el pecho con la lengua.

Su boca es dura y caliente. Sorprendentemente viva bajo la mía. Tiene el sabor del control, de la rabia contenida, de alguien que jamás se ha dejado tocar por otro hombre y que, sin embargo, no se aparta.

No se mueve pero tampoco me detiene, y con eso lo dice todo.

Paso la lengua por su labio inferior, no con delicadeza, sino con hambre, con necesidad de morderlo, de dejarlo marcado, de sentir si se rinde.

Abro un poco más la boca, rozando su lengua apenas, lo justo para provocarlo, para que sienta lo que podría ser si se atreviera a devolverlo. Y durante un segundo, un solo segundo, juro por todo lo que soy que va a responder.

Su mandíbula cede, el cuerpo no retrocede y la respiración se corta.

Es una rendija, una grieta… un paso.

Pero entonces lo siento tensarse de golpe, como si algo le estallara por dentro.

Se aparta y se separa de mí con la rigidez de quien no huye, pero se protege.

Y me mira con la expresión de alguien a quien acaban de herir, cuando la herida la llevaba dentro desde antes de cruzar esa puerta.

—Te has equivocado conmigo —dice, con esa voz que ya no suena tan firme.

—No lo creo.

—No me gustan los tíos.

Lo miro de frente y él sostiene mi mirada, pero veo lo que no quiere mostrar. Esa duda, ese fuego que no sabe de dónde viene.

—Quizá no te gustaban —le digo, despacio—. Pero yo sí te gusto aunque te lo quieras negar.

Silencio. Le dejo espacio pero no retrocedo.

—Lo notas igual que yo. No voy a insistir, no voy a perseguirte. Pero te lo digo claro: acabaremos follando. No lo digo como una promesa sino como un hecho. Lo que tardemos lo decides tú, pero va a pasar.

Él me sostiene la mirada un segundo más. No me dice que no. No me pega ni se va hecho una furia como lo haría alguien que no quiere saber nada.

Solo coge su chaqueta y se la pone con esa precisión suya.

—¿Qué te debo?

—Invita la casa.

Silencio. Tensión. Ese maldito aire que tiembla entre nosotros.

—Nos vemos en un par de semanas —dice al fin.

Hace una pausa.

—Si no antes —contesto.

Camina hasta la puerta sin mirar atrás… y se va.

Y yo me quedo ahí, solo, con los guantes tirados, las manos sucias de tinta, y la polla dura como el puto acero que le acabo de marcar en la piel.

Me lo voy a follar, tarde o temprano. Con rabia o con fuego. Con las manos o con los dientes. Pero ese cabrón va a ser mío. Lo nota él y lo noto yo.

Y aunque se resista… nuestra historia ya está en marcha.

9

Patrick

No recuerdo cómo salgo del estudio, ni si llegué a decir algo, si cerré la puerta tras de mí o si solo la dejé abierta, como si tuviera que huir antes de pensar. Lo único que sé es que el aire de fuera me golpea en la cara como una bofetada y ni siquiera eso me aplaca.

Respiro hondo, pero no me entra aire. Es como salir de un cuarto sin ventanas donde llevaba atrapado demasiado tiempo y descubrir que, por algún motivo, no quería salir del todo.

Camino hacia la camioneta como si no viera nada. Los muelles, el asfalto húmedo, los almacenes industriales que bordean la costa, todo me atraviesa sin quedarse. No estoy allí, estoy en otra parte. En un lugar estrecho y oscuro, con olor a tinta y metal, con una máquina vibrando detrás de mí y una mirada que no me dejaba respirar.

Su mano me sujeta la nuca, su boca choca con la mía, su lengua me atraviesa como una orden.

Y no hice nada para detenerlo.

No entiendo cómo no reaccioné, ni cómo no le arranqué la mandíbula. No entiendo porqué no saqué el arma que llevo siempre y le apunté a la cabeza para dejarle claro que conmigo nadie juega así.

Pero no hice nada de eso. Me quedé quieto, lo dejé entrar, y lo peor es que por un momento lo deseé de verdad. Quise sentirlo más, perderme en ese calor sucio y físico, en ese deseo que me resulta ajeno y, sin embargo, me invade desde que lo vi. Desde que me sacó del puto estudio como si yo no fuera nadie, y aun así logró colarse bajo mi piel.

Subo al coche en piloto automático. El volante se siente frío bajo las palmas. No me pongo el cinturón, ni enciendo la radio. Conduzco

sin saber cómo. Las luces de la ciudad parpadean como faros de un mundo que ya no entiendo. Cada cruce, cada semáforo, cada esquina la tomo sin conciencia. Mi cuerpo sabe el camino, pero mi mente está muy lejos.

Esto no es un combate. En un combate todo es claro: objetivo, estrategia, enemigo. Pero esto... esto es otra cosa. Es una grieta que se abrió en un segundo y me tiene sangrando por dentro.

Cuando llego a casa, la puerta se cierra con ese clic metálico que siempre me tranquiliza. Activo los seguros y me quito la chaqueta. Todo parece igual: el suelo pulido, los muebles en su lugar, las luces tenues, el orden. Pero yo no estoy igual, yo estoy... distinto. Contaminado y ardiendo.

Me siento en la cocina. Me sirvo whisky sin medir y me lo bebo de un trago. Me levanto y me sirvo otro. El segundo quema más, porque esta vez ya no me engaña.

Voy al baño y me lavo la cara. Me miro al espejo y no sé quién me devuelve la mirada, miro el brazo vendado y no necesito verlo para sentirlo.

El tatuaje pulsa bajo la piel, con la sensación de que todavía estuviera entrando, de que la daga se estuviera abriendo paso dentro de mí centímetro a centímetro. Pica, arde, me tira. Y, sin embargo, no es lo peor de todo.

Lo peor es el recuerdo de su boca, del calor y de la presión de sus labios y del puto deseo que no pedí, pero que todavía tengo clavado en la garganta.

Me toco los labios y todavía los tengo sensibles. Me levanto de golpe. No puedo quedarme aquí, no puedo pensar.

Necesito olvidarlo, arrancármelo. O al menos cubrirlo con otra cosa. Algo familiar y que entienda, algo que no me derrumbe.

Conduzco sin mirar el reloj. Las calles están a medio vaciar, la ciudad apagándose como un cuerpo exhausto, pero yo no. Yo estoy despierto de una forma sucia y equivocada, con el pecho cargado y la piel todavía ardiendo bajo la ropa.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que llego al club, uno de esos antros donde nadie pregunta nada, donde los cuerpos hablan otro

idioma, y donde el placer es tan falso como la música que vibra en los altavoces.

Aparco y entro. El aire es espeso y las luces rojas bañan el espacio con una calidez artificial que no consuela. El bajo retumba, grave, como si quisiera romper costillas desde dentro.

Me hundo en un sillón del fondo, donde la oscuridad es más generosa y los recuerdos parecen pesar un poco menos. No veo nada que me guste, pero sigo adelante.

Miro a una mujer alta, con curvas afiladas y vestido de lycra negro que parece pintado sobre la piel. Es todo lo contrario al puto tatuador. Nota mi gesto y se acerca.

Se mueve con seguridad, con ese aire de quien ya ha leído hombres como yo mil veces antes. Me sonríe y me susurra en el oído que tiene un privado libre, que puede hacerme olvidar lo que sea que me quema por dentro.

Solo asiento. Un gesto seco, pero suficiente. Me levanto y la sigo.

El reservado es estrecho, con cortinas gruesas, luz suave y una alfombra que amortigua los pasos. Hay un sofá de cuero agrietado, más blando de lo que debería, que se hunde bajo mi peso cuando me dejo caer sin disimular el cansancio. Ella cierra la puerta sin decir nada, se gira, y en un solo movimiento se monta sobre mis piernas, apropiándose del espacio sin pedir permiso.

Empieza a moverse lentamente, con la naturalidad de quien ha nacido para eso. Las caderas me rozan, la tela del vestido cruje entre nosotros, sus pechos casi me tocan la cara.

Baja las manos por mi camisa, me acaricia el pecho sin urgencia, buscando mi reacción. Su boca se acerca a mi cuello, lo roza, lo muerde. Me llama "guapo", "bebé", "dulzura", con una voz que no me entra, que no me toca.

Mis manos están quietas, posadas sobre mis muslos, rígidas como si temiera que cualquier movimiento pudiera delatar lo que en realidad no quiero enfrentar.

No la toco, no la guío, no participo. Dejo que ella marque el ritmo con su cuerpo, con su aliento, con esas palabras vacías que me resbalan por la piel sin dejar huella.

Mi cuerpo permanece inmóvil, pesado, negándose a obedecer órdenes que ya no reconoce como propias, pero mi mente no para, gira sin descanso, en un bucle sucio donde solo existe él.

No la boca que me toca la que deseo, es la suya. La de Maddox.

La mujer no se detiene. Se arrastra por mi torso convencida de que su única misión es hacerme rendir, bajando las manos con la seguridad de quien ya ha hecho esto mil veces y nunca ha fallado. Me abre el pantalón sin miramientos, con los dedos directos, prácticos, ajenos a cualquier tipo de delicadeza. Cuando me saca la polla, la sostiene con firmeza, sabiendo exactamente la presión justa que necesita, segura de poder convencer a mi cuerpo a base de fuerza, ritmo y práctica.

Empieza a mover la mano arriba y abajo. Despacio al principio, tanteando la reacción, luego más rápido, con más intención. Aprieta, retuerce un poco, cambia el ángulo. Me estudia igual que si fuera un mecanismo más, algo que puede controlar. Me mira esperando una reacción que no llega.

Pero yo no estoy ahí. No siento su piel, no siento su boca, no siento su puta mano.

Solo siento su insistencia, mecánica, casi clínica. Me masturba como si estuviera ordeñando algo sin alma, como si el único objetivo fuera hacerlo acabar, sin importar el camino, sin importar que por dentro me sienta completamente desconectado.

El ruido húmedo de su mano subiendo y bajando sobre mí empieza a llenar el reservado, acompasado por su respiración acelerada y sus gemidos fingidos, convencida de que eso suma algo. Sus labios rozan mi cuello otra vez, me muerde, me llama "cielo", me lame la mandíbula… y nada.

Ni un puto impulso, hasta que dejo de resistirme y me permito lo que me he estado negando desde que entré aquí.

Pienso en él, en su cuerpo encima del mío, en sus dedos clavados en mi nuca, tirando. En su boca dominando la mía, su lengua abriéndome, tomándome. En el olor a metal, a sudor, a piel marcada por tinta y rabia. En el momento en que todo se rompió.

Y es entonces, solo entonces, cuando la sangre baja.

Mi polla se tensa en la mano de esa mujer imaginando que fuera él quien me la estuviera sosteniendo. Como si el calor que siento viniera de su boca y no de esos labios pintados que no me provocan absolutamente nada. Ella sonríe, cree que ha ganado. Me aprieta más fuerte, acelera el ritmo, me lame el pecho, me muerde el esternón.

Y yo solo puedo cerrar los ojos y dejar que el cuerpo responda, aunque la mente esté en otro lugar, en otra boca… en otro hombre. Porque lo único que habita mi mente en este momento es su voz, rasgada, grave, jodidamente segura.

"Vamos a follar. Lo que tardemos lo decides tú. Pero va a pasar."

Cada palabra me golpea con el peso de una realidad que no quiero, que no pedí, pero que empieza a hundirse en mí como una verdad. Me niego a aceptarlo, a pensarlo siquiera. Pero mi cuerpo ya ha dado su veredicto.

Empujo un poco la cadera hacia delante y me dejo hacer. Me muerdo la lengua y contengo un gemido que no quiero que salga. Ella jadea, fingiendo que esto la excita de verdad, convencida de que mi cuerpo es suyo, creyendo que puede arrancarme algo que ni yo entiendo.

El ritmo se vuelve más sucio. Su mano me aprieta con rabia, con hambre, con esa intensidad desesperada de quien necesita provocar algo en un cuerpo que no siente nada por ella.

Y cuando exploto, cuando me corro con un gruñido profundo y la mano de ella se mancha por completo, lo sé con una claridad aterradora:

No fue por ella, no fue su cuerpo el que me trajo hasta aquí. Fue él. El puto Maddox.

10

Jack

Todavía no me he movido. No quiero, no puedo, no después de cómo se fue.

El eco de su respiración sigue flotando en el estudio, como si no hubiera cerrado del todo la puerta, como si una parte de él todavía estuviera aquí y tal vez lo está.

Miro la camilla vacía, la toalla arrugada, el frasco de tinta con la tapa mal cerrada. Podría limpiarlo ahora, dejarlo todo como siempre, pero no quiero. No quiero borrar ni una gota de este momento.

Apoyo los nudillos sobre la mesa y me quedo quieto, con la espalda recta y el pecho tenso, como si aún me estuviera conteniendo. Acabo de besar a un cabrón que me hizo temblar desde el día uno y lo siento todavía caliente bajo los dedos, duro bajo la lengua, temblando justo antes de apartarse.

Porque se apartó, aunque yo sé que no fue un rechazo, se apartó porque estaba ardiendo por dentro y no sabía cómo asimilarlo.

Lo vi y sentí perfectamente cómo se rompió un segundo antes de salir por esa puerta. Y no se quiebra así un hombre que no se está peleando contra sí mismo.

Patrick es un puto campo minado. Uno que me recorre como si ya me conociera desde dentro. No suelta el control porque es lo único que le queda, pero cuando lo pierda, cuando por fin me lo entregue… voy a hacerlo pedazos. Y va a suplicar que no pare.

No apago la luz, me bebo dos tragos en seco. Whisky sucio, directo al pecho. No para olvidar, para calmar.

Porque lo tengo claro: ese hombre ya es mío, solo que aún no se ha dado cuenta. Y yo no tengo prisa. No sé porqué, pero contra todo pronóstico, no tengo prisa con él.

Me levanto, cojo el cuaderno y reviso el diseño que le he hecho. La daga sigue allí, marcada en la hoja como un susurro con filo. El triskelion en la empuñadura me vibra entre los dedos. Fue idea mía. No lo pidió él, pero encajaba tan jodidamente perfecto que no podía no hacerlo. Es su marca ahora, y él ni lo sabe.

Doblo la hoja con cuidado y no la tiro, la meto en la caja metálica donde guardo lo que no quiero olvidar.

Y entonces, justo cuando el silencio ya empieza a pesar… suena la campana de la puerta.

Un golpe seco, sé que no es un cliente, no a estas horas. Me acerco a la puerta y ahí está Roy.

Roy McClane. Cabello rasurado, sonrisa torcida, ojos de rata lista para saltar. Ex Vulture, o eso dice, pero uno nunca deja del todo a esos hijos de puta.

—Jackie —dice, con voz arrastrada, como si me conociera más de lo que le conviene.

—Nadie me llama así —respondo, sin moverme del taburete.

Él levanta las manos, teatrero como siempre.

—Paz, hermano. Solo venía a ver cómo va la vida. Me han dicho por ahí que el Ink & Dust se está llenando de caras nuevas…

—¿Quién lo dijo?

Se encoge de hombros.

—Gente.

—Gente con parches —aclaro, bajando la voz.

Roy sonríe, no lo niega, ni falta que hace.

—Tú sabes cómo es. Los moteros huelen la sangre como tiburones. Vieron que alguien entró por aquí y no salieron contentos y se están preguntando si estás de vuelta, si juegas para alguien.

—No juego para nadie, Roy. Lo sabes.

—Lo sé —dice, y da un paso más—. Pero hay quien no.

Lo dejo acercarse, no es que me fíe, pero quiero ver hasta dónde llega.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Vienes por ti… o te mandaron?

—Yo solo vine a ver cómo estás. Pero ya que estamos… —se gira, como si estuviera examinando el local por primera vez—. Dicen que

vino un tipo elegante. Camisa negra, porte de jodido fiscal federal. ¿Sabes quién es?

Me tenso, solo un segundo, pero lo suficiente para que Roy sonría como quien acaba de clavar un anzuelo.

—Patrick —digo, despacio.

—Patrick O'Sullivan —remata él, como si acabara de encender una mecha—. Segundo del clan. Mano derecha de Declan. La voz que manda cuando el jefe no quiere mancharse los zapatos.

Y entonces… todo se quiebra. El aire, la lógica. La puta imagen que tenía de ese hombre.

Patrick O'Sullivan.

Mierda.

De todos los malditos nombres del norte de California, tuvo que ser ese.

—Estás de coña —murmuro, pero no lo estoy preguntando.

—¿Crees que habría venido a preguntarte si no fuera importante? —Roy se apoya contra la pared, como si pudiera relajarse—. Es O'Sullivan de arriba a abajo. Lo reconocieron los chicos del muelle. Uno de ellos juró que lo vio entrar a tu local, y si él lo vio… otros también.

La sangre me golpea las sienes.

—¿Y qué mierda quieren saber?

—Lo que siempre quieren saber —responde Roy—. Si estás trabajando para alguien, si te vendiste. Si el clan te puso bajo su ala y ahora eres el tatuador personal de la mafia irlandesa.

Me echo a reír, me sale una risa seca, sucia.

—¿Por un tatuaje?

—Un solo tatuaje basta para que hablen, Jack.

Me lo trago todo, la risa, la tensión, el miedo que no quiero sentir, porque joder, esto… esto no era parte del plan.

Patrick no es solo un hombre jodidamente atractivo con un trauma bajo la camisa. Es el hombre. El que da órdenes, el que tiene acceso a información que puede hacerme desaparecer si decide que soy un problema.

Y yo… yo ya le besé la boca creyendo que me pertenecía, convencido de que era mío, actuando como alguien que no tuviera

nada que perder.

—¿Qué coño sabes tú de los O'Sullivan? —le espeto.

Roy se encoge de hombros.

—Sé que no te conviene meterte con ellos. Ni para negocios… ni para pollas.

Silencio. La frase me atraviesa. No la dice por homofobia ni como un insulto. La dice con toda la razón.

Ya no es solo deseo. Es puro peligro. Es algo que puede joderme la vida si me equivoco un solo paso más.

Roy se endereza.

—Mira, te lo digo porque te respeto. Porque eres un hijo de puta que no se arrodilla ante nadie. Pero esta vez… quizás te metiste con alguien que sí puede romperte, y no con las manos.

—¿Y qué? —escupo, de pie ahora, mirándolo de frente—. ¿Vienes a advertirme… o a amenazarme?

Roy me sostiene la mirada y por primera vez, se pone serio.

—Ni una cosa ni la otra, pero escúchame, Maddox. Si Patrick O'Sullivan vuelve a pisar este suelo, más te vale tener claro quién está cazando a quién.

Cuando Roy se va, no lo sigo con la mirada, no le cierro la puerta, ni me molesto en recoger el eco de sus palabras, porque no vino a conversar ni a beber un trago, vino a soltar una verdad como si no acabara de incendiarlo todo.

La puerta queda entreabierta, el aire se cuela lento, sucio, y siento que flota en esta sala, es una mezcla áspera y caliente que se queda pegada al suelo, a la camilla, a mi puta piel.

Tinta. Sudor. Y deseo.

No de ese que se vive a solas, sino del otro, del que se arrastra por debajo de la lengua, del que se mete en los músculos sin pedir permiso, del que no desaparece aunque lo intentes arrancar con rabia o con miedo.

Y ahora que sé quién es, ahora que sé que Patrick no es solo Patrick, sino Patrick O'Sullivan, el segundo de Declan, la mano que corta, la voz que decide, la presencia que hiela el aire cuando entra en una sala, ahora que todo eso está claro, algo en mí se tensa, pero no retrocede, no huye ni se rompe.

Porque lo deseo aún más.

Porque ese cabrón entró en mi estudio con la mirada de un hombre que ha visto demasiada sangre y sigue eligiendo el silencio, con el porte recto de quien carga secretos que no se confiesan ni bajo tortura, y aún así, cuando lo tuve debajo de mis dedos, cuando la aguja tocó su piel y su respiración cambió apenas un grado, supe que había una grieta por donde poder entrar.

No importa si lleva un apellido que pesa más que un disparo, ni si su nombre está ligado a muertos, a silencios, no importa si con una sola orden puede hacer que todo lo que soy desaparezca como si nunca hubiera existido.

Nada de eso me frena, al contrario, me arrastra.

Porque un hombre como él no se entrega fácil, ni cede el control, y si lo hace, si lo hace conmigo, si me lo da aunque sea por un segundo, entonces ya no hay marcha atrás, porque lo voy a tomar todo, lo voy a morder desde dentro, lo voy a romper despacio hasta que no quede de él más que respiración entrecortada y esa forma suya de mirar como si todavía pudiera fingir que no siente nada.

Estoy encendido, no de forma juvenil ni impulsiva, no es una erección lo que me gobierna, ahora que lo sé, ahora que lo tengo claro, me da igual todo lo demás.

Me lo voy a follar igual.

Aunque me cueste este estudio, aunque tenga que quemarlo desde dentro, aunque los O'Sullivan me partan en dos, aunque Declan mande a uno de los suyos a sacarme los ojos, me lo voy a follar igual.

Si cree que puede entrar en mi mundo, tocar mi espacio, dejarme así, y marcharse sin pagar el precio, si de verdad piensa que esto fue solo un error, un impulso, un cruce mal calculado, entonces no tiene ni puta idea de lo que empezó.

Voy a meterme en él sin pedir permiso, voy a tocar donde nadie ha tocado, no solo su cuerpo, sino lo que esconde, lo que tapa con trajes negros y disciplina, voy a obligarlo a rendirse sin violencia, solo con deseo, hasta que no sepa si lo que lo rompe es la necesidad o el miedo, hasta que no pueda distinguir si quiere correr o quedarse para siempre.

Y cuando esté ahí, rendido, sudado, herido por dentro de tanto contenerse, cuando ya no le quede nada que no sea mi nombre mordiéndole los huesos, entonces sí, entonces lo voy a hacer mío.

De verdad. Sin piedad. Sin marcha atrás.

11

Patrick

Ha pasado una semana y no me lo he podido sacar de la cabeza. No es solo el beso, es la puta tensión que dejó detrás.

Es el silencio que me habita desde entonces, con la sensación de que mi cuerpo ya no puede volver a su forma original, de que lo dejé entrar más de lo que admito y ahora no sé cómo cerrarle la puerta.

No duermo bien, no como bien. Camino con el cuerpo tenso y los ojos más abiertos que nunca.

Y mientras tanto, los Vultures siguen moviéndose por la ciudad.

Han aparecido en un taller en la frontera norte, en un bar de mala muerte cerca del puerto, y uno —el más callado— fue visto afuera de un club donde los O'Sullivan tenemos vigilancia encubierta. No han cometido ningún error todavía. No han hecho ningún movimiento real, ni siquiera se han acercado de nuevo a Jack. Y, sin embargo, no me dan paz.

Y él tampoco.

El informe de Aidan lleva días sobre la mesa. Ya lo leí y lo estudié. Pero cada vez que lo miro, me cuesta no volver a repasar cada línea, como si en alguna palabra se escondiera algo que no vi, algo que me dé permiso para actuar, para soltar el nudo que llevo en la garganta.

[INFORME CONFIDENCIAL]

Nombre: Jack Anthony Maddox.

Alias conocidos: "Maddox" (uso común en registros penitenciarios y MC).

Edad: 32 años.

Lugar de nacimiento: Longview, Washington.

Nacionalidad: Estadounidense.

Estado civil: Soltero.

Afiliación criminal anterior: Black Vultures Motorcycle Club (Tacoma Chapter) – no vigente.

Antecedentes familiares:

Padre: David Maddox (fallecido) – historial de violencia doméstica y consumo de metanfetaminas.

Madre: Cynthia Maddox (fallecida) – múltiples ingresos hospitalarios por sobredosis y enfermedades relacionadas.

Hermana mayor: Rachel Sorensen (actualmente residente en Salem, Oregon) – sin antecedentes, casada, madre de dos hijos, sin contacto habitual con el sujeto.

Evaluación del entorno familiar: Desestructurado. Infancia marcada por negligencia parental, exposición temprana a violencia intrafamiliar y ausencia de referentes estables. El sujeto fue detenido por primera vez a los 15 años por vandalismo y altercado físico, pero no fue condenado. Comenzó a vincularse con entornos criminales en la adolescencia. No registra contactos cercanos familiares actuales.

Perfil educativo: Abandonó la escuela secundaria en el último año. No completó GED. Formación posterior autodidacta en dibujo, arte corporal y mecánica básica.

Historial criminal y judicial:

Cargos formales:

-Agresión en segundo grado.

-Violencia física con resultado de lesiones severas (fractura facial, múltiples contusiones), mediante objeto contundente (cadena metálica).

-Posesión criminal de arma blanca (Portaba una navaja automática al momento del arresto).

Resultado judicial:

-Aceptación del culpabilidad.

-Condena: 3 años de prisión estatal, sin libertad condicional los primeros 18 meses.

-Supervisión obligatoria posterior: 12 meses bajo régimen estricto.

Instituciones de cumplimiento:

-Ingreso inicial: Cárcel del Condado de Pierce.

-Traslado definitivo: Washington State Penitentiary – Walla Walla.

-Unidad: B-4, custodia media, monitoreo por afiliación MC.

-Comportamiento interno: 1 incidente menor (altercado verbal, sin agresión física); sin sanciones graves.

-Participación incompleta en programa de reintegración, sin finalización certificada.

Condiciones actuales de libertad supervisada:

-Sin necesidad de supervisión, pasados 5 años de los hechos.

Situación actual:

Propietario y operador del estudio de tatuajes Ink & Dust, registrado en Eureka, CA. Licencia de actividad en regla. Sin reportes recientes. Actividad estable desde hace dos años. Sin incidentes conocidos desde la liberación.

Observaciones adicionales:

-No se han detectado movimientos financieros irregulares.

-Contactos en la ciudad mínimos. Patrón de aislamiento voluntario.

-No registra vínculos actuales con el MC ni con otras bandas locales.

Propiedades y bienes registrados a nombre de Jack Anthony Maddox

Residencia actual:

-Dirección: 1185 Bridgewater Ave, Eureka, CA.

-Tipo: Casa individual de una planta.

-Superficie aproximada: 60 m²

-Terreno propio, patio trasero cercado, entrada directa desde la calle lateral.

-Ubicación: barrio industrial bajo, zona sin cámaras públicas, alumbrado irregular.

-Adquirida hace 2 años mediante compra directa, sin hipoteca.

-Pagos de servicios al día, sin solicitudes de mantenimiento ni licencias recientes.

-Sin movimiento social notable: no se han registrado visitas frecuentes ni convivientes.

Vehículos registrados:

Harley-Davidson Dyna Street Bob.

-Color: negro mate.

-Año: no especificado.

-Placas vigentes.

-Asegurada legalmente.

-Uso habitual para trayectos cortos en la ciudad.

-Aparcada de forma regular frente al Ink & Dust o en su edificio.

-Modificada (escape, suspensión, asiento) – no infringe normativa vigente.

Chevrolet Express Van (modelo extendido).

-Color: gris oscuro.

-Sin distintivos.

-Interior adaptado para transporte de material pesado (se sospecha uso para el estudio o eventos no oficiales).

-Registro limpio.

-Inspección técnica al día.

-Circula con menor frecuencia que la Harley.

En papel, no representa una amenaza inmediata. En papel, es agua pasada. Pero yo no leo papeles, leo cuerpos. Y ese cabrón tiene escrito peligro con letras de neón.

Y aunque no hay pruebas de contacto reciente con el club, aunque Aidan no encontró conexiones ni movimientos sospechosos, y no tengo más que la coincidencia de esos moteros apareciendo cerca de su estudio… no puedo dejarlo estar.

Así que hago lo que sé que no debería hacer. Lo que se supone que no hace un hombre como yo, un O'Sullivan, el segundo de Declan, el que nunca mezcla lo personal con lo operativo.

Voy a verlo.

Solo es por obtener información… eso me repito mientras conduzco. Eso, y nada más.

Hilfiker Lane no cambió en siete días, pero yo sí.

Hoy no llevo traje, no quiero parecer lo que soy. No vine como O'Sullivan, vine como Patrick. Solo la camisa, la chaqueta de cuero, las botas limpias y la pistola. eso siempre.

Entro sin llamar, como si tuviera derecho, y ahí está.

Sentado al fondo, dibujando algo que no me interesa. El lápiz se detiene apenas me ve y me mira como si ya supiera que esto iba a pasar.

—Necesito hablar contigo —digo, sin más vueltas.

—No pareces venir por otra sesión —responde, con la voz tranquila de quien no se inmuta.

—No vengo por eso.

—¿Entonces?

—Vengo porque sé quién eres y quiero saber si tengo que preocuparme.

Se toma su tiempo. Cierra la libreta, deja el lápiz y se levanta. Cruza el espacio hasta quedar frente a mí y cuando me habla, no noto burla en su tono, habla con una calma que me descoloca.

—¿Y quién creés que soy?

—Ex Vulture. Preso por agresión. Clasificado como miembro activo de una banda criminal. Sin derecho a rodearse de los tuyos y, sin embargo, los tuyos están en la ciudad, están aquí, y tu estás en el medio.

Jack asiente solo una vez. No se defiende y no lo niega.

—No tengo relación con ellos. No los llamé y no los quiero cerca. Hace años que no monto, y desde que salí, nadie me ha buscado. Si ahora están aquí… no es por mí.

No respondo, le escucho y no sé porqué le creo, pero igualmente no me basta.

—No quiero sorpresas, Maddox. No puedo darme ese lujo.

—¿Y yo qué soy para ti? ¿Una sorpresa? ¿Un error? ¿O un problema?

No contesto, porque no lo sé y porque, en el fondo, esa no es la pregunta que me está haciendo.

Nos quedamos frente a frente. El silencio se vuelve espeso, tenso, cargado. Es el mismo de antes, pero más oscuro, mucho más afilado.

—¿Viniste a controlarme o a buscar excusas para volver? —me lanza, sin suavidad.

—Vine a asegurarme de que no seas una amenaza.

—Demasiado tarde —responde, y sus ojos no se apartan de los míos—. Ya soy una amenaza para ti.

12

Jack

No es la hora, ni el clima, ni la rutina del día lo que cambia el aire en el estudio.

Es él.

Patrick entra como si el espacio fuera suyo sin quererlo y la rabia le tirara del pecho y la disciplina le frenara los músculos justo antes de romper algo.

Cierra la puerta tras él, pero no del todo, y durante un instante, el silencio se extiende como una cuerda tensa entre los dos, respirando más que nosotros.

Es un silencio denso, con filo, un silencio que conozco demasiado.

Viene con la misma cara de siempre, esa máscara que nadie le arranca, ese semblante sereno que huele a violencia latente, a dominio aprendido, a guerras ganadas sin moverse del sitio.

Pero yo lo veo, lo veo en los hombros, en la forma en que no mira nada más que a mí. En la manera en que se planta ante mí como un jodido juez que ya dictó sentencia y solo quiere confirmar el veredicto.

Y entonces habla sin rodeos y me escupe que sabe quién soy. Me lo lanza al rostro como si pudiera sacarme con eso del tablero.

No esperaba que lo dijera así. Tan limpio, tan directo, tan… O'Sullivan. Y, al mismo tiempo, no esperaba otra cosa.

Ese cabrón no sabe entrar sin patear una puerta, incluso cuando no la toca.

Por dentro, la tensión se mueve, pero no me dejo ver. Me levanto sin prisa y lo miro con la calma que aprendí a fuerza de no sobrevivir si me temblaban las manos.

Me recita mi condena convencido de que eso debería asustarme. Ex Vulture. Preso. Agresor. Lo dice sin levantar la voz, pero lo deja

caer esperando que el suelo se abra bajo mis pies.

Y yo lo dejo hablar. Que saque todo lo que ha estado cargando desde hace días, que escupa el informe que seguramente ha leído hasta desgastarlo, que intente usarlo como escudo, porque yo sé que no hay escudo que le sirva cuando lo que nos une no tiene forma, ni lógica, ni nombre. Solo electricidad.

Y eso no se detiene con datos.

No tengo relación con ellos —le digo, y sé que su oído entrenado sabrá que no miento—. No los llamé y no los quiero cerca. Hace años que no monto, y desde que salí, nadie me ha buscado. Si ahora están aquí… no es por mí.

Él no se mueve, pero algo en su respiración se altera. Minúsculo, pero lo noto. Esa exhalación sostenida, ese ajuste casi imperceptible de la mandíbula, ese segundo de pérdida de control que se le cuela por las grietas.

—No quiero sorpresas, Maddox —advierte, con la voz baja que es más peligrosa que un grito.

Y ahí me sale la verdad. Cruda y sin filtro.

—Ya es tarde para eso. Ya soy una amenaza para ti.

Lo digo sin levantar el tono y sin intención de provocarlo. Pero con la templanza de quien ya se ha colado por una rendija que él no sabe cómo volver a sellar.

Él no lo dice, pero lo sabe. Sabe que no soy lo que vino a buscar, pero que lo que encontró no encaja en su mundo limpio de jerarquías y estructuras donde todo tiene nombre y lugar.

Y sin embargo, vuelve.

Vuelve aunque no debería. Aunque algo en él sepa que si cruza esa línea otra vez, ya no hay regreso posible a su zona de confort.

—Yo también sé quién eres tú —añado, bajando apenas el tono—. No tienes el monopolio de la información.

Él me observa, tenso, pero no sorprendido.

—Patrick O'Sullivan. Segundo de Declan. Mano derecha del rey. El que limpia sin dejar rastro, el que se sacrifica sin hacer ruido.

Lo veo endurecerse, noto su orgullo, su rabia. Sé que piensa en todo lo que representa y que, por un segundo, se tambalea si se mira al espejo y me ve ahí, reflejado.

—Estamos a la par —digo sin suavizar nada—. Tú sabes quién soy, yo sé quién eres. ¿Y ahora qué?

Lo dejo en el aire y espero su reacción.

Lo que venga después ya no depende de mí. Él cruzó la puerta, él eligió enfrentarme. Él cargó su cuerpo de tensión y me entregó la oportunidad de romperlo o sostenerlo.

—Podemos trabajar juntos —dice Patrick al fin, con ese tono que no busca acercarse, sino marcar territorio. Lo dice como quien lanza una cuerda al cuello de otro y espera ver si aprieta o no.

No me sorprende lo que dice, pero sí la forma. Tan directa. Noto que en su interior tiene una lucha, que necesita hablar antes de pensar demasiado, antes de que la lógica le gane la partida a lo que, evidentemente, le quema desde dentro.

—¿Y eso qué significa exactamente? —pregunto sin burlas, pero sin suavidad.

—Significa que tú ves cosas que yo no, que te mueves en círculos que no figuran en mis informes. Si los Vultures están aquí, hay hilos que tú puedes leer más rápido que cualquiera de los míos. Y significa también —añade, con una pausa tan corta como tensa— que si hay algo sucio en esa presencia, me interesa saberlo antes de que explote.

—¿Y tú qué ofreces a cambio?

—Protección, cobertura, acceso a información que no circula fuera del círculo interno. Movimientos, rumores, nombres. Si trabajamos con la cabeza, ambos ganamos. Tú limpias lo que te rodea, yo me aseguro de que no se te metan por la espalda.

Lo dice sin pestañear, pero el lenguaje de su cuerpo lo traiciona. Está incómodo, pero por mí, está incómodo consigo mismo, con el hecho de que, por mucho que quiera vestir esto de necesidad táctica, sabe que no es solo eso.

Y yo lo sé porque su incomodidad no tiene forma política. Es física, es la misma que yo sentí la primera vez que lo tuve frente a mí y pensé "ya está hecho".

—Suena útil —respondo al cabo de unos segundos, y no añado más, porque ya lo noto deseando cerrar este momento, terminar lo

que vino a decir, marcharse antes de que esto se le escape de las manos.

Y justo cuando está a punto de dar un paso hacia la puerta, hablo.

—Antes de que te vayas… quiero ver cómo va el tatuaje.

Se queda quieto. No gira la cabeza, no responde, solo respira más hondo.

Sabe que no es una petición inocente y sabe que no tiene nada que ver con la tinta. Y, aun así, tras un par de segundos que pesan como acero oxidado, asiente sin palabras y se vuelve hacia mí.

No le digo nada más. Me acerco con la misma calma con la que uno acerca un cuchillo a la piel. Alzo la manga con cuidado, sin prisa, y dejo que la tela ceda bajo mis dedos. El vendaje fue retirado hace días, la piel está limpia, pero aún fresca, aún viva.

La tinta se ha asentado bien: la daga es negra, recta, imponente, y la cicatriz bajo ella no desaparece, pero ahora parece parte del arma, no de la herida.

Mis dedos rozan su piel. No lo toco con brusquedad, dejo que la yema se deslice por el borde del tatuaje, desde la empuñadura hasta donde el diseño muerde un poco más la carne. Lo hago sin mirar directamente su rostro, pero sé perfectamente lo que está ocurriendo.

Siento la tensión bajo su brazo, la rigidez en sus músculos, ese silencio absoluto en su respiración, como si el simple contacto estuviera sacudiéndole más de lo que debería.

—Ha cicatrizado mejor de lo que esperaba —murmuro, con la voz más baja que tengo, como si no quisiera interrumpir lo que estamos generando, y supiera que cualquier palabra en alto podría romper el equilibrio que pende de un hilo invisible entre los dos.

—Hiciste un buen trabajo —responde, seco.

No retiro la mano todavía. Recorro el filo con el pulgar, apenas un roce, apenas un suspiro entre pieles y siento el temblor leve que no quiere mostrarme, pero que está ahí.

No es miedo, es deseo contenido. Fuego bajo el hielo.

—Todavía no está acabado —digo, y ahora sí alzo la mirada, justo cuando mis dedos tocan piel sin tinta.

Patrick no dice nada, traga saliva y eso basta. Su pulso está ahí, vivo, golpeando por dentro.

—¿La dejamos para la próxima sesión? —pregunto, sin mover la mano.

—Sí.

—¿Estás seguro de que vas a aguantar hasta entonces?

No contesta, pero sus ojos ya lo dijeron todo. Entonces se aparta. Un paso. Dos.

El aire se enfría en cuanto su cuerpo deja de tocar el mío.

—En una semana —dice, aferrándose a la fecha como a un ancla, repitiéndola para convencerse de que así mantiene el control.

—Te estaré esperando —respondo, sin sombra de burla.

Asiente, se gira hacia la puerta, justo antes de salir, sin mirarme, suelta una frase que me atraviesa más que cualquier amenaza:

—Esto no cambia nada.

No contesto, porque los dos sabemos que lo cambia todo.

La puerta se cierra detrás de él, y aunque no da un portazo ni se detiene a mirar, deja el aire abierto, cortado, como si lo que no dijo hubiera quedado suspendido entre las paredes, todavía latiendo.

Me quedo un instante quieto, no puedo moverme. Su olor sigue en el aire, su calor en mis dedos. Su voz, jodidamente firme, repicando dentro del pecho como una advertencia que no busca asustar, sino marcar territorio.

Y el problema es que lo ha marcado.

No solo su brazo, no solo su cuerpo, también a mí. Me ha marcado por dentro y me jode admitirlo.

Camino hacia la mesa como si no pasara nada, finginendo que soy el mismo de esta mañana, pero no lo soy, al menos no del todo. Me siento frente al diseño que estaba retocando antes de que él entrara, pero la mano ya no responde igual. El lápiz se vuelve torpe, las líneas no fluyen. Me sorprendo repitiendo un mismo trazo, sin avanzar, sin encontrarle sentido.

El primer cliente entra diez minutos después. Un tipo grande, cuello de toro, barba descuidada y un diseño tribal que quiere repasar. Habla rápido, me explica lo que quiere sin detenerse a mirar

si lo estoy escuchando. Asiento, tomo nota, preparo la estación. Todo como siempre.

Pero mi cabeza no está aquí. Mis dedos se mueven por memoria, la máquina zumba en mi mano, y la tinta entra como debe, con precisión y sin errores. Pero yo no estoy viendo ese brazo, ni esa piel, ni ese diseño.

Estoy viendo el suyo.

La línea de la daga, el borde exacto donde termina la empuñadura. Ese punto donde la tinta se mezcla con la cicatriz. Esa vena que saltaba cuando lo toqué, y su respiración, sostenida con tanta fuerza que parecía a punto de estallar.

Me esfuerzo por concentrarme. Termino el trabajo, lo limpio, cobro, doy las indicaciones y cierro la ficha.

Al minuto siguiente ya no recuerdo ni su nombre.

El segundo cliente entra apenas media hora después. Una chica joven, voz suave, ojos tímidos. Quiere una frase en la clavícula. Algo personal, doloroso , que me repite dos veces y aún así se le quiebra la voz.

Le hablo como siempre, con ese tono áspero que uso cuando no quiero que se me acerquen más de lo necesario. Me concentro en el trazo, en el equilibrio, en la curvatura exacta. Y sin embargo, mientras la aguja avanza, mi mente sigue atrapada en otra escena.

La suya.

Patrick, inmóvil, con la manga levantada y el cuerpo cargado de esa tensión que no se ve, pero se siente. Su piel bajo mis dedos. Su pulso en la yema de los míos. Su puta voz diciendo "esto no cambia nada", mientras todo a su alrededor gritaba lo contrario.

Termino la frase, pero ya no sé si hablo con ella o conmigo. Cuando se larga, me quedo solo otra vez. El estudio en silencio, el olor de la tinta y el desinfectante flotando en el ambiente. Todo está en orden, todo menos yo, yo estoy en guerra.

No sé si es una buena idea trabajar con él, no sé si será útil, si servirá de algo. Tal vez estemos firmando una tregua que no va a durar ni una semana.

Pero no voy a negármelo. Lo quiero cerca, se me calcina la sangre cada vez que pienso en él con esa chaqueta de cuero que le marca

los hombros y con esa puta boca que no me besó hoy, pero que me sigue ardiendo como si lo hubiera hecho.

Patrick O'Sullivan es peligroso. Pero no por lo que puede hacerme, sino por lo que ya está haciendo. Y aunque intente ignorarlo, lo sé. Estoy más jodido de lo que pensé.

13

Patrick

Hay semanas que no se anuncian como una guerra, pero lo son igual. No por los tiros ni por los cuerpos, sino por todo lo que hay que sostener sin que nadie lo note.

Esta es una de esas.

Lunes, 7:05. Estoy en la puerta de casa de Declan antes de que la cafetera termine su ciclo. Natasha me abre con una sonrisa que intenta sostenerse, aunque el cansancio ya se le nota en los ojos, en los gestos lentos, en la forma en que se abraza el vientre sin darse cuenta. Está de cuatro meses y aunque todavía no saben si son niñas o varones, si vendrán con la furia O'Sullivan o con la templanza de ella, ya se nota que no es un embarazo ligero.

Declan no lo dice, pero no duerme como antes. Se le acumulan las ojeras y la tensión en los hombros, como si ya estuviera peleando contra lo que aún no ha nacido.

Nos sentamos en la cocina. Él revisa el informe que preparé anoche. No habla mientras lee, solo asiente mientras yo espero.

—¿Quiénes son los de Garibaldi's que se movieron al canal sur?

—Dos camiones que pasaron sin permiso. Los paramos, dijeron que era un malentendido.

—¿Y tú les creíste?

—No.

Se pasa una mano por la cara. Natasha le deja el café delante y se va sin decir más. Sabe que cuando hablamos así, nada bueno sigue.

—¿Lo solucionaste?

—Por ahora sí, pero estoy seguro de que querrán probar otra entrada. Están tanteando puntos muertos.

Declan deja el informe y me mira como solo él sabe mirar: sin juicio, pero midiendo. Siempre midiendo.

—Haz que Seamus los distraiga. Nada violento, pero que sientan presión. Si vuelven a mover algo sin nuestro sello, entonces nos sentirán en los huesos.

Asiento y salgo de la casa con un plan claro.

Martes, 10:30. Reunión con la gente de los astilleros. Se están retrasando con la descarga de los contenedores "especiales", y uno de los nuestros —un chico nuevo, familia lejana de los Maguire— cometió el error de exigir explicaciones a gritos. Ahora está desaparecido.

Lo localizo por la tarde. Vivo aunque aterrorizado. Lo arrastro de vuelta, lo encierro dos días en el almacén de Carson Street y hago que Aidan le muestre exactamente por qué no se alza la voz si no tienes agallas para afrontar las consecuencias.

Miércoles, 18:15. Liam llama. Cosa rara, porque no suele hacerlo. Me dice que vio a dos tipos italianos hablando con un par de empleados de la lavandería de Dunphy. Demasiada casualidad.

—¿Quieres que me acerque? —pregunta.

—No. Quiero que me digas qué hacías ahí.

Silencio. Luego, suspira y me cuenta que no estaba vigilando. Estaba con una chica, una que trabaja ahí, al parecer. Le digo que no quiero saberlo, y le recuerdo, sin levantar la voz, que es un O'Sullivan. Que si quieren joder a Declan, lo harán a través de nosotros, de los que parecen menos importantes, de los que estan distraídos.

—¿Se lo vas a decir? —pregunta, con ese tono herido que arrastra desde niño.

—No. Pero haz que no me arrepienta.

Cuelgo y me quedo un rato con el teléfono en la mano, apretándolo como si fuera un gatillo.

Jueves, 8:00. Desayuno en la casa familiar. Mamá ya está sentada, no dice mucho, pero su presencia basta para ordenar la mesa. Declan y Natasha llegan tarde. Aidan no viene y Seamus tampoco. Solo somos Liam y yo.

Ella nos mira como si pudiera ver más allá del hueso.

—¿Qué pasó en Carson Street, me llamó Fiona Maguire?

Le digo la verdad, sin adornos, nunca le miento. Asiente con ese gesto de madre que no bendice ni perdona, solo archiva.

—Cuídalos —dice—. Incluso cuando no se lo merezcan.

Ese "cuídalos" me retumba todo el día.

Jueves, 23:40. Visito a un contacto en la comisaría de Old Harbor. Me entrega una copia del informe que los italianos están tratando de esconder: un tiroteo menor, nadie muerto, pero el nombre de uno de los suyos está entre los presentes. Un tal D'Angelo. Joven e impulsivo. Probablemente buscando gloria.

Lo guardo, más tarde lo leeré con calma. Sé que esto nos da una carta, pero aún no sé cómo jugarla.

Viernes, 9:00. Vuelvo a casa de Declan. Natasha sigue dormida. Él está en el despacho, en la misma silla de siempre, con el gesto de quien ya vio venir todas las guerras. Le paso el informe sin palabras, lo hojea, luego me lo devuelve.

—Bien hecho.

No necesito más, pero igual pregunto:

—¿Y si esto escala?

Declan me mira fijamente, como si ya supiera la respuesta desde hace días.

—Entonces los ahogamos antes de que aprendan a nadar.

Asiento y me levanto. El día apenas empieza, pero ya huele a pólvora.

Y mientras cruzo el umbral de esa casa que es más fortaleza que hogar, sé que no puedo aplazarlo más. Ha pasado una semana, el tatuaje debe completarse, pero no es la tinta lo que me lleva de vuelta a él.

Es todo lo que quedó ardiendo bajo la piel.

Y aunque sé que cruzar esa puerta otra vez va a quemarme desde dentro, no pienso retroceder. Porque soy un O'Sullivan y si tengo que caminar directo hacia mi infierno personal… lo haré con la cabeza alta y los puños cerrados.

La puerta del Ink & Dust se cierra tras de mí con ese sonido sordo que no deja lugar a dudas. Jack está en su sitio, concentrado, inclinado sobre el torso desnudo de un cliente.

La máquina zumba en su mano con una constancia hipnótica, y su rostro, completamente enfocado en lo que hace, tiene una gravedad distinta. No me ve, o no quiere verme. Y por alguna razón que prefiero no nombrar, agradezco esa pausa.

Me quedo de pie, apoyado contra la pared, los brazos cruzados, sin prisa. Tengo una sensación extraña, de pronto me gusta estar así, siento una necesidad de observar, de entenderlo.

Algo en su forma de moverse me atrapa: la precisión con la que desliza la aguja, el gesto cuidadoso al limpiar la tinta, la forma en que inclina apenas la cabeza cuando necesita revisar un ángulo.

No hay prisa en él, pero tampoco vacilación. Todo está medido, pesado, ejecutado como si el cuerpo le respondiera con la misma exactitud con la que lo hace un arma bien calibrada.

No sé por qué no puedo dejar de mirarlo. No es sólo que sea bueno en lo que hace, es que lo hace con una concentración que contrasta brutalmente con lo que vi de él la última vez.

Esa boca insolente, ese cuerpo dispuesto al conflicto, esa lengua afilada que no se muerde ni para salvarse. Ahora es otra cosa, es silencioso. Casi... vulnerable. Sé que no lo es, pero lo parece.

Cuando acaba, da indicaciones al cliente, le acompaña a la puerta y por fin se gira y me mira.

—Eres puntual —dice, sin más.

—Dijiste una semana.

—Pensé que lo ibas a cancelar.

—Lo pensé —respondo, sin apartar la vista.

Camino hacia la camilla, me quito la chaqueta, doblo la manga con precisión. Me siento y dejo el brazo expuesto. Él lo toma sin pedir permiso, lo examina con la misma atención que le vi usar hace unos minutos, pero esta vez la presión de sus dedos dura un poco más de lo necesario, el pulgar sigue la línea del tatuaje y suelta una exhalación leve, casi imperceptible.

—Cicatrizó bien. No te saltaste nada, por lo visto.

—Seguí tus instrucciones. Nada más.

—Curioso que justo tú seas tan obediente.

Lo dice sin burla, sin sonrisa. Pero lo deja caer con intención. Yo no digo nada, el silencio entre nosotros se tensa.

—Vamos a completar el sombreado, darle profundidad al filo, y añadir la gota roja —dice, bajando el tono, como si estuviéramos solos en un cuarto que no admite testigos.

—Bien.

Él prepara la tinta, calibra la máquina, limpia el borde del tatuaje con un gesto suave, profesional. Cuando se inclina para empezar, su cuerpo queda más cerca del mío de lo que debería, su respiración roza mi piel y su brazo me toca con un movimiento premeditado, y sé que me está probando. No con palabras, con gestos.

—Los Vultures siguen en la ciudad —digo, sin girar el rostro.

—¿Y siguen cerca del estudio?

—No. Pero no me gusta que anden dando vueltas sin motivo, no me gusta no saber si tienen algo que ver contigo.

—No los he visto. No tengo más contacto y no quiero tenerlo.

Silencio. Solo la aguja entrando y saliendo, la presión leve de sus dedos sobre mi piel, y su aliento golpeando de vez en cuando mi muñeca, como si no supiera lo cerca que está.

—¿Y si mientes?

—Entonces haz lo que viniste a hacer.

Su voz no tiembla. Ni una sola vibración fuera de lugar, por eso jode más. Porque lo dice con la frialdad de alguien a quien no le importa, con la seguridad de quien sabe que, aun siendo culpable, yo no dispararía todavía.

—No tengo nada que esconder —añade, la aguja bajando más lento ahora, trabajando el borde—. Pero si quieres seguir vigilando, adelante, tal vez te sirva para lo que no quieres admitir.

—¿Qué es lo que no quiero admitir?

Jack alza la mirada. Por primera vez en toda la sesión, deja de tatuar.

—Que viniste por algo más que el tatuaje.

Levanto la mirada, él la sostiene. La aguja sigue en mi piel, pero ya no la siento, solo noto su cuerpo cerca, el calor que emana, el modo en que se me clava sin tocarme más de lo justo.

—Yo creo que viniste a ver si el ansia se ha alejado. A comprobar si ya no me deseas, si lo que sentiste fue un error. Pero no lo es y lo sabes.

La gota roja empieza a tomar forma bajo la aguja. Justo al final de la daga, donde la sangre tendría que caer.

Jack no dice nada más.

Sigue trabajando, en silencio, pero yo lo siento todo. Cada roce de sus dedos, cada punto de presión, cada movimiento exacto sobre mi piel. Me toca con la precisión de un cirujano, pero no hay nada clínico en lo que ocurre entre nosotros. No cuando el calor de su cuerpo me alcanza, cuando mi respiración se rompe de forma tan sutil que él no la oye, pero yo sí.

La cabeza me va a mil. No pienso con claridad, no razono. Solo estoy ahí, sentado, ardiendo por dentro mientras él sigue marcándome como si supiera que con cada línea nueva me arranca algo más que la piel.

Cuando termina, limpia con cuidado. Pasa la gasa una vez, dos, aplica crema con movimientos suaves, atentos, como si todavía hubiera algo frágil en mí que no quiere romper del todo. Coloca el film, lo ajusta y se queda observando la pieza durante un segundo más de lo necesario, sin querer admitir que ha acabado.

El tatuaje ha quedado perfecto. No solo técnicamente, perfecto en su brutalidad, en su peso, en lo que representa. Un arma sobre la cicatriz, una marca que no la oculta, la realza.

Jack se quita los guantes con un tirón firme. No se levanta, se sienta frente a mí, sin decir una palabra, con los codos sobre las rodillas y la mirada clavada en la mía. No lo siento como una provocación, es otra cosa.

Me mira atravesándome por dentro. Con la precisión de quien sabe exactamente qué parte de mí estoy intentando sostener con fuerza para no venirme abajo, y lo peor es que lo logra. Me desnuda con los ojos, me atraviesa el pecho con una sola mirada sostenida. Me siento vulnerable, expuesto, atrapado en algo que no tiene nombre.

Me va a salir el corazón por la boca, durante un buen rato no digo nada, me muevo. Hasta que algo cede, algo que ya no puedo sostener. Y me rompo.

Me quiebro en el silencio más absoluto, sin sangre, sin gritos, sin ruido. Solo con la certeza brutal de que no puedo seguir fingiendo

que no lo deseo, que no lo pienso, que no lo llevo clavado como un aguijón en cada respiración desde que lo vi.

La garganta me arde, la boca me pesa. El corazón me golpea tan fuerte que por un instante pienso que va a estallar, que va a salirse del pecho y caer al suelo delante de él, desbordado, inútil, rendido. Y por primera vez en toda esta guerra silenciosa entre lo que soy y lo que no puedo ser, dejo de pelear.

No lo pienso ni evalúo las consecuencias. Simplemente me inclino hacia él, cruzo el espacio que él no cruzó, cierro los pocos centímetros que nos separan y lo beso con hambre, con furia, con todo el dolor que he contenido y toda la rabia de haberlo deseado en silencio. Con todo el miedo de admitir que lo quiero.

Lo beso como si su boca fuera la única salida de este infierno en el que me encierro cada noche. Como si ese contacto pudiera devolverme el aliento que perdí en cuanto cruzó por primera vez mi puerta mental.

Su boca es calor, peligro… Y me devora.

No se resiste, al contrario. Se abre, se inclina, me recibe con una facilidad que me desarma aún más, con la certeza de quien llevaba tiempo esperando justo esto, con la seguridad de quien lo sabía desde mucho antes que yo.

Me sostiene por la nuca, aprieta, domina el beso con una mezcla perfecta de control y hambre, y yo me dejo llevar. Sin pensarlo más me dejo, sin culpa, sin límites, sin fuerza para negarme.

Su lengua entra en mi boca como una maldición y una promesa, húmeda, caliente, brutal. Se enreda con la mía, me muerde el labio inferior con la misma intensidad con la que se me clavan sus dedos en la nuca. Me besa como si pudiera leer todo lo que no he dicho, y traducir la guerra que llevo dentro sin necesidad de palabras.

Y yo me rompo un poco más.

Porque no siento solo deseo ni atracción. Es algo más profundo, más sucio, más oscuro. Es el reconocimiento de una verdad que me carcome desde dentro. No importa cuánto intente negarla, esquivarla, taparla con otras bocas, con otros cuerpos, con otras excusas.

Es él.

Y en ese beso, en ese maldito beso, lo admito con todo, con la rendición de mi lengua buscando la suya, mis labios apretados contra los suyos como si ese contacto fuera lo único real que tengo ahora mismo. Mi respiración quebrada entre sus dientes, las manos que aprietan los bordes del asiento porque si lo toco, si lo agarro, si me aferro a él, ya no voy a saber cómo volver atrás.

Y así, sin más, me entrego por completo.

Y cuando al fin me separo, cuando el aire vuelve a entrar en mis pulmones con el peso de lo irreparable, no lo miro, si lo hago, sé que va a haber algo en su rostro que no voy a poder soportar.

Porque esto es algo más real que cualquier cosa que haya sentido antes. Algo que no pertenece a mi mundo, que no tiene cabida entre los códigos que me criaron, las reglas que he seguido toda la vida sin dudar, sin fallar.

Yo no puedo tener esto, no con él, con ningún hombre. No hay espacio para esto en la estructura que sostengo.

Y, sin embargo, lo que siento está aquí, y me atraviesa el pecho como un arma blanca, me arde en la garganta, me tiembla en las manos.

Lo besé y lo sentí.

Y aunque todo en mí quiere negarlo, ya es demasiado tarde. No creo que pueda volver atrás.

14

Jack

Lo siento antes de que ocurra, antes incluso de que se incline, lo noto en la forma en que el aire entre nosotros cambia de temperatura, en ese segundo donde el control que siempre carga como un escudo empieza a resquebrajarse y lo que queda debajo es pura necesidad, cruda, viva, innegable.

Es un gesto mínimo, un matiz en su respiración, en la forma en que su boca deja de tensarse y se abre apenas, con el cuerpo adelantándose al juicio, incapaz ya de sostener el muro que ha mantenido erguido desde que cruzó por primera vez esta puerta.

Y entonces me besa.

Sin armadura, se rinde. No a mí, a lo que lo quema por dentro. A eso que ha negado, esquivado, silenciado.

Su boca cae sobre la mía como un golpe limpio, una descarga eléctrica directa al centro del pecho, y aunque lo había imaginado romperse ante mí mil veces, en mis sueños más sucios y mis silencios más cargados, nada se parece a esto, porque en sus labios hay rabia, miedo, hambre, pero también entrega, y es esa mezcla la que me destroza por dentro.

Su boca se abre, su lengua apenas roza la mía y ya no hay marcha atrás. Lo tengo. Y no hay Dios, ni clan, ni amenaza que me lo arranque ahora.

Agarro su nuca con más fuerza, mis dedos se entierran en su piel como si pudiera tatuarle el momento, marcarle este instante con algo más que deseo. No se aleja ni se resiste, aunque no me toca.

Sus manos están firmes sobre la camilla, como si necesitara algo que lo ancle, algo que lo salve del vértigo. Pero no se va, se acerca más.

Mi otra mano se desliza, lenta, firme, sobre su pierna, sube hasta su rodilla, la cubre, la reclama, y él no se aparta, no me detiene, me permite ese contacto.

Y por dentro, algo se deshace. Porque sé lo que cuesta ese silencio, sé lo que pesa ese permiso no dicho, y no voy a arruinarlo. No voy a romperlo.

El beso crece. Ya no es una búsqueda, es una afirmación. Nos devoramos. Lengua contra lengua, dientes que raspan, labios que muerden, respiraciones que ya no encuentran su ritmo.

Lo siento temblar, apenas, lo justo, y mi polla arde dentro del pantalón, tan jodidamente tensa que me duele, que siento que va a romper la cremallera si no lo toco, si no lo tengo más cerca, si no me dejo arrastrar con él a este abismo que hemos abierto a medias pero que ya nos traga enteros.

Semanas deseando esto. Semanas imaginando este sabor, este calor, este cuerpo cediendo aunque no lo diga. Pero esto supera todo lo imaginado.

Porque lo tengo frente a mí, besándome con una urgencia que no sabe manejar, dándome la boca como quien entrega un secreto, como si no supiera si mañana podrá sostener lo que ahora admite.

Y yo lo siento, lo muerdo, lo recibo con todo lo que soy, con todo lo que llevo conteniendo desde ese primer día en que entró al estudio con esa cara de piedra y el fuego en la sangre.

Esto no es sólo sexo. No es solo un error que va a intentar borrar mañana. Esto es la grieta por donde perderse.

Y pienso acompañarlo hasta donde me deje, hasta donde su cuerpo aguante. Porque si me besa así… si me desea así… entonces ya no tengo razones para soltarlo y no pienso hacerlo.

Su boca sigue pegada a la mía y es un infierno. Uno húmedo, oscuro, glorioso. El tipo de fuego que no se apaga, que no se enfría, que no se sobrevive. Y entonces lo hago.

Subo la mano despacio, como quien toca dinamita y no quiere detonar nada… todavía.

Pero en cuanto llego a su entrepierna, el cuerpo no me da opción: lo siento duro. Increíblemente duro. Tenso, vibrando de deseo, como si llevara días a punto de estallar.

Y aunque él no dice nada, aunque se queda quieto como una estatua, siento el pequeño estremecimiento que lo delata. Esa chispa. Ese "sí" contenido entre músculos apretados y silencio brutal.

No se aparta ni me detiene. Y eso me incendia más de lo que soy capaz de decir.

Mis dedos se mueven, suaves primero, explorando, tanteando, con esa mezcla de respeto y hambre que sólo se tiene cuando estás tocando algo prohibido que llevas demasiado tiempo deseando. Su polla late bajo mi mano con vida propia, consciente de que ahora es mía, aunque él aún no lo diga.

Empiezo a masajearlo. Y él… se pierde.

Se entrega a mi boca tras soltar su maldita armadura. Su lengua me busca, se enreda con la mía, me muerde.

Jadea contra mis labios con la intensidad de un primer contacto. Y, joder, me vuelve loco. Porque es Patrick O'Sullivan. Porque es hielo, acero, estructura y ahora está derritiéndose entre mis dedos y mi lengua.

Y entonces su mano sube, me toca. Apenas un roce en la nuca, pero es como si me hubiese abierto el pecho con un cuchillo. Es el primer contacto consciente. No es un reflejo, es una maldita elección.

La piel se me eriza con la sensación de que me hubiera tocado el alma, el cuerpo se me tensa de golpe, mis caderas quieren más, mi boca lo quiere todo, y ya no pienso, no razono, solo muerdo, más profundo, más salvaje, más mío.

Su mano no es suave. Me agarra con fuerza, me sostiene sin saber tocar de otro modo, con el deseo manifestándose así: con presión, con contención al límite, con el miedo latiendo debajo de la piel.

Y eso, joder… eso me hace arder.

Mi mano sigue frotando su polla con más intensidad, sintiendo cómo tiembla, cómo se aprieta los labios para no gemir, cómo contiene el cuerpo porque si se deja llevar, se pierde.

Baja su mano a mi cintura, me agarra, me empuja hacia él, y el contacto es tan físico, tan real, que por un instante siento que voy a correrme sin que me baje los pantalones, sin que me roce más allá

de esa mirada, de ese agarre, de esa tensión entre los dos que está a punto de desbordarse.

Estoy tan duro que me duele. La cremallera me corta. La polla me palpita. Y lo único que quiero es sacarla, abrirle el pantalón, tocarlo piel contra piel, verlo perderse en mis manos como está empezando a hacer en mi boca. Quiero más. Todo. Ya.

Pero el universo, como siempre, se caga en nosotros. La puerta se abre.

El sonido es un latigazo, la presencia, una bofetada. Patrick salta, se separa como ante una quemadura, como si yo fuera el error que no se puede repetir. Y durante un segundo, lo juro por todo, solo pienso en matar, desgarrar, romper al que sea que tuvo los cojones de interrumpir esto.

—¡Largo! —escupo, sin girarme siquiera, con una furia que me quema la garganta.

El intruso desaparece. No importa quién era, no importa qué quería. El momento se ha roto y por dentro, siento el vacío brutal de lo que no llegó a estallar.

Estoy seguro de que se irá, que huirá, que va a esconderse detrás del apellido, del deber, del clan. Que esto fue un instante robado que no se repetirá.

Pero entonces me sorprende.

Levanta la cabeza, me mira a los ojos, sin máscara. No hay rabia, solo él. Crudo, expuesto.

Y dice:

—No voy a negarlo más.

Trago saliva, no me atrevo a moverme.

—Te deseo —añade, la voz baja, tensa, temblando en el límite—. No sé cómo manejar esto, no sé si puedo. Pero sé que no quiero frenarlo. Quiero seguir adelante.

Y mi mente explota.

Porque no esperaba eso. Porque jamás creí escuchar esas palabras de su boca, por mucho que lo imaginé, que lo soñé, que lo deseé hasta doler, no creí que él lo admitiría. No así, tan real.

Y ahora que lo ha dicho… ahora que lo tengo justo donde jamás pensé tenerlo… estoy tan jodidamente perdido como él.

15

Patrick

El sonido de la puerta se siente como un disparo sordo. Me atraviesa el pecho, me arranca del deseo como si me hubieran tirado de golpe fuera del único lugar donde todavía respiraba.

El cuerpo reacciona antes que yo. El impulso es claro, directo, brutal: salir de aquí, cubrirme, fingir que esto no pasó. Volver a cerrar las puertas, a poner los muros, a hacer lo que he hecho toda mi vida.

Pero no lo hago, me quedo quieto.

Me doy cuenta de que no quiero huir, ya no puedo fingir que no ha pasado nada. Porque su boca sigue en la mía incluso cuando el contacto se rompe, su olor sigue pegado a mi piel. Porque tengo la polla dura y el alma rota y lo único que sé con certeza es que ya no hay marcha atrás.

Levanto la mirada, lo busco. Lo encuentro ahí, con el pecho subiendo y bajando despacio, con las manos a los lados del cuerpo sin decidir aún si va a tocarme de nuevo o va a dejarme ir. Me mira atravesándome, intentando descifrar qué hago todavía aquí, esperando que me largue, que lo niegue, que lo entierre fingiendo que no significó nada.

Pero no lo hago.

—No voy a negarlo más.

Las palabras salen más ásperas de lo que pensaba, como si me arrancara una parte del cuerpo para poder decirlas, aun así, las digo. Porque necesito hacerlo, siento que me queman, lo que siento es más fuerte que todo lo que he vivido hasta ahora.

Trago saliva sin moverme todavía, lo miro de frente y sigo.

—Te deseo. No sé cómo manejar esto, no sé si puedo. Pero sé que no quiero frenarlo. Quiero seguir adelante.

El silencio que sigue es un hilo tenso entre los dos. Él no contesta de inmediato, simplemente me observa. Me atraviesa con los ojos, con esa mirada que tiene filo, que tiene historia, que tiene hambre. Y luego, da un paso… otro.

Se acerca como si no supiera si va a atraparme o a romperme.

—Veamos dónde nos lleva esto —murmura, ya frente a mí, con la voz baja, raspada, con el peso de quien pronuncia algo que cuesta más que cualquier caricia.

Me coge de la nuca. El contacto es firme, seguro, sin violencia pero con poder. No cierro los ojos, quiero verlo. Lo miro mientras lo hace, mientras su mano me rodea con esa mezcla de control y deseo que me deja sin defensa, cuando su boca vuelve a encontrar la mía, ya no hay espacio para dudas.

No me besa con hambre, lo hace con intención. Me besa leyéndome con la lengua, cada roce convertido en promesa. Saborea, respira sobre mis labios antes de volver a morderme. Me toma sin prisa, consciente de que ahora el tiempo juega a su favor.

Y yo… me dejo hacer, porque ya he cruzado la línea y sé que ya no hay marcha atrás. Porque quiero esto, quiero más.

Su boca se mueve sobre la mía, húmeda, caliente, firme. Y mientras el beso se profundiza, mientras siento que se mete dentro, que me desarma de formas que nunca pensé posibles, susurra contra mi labio:

—Me va a encantar enseñarte hasta dónde puedes llegar.

Y lo peor —o lo mejor— es que quiero que me lo enseñe todo.

Lo abrazo fuerte, como si pudiera meterlo dentro del pecho, aferrarme a él lo suficiente para que no desaparezca. Lo acerco más, me aprieto contra su cuerpo, y mi cadera se mueve por pura necesidad, por pura hambre contenida.

Nuestras pollas se rozan, apretadas bajo la ropa, calientes, firmes, al borde de perder el control. El contacto no es suave, ni casual. Es crudo, urgente, el tipo de roce que busca fricción, que quiere más, que lo necesita ya.

Siento cómo su cuerpo responde al mío, se mueve contra mí sin pedir permiso, presiona con la misma intención con la que yo empujo.

El vaquero se convierte en una prisión caliente entre nosotros. La fricción es sucia, precisa, perfecta. Si sigo, si uno de los dos no para esto, voy a correrme ahí mismo, sin que me toque la piel, solo frotándonos, con su aliento en mi boca y su mano todavía en mi nuca.

Pero entonces recuerdo dónde estamos. La puta puerta sigue abierta y cualquiera puede entrar.

—Deberíamos parar —murmuro, sin soltarlo, sin alejarme del todo —. Antes de que alguien más interrumpa.

Él se tensa un segundo, y sé que no quiere hacerlo. Está como yo, al límite. Su cuerpo me pide lo mismo que el mío al suyo. Pero también sé que entiende que no es el momento. Que si lo llevamos más lejos ahora, lo vamos a romper, no el deseo, lo que puede venir después.

Me muerde el labio en respuesta, con esa rabia contenida que lo define. Yo le muerdo de vuelta, porque no puedo evitarlo, porque no quiero quedarme sin su sabor. Y entonces lo veo sonreír No es una sonrisa entera, es una media sonrisa. Un destello real, cálido. Humano. Es la primera vez que lo hace y me desarma por completo.

Nos separamos lentamente, a regañadientes. Me paso la mano por el pelo, intento recomponerme, encontrar un poco de orden dentro del caos que me dejó su boca. Me abrocha un botón con calma, me pongo la chaqueta y cuando empiezo a respirar de nuevo, él habla.

—Esta noche.

Su voz es grave, baja, pero llena de intención.

—En tu casa o en la mía.

—En la mía —respondo sin pensar, directo—. Necesitaré controlar al menos el espacio.

Él asiente y no hace ningún comentario, como si le gustara que lo haya dicho así. Me mira un segundo más, y yo le doy la dirección.

—A las ocho estaré allí —dice.

No hay vacilación en su respuesta.

Me pongo la chaqueta y antes de salir, me detengo, me giro y le doy un último beso, sin poder evitarlo.

—Ya no hay vuelta atrás —dice, sin apartarse de mis labios.

—No soy de los que huye —susurro contra su boca.

Él se queda quieto y noto cómo sus labios se curvan otra vez.

—Me gustará descubrirlo, estirado —dice, con ese tono que es casi un reto.

—Me gustará demostrártelo, capullo.

Y me voy, con la respiración alterada, con la polla todavía tensa bajo la ropa, el pecho abierto, y cien kilos menos sobre los hombros. Porque contra todo pronóstico… elijo lanzarme con todo.

Salgo del estudio medio flotando, con el cuerpo caliente, la respiración agitada y el pulso tambaleándose en las muñecas, como si hubiera corrido una pelea que no terminé de ganar, tengo la sensación de que lo que acaba de pasar me ha reventado por dentro y ahora estoy… suspendido.

Necesito parar, me obligo a hacerlo. Me apoyo contra el coche antes de abrirlo, respiro hondo, una, dos, tres veces, intentando recomponerme, bajarme de esta marea que no pedí, pero que ya no puedo evitar.

Tengo trabajo, responsabilidades. Una puta familia entera sobre los hombros.

Y no puedo aparecer delante de Aidan con esta cara, con el cuello todavía ardiendo del roce de su barba, con la mandíbula tensa de tanto contener lo que no dije, lo que no grité. Tengo una comida con él, vamos a repasar información, patrones, posibles movimientos de los italianos, cosas que importan, cosas reales. Si entro allí con esta cara, lo va a notar. Él me lee, siempre lo ha hecho.

Subo al coche y cierro la puerta con más fuerza de la necesaria. Me quedo en silencio con el motor aún apagado, el sonido de mi propia respiración llenando el habitáculo.

Me miro al espejo retrovisor y ahí estoy, igual que siempre. Mis ojos, mi boca. La misma chaqueta, el mismo corte de pelo, la misma expresión de tipo que no se rompe nunca. Pero algo dentro ya no encaja con esa imagen, algo ha cambiado. No sé el momento exacto, no sé si fue cuando lo besé por primera vez o cuando él me tocó como si ya me conociera de antes… pero lo siento. Soy distinto del hombre que entró en ese estudio.

Y lo peor, o lo mejor, es que no quiero volver a ser ese otro.

Sé que estoy en un problema. Uno grande. En mi mundo no hay espacio para lo que acaba de pasar. Aquí no se habla de eso, no se contempla ni se perdona. Hombres como yo no se acuestan con otros hombres, al menos no abiertamente. Al menos no sin consecuencias.

Siempre he estado con mujeres, me han gustado desde que tengo memoria. Me atraen, me excitan. Nunca he dudado de eso ni he sentido que faltara algo. No he tenido conflictos, ni preguntas, ni vacíos escondidos bajo la piel. He vivido con esa seguridad como si fuera parte de mi ADN. Jamás he sido de los que se cuestionan.

Porque hasta ahora nunca lo había pensado demasiado, nunca me había pasado. No me considero afeminado, no me escondo bajo etiquetas que no me definen, ni busco justificaciones.

Tengo la seguridad de que esto no es un capricho ni un simple calentón. No es una fantasía que se disipa en cuanto entra otra mujer a la habitación. No es una noche que se pueda borrar con más whisky o con otro cuerpo entre mis manos. Es algo que me atraviesa, que me desmonta, que se ha colado en mí sin permiso.

Es él.

Hay algo dentro de mí que me arrastra hacia él con una fuerza que no entiendo, con un magnetismo sucio, brutal, inevitable. Algo que no puedo controlar, que ya no quiero controlar.

Y estoy cansado. Cansado de luchar contra un impulso que no se apaga, que no me suelta, que se ha metido en mi sangre como veneno dulce, lento, irreversible.

He pasado demasiadas noches queriendo olvidarlo, fingiendo que se me pasará. Pero ya no quiero. No después de su boca, de sus manos, de su forma de mirarme como si pudiera arrancarme el alma y hacerme pedirle más.

Sacudo la cabeza y me obligo a dejar estos pensamientos para más tarde.

Entonces suena el teléfono. Es Declan.

—Han visto a uno de los italianos en nuestro territorio, Patrick. Zona Norte, en W Street, al lado del taller. —Su voz es seca, como siempre, pero más afilada que de costumbre—. Tanteando.

Eso no es casualidad.

—¿Quién está cerca?

—Seamus. Ya va para allá.

Trago saliva. Mierda, pobre desgraciado. El italiano, no Seamus. No tiene ni idea de lo que se le viene encima. Si Seamus lo alcanza primero, y no tiene órdenes de aguantar, lo va a destrozar antes de que podamos preguntarle nada.

—Lo llamo yo —respondo, volviendo al presente con la rapidez que solo el instinto me permite.

—Hazlo, y avísame si necesitas respaldo.

Cuelgo y arranco. Tomo aire, y ahora sí, me pongo en marcha. Marco el número de Seamus mientras tomo una curva cerrada, el volante firme entre las manos. Responde al tercer tono, con la respiración agitada.

—¿Ya lo tienes? —pregunto, directo.

—Lo tengo a la vista. Está solo, creo que no sabe ni por dónde le da el aire —responde, y puedo oír la sonrisa en su voz, esa que siempre anticipa problemas.

—Escúchame bien, Seamus. Lo quiero con vida. Entero. Nada de romperle los dientes antes de que hable, tenemos que interrogarle.

Hace una pausa muy breve.

—Haré lo que pueda —dice al fin, riéndose, como si eso fuera mucho pedir—. Pero si me insulta, no prometo nada.

Cierro los ojos un segundo y respiro hondo.

—No lo mates.

—No si no me obliga —contesta, aún con esa risa de fondo, como si acabáramos de apostar por cuánto va a resistir el italiano.

Cuelgo. Sé lo que significa ese tono, si no nos damos prisa, lo vamos a encontrar hecho puré. Solo rezo para que pueda hablar lo suficiente antes de que empiece a ahogarse en su propia sangre.

Llamo a Aidan de inmediato.

—Cambio de planes. Quedamos directamente en el foso de Seamus. Tenemos a uno para sacarle información, y no tenemos mucho margen.

—Voy saliendo —responde, sin necesidad de preguntar más.

Cuelgo. Piso el acelerador y en mi interior, bajo toda la tensión que implica este día… Jack sigue ahí, ardiendo bajo mi piel.

16

Jack

Cuando la puerta se cierra tras él, me quedo de pie, en blanco, con el cuerpo aún encendido, el pulso lento pero cargado, como si cada parte de mí siguiera procesando lo que acaba de pasar.

No me muevo, me quedo así un rato largo, sin saber cuántos minutos pasan, solo con el eco de su aliento todavía pegado a mi boca y esa imagen suya —esa maldita imagen suya— caminando hacia la salida con el paso firme de quien toma decisiones que le rompen el pecho.

No hay aire suficiente en este estudio para calmar el incendio que deja.

La puerta vuelve a abrirse. Silas entra con una bolsa de comida barata y una mirada rápida, por suerte, no pregunta nada. Me lanza el gesto habitual, deja los envases en el mostrador y se sienta en su taburete mientras yo intento recuperar la cabeza.

—La lista de esta tarde no pinta mal —dice mientras revisa el libro de citas—. Una manga completa, un cover-up en la clavícula, y el chico de las llamas. Lo de siempre.

Asiento y le respondo algo, no recuerdo qué exactamente, algo sobre sombreado o sobre distribución de tiempo, lo suficiente para que no sospeche que estoy completamente desconectado. Porque lo estoy.

No pienso en agujas, ni en tinta, ni en clientes. Solo pienso en esta noche. En Patrick. En su boca, en su cuerpo duro como el puto mármol. En cómo se movía contra mí, en cómo apretaba la mandíbula como si le doliera resistirse.

Y en cómo voy a hacerle pagar todo el jodido calentón que me ha tenido aguantando estas semanas. Cada mirada suya, cada silencio

cargado. Cada línea de su puta espalda bajo la camisa que me he imaginado mordiéndole hasta arrancársela.

Voy a hacer que tiemble, que arda, que suelte ese maldito control aunque sea a base de lamerle la columna vértebra por vértebra. Pero también sé lo que hay, sé que no puedo precipitarme. Si me lanzo como hago con todos los demás, lo asustaré, no quiero asustarlo. No quiero que huya.

Porque esta vez algo en mí me dice que no es solo sexo. No es solo un cuerpo que quiero follarme hasta dejarlo temblando. No es una noche para sacarme las ganas y después volver a lo mío como si nada. Sé que no es eso, aunque joda reconocerlo.

Con él hay algo más, algo que no entiendo, que no controlo y sobretodo, algo que no pedí.

Lo quiero cerca y no solo desnudo y jadeando debajo de mí. Lo quiero ahí, en mi espacio, en mis horas muertas, en el ruido y en el silencio. Lo quiero aunque no sé por qué ni para qué.

Y eso me descoloca, me rompe los esquemas. Nunca me ha pasado, jamás me ha importado nadie más allá de lo que puedo sacarles en una noche. Nunca he necesitado quedarme con nada y ahora quiero más, siento que deseo más que un polvo de una noche.

No sé si es obsesión o si es algo más jodido. No tengo nombre para esto, solo sé que me quema, que lo quiero, que no pienso soltarlo.

Así que esta noche será un camino nuevo para ambos. Uno que, lo quiera o no, vamos a explorar juntos.

—¿Jack?

La voz de Silas me arranca del trance. Está de pie junto a la estación, con la mano levantada y esa ceja arqueada que me pone de los nervios cuando se cree que me está leyendo.

—¿Qué?

—Te acabo de decir que el tipo de las llamas quiere cambiar el diseño. Otra vez. Quiere incluir su puta fecha de nacimiento en números romanos.

Resoplo.

—Dile que si quiere un calendario, que vaya a la cárcel a tatuarse con un mechero y un boli. Yo no hago mierda simbólica de niño de secundaria con trauma infantil.

Silas se ríe, porque sabe que hablo en serio.

—¿Y el de las alas en la espalda?

—Que se vaya a volar a otro sitio.

—Perfecto. —Y se encoge de hombros—. Entonces me lo dejas a mí. Lo tatuaré tan mal que seguro que no vuelve.

El día avanza entre agujas, humo y sarcasmo. Uno tras otro, los clientes van entrando. Algunos con nervios, otros con bocetos que parecen sacados de Pinterest para idiotas. Aguanto porque no me queda otra, necesito distraerme, aunque sea un poco o voy a matar a alguien.

Pero ni siquiera el zumbido de la máquina consigue apagar el nombre que me retumba dentro.

Patrick. Patrick. Patrick.

Lo pienso mientras trabajo, mientras delineo, mientras estiro piel ajena con manos que preferirían estar en otro cuerpo, en otra espalda. En la suya para ser exactos.

Son las cinco y cuarto cuando el aire cambia. La puerta se abre sin delicadeza, como si alguien no necesitara permiso para romper un espacio ajeno.

Silas alza la vista antes que yo.

—No —murmura, y se pone de pie, rápido, tenso como un puto resorte.

Yo no necesito girarme para saber quién es. Lo siento entrar por la puerta, ese tipo de caos viene con nombre propio.

Ruby.

La ex de Silas. Loca de atar. Tatuada hasta los párpados y más impredecible que una puta granada sin seguro.

—¿Vienes a joder o a gritar? —le digo sin girarme aún—. Porque sea lo que sea que quieras, ya puedes largarte.

—Hola, Jack. Yo también me alegro de verte, cariño —dice con esa voz aguda, torcida por la sonrisa—. Solo venía a saludar a Silas. ¿No te molesta, verdad?

Silas se pone delante de ella como si fuera a bloquear una tormenta. Los ojos le tiemblan, pero sé que no es miedo, es pura rabia.

—Lárgate, Ruby. No es un buen momento.

—¿Cuándo lo fue, bebé? ¿Cuando tiraste mis cosas por la ventana? ¿O cuando te follaste a esa camarera sosa en el baño del Atomik?

—No empieces —gruñe él.

—Demasiado tarde, ya empecé.

Avanza un paso. Yo ya tengo la mano en el mostrador, por si tengo que sacar algo, y no hablo de una libreta.

—Este sitio apesta a mentiras —dice, escaneando el estudio con la mirada llena de veneno—. ¿Qué pasa, Jack? ¿Ya te aburriste de las putas?

Con toda la calma del mundo, digo:

—Cinco segundos para largarte.

Ella se ríe como una loca. Esa risa que todos sabemos que precede al desastre.

—¿Qué pasa? ¿Te molesta que sepa que te follas a todo lo que se mueve?

Silas ya no se contiene, va hacia ella y la agarra del brazo.

—¡Te dije que no volvieras!

Ella lo empuja con fuerza, pero no la suficiente. Silas la retiene sin apretarla, la cara roja, los dientes apretados. Ella se le pega como una víbora con perfume barato y se restriega con él.

—¿Me vas a echar? Venga, hazlo, pégame si tienes huevos. Así llamo a la poli y te arruino este tugurio de mierda.

Yo me acerco despacio, tranquilo. Me planto a un metro y medio de ella.

—Silas, suéltala. Yo me encargo.

Él me mira, tenso, pero lo hace, la suelta, yo la encaro.

—Te vas ahora, Ruby. O te saco yo mismo. Y no te va a gustar.

Ella se ríe. Esa risa suya, aguda, hiriente, más cerca del colapso que del humor, da un paso hacia mí convencida de que todavía tiene poder, de que aún queda algo suyo aquí.

—¿Qué pasa, Jack? ¿Te crees con derecho a echarme? ¿A ti quién te hizo sheriff de este antro?

—Nadie. Pero soy el único que no va a pensarlo dos veces si tengo que arrastrarte por la acera.

Se queda mirándome, buscando una grieta que no tengo. No encuentra nada, así que se gira hacia Silas, los ojos desorbitados.

—Tú. Eres un jodido cobarde —le escupe—. No vales ni lo que costó ese maldito tatuaje de mierda que te hice en el pecho. ¿Te acuerdas? ¿O ya se lo mostraste a otra zorra?

Silas se tensa, los puños apretados, la cara encendida, pero no se mueve. No responde. Solo la mira como quien ve a un incendio arrasando los restos de una casa vacía.

—Ruby —dice con los dientes apretados—, vete antes de que diga algo que no voy a poder arreglar después.

—¿Después? —ladra—. ¿Después de qué? ¿Después de quedarte solo como el imbécil que siempre fuiste?

Silas se lanza una mano al pelo, se da media vuelta. No puede con ella, y yo ya he tenido suficiente.

La empujo hacia la puerta.

—Se acabó —digo con voz baja, afilada—. O sales caminando, o sales volando. Tú eliges.

Ella me sostiene la mirada unos segundos, pero no tiene nada más que ofrecer, toda ella es pura rabia vacía y drama.

Escupe un insulto que no me molesto en registrar y sale dando un portazo con tanta fuerza que las paredes tiemblan.

Silas golpea el mostrador con la palma abierta. No habla ni me mira pero sé lo que pasa por su cabeza.

Yo recojo mis cosas en silencio. Mi chaqueta, las llaves, el mechero. Todo al alcance de la mano.

—¿Vas a casa? —pregunta sin girarse.

—Sí.

—¿A despejarte?

—A prepararme.

Silas asiente. No pregunta más, se queda ahí, como una sombra cansada, recogiendo los restos de un día que se alargó demasiado. Yo solo pienso en lo que pasará a partir de ahora.

17

Patrick

Aidan me espera fuera, recostado contra el coche, con los brazos cruzados y el rostro impasible. Me tiende un cigarro sin decir nada, y yo lo acepto, no lo necesito, pero me recuerda que aún tengo algo que quemar. Lo enciendo, inhalo, dejo que el humo me llene los pulmones y me vacíe la cabeza, aunque no lo consigue del todo.

—¿Listo? —pregunta, sin urgencia.

—Nunca lo estamos —respondo, sin girarme.

El trayecto hasta la sala donde Seamus trabaja con el italiano es breve, pero el silencio que nos acompaña pesa como si estuviéramos en un campo minado. No es el tipo de tensión que asusta, esta anuncia que el caos ya ha ocurrido y ahora solo queda verificar los daños.

Cuando llegamos, la sala apesta a encierro, a humedad vieja, a sangre reciente. Aidan empuja la puerta sin avisar. El sonido que nos recibe no es un grito, ni un golpe, es una risa. Suave, ligera, afilada.

La reconozco al instante. Emily.

Entramos sin preguntar. El espacio está bien iluminado, y sin embargo, todo lo que importa está en el centro: el italiano, atado a una silla reforzada, la cara hecha un desastre, los ojos hinchados, la camisa empapada de sudor y sangre y Seamus, de pie frente a él, con un bisturí en la mano y la expresión concentrada de un artista en plena obra.

—…y si cortas justo aquí —le dice a Emily, con voz pausada, casi didáctica—, pierde el control del dedo por completo. No vuelve a su sitio, se cae como si no existiera.

Emily observa con los brazos cruzados, el suéter manchado, la mirada fija. No hay asco en ella, ni incomodidad, hay algo parecido a la fascinación. Como si estuviera escuchando una lección de

anatomía clínica, no presenciando un interrogatorio que roza la tortura quirúrgica.

—Lo entiendo —dice, con una calma que solo puede venir de alguien que ya ha visto lo peor.

—Es hermoso cuando el cuerpo responde al miedo. La precisión se vuelve… pura.

No los interrumpo. Camino despacio, dejo el abrigo sobre una silla vacía y me acerco al centro como si entrara a una habitación quirúrgica, no a una escena de interrogatorio. Aidan se queda atrás, vigilante, en silencio. Lo suyo no son las palabras.

—¿Se contuvo? —pregunto a Emily, sin quitar la vista del italiano.

Seamus sonríe apenas, sin apartar la mirada de su paciente.

—Digamos que está lo bastante entero para hablar… pero ya no va a escribir poesía con las manos.

—Qué considerado —murmura Aidan desde la sombra.

Emily me lanza una mirada rápida.

—No me dejó hacer nada —dice, con un deje casi infantil.

—Estás aprendiendo esta técnica —explica Seamus, como si hablara de su aprendiz de cocina—. Hay que observar antes de aplicarla, es una técnica delicada.

—Delicada no es la palabra que yo usaría —respondo, aunque por dentro lo admiro. Seamus tiene una manera perversa de transformar la brutalidad en una obra de arte.

El italiano levanta la cabeza con esfuerzo. Tiene el rostro desfigurado, pero los ojos aún sostienen algo parecido al orgullo. Le va a durar poco.

Seamus se agacha, le sostiene el rostro con los dedos manchados de sangre seca. Le habla suave, como a un animal herido.

—¿Ya tienes palabras o sigo jugando?

El tipo asiente con un gesto leve, me acerco un paso más y me agacho a su altura.

—Habla y hazlo bien. Porque si balbuceas o mientes, Seamus va a sacar un juguetito nuevo, y no creo que te guste.

El silencio se rompe por su voz cascada, pastosa, rota.

—No era una amenaza… queríamos entender quiénes eran.

—¿Quiénes? —pregunta Aidan, sin levantar la voz, pero con una precisión que corta más que cualquier bisturí.

—Moteros. Nuevos. No iban armados ni buscaban problemas, pero hacían preguntas. Querían saber quién manda aquí, quién controla las rutas.

Cierro los ojos un segundo. La sangre me late en las sienes.

—¿Black Vultures?

—No lo dijeron. Pero los parches dicen eso, aunque podría ser algo nuevo pero conectados. Nadie pregunta eso sin tener a alguien detrás.

Seamus lo suelta, se limpia las manos con una toalla impoluta. Emily le ofrece una botella de agua. Él bebe mientras el italiano sigue hablando entrecortado, como si cada palabra le doliera en la lengua.

—Nos dijeron que estaban tanteando el terreno, que querían entrar sin molestar. Pero eso nunca es cierto, nadie avisa sin intención.

—¿Y por qué vosotros? —insisto.

—Porque según dijeron, si había que hablar con alguien… era mejor con nosotros. Menos riesgo.

—¿Y si entrábais en ese juego…?

—Podíamos ganar influencia, tener algo que ofrecer. Nada concreto aún, solo tanteo.

Aidan resopla.

—Genial. Italianos jugando a la diplomacia con buitres hambrientos.

—No volverá a hablar —dice Seamus, con tono definitivo—. Pero ya ha dicho todo lo que importaba.

Emily le acaricia la espalda sin que él lo note, o tal vez sí, pero no reacciona. Son así ambos. Tan jodidos que se entienden sin filtros.

Aidan revisa su reloj y me lanza una mirada seca, sin palabras. Sé lo que quiere decir: esto ya está, no hay nada más que sacar aquí.

Recojo mi chaqueta, me limpio las manos con una toalla que huele a cloro y sangre, y salimos sin ceremonias. El italiano se queda atrás, magullado pero con todos los órganos funcionando. Ha hablado, ha sido útil y por hoy, eso lo mantiene vivo.

El sol sigue en lo alto cuando cruzamos la puerta. Nos recibe un aire denso, tibio, cargado con ese olor a calle quieta que suele engañar a los que no entienden que el peligro no siempre grita.

En el coche no hablamos, cada uno procesa a su manera lo que acabamos de confirmar y lo que eso significa.

Y mientras avanzamos por las calles que ya conocemos de memoria, en dirección a la casa grande, me invade ese pensamiento absurdo, casi cómico, de que en unos minutos vamos a estar sentados a la mesa como si acabáramos de salir de misa. Como si torturar a un hombre fuera simplemente otra parte de nuestro horario laboral.

La ciudad sigue latiendo allá afuera y sé que los Vultures están ahí, esperando. Pero nosotros, ahora mismo, vamos a comer en familia.

La casa de Declan huele a carne asada, a pan recién horneado, a familia que se niega a dejar de comer junta. El reloj marca casi las cuatro cuando cruzamos la puerta. Mamá está de pie frente a la cocina, el delantal manchado, los brazos cruzados como si pudiera lanzar cuchillos con los codos.

—Llegáis como si no supierais leer la hora —dice sin gritar—. Y sin avisar, por supuesto.

—Hubo imprevistos.

—Claro. Y yo soy Santa Claus en vacaciones.

Natasha se ríe desde el sofá, las piernas encogidas, los ojos hinchados del cansancio que arrastra. Los gemelos ya están ganando espacio.

Seamus entra detrás de nosotros y deja una caja sobre la mesa.

—Galletas —dice—. Las que te gustan, con más chocolate que masa.

Mamá suspira, pero le sirve igual. Nos sirve a todos como siempre. Nos hace sentar y nos lanza pan caliente como si fuera munición bendita.

La mesa se llena en minutos. Liam llega último, en silencio, con esa forma suya de entrar sin hacerse notar. Siobhan cruza las piernas, observa sin intervenir, con la misma mirada que aprendió a usar para no mostrar fisuras. Ryan la rodea con el brazo y nadie dice

nada por un rato. Comemos, bebemos, fingimos que hoy fue un día cualquiera.

Pero luego llega el tema. Los moteros. Las rutas. Las preguntas.

La posibilidad de que los Vultures estén rondando y la idea de que los italianos estén buscando un puente que no podemos permitir.

—Si cruzan la linea —dice Declan, cortando la carne con calma—, se acaba la tregua.

—No podemos esperar —añado—. Tenemos que ir hacia ellos antes de que encuentren aliados.

—¿Queréis guerra abierta? —pregunta Siobhan—. ¿Otra vez?

—Quiero control —responde Declan—. Lo que venga después, se maneja.

Mamá entra, reparte más vino, ignora las palabras, como si no fueran reales mientras no las nombres directamente.

—No dejéis que se enfríe la comida —dice. Y con eso basta.

La conversación deriva. Seamus cuenta una historia sobre un idiota que se tatuó mal el nombre de su madre. Emily se ríe, Aidan lanza una pulla sobre los italianos que parece inocente, pero huele a pólvora. Y por un rato, solo somos eso. Familia.

Cuando cae la tarde, me despido.

Declan me acompaña hasta el recibidor, me clava los ojos con esa forma suya de verte sin hablar.

—¿Estás bien?

—Estoy en marcha.

—¿Eso es un sí?

—Es lo que hay.

Asiente y me da una palmada en el hombro.

—Ten cuidado.

Salgo al frío con el abrigo sobre los hombros, la cabeza cargada y un zumbido persistente en el pecho. Subo al coche, enciendo el motor, pero tardo unos segundos en arrancar.

Hoy ha sido un día productivo. Hemos obtenido respuestas, confirmado sospechas y preparado el terreno.

Y, sin embargo, lo que me quema ahora no es eso. Es Jack.

Va a venir a mi casa, a mi espacio. Vamos a cruzar una línea de la que no sé si podré volver. Mi cuerpo lo quiere, pero mi cabeza… mi

cabeza está hecha un desastre.

No sé qué pasará cuando cruce esa puerta. No sé quién voy a ser con él, ni qué va a ver en mí. Pero sé esto: No quiero que se vaya.

Y ese deseo, brutal, sin condiciones, me asusta más que cualquier guerra en la calle.

18

Jack

El trayecto se me escapa. No registro calles, ni semáforos, ni el ruido del tráfico. Solo noto el pulso lento, marcado, ese que me golpea en la garganta desde que lo toqué, desde que lo besé. Desde que dijo que sí.

Abro la puerta de casa y Havoc ni se inmuta. Está tirado en el sofá con el hocico apoyado en una pata y una ceja levantada como único saludo. Me ignora con ese desdén aristocrático que solo tienen los perros saciados y los mafiosos cansados.

Dejo las llaves, cruzo el pasillo y me deshago de la camiseta como si pesara, con la sensación de que lleva horas apretándome el pecho. Voy al baño sin detenerme, la casa queda en silencio tras de mí.

La ducha me recibe con un golpe de agua tan caliente que casi quema. Lo dejo correr. No quiero tibieza, quiero limpieza, precisión, control.

Me lavo despacio, con intención, como si pudiera dejar atrás no solo el sudor del día, sino también todo lo que arrastro. Me preparo porque sé lo que puede pasar. Y si voy a tener su cuerpo debajo del mío… si voy a hundirme en él de verdad, si me va a dejar entrar, no pienso improvisar.

Me afeito con calma, los nudillos firmes, la mandíbula tensa. El espejo me devuelve una mirada que no reconozco del todo. No soy el Jack que usualmente folla y se va. Esta noche no va de eso, esta noche quiero quedarme.

Cuando salgo, el vapor llena el cuarto. Me visto en silencio, nada llamativo. Todo negro, todo ajustado. Limpio, claro y directo. Cada hebilla, cada cinturón. Cada capa puesta como si fuera una promesa.

Me miro al espejo una última vez y siento algo de vértigo. Sé que algo va a cambiar esta noche y no tengo intención de detenerlo.

Tomo las llaves de la Harley. El rugido del motor rompe el aire de la tarde y me centra, me ancla. La dirección que me dio Patrick está lejos del estudio. Lejos del humo, del asfalto sucio y el ruido familiar. Subo por calles más limpias, silenciosas. Más… civilizadas. Cada manzana que cruzo es una capa menos de mi mundo, y una pisada más en el suyo.

El edificio es moderno, elegante, con esa clase de diseño que grita dinero sin necesidad de ostentar. Seguridad privada, cristales tintados, hormigón sin grietas.

Aparco frente a la entrada y ya me siento observado. Hay tipos en la puerta, otros en los márgenes. No parpadean, pero me miran como si llevara dinamita en el pecho. Y no se equivocan, llevo algo más volátil aún.

Entro y el portero ya me espera. No dice mi nombre, no pregunta nada, coge el teléfono, escucha, asiente y me indica con un gesto que aguarde. Y entonces… el ascensor se abre.

Y aparece él.

Patrick O'Sullivan. Impecable e inalcanzable.

Está serio como la muerte. Lleva una camisa perfecta, el cabello en su sitio, sin una arruga, sin una sombra fuera de lugar. Parece sacado de una portada de revista, de esas que detesto, de esas que hablan de éxito y elegancia, como si no existiera el barro del que venimos todos. Y aun así, no puedo dejar de mirarlo.

Porque esa perfección que proyecta… voy a romperla. Con las manos, con la boca, con cada centímetro de placer que he estado guardando sólo para él.

Y me lo juro a mí mismo. Esta noche va a ser nuestra y no va a olvidarla nunca.

Se acerca a mí y me tiende la mano. No hay sonrisa ni gestos innecesarios. Solo ese movimiento firme, tranquilo, que dice más que cualquier saludo forzado. Se la doy sin vacilar, sin tener que demostrar nada, pero con toda la intención de sellar algo más que una simple reunión, algo que aún no tiene nombre, pero que ya se mueve entre nosotros como una corriente imposible de ignorar.

—Bienvenido —dice, sin solemnidad, pero con peso. —Sígueme.

Y lo hago.

Entramos en el ascensor sin tocarnos, sin miramos demasiado. Mantenemos la distancia justa, como dos hombres que están a punto de cerrar un trato importante. La energía es densa, eléctrica, como si cualquier roce pudiera encender algo que todavía ninguno se atreve a provocar.

El ascensor no tiene botones, solo un lector digital que se enciende en azul pálido cuando él acerca la mano. Subimos en silencio, la tensión flota entre nuestros cuerpos como un hilo tirante que ninguno corta.

Las puertas se abren a un distribuidor pulcro, silencioso, con una sola puerta al fondo. Patrick vuelve a alzar la mano, el lector reconoce su huella y la cerradura se libera con un clic sordo. El apartamento se abre ante mí sin alardes, sin opulencia, pero es… impecable. Como él.

Todo está ordenado, perfecto. En contra de lo que podría parecer, no es frío, se nota que vive aquí, que este es su espacio y que cada objeto tiene una razón. Hay libros, fotos enmarcadas con discreción, una manta doblada en el sofá. Nada sobra ni chirría. No es un escaparate, es un lugar que respira con control y memoria. El aire huele a limpio, a madera y a rutina bien construida.

Camino unos pasos, observando el espacio, la vista se abre a toda la ciudad como si pudiera dominarla desde allí. Me detengo frente a la cristalera, contemplando la ciudad que nos rodea, entonces, la puerta se cierra a mi espalda.

Me giro y lo encuentro mirándome, sin decir nada, me observa y en esa mirada hay algo que se clava, algo que me arrastra.

Sin poder contenerme más, me acerco y lo beso.

Un beso profundo, que lleva días, semanas, mordiéndome por dentro. Un beso que sabe a lo que callamos, a lo que ya no podemos ignorar. Él me responde al instante, su boca encaja con la mía como si no pudiera hacer otra cosa y sé que también lo ha estado esperando.

Se separa apenas, sin palabras, y se dirige hacia la cocina. Abre el frigorífico, saca dos cervezas, me ofrece una, y le doy un trago

largo, seco mientras él me mira. Me atraviesa con esa seriedad suya que no necesita levantar la voz.

—¿Y ahora qué?

El tono es neutro, pero la pregunta cae como una bomba.

Yo dejo la botella sobre la encimera, camino hasta quedar justo frente a él. Y sin sonreir, le digo la verdad.

—Ahora lo que ambos deseemos.

Lo veo tensarse apenas. No es que dude, en ese instante entiende que esto ya no es un juego.

—Te propongo que dejemos fuera las normas, las reglas, toda esa represión social de mierda —añado, despacio—. Esta noche, seamos lo que queramos, hagamos lo que nos plazca, sin miedo, sin juicios. Solo tú y yo.

Patrick baja la mirada un segundo, sus dedos aprietan el cristal de la botella. Luego alza los ojos y me sostiene la mirada.

—Yo no sé lo que quiero.

No hay máscara ahora, solo la verdad cruda, desnuda, dolorosa.

—Lo descubriremos juntos —le respondo.

Y entonces sé que esta noche, esta puta noche, puede cambiarnos a los dos para siempre.

—No entiendo por qué me atraes —dice la voz baja, casi áspera, con el peso de quien confiesa algo bajo amenaza—. Es la primera vez que un hombre despierta algo en mí, y no sé cómo afrontarlo.

Lo miro. Se mueve con la pesadez de quien lleva piedras en los bolsillos, pero aun así se atreve a hablar, y ese hecho ya dice más de lo que él mismo entiende.

—Supongo que entenderás que en mi mundo esto no pasa…

—Querrás decir que en tu mundo esto no se muestra —le respondo sin suavidad—. Pasar, pasa. Como en todos sitios, simplemente, no se habla de ello.

Lo veo tragar saliva. No responde, pero me basta con ver cómo baja la mirada por un segundo. Me quito la cazadora y nos sentamos en el sofá, uno al lado del otro, con una distancia que grita. No física, emocional, mental. Es como si estuviera a punto de saltar, pero necesitara permiso para hacerlo.

—¿Pongo algo de música? —dice, con voz nerviosa.

—Si te va a hacer estar menos estirado, sí.

Le sonrío con una de esas sonrisas que no uso casi nunca. Se levanta, pone algo tranquilo, algo que yo no pondría nunca, que huele a orden, a silencio, a control. Pero no me molesta que lo haga si vuelve a sentarse a mi lado. Está tenso, los músculos de los hombros duros como piedra, la mandíbula apretada.

No sabe dónde poner las manos, así que me adelanto. Lo tomo de la nuca y lo beso con fuerza, con todo lo que él no sabe pedir.

Él me responde sin dudas. Su boca se abre, se rinde, me busca. Sus manos se enredan en mi espalda, bajan, me aferran al borde de la caída. Jadeamos, nos respiramos encima. Nos necesitamos más de lo que ninguno admite.

Le desabrocho la camisa con los dedos torpes por la prisa. Él me toma del pelo, tira, me guía, gime. Su polla se endurece contra la mía. La siento, la busco, y él hace lo mismo. Nos tocamos por encima de la ropa, nos frotamos intentando convencernos de que eso podría ser suficiente, aunque no lo es, ni de lejos.

Me quito la camisa, su boca encuentra mi cuello. Me muerde, me marca. Su camisa desaparece con un movimiento y ahí está. Su cuerpo es jodidamente perfecto, definido. Marcado por la guerra.

Y entonces veo el tatuaje. Justo sobre el corazón. Un trébol, palabras en gaélico... No las entiendo del todo, pero sé lo que significan. Lo veo en su mirada, en cómo se tensa cuando lo descubro. Raíces. Familia. Lealtad. Sangre. Todo lo que para él es sagrado y todo lo que yo nunca he tenido.

Me acerco y lo beso ahí, justo sobre eso. Él jadea como si le hubiera arrancado el aire del pecho. Baja la mirada y sé que lo he desarmado.

Mis dedos buscan su cremallera, la abro despacio, le meto la mano dentro.

Y ahí está.

Su polla es perfecta. Grande, gruesa, suave, palpitante bajo mi palma.

Y no me lo pienso, me inclino y la saco. La contemplo un segundo. Caliente, dura, pura fuerza envuelta en piel.

Le paso la lengua por la punta despacio, probando. Trazo un círculo que lo hace arquearse y soltar un gemido que me endereza la espalda.

Entonces me la meto en la boca sin prisa, pero sin freno.

Siento cómo se le escapa un jadeo, cómo me agarra del pelo, cómo el cuerpo entero se le sacude.

Lo chupo con hambre, con ganas, con precisión.

Cada centímetro me llena la boca. La acaricio con la lengua mientras me hundo, me la trago, lo recibo hasta el fondo, hasta que siento que se me clava en la garganta.

Él jadea, me aprieta, me folla la boca. No habla, pero su cuerpo lo dice todo.

Estoy entre sus piernas, su polla dura dentro de mí y no hay nada que quiera más en el mundo que esto.

La siento latir contra mi lengua, me muevo más rápido, más profundo. Lo miro desde abajo, él me mira con la boca abierta, los ojos encendidos. Me acaricia el pelo y tira de él mientras jadea mi nombre.

Y yo sigo. Lo quiero ver romperse, quiero verlo perder el control. Quiero tragarme cada puta gota de lo que guarda dentro. Porque esta noche, Patrick O'Sullivan es mío y yo pienso saborearlo como se merece.

19

Patrick

No sé en qué momento dejé de tener el control, solo sé que en cuanto tengo su boca encima de mí… ya no hay mundo.

Jack me besa con la certeza de quien ya me ha recorrido por dentro. Me toca con la precisión de quien sabe exactamente qué parte de mí necesita romper y cuando se arrodilla, cuando baja la cremallera y me saca la polla con esa precisión suya —tranquila, masculina, segura—, sé que no estoy preparado.

Nada en mí está preparado para esto.

La primera vez que su lengua me roza, se me escapa el aire. No jadeo, no gimo nunca. Pero esta vez no puedo evitarlo, porque no es torpe, no es experimental. Es directo, firme, casi devoto.

Me besa la punta despacio luego me lame entero, de abajo arriba, como si estuviera memorizando cada línea, cada pulso, cada milímetro de mí.

Entonces me toma entero, sin titubeos. Lo hace con experiencia, con entrega, con esa intensidad suya que no necesita demostrar nada porque ya lo dice todo.

Su lengua se mueve lento al principio, suave, húmeda, trazando un camino que me sacude por dentro, que me arranca un jadeo que no reconozco como mío. Me aferro a su pelo sin pensar, sin querer guiarlo, solo para no caerme, para sostenerme mientras me sorbe la respiración desde dentro.

Cierro los ojos. El placer no es físico solamente, es mental, emocional, existencial. Como si Jack no solo me estuviera chupando la polla, sino arrancándome las defensas, vaciándome de todo lo que he cargado durante años.

Ha habido otras bocas. Muchas. Pero ninguna como esta. Ninguna con esta hambre silenciosa, con esta perfección en el ritmo, con esta

certeza de que lo hace no solo por deseo, sino por el poder de hacerlo. Jack no se limita a chuparme, me posee, me derrite. Me reduce a un cuerpo que no puede resistirse más.

Siento cómo mi pelvis se arquea, cómo mis caderas responden sin pedir permiso. Él lo nota, y aprieta más, me aprieta con la garganta. Me traga más profundo, me acaricia la base con una mano firme mientras la lengua juega con la punta, y yo empiezo a perder el control de los músculos, del aliento, del tiempo.

—Jack… —susurro, con una voz que apenas reconozco— no pares...

No tengo intención de frenarlo, no quiero que se detenga. No podría aunque lo intentara. Él lo sabe, y no se detiene, se hunde hasta el fondo, se mueve con más fuerza, más profundidad. Cada movimiento es una puñalada dulce, cada roce de su garganta es una invitación al abismo.

Me estoy corriendo antes de poder anunciarlo, antes de que la palabra siquiera cruce mi mente. Es un orgasmo que me atraviesa, que me rompe desde dentro, que me desarma de un modo que nunca imaginé posible. Me corro en su boca y él lo recibe todo. No se aparta, me traga y no para, como si quisiera quedarse con cada parte de mí.

El cuerpo me tiembla sin aviso, me quedo sin aire, con los dedos enterrados en su nuca, con los ojos cerrados y la garganta ardiendo. Nunca me ha pasado esto, nunca, con nadie.

Jack sube despacio por mi cuerpo, besándome el vientre, el pecho, cada parte como si ya le perteneciera. Llega hasta mi boca y me besa con la lengua húmeda, con esa suavidad que no esperaba después de lo salvaje.

Me besa devolviéndome una parte de lo que me acaba de quitar. Siento el sabor salado entre nosotros, aunque no me importa porque soy suyo ahora mismo. Entero.

Me sostiene la cara con una mano cálida y firme, sabiendo que necesito un ancla.

—No te relajes —susurra, la voz ronca, cargada, brutalmente segura—. Acabamos de empezar.

Y no puedo evitarlo. Sonrío. Una de esas sonrisas idiotas que se escapan solas, que nacen del centro del pecho, que me desconciertan más que cualquier amenaza de muerte. Nunca he sonreído así después de correrme, nunca me he sentido tan vulnerable y tan jodidamente vivo.

Jack se pone de pie frente a mí, se deshace del cinturón, de los pantalones, sin prisa, sin teatralidad, con esa forma suya de dominar sin esfuerzo. Su cuerpo es una maldita escultura de carne y furia.

Pecho ancho, brazos definidos, abdomen duro, todo en él habla de alguien que sabe pelear, que sabe resistir, y evidentemente que sabe follar. Pero no es solo eso, no es solo la carne firme, ni la postura segura, ni la tensión que arrastra desde los hombros hasta las caderas. Es su piel. Está cubierto de tinta, no de una forma aleatoria, todo su cuerpo es una puta obra de arte.

Desde el cuello hasta las muñecas, desde los pectorales hasta las costillas, desde la espalda hasta la ingle. Líneas negras, figuras oscuras, símbolos que no entiendo pero que hablan de algo profundo.

Historias, cicatrices decoradas, promesas veladas. Violencia transformada en belleza. Hay serpientes, armas, letras góticas, cráneos entrelazados con flores que no sé nombrar. Un caos armónico impresionante.

Me acerco sin tocarlo, con la boca entreabierta y la piel aún temblando por lo que me ha hecho hace unos minutos.

Su pecho es amplio, musculado, y lleva una daga cruzando la clavícula derecha, enmarcada por llamas. En el lado izquierdo, un corazón anatómico sangrante, envuelto en espinas. Sus brazos son junglas oscuras, con frases en tinta corrida que no alcanzo a leer, con rostros sin ojos, con relojes detenidos a medianoche.

Cada espacio está conectado al siguiente. Nada es casual. Nada está suelto. Es un cuerpo narrado en líneas negras y sombras grises, sin embargo, se ve armonioso, casi sagrado.

Cuando se baja los boxers y queda completamente desnudo, mi mirada no puede evitar deslizarse hacia abajo. Su polla, firme, pesada, apunta hacia mí como una sentencia. Pero lo que me

detiene no es el tamaño —aunque podría, porque es enorme, gruesa, recta como un arma bajo su control—, sino la tinta.

La línea que había visto nacer en su vientre bajo no se detiene en la ingle. Cruza el límite, se extiende sobre su polla con una precisión imposible de ignorar.

No es una línea decorativa ni un adorno cualquiera. Es un diseño, un símbolo. Un puto juramento.

Una serpiente negra, fina al principio, que se enrosca en espiral desde la base del abdomen hasta la mitad del tronco, oscura, detallada, con escamas minuciosas y la lengua bífida apuntando justo hacia la punta. Y lo más jodido: sus ojos. Dos puntos rojos, minúsculos, tatuados con precisión quirúrgica justo donde se une con la carne más sensible.

Me deja sin palabras.

No solo por lo que representa —dominio, pecado, tentación— sino por el hecho de llevarlo ahí, justo ahí, en el lugar más íntimo, el más expuesto cuando se alza, cuando se endurece, cuando entra.

Es como si hubiera decidido tatuarse el deseo. Como si su polla también hablara de poder, de castigo, de control.

Y sé que hay algo perversamente hermoso en eso, que me revuelve por dentro, me tensa la mandíbula y me acelera la respiración.

Jack me ve mirarlo. Ve mi cara y se ríe, bajo, con esa voz a la que ya soy adicto.

—¿Demasiado? —pregunta, con una ceja levantada.

—No. Demasiado perfecto.

Sonríe sin pudor y entonces dice lo que ya sé:

—Tranquilo. No voy a follarte… aún.

No sé ni cómo responder, no hay una frase suficientemente lista en mi cabeza. Solo lo miro, como si la imagen de él desnudo fuera demasiado para procesar ahora mismo.

Jack se inclina, me acaricia el pecho, y luego me ordena, sin levantar la voz:

—Desnúdate. Vamos a darnos una ducha.

Asiento, mientras me levanto me deshago del cinturón, de los pantalones, de los restos de mí mismo. Siento su mirada sobre mi

piel, puro deseo y siento el poder compartido.

Lo guio al baño sin una palabra, cuando el vapor empieza a llenarlo todo, cuando el agua caliente empieza a correr y Jack extiende la mano para invitarme a entrar con él… sé que estoy cruzando un umbral.

Esta noche no se trata solo de sexo, se trata de rendirse y estoy a punto de hacerlo.

El vapor me envuelve antes de que entre, tibio y espeso, la ducha parece una extensión del cuerpo de Jack, un espacio denso, privado, que solo existe para lo que va a ocurrir entre nosotros. Él ya está bajo el agua, con los ojos entrecerrados y el gesto tranquilo, seguro, como si todo esto no fuera nuevo, y ya supiera cómo tocarme incluso antes de hacerlo.

Cuando me ve entrar, no dice nada, coge el jabón, hace espuma entre sus manos, y se acerca. Me quedo quieto, sintiendo esa mezcla de anticipación y desconcierto que me atraviesa desde que lo besé por primera vez.

Empieza por mi pecho. Las manos enjabonadas me recorren en círculos lentos, firmes. Se toma su tiempo, me lava con una dedicación que atraviesa la piel. Siento el jabón deslizarse por mi cuerpo, el calor del agua, sus dedos que bajan poco a poco hasta mi vientre.

Cuando llegan a mi polla… no se detiene. La envuelve con esa seguridad suya que me desarma. La espuma lo cubre todo, él no busca excusas, me lava, me agarra, me acaricia, con la naturalidad de quien no ve nada prohibido en el gesto. Yo me tenso, intento no pensar, intento no romperme.

Y entonces decido dejar de pensar, dejo el miedo de lado y lo toco.

Primero su espalda, húmeda, fuerte, marcada por tatuajes que se curvan con cada movimiento. Bajo un poco más, hasta la cintura. Tomo el jabón y lo paso entre mis manos. Él sigue tocándome como si fuera suyo y ya me conociera mejor que yo.

Y yo empiezo a conocerlo también. Le enjabono el pecho, los músculos duros como piedra bajo la piel caliente. Mis dedos se mueven sin apuro, se dejan guiar por el agua y por el deseo que

crece sin pedir permiso. Él me mira, sin decir nada, solo respira más profundo.

Y entonces bajo la mano, cruzo su abdomen, ese vientre firme cubierto de tinta, y sin pensarlo más, me atrevo a agarrarle.

Siento su grosor, es enorme, firme como una barra de hierro. La envuelvo con la mano y él contiene el aire en ese instante, con la sorpresa marcada en el gesto más de lo que esperaba, pero no me detiene. No se aparta, me deja explorar.

Subo, bajo. Lo sostengo aprendiendo a tocar por primera vez, y de algún modo… lo estoy haciendo.

Nos besamos sin urgencia pero con un hambre callada. Con esa necesidad que ya no se esconde, que respira en los gestos, que pide más con cada roce. Su lengua se mezcla con la mía, húmeda, segura, exigente. Y mientras nos besamos, sigue con su mano en mi polla, masturbándome lento, con presión medida, sin ninguna prisa por terminar nada.

Su otra mano sube, me roza el costado, luego baja… hasta mi culo. En ese momento, me tenso.

No es miedo, es una descarga eléctrica que me atraviesa cuando siento sus dedos enjabonados rodeándome. Me separo del beso por reflejo, respirando hondo.

—Tranquilo —dice contra mi oído, sin detenerse—. No haré nada que no quieras.

Y no lo hace, solo me acaricia.

Sus dedos jabonosos masajean mis glúteos, me abren con calma, como si estuviera reconociendo el terreno, pero sin invadir. Solo presencia, promesa. El jabón resbala entre mis piernas, me lubrica la piel, me prepara para algo que aún no llega, pero que late muy cerca.

Mientras tanto, mi mano sigue subiendo, bajando, apretando con más firmeza, cada vez más centrado, más desesperado por sentirlo temblar. Jack jadea contra mi cuello, lo oigo perder el ritmo de su respiración. Lo siento cerca de correrse, yo también, ambos lo estamos.

Entonces su dedo se mueve, su dedo medio. Baja, se desliza entre mis glúteos… y toca mi agujero. El aliento se me corta.

No entra, no fuerza, solo lo masajea, lo presiona, lo rodea en círculos lentos, húmedos, jabonosos.

Y esa sensación, maldita sea, me lleva al borde. Su dedo se mueve con esa precisión que ya me tiene quebrado, que me tiene temblando, mientras lo hace, sigue masturbándome con la otra mano, sigue sujetándome sin dejarme caer.

Me muerde el hombro. Suave, firme, justo cuando yo pierdo el control, cuando estoy a punto de explotar… su dedo se desliza dentro de mí despacio, con la presión exacta.

Mi cuerpo se rinde.

Me corro. Me corro como nunca, siento que mi cuerpo ha estado esperando esta invasión suave toda su vida. Como si ese dedo dentro de mí fuera la llave de algo más profundo.

Me vengo con un gemido que se ahoga en su pecho, jadeando, temblando, sin saber dónde estoy.

Jack me sigue. Siento cómo su cuerpo temblar, apretándome contra él, sin separarnos, jadeando como si el aire fuera escaso.

Terminamos apoyados el uno en el otro, el agua cayendo sobre nosotros, las frentes juntas, los cuerpos aún palpitando.

—Joder…

No puedo decir nada más. Solo eso: joder.

Él se ríe, ronco, satisfecho, con esa voz cargada que me cala los huesos.

—Vamos a la cama —dice. Y sé que no es una propuesta, es mi destino inevitable.

No respondo. Lo sigo. Lo sigo donde quiera llevarme.

20

Jack

Correrme en su mano ha sido sublime.

El calor, la presión, la respiración en mi cuello. Ese dedo mío dentro de él. Su temblor, su entrega.

Nada se compara a lo que he sentido, pero yo no tengo suficiente.

Salimos de la ducha sin decir palabra. Ambos todavía mojados, con las toallas olvidadas en algún lugar del baño.

Patrick me guía por el pasillo sin mirar atrás, como si ya supiera que lo sigo. Y claro que lo hago, podría seguirlo en silencio hasta el puto infierno si es allí donde guarda esta tensión que me tiene enganchado.

Entramos en su dormitorio.

La cama es como él: sobria, perfecta, sin adornos ni promesas. King size, líneas limpias, sábanas oscuras, ni una arruga fuera de lugar. Masculina, sin pretensiones.

Cuando me tumbo… es lo más cómodo que he probado nunca.

Patrick se deja caer a mi lado. Aún está desnudo, húmedo. Su cuerpo, relajado, vibra bajo el efecto de lo que acabamos de hacer. Lo noto, no es que lo diga, lo siento. Su pecho sube y baja despacio, y por primera vez, no está apretando la mandíbula.

Durante un rato solo escuchamos el zumbido lejano de la ciudad detrás del cristal, el ruido blanco del tráfico. La vida real, ahí afuera. Lejos.

Entonces habla.

—Ha sido increíble.

Su voz ha perdido su dureza. Ahora es un susurro real, un reconocimiento.

Lo miro. Me giro un poco, sin alejarme.

—El cuerpo humano está hecho para disfrutar —le digo, sin darle vueltas—. Si lo dejamos, si soltamos la mierda que nos meten encima, moral, vergüenza, prohibiciones… Si nos rendimos un poco… descubrimos cosas que no sabíamos que necesitábamos.

Él me escucha, entiende lo que digo, lo veo en sus ojos, en la forma en que su respiración cambia. En cómo me mira, como si todavía estuviera decidiendo si lo que acaba de vivir fue real o si va a romperse por haberlo sentido tan hondo.

Y yo… Yo no suelo hablar después, ni quedarme, ni compartir ideas sobre sexo y tabúes.

Normalmente follo. Duro, rápido, sin rodeos. Me corro un par de veces, a veces tres si el cuerpo aguanta. Doy placer, sí, no soy un cabrón egoísta. Me gusta oírlos gritar, temblar, venirse encima de mí o debajo, me gusta controlarlo todo. Pero cuando acabo, se termina.

Yo me largo o se largan y no hay más. No hay charlas ni caricias. No hay "qué fue esto", porque no es nada.

Pero esto…. Patrick. Este momento, este cuerpo a mi lado. Es diferente.

No sé por cuánto y no sé hasta cuándo.

Quizás es solo el reto, el morbo de romper a un tipo como él. Tan recto, tan contenido. Tan inalcanzable. Tal vez cuando se abra del todo, cuando ya no tenga misterio… me canse.

Tal vez.

Pero ahora mismo quiero estar aquí a su lado todo el tiempo que él me permita.

Y no es porque me haya enamorado ni porque quiera la mierda romántica que todo el mundo busca. Sino porque estar aquí me arde, me llena. Y eso no me había pasado nunca.

—¿Pedimos algo de comida? —pregunto, la voz aún un poco ronca.

Patrick me mira como si le acabara de recordar que el cuerpo humano también necesita otra cosa además de sexo.

—Sí —dice, sin dudar—. Estoy hambriento.

—¿Pizza?

—Pepperoni. Y sin piña, por favor.

—No soy un monstruo —le digo, y ambos sonreímos.

Nos levantamos desnudos, sin vergüenza. Hay algo en la forma en que nos movemos que no tiene incomodidad. Como si esto —buscar nuestros boxers por el salón, agacharnos, reírnos un poco al no recordar dónde quedaron las camisas— ya fuera rutina, y nuestros cuerpos no necesitaran más presentaciones.

Nos los ponemos sin miramientos. Cada uno con el suyo, en un silencio cómodo. Él camina hasta la cocina y hace el pedido. Yo me dejo caer en el sofá, aún con el cabello húmedo, y lo observo moverse por su casa con esa naturalidad que invita a cruzar otra puerta más en su mundo.

Cuando cuelga, se gira.

—¿Quieres que te enseñe el resto?

—Claro.

Me gusta su casa. Tiene ese aire controlado, como todo en él, pero también cierto calor. Está diseñada para alguien que vive con un orden férreo. Me guía por el pasillo, abriendo puertas. Un despacho ordenado al milímetro, una estantería con más libros de los que imaginé, dormitorios de invitados impecables. Y al fondo, un gimnasio funcional. Básico, pero completo. Máquina de pesas, esterillas, un saco de boxeo colgado del techo, con las marcas visibles de los golpes.

—¿Te gusta pelear? —pregunto, sin disimular el interés.

Él asiente, se apoya contra el marco de la puerta.

—Somos seis entre hermanos y primos. He peleado desde que tengo uso de razón, a veces por entrenamiento, a veces por necesidad.

—Un día de estos lanzaremos unos puñetazos —digo, casi como una broma, aunque no lo es del todo.

Él no sonríe, responde con ese tono seco que me empieza a gustar demasiado.

—Cuando quieras.

En ese momento suena un zumbido sordo, leve.

—La pizza —dice. No tiene que moverse, mira una pantalla junto al marco de la puerta. El portero ya la ha puesto en el ascensor privado y no hace falta bajar.

—Esto es otro nivel —comento.

Patrick alza una ceja.

—Ventajas de vivir en el centro con seguridad 24/7.

Un par de minutos después, el ascensor se abre. La caja está sobre una pequeña bandeja metálica, caliente, humeante. Patrick la recoge, me lanza una servilleta, y volvemos al sofá como si todo esto fuera lo más normal del mundo.

Nos sentamos, espalda contra respaldo, muslos apenas rozándose. Cuando abrimos la caja el olor es pornográfico. Mordemos casi al mismo tiempo. Masticamos en silencio, bebemos agua. Y después, sin pensar en todo lo que hicimos hace una hora, empezamos a hablar.

De cosas simples, de otras no tanto. De boxeo, de música, de tatuajes.

No mencionamos lo que pasó en la ducha. No hay necesidad, ya está en el aire, en el roce leve de nuestras piernas. En cómo Patrick me mira ahora, empezando a entender que esto no fue solo una descarga mutua, y que, aunque no lo diga, le gusta tenerme aquí.

Y yo… yo no me quiero ir, al menos por esta noche.

Acabamos la pizza con el mismo apetito con el que nos devoramos antes. Miradas cruzadas, pequeños gestos que dicen más que las palabras. Patrick deja el último pedazo en la caja, se limpia las manos con una servilleta y se gira hacia mí.

Su rostro cambia de golpe, se vuelve más serio, más frío. Vuelve a ser el O'Sullivan que todos conocen, el que se guarda todo dentro.

—Hoy conseguí información de los Vultures —dice, sin rodeos.

El calor se me va del cuerpo, me tenso. El simple nombre ya me pesa como plomo en la boca.

—¿Qué clase de información?

—Están buscando alianzas, tanteando el terreno. No se han mostrado abiertamente, pero se están moviendo. No pinta bien, Jack.

Me incorporo un poco, dejo la botella sobre la mesa baja. La mandíbula se me aprieta sola.

—No me gusta que estén en Eureka —respondo—. No han vuelto a verme, pero estoy seguro de que lo harán. Esa gente no aparece por casualidad.

Patrick asiente despacio, me observa como si midiera algo dentro de mí, entonces pregunta, sin adornos:

—¿Puedo confiar en ti?

Hay un segundo de silencio, lo miro a los ojos. No parpadeo, no titubeo.

—No te fallaré. Tienes mi palabra.

Y eso basta. No hace falta más. No hay apretón de manos ni juramento con sangre. Lo que viene después no se dice, se hace.

Dejamos la caja a un lado sin mirar, sin romper el contacto. Nos inclinamos al mismo tiempo y entonces nos besamos.

No como antes, este beso es un pacto.

Es más caliente, más urgente, pero también más cargado. Tiene el peso de lo que viene, de lo que amenaza, de lo que aún no sabemos cómo va a rompernos. Su boca se abre bajo la mía como si estuviera esperando ese instante para poder soltar algo que no se atreve a mostrar con palabras.

Nos enredamos. Cuerpos ya conocidos, pero hambre nueva. Mi mano se desliza por su hombro, la suya por mi espalda. El calor vuelve, pero no es solo sexo. Es lealtad.

Y lo sé, lo sentimos los dos, aunque no lo digamos.

Lo que acabamos de sellar no es solo deseo. Es una alianza. Es guerra.

Y ahora estamos dentro, juntos.

Volvemos a la cama con los cuerpos aún calientes, con la piel encendida otra vez, como si no nos hubiéramos corrido hace menos de una hora. No basta, no nos saciamos. Lo que hay entre nosotros es hambre, pero no solo de carne, es mucho más.

Nos besamos sin hablar, parece que nuestras bocas se ponen de acuerdo en no soltar la conexión. El beso tira, muerde, acaricia, desliza, y cuando nos separamos, las respiraciones ya son distintas. Nos miramos y sin decir nada, nos desnudamos de nuevo.

Nos tumbamos, y esta vez soy yo quien toma el control. Me muevo encima de él, despacio, sintiéndolo debajo mí, cada músculo tenso, cada respiración contenida. Su mano, sin vergüenza, agarra mi polla. La envuelve con naturalidad, sin duda, como si ahora ya supiera que puede hacerlo.

Me dejo, quiero que explore.

En la ducha fue fuego. No hubo tiempo para pensar ni para observar, ahora hay espacio. Me tumbo boca arriba, los brazos relajados, el pecho expuesto. Lo dejo mirarme, le dejo tocarme… Y lo hace.

Sus dedos recorren mi pecho, bajan por mi abdomen, rozan las líneas de tinta, bordean los costados, me arrancan un escalofrío que no me molesto en esconder. Se detiene en mi bajo vientre, donde la piel late más rápido, y entonces lo siento dudar.

Lo noto, no por su mano, que sigue segura, lo veo en los ojos, en la pausa. En el silencio que se forma entre sus dedos y mi cuerpo.

—Pregunta lo que quieras —le digo, sin moverme, sin presionar.

Me mira y por un segundo, parece que ordena pensamientos que no sabe cómo soltar… hasta que dispara.

—¿Tú das o tomas?

No parpadeo, es una pregunta que esperaba.

—Ambos —respondo—. Me gusta todo. Cada cosa tiene su parte buena, y no me gusta perderme nada.

Asiente, pero hay algo más en su mirada, otra barrera, otra línea.

—¿Solo te gustan los hombres?

—No —respondo—. Me gusta todo. Como te he dicho, todo tiene su parte buena, y lo aprovecho. No me limito.

Entonces, con esa sinceridad suya que parece un disparo a quemarropa, suelta:

—No creo que me guste que me metas esa polla enorme tuya.

Me río, no me ofendo. No hay burla en su voz, solo honestidad, curiosidad, nervios…

—No tengo intención de metértela esta noche —le digo, acercándome, besándole la mandíbula—. Si hago eso, no vas a caminar en una semana. Y tengo planes… quiero correrme, verte correrte muchas más veces. Si lo hago ahora, no te volveré a ver. Hay que prepararte para que lo disfrutes.

Me mira, sonríe, relajándose. Parece que el aire se afloja.

—No tengo prisa. ¿Y tú?

—Tampoco —respondo, bajando la voz.

Entonces lo miro fijo.

—¿Puedo serte sincero?

—Espero que siempre lo seas —dice, sin pestañear.

Trago saliva, me cuesta decirlo, no por una cuestión de vergüenza, sino por lo que significa.

—Para mí también es la primera vez.

Frunce el ceño, pero no dice nada, me mira como si intentara entender. Entonces le explico.

—Es la primera vez que no tengo prisa, que me apetece esperar, acompañar. Contigo no quiero un polvo rápido y largarme. Es la primera vez que quiero quedarme, que quiero… estar.

Nos quedamos en silencio, sintiendo el peso de lo que acabo de decir. Por lo que implica y porque es brutalmente cierto.

Sin decir nada más, se acerca y nos besamos.

Despacio, húmedo… largo. Un beso que no busca nada urgente, que solo quiere quedarse. Sus manos recorren mi cuerpo de nuevo, las mías el suyo. Exploramos, reconocemos, aprendemos.

Él no se atreve a meterse mi polla en la boca. No es el momento, lo veo en sus ojos. No es que no quiera, sino que aún está descubriéndome. Pero no tiene pudor en tocarme. Yo le doy todo, me dejo, me abro. Le muestro cada parte.

Mis manos también lo recorren. El cuello, el pecho, las costillas. Siento cómo se eriza cuando llego a la parte baja de su espalda. Su aliento se agita, el mío también.

Nos respiramos, nos lamemos. Nos acariciamos sin máscaras.

Y entre jadeos… nos quedamos dormidos. No lo buscamos, solo ocurre.

Dos cuerpos calientes, cansados, entrelazados, rendidos a lo inevitable.

21

Patrick

El sol entra por la ventana ajeno a lo que hicimos anoche, el día se despierta como cualquier otro, el mundo intacto, inmóvil, mientras yo me he desviado miles de kilómetros de mi camino.

Empiezo a despertar sin abrir los ojos. El cuerpo lento, pesado, saciado, siento algo cálido y firme junto a mí. No hay curvas suaves, ni delicadeza, siento músculo, hueso, piel dura contra la mía, entonces giro la cabeza, todavía entre sueños.

Jack.

Está dormido, o al menos eso parece. Tiene el ceño relajado, la respiración profunda, una mano apoyada cerca de mi abdomen.

Nos dormimos así, jodidamente saciados. Y aún así, me sorprende no sentir ese asco que esperaba sentir después, esa culpa. Ese impulso de huir, de borrar, de reducir todo a un error pasajero.

Pero no llega, y lo que es más extraño: no quiero que llegue, porque no me arrepiento.

Al contrario. Quiero volver a sentir lo que sentí anoche, quiero que vuelva a tocarme como si supiera lo que hay dentro de mí sin necesidad de palabras. Quiero su boca, su lengua, sus manos, su jodida risa. Todo.

Entonces abre los ojos y me ve mirándolo como un puto acosador.

Media sonrisa se le dibuja en la boca, perezosa, aún marcada por el sueño.

—Buenos días —dice.

Dos palabras. Eso basta para romper la tensión y siento que me relajo sin querer.

—Nos dormimos —digo, sintiendo la necesidad de justificarlo, como si fuera extraño.

—Sí. Demasiadas emociones —responde con naturalidad, estirándose un poco.

—¿Te importa si me doy una ducha?

—Claro que no —respondo sin pensarlo—. Estás en tu casa.

Se me escapa, lo digo sin filtro, para cuando me doy cuenta, ya es tarde.

Jack me mira. Sonríe sin decir nada, se levanta —desnudo, jodidamente perfecto— y camina hacia el baño con esa ligereza de quien no arrastra nada, con plena conciencia del efecto que provoca.

Yo me quedo unos segundos tumbado, procesando.

Después me levanto, paso por el armario y agarro un cepillo de dientes nuevo del cajón. Me acerco al baño para dejárselo y no puedo dejar de mirarlo.

Está bajo el agua, la cabeza inclinada, el chorro caliente cayendo por su espalda. Es como ver un cuadro en movimiento, una escultura que respira, que existe, que camina por mi casa como si fuera suya.

Dejo el cepillo en silencio, camino hasta la cocina y empiezo a preparar café. Necesito volver a mí, necesito claridad.

Cuando Jack sale del baño, con una toalla en la cintura y el cabello goteando, yo me acerco para tomar el relevo, cuando paso junto a él, me detiene.

—¿Estás bien?

Me sorprende lo fácil que es la respuesta.

—Sorprendentemente, sí. Estoy bien.

Y entonces me besa sin delicadeza, me deja sin palabras. Me deja más desarmado que anoche.

Nos separamos. Entro en la ducha y dejo que el agua me limpie lo que no quiero soltar. Me aclara la cabeza, me ordena. Me recompone lo justo para salir con vaqueros y una camiseta henley, listo para lo que sea que venga hoy.

Es sábado, pero yo no descanso.

Cuando salgo, Jack está vestido. Sentado a la mesa, desayunando con tranquilidad, con la naturalidad de quien repite ese gesto cada mañana. Me siento a su lado, siento olor a jabón, a café y a algo que no quiero nombrar.

—¿Tienes trabajo hoy? —pregunta, como si no esperara que lo invitara.

—Vamos a buscar a los Vultures.

La tensión en sus hombros se nota al instante.

—Voy contigo —dice, sin dudar, sin preguntar.

Lo miro, y aunque sé que no debo, sé que Declan no estará de acuerdo, algo en mí ya lo decidió antes de pensarlo.

Asiento.

—De acuerdo, pero hablaremos antes con Declan. Le diremos que somos amigos, que tienes un pasado con ellos, y que quieres ayudarnos a que se larguen de nuestra ciudad. ¿Te parece bien?

Jack se acerca, mientras me muerde el labio con suavidad, dice:

—Yo que pensaba que me llevarías de la mano…

Se ríe, esa risa me relaja más que cualquier protocolo de seguridad.

—Capullo —le digo, sin contener la sonrisa.

—Me parece perfecto. Esto es entre nosotros, no necesito que nadie se entrometa en mis cosas. Puedo mantener la compostura.

—¿Podrás tú, estirado?

Le lanzo una mirada seca, pero él no se achica.

—Lo intentaré —contesto, burlón.

Nos miramos. No somos enemigos ni aliados. Somos dos hombres que acaban de sellar algo más importante que un pacto.

Terminamos de desayunar en silencio. Jack recoge su taza, la deja en el fregadero sin preguntar. Tiene esa forma suya de moverse por mi casa con la confianza de quien ya conoce los espacios, de quien se apropia de algo sin pedir permiso. Y lo más jodido es que no me molesta, me gusta.

Estoy revisando mentalmente lo que tengo que decirle a Declan, cómo voy a explicarlo, cómo voy a justificar lo que estoy a punto de hacer —presentarme con Jack delante de toda la jodida familia—, cuando me giro para agarrar las llaves.

Y entonces él me detiene, sin decir nada me toma del cuello de la camiseta, tira de mí con esa seguridad que siempre tiene, y me besa.

Un beso profundo, sucio de intención. Su lengua me busca con hambre, su cuerpo se pega al mío como si quisiera recordarme lo que llevamos dentro. Y yo, sin querer, me dejo arrastrar, me olvido de la estructura, de las normas, de todo.

Cuando se aparta me mira con esa sonrisa torcida que me desarma.

—Para el camino —dice, y se ríe.

Yo me quedo un segundo descolocado. Tardo en reaccionar, parpadeo, me aclaro la garganta e intento reponerme… aunque sé que no puedo del todo.

Cojo las llaves y salimos del apartamento. Le digo que me siga con su moto, él asiente sin más, restándole peso al momento, cruzando líneas que podrían costárnoslo todo sin titubear.

Bajo al garaje, entro en el coche y respiro hondo. Desde el asiento del conductor, marco el número de Declan.

—¿Sí?

Su voz suena seria, como siempre, con ese tono que lo hace sonar como si llevara años sin dormir pero aún pudiera liderar una guerra.

—Voy hacia ahí —digo, directo.

—Perfecto. Aidan y Seamus están llegando.

Trago saliva.

—No vengo solo.

Silencio. Medio segundo apenas, pero en el lenguaje de Declan, eso es un mundo.

—¿Cómo que no vienes solo?

—Voy con alguien.

—¿Alguien?

—Un amigo.

—¿Tú tienes amigos? —dice, entre incredulidad y burla—. ¿Desde cuándo?

—Desde hoy, parece —respondo, forzando una calma que no siento—. Se llama Jack Maddox es el tatuador dueño del Ink & Dust.

—¿Y por qué coño traes a un tatuador?

—Porque investigando a los Vultures descubrí que los conocía. Tiene un pasado con ellos. Le hice algunas preguntas, lo interrogué, después…

—¿Después qué, Patrick?

—Quiere ayudarnos —digo. Claro, directo, sin titubeos—. No quiere que estén aquí y conoce su forma de moverse, me fío de él.

—¿Tú te fías de alguien de fuera del clan? —pregunta, casi como si no le entrara en la cabeza.

—De él, sí.

Se hace un silencio largo, esta vez más pesado.

—¿Hay algo que deba saber?

—No —miento sin mover un músculo—. Confía en mí, lo tengo bajo control.

—Muy bien —dice al fin—. Pero esto es importante, Patrick. Confio en ti y sé que no meterías a cualquiera en nuestras reuniones, si las cosas se tuercen… ya sabes lo que hay que hacer.

—Lo sé.

Cuelgo, solo entonces respiro. Largo y profundo.

No sé si ha salido bien, no sé si acabo de poner en juego algo que no entiendo del todo. Solo sé que necesitaba hacerlo. No solo por Jack, por mí, por lo que siento cuando está cerca.

Lo veo por el retrovisor, montado en su Harley, siguiendo mi coche como si fuéramos parte de la misma jodida unidad. Negro sobre negro, seguridad sin escudo.

Y me digo que todo va a salir bien, lo repito en mi cabeza como una oración. Porque si no lo hago, voy a perder el control y eso no me lo puedo permitir.

22

Jack

Sigo el coche de Patrick con la Harley rugiendo constante, con ese sonido anclándome al presente para no perderme en todo lo que esto significa. Él va delante, seguro, con ese porte de hombre que nunca duda, con la precisión de quien sabe exactamente lo que hace y adónde va. Y yo voy detrás, sin haberlo planeado, pero sabiendo que no hay otra opción.

No fue una decisión meditada, no hubo estrategia en mi propuesta. Simplemente, en el momento en que dijo que iba a buscar a los Vultures, algo en mí se activó. Yo sé quiénes son,sé cómo actúan, cómo piensan, cómo se mueven cuando planean tomar una ciudad. Sé lo que buscan, lo que ofrecen, lo que amenazan. Porque fui uno de ellos, los viví desde dentro, me mancharon las manos con su mierda y me costó demasiado sacármela de encima.

Y una vez que me dejé ir —una vez que Patrick me dejó entrar en su mundo, aunque sea por una rendija— supe que no podía mirar hacia otro lado.

Puedo ayudar., puedo ser útil. No solo por él, sino porque esto me toca. Y porque si Patrick confía en mí… si me deja estar aquí… no voy a fallarle.

Eso es más que cualquier juramento, esto me quema por dentro.

Estoy cruzando una línea que no suelo ni cruzarar. Nunca me involucro, no tenía intención de meterme en una estructura donde las lealtades se pagan con sangre y la palabra no se da en vano. Pero ya estoy aquí, ya lo dije, ya lo decidí, y no pienso echarme atrás.

No sé cómo va a reaccionar su familia, qué cara van a poner cuando me vean llegar con él. El tatuador. El ex convicto. El motero

que lleva las marcas en la piel y la historia en los ojos. Pero que me miren todo lo que quieran, que duden, que murmuren. Yo vengo con la verdad por delante y con el conocimiento que les falta.

Y, además, conozco a Seamus.

Lo he tatuado unas cuantas de veces. Siempre vino sin cita, con esa energía suya que parece hecha de dinamita envuelta en calma. Hablamos poco, pero lo justo para saber que nos entendemos.

También nos cruzamos una vez en una pelea que no fue del todo legal. Él no necesitó ayuda, pero la mía estuvo ahí por si acaso. Desde entonces, hay algo. No amistad, pero sí una especie de respeto compartido, como si ambos supiéramos reconocer en el otro el tipo de hombre que no necesita hablar de más.

Eso puede abrirme una puerta o cerrarme otra. Dependerá del día que tenga, de cómo me mire, de lo que huela entre Patrick y yo.

No me preocupa, sé mantener mi cara de poker mejor que nadie.

Estoy aquí para proteger lo que Patrick aún no sabe que necesita proteger y si él me permite estar a su lado, no pienso defraudarlo.

La verja se abre sin esfuerzo, como si hubiera reconocido al coche de Patrick desde lejos. Yo entro detrás, en la boca del lobo, no hay otra forma de llamarlo. El lugar ya impone desde fuera: fachada limpia, vigilancia discreta pero evidente, todo dispuesto para que sepas que no es una casa… es un centro de operaciones.

Patrick aparca con precisión, cada gesto suyo es un patrón aprendido a base de rutina. Yo dejo la Harley unos metros más allá y bajo, notando cómo el aire aquí es distinto. Más tenso, más medido, menos indulgente.

Me acerco sin decir nada mientras él me espera.

—Hablé con Declan —me dice, bajando el tono pero sin disimulo —. Sabe que vienes. Le expliqué que conoces a los Vultures, que puedes ayudarnos y que confío en ti.

Asiento una vez, no tengo un discurso preparado, solo una seguridad que me arde por dentro.

—Estaré a la altura —respondo.

Patrick no dice más, camina hacia la puerta y yo lo sigo. No llama, no espera, gira el picaporte y entra, como si ese espacio fuera una

extensión de sí mismo. Yo respiro hondo y doy el paso. Al cruzar el umbral, todo cambia.

Es una sala amplia, de techos altos, con luz natural entrando por ventanales que no restan nada al aire denso que se respira aquí. Hay dos hombres musculosos de pie cerca de la ventana, ambos me miran al entrar. Sus ojos me analizan, no con una amenaza abierta, pero sí con ese escrutinio de quien evalúa si eres un problema o una herramienta.

A la derecha, en un sillón de cuero, está Seamus.

Sigue con la misma actitud de siempre, como si el caos fuera un estado mental al que se entrega con gusto. Su mujer está sentada en el brazo del sillón, con una pierna cruzada sobre la suya y la cabeza apoyada en su hombro. La conozco, se tatuaron juntos hace unos meses, es tan peligrosa como él, de otra forma.

Y entonces, lo reconozco.

Declan O'Sullivan.

De pie, al fondo. Alto, elegante. Poder en estado puro. No necesita moverse para imponerse, tiene ese tipo de presencia que hace que todo a su alrededor parezca rendirle cuentas.

Patrick no duda, da un paso al frente y me presenta, directo, sin vacilar, con esa firmeza que siempre lleva encima.

—Jack Maddox —dice—. Es conocido de Seamus, dueño del Ink & Dust. Nos está ayudando con el asunto de los Vultures, confío en él.

Declan no sonríe, pero asiente apenas. Sus ojos no se apartan de los míos.

—Declan —me dice, la voz tan firme como su mirada—. Él es Aidan.

Uno de los hombres musculosos, el más callado, hace un leve gesto con la cabeza.

—Y ya conoces a Seamus —añade.

—Nos hemos cruzado —respondo.

Seamus se levanta con esa energía que lo hace parecer una granada sin seguro. Se acerca, me da una palmada en la espalda como si nos hubiéramos visto la semana pasada, y sonríe con algo parecido a respeto.

—Jack —dice, simplemente —ya conoces a Emily, mi mujer.

Saludo con la cabeza, y al poco, entra otro tipo. Más joven, más discreto, pero con los mismos ojos que Patrick.

—Mi hermano —dice Patrick—. Liam.

Liam asiente, casi sin hablar. Me observa como si ya supiera más de mí de lo que he dicho.

Pasan apenas unos minutos y escuchamos una voz de mujer y el llanto breve de un bebé. Me giro justo cuando una mujer de cabello oscuro y mirada letal entra en la sala, con un hombre alto y fuerte detrás. Se detienen al verme, la tensión es inmediata.

Patrick da un paso al frente.

—Siobhan. Ryan. Y la pequeña Maeve.

La mujer me mira con desconfianza, el hombre me mide sin decir una palabra. La niña, ajena a todo, se retuerce en brazos de su madre hasta que, de pronto, suelta un chillido alegre y al ver a otra figura que aparece por el pasillo.

Una voz fuerte, firme, cargada de autoridad y de años, la llama por su nombre.

—Maeve. Ven aquí, mi niña.

La mujer toma a la niña en brazos con una naturalidad que no necesita ser ensayada. La pequeña se le lanza encima como si su mundo comenzara y terminara ahí. No sé quién es, pero por la forma en que todos bajan un poco la mirada cuando aparece, está claro que su presencia pesa.

Patrick se adelanta, se planta a su lado, sin solemnidad pero con respeto.

—Jack —dice, girándose hacia mí—. Te presento a mi madre, Erin.

Me toma por sorpresa. La forma en que lo dice, el momento, el tono.

—Señora —respondo, con un gesto de cabeza respetuoso.

Detrás de ella aparece otra mujer, embarazada, con una expresión cansada pero noble. Patrick me mira, como si no supiera si hacer presentaciones formales o dejarlo fluir.

—Natasha —dice—. Es la esposa de Declan.

No me tienden la mano, pero no me lo tomo a mal. No esperan nada de mí, pero tampoco me echan. Eso ya es más de lo que esperaba.

Erin, Natasha y Maeve desaparecen por el pasillo poco después, dejando la sala más ligera, pero no menos cargada. Patrick se gira hacia mí y me hace un gesto leve.

—Vamos.

Nos dirigimos al despacho de Declan. Paso tras él sin vacilar, con la espalda recta y la cabeza fría. He entrado en la madriguera, he visto al lobo, y todavía sigo en pie.

Ahora viene la parte difícil. La parte donde debo demostrar que no estoy aquí por él, sino por todos, que sé lo que estoy haciendo.

Entramos en el despacho y la atmósfera cambia al instante.

No hay música ni voces suaves. Solo el sonido leve de la puerta al cerrarse y el silencio que se instala después. Hay una mesa grande, de madera oscura, sillas fuertes, sin concesiones. Papeles organizados en una esquina, un par de vasos de cristal grueso con whisky, sin tocar.

Declan está de pie junto a la ventana, mientras Aidan se ha adelantado y toma asiento sin emitir palabra. Seamus se queda apoyado en una estantería, como si estuviera demasiado inquieto para quedarse quieto. Patrick cierra la puerta tras de mí y se coloca a mi izquierda, sin tocarme, pero cerca. Suficiente.

Yo no digo nada. Espero. Entonces Declan se gira, me clava la mirada, y dispara sin rodeos.

—¿Qué sabes de los Black Vultures?

La pregunta no tiene filtro, viene cargada de todo su peso, solo por quién la hace y por qué. No busca rodeos. No me está tanteando, me está midiendo.

Respiro, pero no bajo la vista.

—Los conocí en Tacoma —empiezo—. Estuve con ellos cuatro años, antes de que el club se dividiera, antes de que entraran los nuevos líderes. Cuando me fui, ya no eran lo que conocí al principio.

Declan asiente apenas, sin cambiar el gesto.

—¿Y qué eran?

—Un grupo organizado. Violento e nteligente. Nada de niñatos borrachos en motos. Tenían estructura, mandos, negocios encubiertos, alianzas con células pequeñas de tráfico de armas y

extorsión. Sabían moverse, desaparecer cuando había que hacerlo. Tenían reglas… hasta que dejaron de tenerlas.

—¿Por eso los dejaste? —pregunta Aidan, sin levantar la voz.

Lo miro.

—Sí. Cuando las reglas se rompieron, lo que quedó fue hambre, locura, gente con demasiado poder sin saber lo que significa la palabra límite.

Declan se mueve, se apoya en el borde de la mesa. Ya no pregunta por mí, va al grano.

—¿Y qué crees que están haciendo aquí?

—Tanteando, buscando grietas. Probablemente no vienen a imponer su presencia directamente. No son idiotas. Primero huelen el terreno, contactan con grupos menores, clubes locales, pandillas sin dueño. Hacen preguntas, prometen protección…dinero. Y cuando ven que nadie responde… empujan. Sin aviso.

—¿Y qué tipo de grietas buscan? —pregunta Patrick entonces, por primera vez.

Lo miro, sé que esta parte le va a incomodar.

—Debilidad interna. Ruido, división entre facciones. Barrios con menos control. Y sobre todo… clanes grandes que están distraídos con otros asuntos, con nuevas generaciones entrando, con reglas internas que ya no se respetan igual. Clanes que parecen fuertes desde fuera, pero que tienen hilos sueltos por dentro.

Silencio. No me tiemblan las manos, pero sé lo que acabo de decir. Sé cómo suena.

Declan no reacciona, Aidan me observa con una quietud inquietante. Seamus aprieta la mandíbula. Y Patrick… Patrick sigue ahí, firme, como si supiera que necesitaba oírlo de mi boca, aunque le duela.

—¿Y qué crees que quieren aquí? —dice Declan, cruzando los brazos.

—Una ruta —respondo sin dudar—. Eureka no es un punto final, es un paso intermedio. Es limpio, discreto. Tiene puerto, tiene carreteras directas a Sacramento, a Portland, a la frontera si hace falta. No quieren instalarse, quieren pasar. Pero para eso necesitan permiso, o dominio, si no lo consiguen negociando… lo tomarán.

Se hace otro silencio, esta vez más denso.

Declan no me da las gracias, no dice nada, asiente, una vez, breve. En ese gesto hay más aceptación de la que esperaba.

Seamus se aparta de la estantería, cruza los brazos, y me mira de lado.

—Entonces dime, Maddox —dice, con una media sonrisa torcida—. Si sabes tanto, ¿qué propondrías tú?

Lo miro, sonrío, apenas.

—Encontrarlos antes de que nos encuentren. Cortar sus contactos, romper sus alianzas. Hacer que crean que aquí no hay grietas, que hay unidad, coordinación. Que no nos tiembla el pulso si hay que dar un golpe primero.

—¿Y por qué deberíamos confiar en ti? —pregunta Declan, sin levantar la voz, pero con todo el peso que implica esa pregunta viniendo de él—. Fuiste uno de ellos.

No me ofende, ni me sorprende. Lo esperaba.

Lo miro de frente.

—Porque ya pagué por ello —respondo, sin adornos—. Me comí tres años de cárcel por seguir órdenes que no me pertenecían, por cargar con decisiones que no firmé. Salí sin deberle nada a nadie, ni a ellos ni a mí mismo. Desde entonces he hecho mi vida lejos, sin pedir favores, sin moverme en su sombra.

Me inclino un poco hacia adelante, sin querer desafiarlos.

—No los quiero aquí. No los quiero en mi ciudad, ni cerca de mi espacio, ni de la gente que respeto. Y haré lo que sea necesario para mantenerlos fuera de Eureka.

Declan no dice nada, pero hay algo en su expresión que cambia. No se ablanda ni cede, pero escucha.

Seamus se ríe. Una risa breve, casi satisfecha.

—Empiezo a entender por qué te trajiste este cabrón, Patrick.

Declan no se ríe. Aidan tampoco, pero no hace falta. Hay un silencio distinto ahora, uno que ya no huele a desconfianza, sino a estrategia.

Y eso ya es un primer paso.

23

Patrick

No suelo traer a nadie aquí. Este espacio es nuestro. Está lleno de sangre, de historia, de heridas que no se cuentan en voz alta. Por eso, mientras cruzamos juntos el umbral del despacho, siento el peso de lo que estoy haciendo. Jack entra tras de mí sin vacilar, pero yo sí vacilo, por dentro. Porque esto no es cualquier cosa, no lo era antes, y mucho menos ahora.

Lo más extraño de todo es que me siento cómodo, tranquilo, como si el hecho de ver a Jack en esta casa —rodeado de todo lo que soy, de lo que siempre he sido— no me rompiera por dentro como pensé, sino que me diera una especie de paz rara. Inesperada.

Pensé que me incomodaría, que verlo aquí sería una amenaza a ese equilibrio violento que sostenemos cada día. Pero lo miro, lo siento respirar a mi lado, y no tengo dudas. Algo en mí… se alinea como si, sin darme cuenta, ya hubiera empezado a hacerle espacio.

Entonces Declan le habla directo como es él, sin rodeos.

—¿Qué sabes de los Black Vultures?

Jack no parpadea ni esquiva nada, responde.

No se agita, no se defiende con excusas ni se justifica con medias verdades. Dice lo que tiene que decir, sin temblar, sin adornos. Por eso… por eso mismo es que sé que está diciendo la verdad.

Lo noto, lo siento.

No hay mentira en su voz, no hay máscara. Se está exponiendo ante nosotros, ante Declan, ante mi familia, de una forma en la que no pensé que haría ante nadie. Está entregando su historia sin pedir perdón. Y eso, aquí, tiene un valor que pocos entienden.

Declan lo observa en silencio durante unos segundos que se alargan. Sé que está evaluando más que las palabras, está midiendo intenciones. Lealtades. Riesgos. Luego, finalmente, asiente.

—No nos falles, Maddox. Porque si lo haces… no lo contarás.

La amenaza no necesita énfasis, la dice sin dramatismo. Son solo hechos. Así funciona esto, así ha funcionado siempre.

Jack no se acobarda, sin desviar la mirada, le tiende la mano.

Y Declan la acepta. Ahí está. Trato sellado.

Una alianza nacida de la necesidad, pero con una base más firme de lo que imaginaba.

Pasamos la mañana compartiendo información. Detalles sobre los movimientos de los Vultures, los contactos recientes, los rumores en los puertos. Jack aporta datos, estructuras internas del club, nombres que ya no recuerdo pero que Declan y Aidan anotan con atención.

Es metódico, preciso, como si cada palabra que dice tuviera un lugar exacto en el mapa de guerra que estamos dibujando.

En algún momento, Erin entra al despacho. No golpea, abre con la naturalidad de quien manda más que todos sin tener que decirlo.

—¿Vais a quedaros todos a comer? —pregunta, mirando primero a Declan y luego a mí.

—Sí, mamá —respondo, casi sin pensar—. Todos.

Incluido él, pienso para mí.

Ella asiente, cierra la puerta, y la conversación continúa, como si nada, aunque siento a Jack respirar distinto a mi lado.

La comida llega como un descanso bienvenido. El comedor se llena de platos humeantes, voces que se superponen, vasos llenos y servilletas mal dobladas.

Mamá va y viene, como una sombra firme que todo lo ordena sin levantar la voz. Natasha se sienta junto a Declan, con una mano constante en la barriga como si acariciara el futuro con los dedos. Declan se lo nota: no dice nada, pero está pendiente. Cada vez que ella se mueve, él lo siente antes que nadie.

Seamus y Emily entran últimos, discutiendo entre susurros que de sutiles no tienen nada.

—Te digo que sí lleva canela. Lo probé en Dublín, lo hacía mi abuela.

—Tu abuela también creía que el whisky curaba la gripe —responde Emily, sentándose sin mirarlo—. Y tú acabaste con fiebre

de cuarenta.

—Pero feliz.

Ryan corta el pan con una eficiencia que casi da miedo. Al otro lado, Siobhan lo observa como si el pan fuera a salir volando.

—Ryan, por Dios, no estamos en la puta guerra —dice ella, en voz baja pero firme.

Aidan se sirve vino mientras mamá le deja una ensalada delante, él asiente apenas, como si eso fuera todo lo que tuviera que decir hoy.

Y Jack… Jack encaja, al principio noté su tensión, pero a los pocos minutos era uno más de nosotros.

El ruido en la mesa empieza a calmarse, el vino baja más despacio. La comida ya solo es rastro en los platos. Entonces, Liam levanta la vista por primera vez hacia Jack. Lo estudia un segundo, luego pregunta, directo, sin adornos.

—¿Qué moto llevas?

Jack tarda medio segundo en responder, midiendo la pregunta como si fuera una puerta que decide si abrir.

—Ahora una Street Glide negra. Modificada.

Liam asiente, como si esa información encajara en algún sitio dentro de su cabeza.

—Buena máquina —dice, sin emoción—. Estuve mirando una hace unos años. Al final me quedé con la Softail. Menos volumen, pero más cuerpo.

Jack se ríe. Una risa breve, real.

—A veces lo cómodo también corre.

Liam lo mira y se limita a responder:

—Depende de quién la monte.

Y con eso basta.

No se dicen más. Ese intercambio seco, limpio, sin adornos, funciona. Porque Jack no necesita ganarse a nadie, solo ser exactamente quien es.

Y Liam ya entendió lo suficiente.

Le sirve más vino a Aidan, que lo mira de reojo como si le estuviera midiendo el pulso por la forma en que llena el vaso.

Se ríe con Seamus, que le pregunta:

—¿Y es cierto que tatuaste a un tipo en medio de una pelea?

—No en medio, fue justo después. Aún sangraba. Quería que el corte fuera parte del diseño.

—Joder, eso me gusta.

Jack observa a Natasha con discreción respetuosa. No dice nada, pero se nota que le presta atención a cada gesto. Ella lo capta, le sonríe con amabilidad suave.

Cuando Erin vuelve con un bol de ensalada, él se levanta sin que nadie lo diga, lo toma de sus manos como si lo hubiera hecho cien veces, y lo deja sobre la mesa.

—Gracias —dice ella, simplemente.

Eso, ese simple gesto, me llega muy adentro.

Yo no hablo mucho, pero los observo a todos. El ruido, la tensión sutil, las bromas, las palabras que se entienden sin decirse. La familia en su estado más crudo, más real. Ni perfecta ni limpia, pero viva.

Y que Jack esté ahí, en medio de todo, sin desmarcarse, sin hacerse pequeño ni imponerse, simplemente siendo él, me hace sentirme cómodo.

Después del postre —pastel de manzana con nata, que Seamus jura que está envenenado solo para evitar compartirlo—, Declan se limpia las manos con una servilleta y me lanza una mirada que ya conozco. Hora de volver al trabajo.

Nos levantamos uno a uno. Ryan se ofrece a llevar a Maeve arriba, Siobhan lo sigue. Erin empieza a recoger sin pedir ayuda, pero Emily se le adelanta con un movimiento de cejas que casi parece una orden. Liam desaparece como siempre, sin hacer ruido. Natasha se queda sentada un poco más, acariciando el vientre, mientras Declan le acaricia el cuello.

Jack y yo salimos juntos, en la puerta me detengo, me giro.

—¿Qué planes tienes ahora?

Él me mira, se encoje de hombros, tranquilo.

—Tengo que pasar por casa. Tengo que ver a mi perro.

—¿Tienes un perro? —pregunto, sin disimular la sorpresa.

—Sí —responde Jack, con ese tono que suena a verdad sin esfuerzo—. Y no lo veo desde ayer.

Asiento, dejando que la información termine de asentarse en silencio. Él me mira; hay algo en su expresión que no es una invitación directa, pero tampoco deja lugar a dudas.

—¿Quieres conocerlo? —dice, restándole importancia en el tono, aunque ambos sabemos que no lo es.

Lo dice con una naturalidad que es más peligrosa que cualquier declaración. Me toma por sorpresa, porque en su mundo, en el mío, eso significa algo más que ir a ver un animal.

Levanto una ceja.

—¿Me va a ladrar?

Jack se ríe. Esa risa breve, gutural, que solo deja escapar cuando está a gusto. No es una risa para impresionar, ni para suavizar lo que dice. Es real, cruda. Como él.

—Probablemente, aunque menos que yo.

Me sorprende la forma en que lo dice. Como si su forma de advertirme fuera, en realidad, una promesa.

—Entonces lo aguantaré —respondo, sin pensar demasiado, porque siento que no estoy haciendo una broma, estoy adquiriendo un compromiso.

Él no responde pero me mira con ese tipo de calma que viene después de haber tomado una decisión.

Su mirada dura apenas un segundo, pero lo dice todo. Que me acepta, que va a dejarme entrar, y no solo a su casa.

Luego gira, se encamina hacia su moto con la seguridad de quien no necesita preguntar si lo van a seguir.

Y yo lo sigo. Porque si algo me ha quedado claro hoy, entre el peso de mi apellido y el ruido de mi sangre, es que este hombre no está jugando.

Y yo tampoco.

24

Jack

El rugido de la moto me envuelve, constante, como una respiración profunda que me empuja hacia adelante. El aire es denso, cargado del olor a asfalto caliente y resaca de ciudad. Patrick viene detrás de mí, en su coche impecable, con esa forma suya de estar en control incluso cuando no dice nada. No lo miro, pero lo siento. Su presencia es como una sombra alargada, siempre firme, siempre alerta.

Aún no termino de procesar que va a venir a mi casa. A mi espacio. Ese que no comparto para nada más que sexo casual. Pero con él… con él no es lo mismo, no lo ha sido en ningún momento.

Hoy estuve en su mundo, en su terreno. Rodeado de su sangre, de sus silencios, de sus reglas no escritas. Pensé que me sentiría como un intruso, que querría largarme a los diez minutos, pero sorprendentemente no fue así.

Me encontré observando, sí, midiendo, claro… pero sin esa incomodidad que suelo llevar clavada entre los hombros. Su familia —tan jodidamente armada, tan distinta entre sí, tan parecida en el fondo— tiene algo que no esperaba. No son perfectos ni cálidos, pero son reales. Eso me basta.

Me sorprendió sentirme a gusto. No me pasa a menudo, pero con ellos me he sentido bien. Con todo el conjunto, con esa forma que tienen de morderse y cuidarse en el mismo gesto.

Ahora es Patrick quien cruza hacia mi lado. No solo me sigue en la carretera, me sigue a casa. Me nace querer abrirle la puerta. No es que necesite enseñarle nada, no necesito aprobación, ni mostrarle que soy más de lo que parezco, solo quiero dejarlo entrar.

No lo he hecho antes con nadie, sin embargo, no me da miedo ni me pesa.

El semáforo cambia. Giro hacia la avenida, paso junto al parque donde llevo a Havoc cuando no hay nadie, y sigo hacia la zona industrial donde el ruido baja y la ciudad deja de fingir que no sangra.

Aparco frente a la casa. El motor se apaga, pero el cuerpo aún vibra con la tensión que no pienso admitir.

Me bajo, me acomodo el casco bajo el brazo y espero.

Él tarda unos segundos en aparcar. Baja de su coche sin apuro, con ese andar suyo que parece contener algo mucho más feroz debajo.

Cruzamos la mirada, no decimos nada, pero lo que está a punto de pasar… no es una simple visita. Lo sabe, lo sé… y seguimos adelante.

Antes de abrir la puerta, me detengo un segundo, la mano en el picaporte. Patrick se detiene también, a medio paso de mí.

—Antes de entrar —le digo, sin mirar atrás—, deberías saber algo.

Él levanta una ceja. Me está escuchando, atento, serio como siempre.

—Havoc no es muy cariñoso —aclaro—. No le gustan los extraños. A veces gruñe, a veces enseña los dientes. No muerde, eso te lo aseguro, pero… digamos que le gusta marcar territorio.

Patrick asiente, tranquilo.

—¿Y tengo que preocuparme?

—No —respondo, aunque suena menos firme de lo que quisiera—. Solo no lo mires con intención de dominarlo y no le hables como si fuera un crío. Mantente neutral. Te va a oler, va a gruñir, pero no va a pasar de aquí.

Me giro hacia él.

—Sé que eso no tranquiliza una mierda, pero es lo que hay.

Patrick asiente otra vez sin miedo, sin duda. Con la calma de quien va a cruzar una calle cualquiera y no a entrar en la guarida de un perro entrenado para desconfiar hasta del aire.

Abro la puerta.

Havoc está en el salón, como siempre, en su rincón, echado pero alerta. En cuanto la puerta se abre, se incorpora de golpe. Las patas rígidas, el lomo tenso, los ojos fijos. Gruñe pero no ladra solo

muestra los dientes en esa forma suya de decir "este es mi espacio, no me jodas".

Patrick se queda justo detrás de mí. Espero el gruñido más fuerte, el marcaje, el espectáculo de siempre. Porque Havoc nunca falla.

Pero esta vez… Nada.

El perro lo observa serio, inmóvil. Sin un solo ladrido, sin un paso hacia atrás.

Patrick da un paso, no lento, pero sin provocación. Se detiene justo al borde del salón. No lo mira desafiante pero tampoco lo ignora, lo reconoce.

Y Havoc lo mira.

No gruñe ni enseña los dientes. Se le queda mirando, cuando Patrick alarga una mano, abierta, sin presión, Havoc se acerca. Huele, y al segundo siguiente… ese traidor de cuatro patas le mueve la cola y se deja rascar detrás de la oreja como si lo conociera de toda la vida.

Me quedo quieto. Literalmente sin palabras.

—¿En serio? —murmuro, cruzando los brazos—. ¿Así de fácil?

Patrick no dice nada, sigue acariciándole la cabeza, con una sonrisa apenas visible, como si no le sorprendiera en absoluto.

Y Havoc… Havoc suspira y se tumba a sus pies.

—Muy bien, Havoc. Perfecto. Gracias por dejarme en ridículo en mi propia casa.

Patrick me lanza una mirada ladeada.

—Tal vez no le gustan los extraños.

Capullo.

Y sí, por supuesto que eso me afecta más de lo que debería. Pero no voy a decírselo. Ni a él. Ni a mi perro traidor.

Una cerveza. Es lo primero que pienso después del silencio incómodo que deja Havoc, aún tumbado al lado de Patrick como si fuera su puto dueño.

—¿Una cerveza? —pregunto, como quien lanza un salvavidas.

—Claro —responde, tranquilo.

Voy a la cocina, saco dos IPAs frías, las abro sin mirarlo demasiado, no sé muy bien cómo actuar con él aquí. En mi casa, en

mi salón. Sentado en mi sofá, con Havoc como si fueran viejos amigos.

Le paso la botella y me siento a su lado. No demasiado cerca, pero sin dejar espacio innecesario. El sofá es ancho, cómodo, siento que no tengo que llenar cada hueco con palabras.

Bebemos en silencio unos segundos.

—¿Cómo te has sentido hoy? —le pregunto, fingiendo ligereza.

Patrick da un sorbo, se encoge de hombros con una naturalidad que, en él, es casi ternura.

—Raro, pero bien.

Me río por lo bajo.

—Sí. Raro es buena palabra.

Asiente dejando la botella en la mesa.

—No estoy acostumbrado a compartir… con nadie fuera de los míos.

Lo miro y le dejo hablar.

—Crecimos todos juntos. Siempre fuimos seis —continúa—. Declan, Seamus, Aidan, Siobhan, Liam y yo. Diferentes, sí, pero… unidos. Erin, mi madre, fue quien nos sostuvo a todos, incluso cuando el mundo se caía a pedazos. Era como una jodida muralla silenciosa. Siobhan… bueno, Siobhan siempre fue la más dura, más que cualquiera de nosotros. Hasta que llegó Ryan, nadie pensaba que ella pudiera sentir. Pero él la entendió. Y Maeve… Maeve la volvió humana, la bajó a la tierra.

Hay una pausa, sus ojos se pierden un poco en la botella.

—Natasha y Declan esperan gemelos, Declan no lo dice, pero está cagado de miedo. Pero se le nota el orgullo hasta en la forma en que respira. Seamus encontró su equilibrio en Emily, aunque parezca mentira. Y Aidan… Aidan es como una sombra leal. Nunca falla, pero nadie acaba de saber quién es en realidad. Liam… Liam ha visto demasiado para su edad. Pero aguanta, aguanta como si no supiera hacer otra cosa.

Me quedo escuchando. Me sorprende el tono, no es blando, es sincero. Habla con disciplina, sí. Pero también con algo más. Amor. Fraternidad. Pertenencia.

Eso me toca más de lo que esperaba.

—Yo no tuve eso —digo, bajando la voz sin querer.

Patrick me mira sin interrumpir, me escucha.

—Mi viejo era un borracho. Mejor cuando no estaba, cuando estaba… mejor esconderse. Con quince me fui. Dormí en garajes, en sótanos, en casas ocupadas. Peleaba por dinero, por orgullo, por hambre. Se me daba bien, entonces aparecieron los Vultures. Me ofrecieron algo que parecía una familia. Distorsionada, jodida… pero era lo más parecido a un hogar que conocía.

Respiro hondo.

—Luego… todo cambió. Se cargaron al Prez, a los viejos. Fue un golpe de estado en toda regla. O te quedabas o te mataban. Así que me quedé. Hice cosas que no quería, cosas que me costaron el sueño. Luego me trincaron. Tres años entre rejas. Pagué, salí y me largué sin mirar atrás.

Doy otro trago.

—Tengo una hermana. Vive lejos. Tiene una vida buena, ordenada, sana. No me acerqué nunca, no quiero salpicarle con mi mierda. No quiero que tenga que explicar quién soy ni cargar con mi historia.

Silencio.

—Así que Havoc es lo único que tengo. Lo rescaté de una pelea de perros. Estaba medio muerto, igual que yo. Nos entendimos al segundo. Somos iguales. Jodidos pero leales. Sin dobleces.

Patrick sigue en silencio. No lo necesito hablando, necesito justo esto. Que no me interrumpa, que no me mire con lástima, que no me analice.

Y no lo hace.

—No me abro con nadie —confieso—. No me sale, no me gusta. Pero contigo… es fácil. No sé por qué, tal vez porque no me miras como si estuviera roto.

Patrick da un trago lento. Me mira, directo.

—No estás roto. Solo has sobrevivido.

Por un momento, todo en mí… se afloja. No es una cuestión de debilidad, es confianza. Porque si me deja, me quedaré, si me escucha así… no querré irme nunca.

25

Patrick

Estoy en su casa. En su sofá gastado, más real que muchos de los sillones de diseño en los que me he sentado toda mi vida.

Havoc, ese perro que no tolera a nadie, descansa con la cabeza sobre mi pie, con la confianza de quien lleva años conmigo. Con la naturalidad de quien acepta algo porque encaja en un plan que yo aún no entiendo, pero que se está cumpliendo con una fluidez casi inquietante.

Miro a Jack. Se ha dejado caer contra el respaldo, con la cerveza medio vacía en la mano y la mirada tranquila, libre ya de cualquier necesidad de demostrar nada, y por alguna razón, eso me desarma más que cualquier otra cosa.

No ha tenido una vida fácil. No ha tenido familia, ni guía, ni descanso. Ha sido golpeado por su propia historia y aun así está aquí, entero, vivo. Con cicatrices que no oculta y una fuerza que no necesita gritar.

Y yo estoy aquí con él.

Llevamos veinticuatro horas juntos. Veinticuatro horas de tensión, de deseo, de conversaciones que cortan más que las balas, de silencios que lo dicen todo. Y no tengo ni un solo impulso de separarme.

He tenido relaciones antes. Mujeres con las que he compartido cama, semanas, meses. Algunas me quisieron, otras me usaron tanto como yo a ellas. Pero nunca esto, nunca esta necesidad de saberlo todo, de quedarme un rato más, de escuchar su historia sin escapar de la mía. Nunca esta urgencia serena de estar cerca, de respirar el mismo aire, de no cansarme.

Con Jack… es distinto.

Hablamos de cosas que no se suelen decir, de heridas que uno arrastra sin pretenderlo. Él me habla de su hermana, yo le cuento cosas que ni Declan sabe. Me pregunta por mi infancia, por los años de formación, por la primera vez que entendí lo que significaba pertenecer a una familia que también era una estructura militar, una fortaleza con códigos de sangre. Y yo le hablo, le hablo con esa voz que solo me sale cuando no tengo que esconder lo que me quema por dentro.

La conversación va bajando, no de importancia, sino de tono. Más íntima, más densa. Empieza a pesar, no queremos que se corte, pero tampoco podemos sostenerla en pie. Así que llega un momento en el que no decimos nada, simplemente estamos.

Cuando lo miro… cuando me permito mirarlo de verdad… Jack ya me está observando.

No veo lujuria en sus ojos, veo algo más jodido. Me mira con ternura, con deseo calmado. Con esa forma de ver a alguien como si supieras que vas a volver a mirarlo mil veces más.

No sé quién se acerca primero. Tal vez fui yo, tal vez fue él. Solo sé que terminamos enredados.

Su cuerpo y el mío, sin distancias. Su brazo rodeando mi espalda, mis dedos acariciando su pecho. Nuestros labios rozándose sin urgencia, con hambre lenta, con esa intensidad que no necesita explotar para doler.

No hay una dirección clara ni un objetivo; es esa necesidad de estar cerca, de tocarnos, de reconocernos con la piel.

Y yo me dejo. Por primera vez en mucho tiempo… me dejo.

Cierro los ojos, apoyo la frente en su cuello, me quedo ahí, respirando. Porque si esto es el principio de algo, no quiero perdérmelo. Y si no lo es… al menos quiero recordarlo como se recuerdan los instantes que valen más que toda una vida.

La temperatura sube. No solo en la piel, sino en lo que se siente por dentro, donde arde más lento pero más profundo.

Los besos se vuelven más húmedos, más largos, más necesitados. No hay torpeza, pero tampoco precisión, es deseo en estado puro. Crudo y sin máscara.

Nos desnudamos sin decir nada. La ropa cae al suelo sin que importe. Jack me toma de la mano y me guía a la ducha, con la seguridad de quien entiende que necesito el agua caliente para soltar lo que aún me queda de rigidez.

Entramos juntos, la humedad nos envuelve al instante. El vapor sube. Su cuerpo mojado, pegado al mío, es una amenaza y una promesa al mismo tiempo.

Me lava. No como quien se apura, me lava como quien memoriza.

Cada parte, cada rincón. Sus manos son firmes, pero delicadas. Me repasa la espalda, los hombros, el pecho. Frota con espuma, con cuidado, con respeto, pero también con intención. Como si su forma de tocar fuera una forma de decir: te quiero entero, no a trozos.

Y luego, sin aviso, me toma de la cadera y se coloca detrás de mí.

Siento su pecho húmedo pegado a mi espalda, su respiración en mi cuello. Entonces, su mano baja, cruza mi vientre. Su palma enjabonada se acomoda entre mis piernas. Me tenso, no lo puedo evitar, pero no me aparto. Porque no hay miedo, solo vértigo.

Sus dedos resbalan, suaves, precisos, y se detienen en mi entrada. No empujan ni invaden. Solo están ahí, como una presencia caliente que me enciende desde el centro. Cuando apenas la yema de uno de ellos se desliza adentro, siento cómo mi cuerpo entero se arquea. No siento dolor, sino una sensación imposible de describir.

Es solo la punta, apenas un roce… pero es como si me abriera una grieta en el alma.

Jack no dice nada, respeta el ritmo, se mueve lento. Masajea con precisión. Mi polla está dura, pero él ni la ha tocado, ahora, todo su enfoque está en esa parte de mí que nadie había tocado así jamás.

Y yo me dejo. Me dejo porque confío, porque me quema y me calma. Porque me rompe y me arma al mismo tiempo.

Su dedo se mueve, apenas. Dentro pero sin empujar más. Solo explora, vibra y me pierdo.

Cuando lo saca, el aire me falta. Me apoyo en la pared de la ducha sin poder decir nada. Él se limpia mientra yo apenas puedo respirar.

Salimos y nos secamos en silencio, cualquier palabra ahora sería una torpeza.

Su cama nos espera. Grande y firme, como él.

Nos tumbamos frente a frente sin tocarnos todavía. Los dos estamos duros, respirando el mismo deseo. Siento el calor de su cuerpo a pocos centímetros del mío, el pulso acelerado en mi cuello. Siento que algo está a punto de pasar y que no quiero pararlo.

Él se acerca y empieza un beso lento. Largo, húmedo. Un beso que no solo se siente en la boca, sino en todo el cuerpo. Un beso que sabe a entrega. Y yo… me entrego con todo, ya no sé cómo no hacerlo.

Estamos en su cama, y por un momento no hay nada más. Solo su mirada fija en mí, mi pecho agitado, la tensión entre mis músculos, y su mano acariciándome el rostro con una calma que me desarma más que cualquier beso.

—Relájate —dice, en voz baja, hablándole a mi cuerpo más que a mis oídos—. Vamos a ir tan despacio como necesites, pero tienes que permitirte disfrutarlo.

No sé cómo responder a eso, así que solo asiento y eso basta.

Se inclina sobre mí, empieza por mi cuello. Sus labios no solo besan, lamen, me muerde suavemente debajo de la oreja y siento un escalofrío que me sacude hasta los pies. Luego baja, sin apuro, su lengua recorre mi clavícula, mi pecho, deteniéndose en los pezones, uno por uno. Los chupa, los pellizca con la lengua, yo… jadeo, no me contengo, no quiero hacerlo.

Me siento marcado, cada centímetro de mi piel ha sido reclamado.

Baja más. Su boca, caliente, húmeda, sigue su camino por mi abdomen. Siento cómo la punta de su lengua traza líneas, círculos, caminos que no sabía que podían excitarme. Me muerde justo encima del hueso de la cadera, cuando llega a mi entrepierna, no se apresura. Solo me besa. Pasa la lengua por el tronco, lento, como si estuviera probando un caramelo que piensa saborear toda la noche. Me lame la punta, recoge la humedad con precisión y deseo, cuando creo que va a seguir, se detiene, me mira con los ojos entrecerrados, y sonríe sabiendo exactamente lo que me está haciendo.

—Date la vuelta —murmura.

Obedezco. Me giro. El corazón me late en la garganta, no sé qué va a hacer, pero tampoco quiero saberlo, solo quiero sentirlo.

Sus manos recorren mi espalda, mis hombros. Me masajea, me besa, me muerde los omóplatos, el cuello por detrás, la cintura. Entonces sus labios bajan y llegan a mis glúteos.

Los besa, los muerde. Los abre con ambas manos como si fueran suyos.

—Separa las piernas —dice, con esa voz suya que no admite objeción, aunque no sea un mandato.

Y yo las separo, claro que las separo… entonces lo siento. Su boca en mi entrada. No pensé que algo así pudiera sentirse de esta forma.

No hay resistencia, solo placer puro.

Su lengua se mueve entre mis glúteos, me lame con una intensidad que me descompone. Me explora, me abre, me saborea, lento, con hambre. Me come queriendo grabarse en mi cuerpo desde adentro. No hay prisa, no hay pausa. Es una adoración animal, profunda, que me rompe todas las defensas.

Gimo, no puedo evitarlo.

Su lengua se hunde un poco más. Me lame el perineo, los testículos, vuelve a mi entrada. La chupa, la acaricia, empuja su lengua. Lame, succiona… me tiembla todo. Literalmente todo.

Nunca me han tocado así, nunca me he dejado tocar así.

Y sin embargo, aquí estoy, con el rostro hundido en su almohada, las manos apretadas contra las sábanas, y el cuerpo entregado al calor de su boca entre mis piernas.

No hay pensamiento, no hay orgullo, no hay miedo. Solo deseo. Solo él.

Y lo que me está haciendo… es tan salvaje como perfecto.

Su lengua no se detiene. Me come como si quisiera borrar cualquier recuerdo anterior, que cada roce fuera una declaración silenciosa: nadie más va a tocarte así.

Sus labios succionan, su lengua empuja, lame, rodea, abre. Estoy jadeando, sudando, aferrándome a las sábanas como si fueran lo único que me mantiene anclado a esta dimensión. No hay nada más, solo esta sensación. Su boca volviéndome loco.

Entonces se detiene un segundo.

Oigo que se aleja. Un crujido. Un cajón que se abre. Pero no puedo moverme, no tengo fuerza, no tengo el control de mi cuerpo. Solo respiro, agitado, mientras mi cuerpo vibra con la ausencia de su boca.

Un segundo después, vuelve y todo arde de nuevo.

Su boca retoma su lugar, me posee con la lengua mientras sus manos me sujetan las caderas con firmeza.

Y entonces siento algo frío. Un líquido que se desliza entre mis glúteos. Lubricante… y su dedo.

Presiona mi entrada con paciencia, sin forzar. Lo empuja despacio, con firmeza, dejando que mi cuerpo se abra, que lo reciba. No hay dolor, solo calor. Su lengua sigue trabajando alrededor, y cuando su dedo finalmente entra, lo hace como si ya fuera parte de mí.

Gimo de nuevo.

Su dedo se mueve dentro de mí con una precisión que me saca el aliento. No es brutal, es invasivo, sí. Pero de una forma placentera, devastadora. Me toca por dentro y me saca todo el aire. Y cuando baja de nuevo a mis testículos, cuando los lame, los muerde con suavidad, mientras su dedo se hunde más y más dentro de mí… siento que algo se rompe.

Sin esperarlo, toca un punto dentro de mi… un maldito punto que me hace ver estrellas. Que me apaga la razón y me enciende el alma.

Mi polla está dura, insoportablemente tensa, sin que la haya tocado. No tiene que hacerlo, porque su dedo, su lengua, su boca, me están llevando más allá.

Vuelve a moverse dentro de mi. Lento, luego más firme. Mi cuerpo reacciona sin pedirme permiso. Me arqueo, gimo, me aferro a las sábanas con los dientes apretados. Cada empuje, cada lamida, cada roce es una ola que me golpea con más fuerza que la anterior.

Y cuando siento que no puedo más… cuando estoy al borde de lo imposible… me corro.

Sin que me toque la polla, me corro con todo lo que tengo. Un orgasmo brutal., salvaje. Diferente a todo lo que haya conocido. Como si me vaciara por dentro y me reconstruyera a la vez.

Jadeo, tiemblo. Me quedo ahí, con el cuerpo vencido y la mente en blanco, mientras su dedo se desliza fuera de mí con cuidado.

Y en ese instante lo sé. Nadie me había hecho sentir esto, nadie me había tocado así jamás.

Y nunca, nunca, voy a olvidarlo.

26

Jack

Lo tengo en mi cama.

Desnudo, sudado, flotando en una calma que no le había visto antes.

Acaba de correrse con una fuerza que casi me rompe. Lo he visto en su cara, en la forma en que se arqueaba, en cómo me apretaba sin decir nada, como si el cuerpo le hablara en un idioma que nunca antes había escuchado.

Su primer orgasmo de próstata.

Lo sé. Lo he visto pasar antes, pero no así, no con tanta entrega, no con esa mezcla de sorpresa, rendición y éxtasis.

Me levanto despacio sin decir nada, no quiero romper ese estado de gracia. Voy al baño, me lavo las manos y cojo una toallita húmeda.

Cuando vuelvo, sigue tumbado boca abajo, con la respiración aún agitada, los músculos flojos, las piernas abiertas, la cara enterrada en la almohada como si necesitara esconderse del mundo para mantener lo que acaba de sentir.

Me agacho a su lado y lo limpio. Sin pensarlo, sin buscarlo, solo lo hago porque quiero, porque me sale de dentro.

No es algo que haga, de hecho nunca lo he hecho con nadie. Pero con él… todo es distinto.

Dejo la toallita a un lado, me acomodo junto a él, y lo rodeo con un brazo sin decir nada. Su piel arde, está templado por dentro, aún no ha vuelto del todo.

Tiene esa expresión en la cara… esa felicidad absoluta que aparece cuando el placer desarma incluso a los que nunca bajan la guardia.

Y me encanta verlo así. Lo miro, lo acaricio con los ojos, poco a poco, lo noto regresar.

—Eso ha sido… —empieza a decir, con la voz baja, aún buscando las palabras.

—Lo sé —respondo, con una sonrisa lenta, cargada de todo lo que siento—. Y es solo el principio.

Se gira hacia mí y me besa sin prisa, como si ese beso fuera una forma de decir gracias sin tener que articularlo.

Pero lo dice igual.

—Gracias.

No lo necesitaba, pero me gusta oirlo.

—Me gustó casi tanto como a ti… tenerte así. Abierto, entregado.

Y sigue besándome. Más abajo, mis labios, mi cuello, mis hombros. Su mano se desliza por mi pecho, luego por mi vientre, hasta encontrar mi polla. Dura, pesada, dolorosa de tan tensa. Apenas me roza y me muerdo el labio.

—Me gustaría probarte —dice, con esa voz suya entre ronca y suave.

Lo miro, le tomo la cara con una mano.

—¿Estás seguro?

Asiente. Parece convencido y sin miedo.

Me besa otra vez mientras su mano me envuelve, empieza a acariciarme despacio, con ritmo irregular, como si estuviera explorando algo nuevo, pero con ganas reales de aprenderlo todo.

Baja por mi torso, por mis costillas, su lengua se desliza entre mis pezones. Los lame, los succiona. Me hace arquear sin querer. Estoy al límite desde que lo toqué y él lo sabe.

Desciende. Su boca deja un rastro húmedo hasta llegar a mi pelvis. Mi polla lo espera, apuntando recta hacia él, palpitando.

La mira, no se echa atrás.

—Joder… —murmuro. Mi cabeza ya está ardiendo.

Saca la lengua, me prueba despacio. Como si no supiera si le gustará el sabor… le gusta, porque lo repite. Me lame de nuevo, ahora con más decisión, desde la base hasta la punta. Rodea el glande con la lengua y lo succiona muy despacio. Yo ya no sé ni cómo me llamo.

—No voy a durar mucho… —le advierto, entre jadeos, los ojos cerrados, el cuerpo tenso.

Pero él no se detiene. Me toma entero con la boca. Primero con inseguridad, tanteando el ángulo, controlando la respiración. Pero aprende rápido. Se adapta, acompaña con su mano, aprieta, marca el ritmo. Lo hace bien, lo hace jodidamente bien.

Vibro entre sus labios. Sus mejillas se hunden al succionar, su lengua baila sobre la corona, su garganta intenta recibirme aunque se atraganta y vuelve a probar.

Cada vez más profundo, cada vez más intenso.

Yo ya no pienso, solo siento. Su boca, su lengua, su garganta.

—Patrick… me voy a correr… si no quieres tragarme, tendrías que…

Pero no se retira, al contrario, aprieta. Me sostiene, me contiene. Me traga justo cuando me rompo.

Me vengo con un gemido ronco, salvaje, desgarrado. Le lleno la boca. Fuerte, potente. Violento de tanto placer acumulado.

Y él no se mueve. Aguanta. Me mantiene dentro, sus labios sellados, sus ojos cerrados. Lágrimas en las pestañas por el esfuerzo, pero no se rinde.

Me lo da todo, y yo… se lo doy a él.

Cuando por fin se separa, lo veo respirar con fuerza, con los labios hinchados, la barbilla húmeda, el pecho agitado. Se limpia la boca con el dorso de la mano y me lanza una sonrisa torcida, arrogante y perfecta.

Y joder. Quiero esto para siempre.

Y no sé qué significa exactamente ese esto, pero lo quiero. Lo quiero en mi cama, en mi cuerpo, en mi mundo. Quiero sus jadeos contra mi vientre, su aliento entrecortado en mi piel, esa entrega suya que no grita pero lo dice todo. Quiero su lengua cansada y satisfecha, su pecho que sube y baja al mismo ritmo que el mío. Quiero su peso a mi lado, su calor, su caos contenido.

Lo miro mientras sube por mi cuerpo, besándome con suavidad, con la intención de que el fuego de antes no sea suficiente, con la necesidad de sellar cada centímetro de mi piel con su boca, reclamarlo, volverlo suyo.

Su lengua dibuja un trazo húmedo en mi torso. Sus labios se detienen en mi cuello. Su nariz roza mi mandíbula. Se acomoda junto a mí, con un suspiro lento, casi resignado. Con la rendición de quien por fin permite que el cuerpo descanse.

Se tumba en la cama sin apuro, sin palabras. Y sin pedir permiso, me abraza.

Su brazo cruza mi cintura, su pierna se apoya sobre la mía. Nos entrelazamos con la naturalidad de quienes ya lo han hecho mil veces, aunque sea apenas la segunda noche. No quiero pensar en nada más. Solo respiro y lo siento.

El silencio se instala entre nosotros, pero no es incómodo. Es un silencio lleno de lo que fuimos, de lo que dimos, de todo lo que acabamos de abrir el uno en el otro.

Cierro los ojos.

Sus dedos se mueven lentamente sobre mi abdomen, apenas rozándome, incapaz todavía de dejar de tocarme. Con la necesidad evidente de comprobar que sigo aquí.

Y sigo aquí. Saciado, exhausto. Derrotado… pero en paz.

Por segunda noche consecutiva, dormimos juntos. No separados por el pudor, ni por la duda, ni por el miedo. No en extremos opuestos de la cama. No como dos hombres que solo compartieron sexo, sino como dos cuerpos rendidos. Como dos hombres distintos que, sin saber cómo, acaban de abrir algo que tal vez no cerremos jamás.

Él apoya la cabeza en mi pecho, yo le paso la mano por el pelo, despacio, sin pensar.

No nos decimos buenas noches, solo dejamos que el sueño nos trague despacio. Uno enredado en el otro. Sacrificados al placer. Satisfechos, vulnerables.

Juntos.

El cielo apenas empieza a clarear cuando Havoc salta sobre la cama y me lanza uno de sus bufidos característicos. No hay piedad en su mirada. Lo he ignorado toda la noche, y lo sabe. No cenamos, no le hice caso… y ahora viene a reclamar lo que le corresponde.

No son ni las seis.

Patrick duerme de espaldas, desnudo, envuelto entre las sábanas que apenas lo cubren. Su espalda ancha, sus músculos relajados, su respiración profunda y estable… Me deja duro solo de verlo, como si el simple hecho de que esté aquí, en mi cama, desarmado y confiado, fuera suficiente para dispararme la sangre.

Estoy jodido. Realmente jodido.

No es deseo, es algo peor. Algo más adolescente, más primitivo. Me tiene poseído, parece que me hubieran echado un mal de amor de esos que duran semanas y te dejan sin aire.

Me levanto. Cruzo la casa en silencio, desnudo, le abro la puerta a Havoc, aunque tiene su propia salida, sé que le gusta más cuando lo hago yo. Le cambio el agua y le sirvo la comida. Me quedo un rato observándolo correr por el jardín, levantar tierra, liberar esa energía contenida que siempre arrastra como si fuera un lobo viejo en cuerpo de perro callejero.

Entonces lo siento detrás de mí.

—Has madrugado —dice Patrick, con la voz áspera del recién despierto, esa que me gusta demasiado.

Me giro y está ahí. También desnudo, con el pelo algo revuelto y la mirada entre soñolienta y encendida. Me lo quiero comer.

—Havoc tenía hambre. Y sinceramente… yo también. Anoche no cenamos —respondo mientras me apoyo en la encimera.

Patrick alza una ceja, su sonrisa ladeada, perezosa.

—Yo creo que comimos algo.

Me lo suelta sin parpadear, y yo lo miro con la sensación de que me hubiera metido una hostia con forma de chiste.

—No puedo creer que hayas hecho una broma sobre sexo, estirado…

Se ríe. Una carcajada de verdad. Sincera y desinhibida.

—No me reconozco, capullo.

Y me besa. De manera natural, como si lleváramos toda la vida haciendo esto.

—Vamos a hacer algo de desayunar.

Nos movemos por la cocina sin ropa, sin tensión, nosotros quizás no, pero nuestros cuerpos ya saben convivir. Es como si la desnudez fuera parte del uniforme para estar juntos. No hay incomodidad, solo

esa calma extraña que se instala cuando el sexo ha dejado de ser una barrera y empieza a ser un lenguaje.

Freímos huevos, hacemos bacon. Patrick encuentra en mi cocina lo justo para improvisar unas tostadas francesas que, por supuesto, le salen perfectas. Porque claro que sí, hasta cocinando es un jodido caballero.

Nos sentamos en la barra, las piernas tocándose por debajo, los platos humeantes frente a nosotros. Hablamos de forma sencilla. Del día, del tiempo, de lo bien que duerme Havoc después de comer.

Y ahí estamos. Desayunando desnudos, con la naturalidad de lo cotidiano.

Con esa extraña sensación de que, de algún modo que no alcanzo a entender, este caos repentino se ha transformado en algo parecido a… hogar.

27

Patrick

Es domingo, mi día libre. El único en el que el teléfono no suena tanto, en el que puedo —si me lo permito— no mirar los informes, no contestar los mensajes cifrados, no pensar en nombres que deberían desaparecer del mapa.

Estoy aún en el sofá de Jack, con el cuerpo relajado de tanto dormir y el café caliente en la mano, cuando me lanza una propuesta.

—¿Te apetece correr un rato con Havoc?

Me quedo mirándolo.

—¿Correr?

—Sí. Le gusta ir a un sitio a las afueras, cerca del agua. Hay una ruta que bordea el lago. Nada de gente, solo bosque, barro y aire limpio.

No lo dudo.

—Perfecto.

Media hora después estamos los tres en su furgoneta, con Havoc ladrando emocionado desde el asiento trasero como si supiera a dónde vamos. La carretera serpentea hacia el norte, hacia un lugar cerca de Freshwater, un rincón escondido entre colinas, donde el frío del invierno corta el aliento y los árboles desnudos parecen guardar secretos.

Es diciembre. El cielo está encapotado, gris plomo, el tipo de gris que se siente más que se ve. El aire muerde los nudillos y la hierba cruje bajo las zapatillas, pero hay algo en ese frío que limpia, que aclara.

Corremos. Havoc va siempre delante, marcando territorio, deteniéndose a olisquear cada rama. Jack lo sigue con el ritmo natural de quien ya ha hecho esto muchas veces. Yo voy detrás. No

suelo correr por placer, pero hoy… hoy no quiero pensar. Hoy quiero aire en los pulmones y tierra bajo los pies.

Y la verdad, me gusta.

Llevo puesta una camiseta térmica suya, una de esas que tenía doblada en el mueble de la entrada. No pregunté, él tampoco dijo nada. Me la puse antes de salir, todavía con su olor impregnado, esa mezcla suya de jabón, cuero y algo más… algo que solo es él. Me gusta. Me acompaña mientras corro, mientras respiro, como si llevara parte de él encima.

No hablamos demasiado, pero nos entendemos. Jack se gira de vez en cuando para asegurarse de que sigo ahí. Yo solo asiento, todo está bien y el silencio es cómodo.

Después de una hora, nos detenemos frente al lago. Havoc se sacude el lomo con una alegría absurda y Jack lo acaricia detrás de la oreja. Yo me quedo mirando esa imagen. El perro, él, el agua quieta detrás. Y me digo que nunca imaginé algo así, no para mí.

Paramos a comer en un local pequeño camino de regreso. Hamburguesas calientes, café malo, ventanas empañadas. Comemos sin prisas, sin nada urgente que hacer. El tiempo se detiene lo justo como para hacernos creer que esto puede durar.

Pero no dura. A la tarde, me toca volver a la realidad.

—Tengo que pasar por casa de Declan —le digo, cuando ya estamos cerca de su barrio—. A recoger unos documentos.

Jack asiente, neutral, pero noto algo en sus ojos cuando aparcamos frente a su casa. Me bajo, él también. Havoc ya está dentro, tranquilo, como si supiera que el día está por terminar.

—Voy a por mi coche —le explico—. Está aquí desde ayer.

Entonces llega ese instante. Ese momento en que ninguno de los dos quiere moverse, pero tampoco lo dice. Nos quedamos frente a frente, con las manos en los bolsillos y la mirada clavada, como dos adolescentes que no saben cómo despedirse sin sonar estúpidos.

Hasta que Jack rompe el silencio.

—Bien. Lo voy a decir. No quiero que se acabe.

Me clava los ojos, directo, siento un nudo en el estómago.

—¿Quieres volver esta noche o voy yo?

—Vendré yo —respondo sin pensar demasiado—. Paso por casa, cojo algo de ropa, y vengo después de salir de lo de Declan. ¿Te parece bien?

—Perfecto.

Nos miramos. Hay algo en el aire, algo contenido. Me muero por besarlo, pero estamos en la calle y no estoy preparado para eso, ni sé si lo estaré nunca, pero ahora seguro que no.

—Te avisaré cuando esté en camino.

—Bien.

—Hasta luego, estirado…

Me río, no lo puedo evitar.

—Hasta luego, capullo.

Subo a mi coche con esa sonrisa imbécil que solo sale cuando algo te descoloca para bien. Estoy vestido con la misma ropa de ayer y sé que Declan va a notarlo al segundo, así que tengo que pasar por casa antes de ir a verlo.

Pongo el motor en marcha y conduzco de vuelta a mi mundo. Aunque una parte de mí… se ha quedado aquí. Con él.

Mi piso, de pronto, parece demasiado silencioso.

La puerta se cierra detrás de mí con ese clic sordo que siempre me ha parecido reconfortante… hasta hoy. Hoy no hay eco, no hay peso, no hay presencia. Solo vacío.

La última vez que estuve aquí, Jack estaba conmigo. Desayunamos juntos. Riendo, tocándonos. Mirándonos como si el resto del mundo no existiera.

Todavía está la caja de pizza sobre la encimera, cerrada, fría. El recuerdo tan vivo que me deja la garganta apretada. Me obligo a no mirarla demasiado. No quiero que me reviente algo por dentro, aunque ya lo está haciendo. Porque me gusta, muchísimo más de lo que debería.

Y lo sé.

Sé que esto no va a ser fácil, que no estamos jugando. Que lo que sea que esté creciendo entre nosotros es demasiado para ignorarlo, demasiado para esconderlo durante mucho tiempo.

No tengo intención de gritarlo a los cuatro vientos. Aún no lo he ni asimilado yo mismo, pero si esto sigue adelante, sé perfectamente

que no podré ocultárselo a mi familia. No por mucho tiempo. No cuando empiecen a notarlo, a verme distinto. Porque lo harán, siempre lo hacen.

Y aún así, a pesar de todo, sigo adelante.

Me doy una ducha rápida. Agua caliente que no alcanza a borrar lo que tengo en la piel. Me cambio, elijo ropa sin pensar demasiado. Jeans, camiseta negra, abrigo de lana gruesa. Preparo una bolsa unas mudas y algo más, el gesto automático de quien se está mudando sin saberlo. No pienso en cuánto tiempo voy a estar fuera, solo sé que voy a volver a su casa esta noche.

Subo al coche.

Todo el camino hacia la casa de Declan voy dándole vueltas a la cabeza. Pensando si debería hablar, decir algo. Empezar a abrir la puerta antes de que lo haga alguien más. Pero no llego a decidir nada, porque en cuanto entro por la puerta, la respuesta llega sola.

Están todos.

Liam en el salón con un café entre las manos. Aidan junto a la ventana, teléfono en mano, con la mandíbula apretada. Siobhan, Ryan y Seamus discutiendo en voz baja sobre mapas, sobre esquinas, sobre tiempos de movimiento. Declan en el despacho, pero su sombra ya se proyecta sobre toda la casa.

Y entonces oigo la conversación:

—...tres Vultures más. Tres. Eso hace seis. Seis hijos de puta marcando presencia en nuestras calles, en nuestro territorio, husmeando entre sombras, tanteando debilidades.

El aire se espesa, la calma se evapora. Y sé ya no hay margen, no podemos esperar más.

En cuanto cruzo la puerta, me lo sueltan sin rodeos.

—¿Dónde coño estabas? —dice Siobhan, girándose desde la mesa con el ceño fruncido.

—Te hemos estado llamando —añade Aidan, sin levantar la voz, pero con ese tono que siempre pesa más que un grito.

Miro mis bolsillos. Vacíos.

—Dejé el teléfono en el coche, me distraje en el camino —digo, sincero. No explico más, no necesitan saber que el silencio en mi

apartamento me hizo polvo, que iba tan metido en mis pensamientos que no habría escuchado una bomba.

Declan se incorpora desde el salón con una carpeta en la mano.

—Han avistado a tres Vultures más en la ciudad. En zonas distintas. Esta vez no es una casualidad.

El ambiente cambia, se tensa. Las piezas empiezan a encajar. No hay duda de que están moviéndose, buscando algo.

—Tenemos que actuar ya —dice Aidan.

—¿Y si llamamos a Jack? —propone Seamus—. Tal vez los reconozca, tal vez sepa qué buscan.

Solo escuchar su nombre, siento algo moverse en el pecho. Mi cuerpo responde. El estómago se tensa, la piel se enciende, pero me repongo antes de que nadie lo note.

—Lo llamo yo —digo, y me aparto del grupo, cruzando el pasillo hasta quedar en la cocina, donde hay algo de espacio para pensar.

Marco su número y su voz responde al segundo tono, jodida, burlona.

—Cuánto tiempo, estirado…

—Hola, Maddox —lo corto antes de que siga y diga algo que me empalme—. Estoy en casa de Declan. Han avistado a tres Vultures más por Eureka.

No necesito terminar la frase.

—Voy hacia allí.

Y cuelga. Así de simple. Sin preguntas, sin dudas.

Media hora después, entra por la puerta sin teatralidad.

Nos cruzamos la mirada. Le devuelvo el saludo con un leve gesto de cabeza, ninguno de los dos necesita más. Va directo hacia las fotos que Aidan tiene desplegadas sobre la mesa del comedor. Las examina con los ojos entrecerrados, el ceño fruncido. Se detiene en una.

—Mierda…

—¿Qué? —pregunta Declan, ya tenso.

Jack señala con el dedo a un tipo enorme, con el cuello tatuado hasta las orejas y mirada de psicópata.

—Este es Viper. El vice del club. Si él está aquí, no es para saludar, es porque hay algo serio en juego. Viper no se mueve sin una razón

de peso. Si ha venido en persona, es porque ya están negociando con alguien. Porque hay algo que quieren, y lo quieren rápido.

Señala a los otros dos.

—Estos eran prospectos cuando yo me largué. Por los parches veo que han subido. Probablemente ahora sean soldados, ejecutores. Pero no piensan por sí solos, son perros falderos de Viper. Si están aquí, es porque él los trae. Y eso significa que están ejecutando una orden directa.

El silencio que sigue es denso, cortante. Todos lo sentimos en la piel. Esto ya no es una amenaza, es una ofensiva. Y acaba de volverse personal.

28

Jack

En cuanto mis ojos se posan en la foto y reconozco a Viper, se me hiela la sangre.

Siento un instinto visceral, de esos que se despiertan solo cuando sabes que el monstruo que creías encerrado ha vuelto a salir. Este cabrón no viaja por placer. Si está en Eureka, es porque el tiempo se nos acaba.

Los O'Sullivan no son ahora mismo una familia, son un jodido ejército y piensan como tal.

La manera en que Declan se mueve, cómo Aidan observa sin hablar, cómo Seamus ya se está mordiendo los nudillos con ganas de sangre… todo me lo confirma. No van a esperar mucho, yo tampoco quiero que lo hagan.

Mientras siguen hablando de rutas, zonas calientes, puntos de vigilancia… lo veo claro.

Cristalino.

—Haré de cebo.

Las palabras salen solas. Las suelto como quien lanza una piedra al agua.

Todos se giran hacia mí. Pero Patrick… Patrick salta antes que nadie.

—No.

Una sola palabra. Corta, afilada. Todos lo miran, incluso él parece darse cuenta demasiado tarde.

—No creo que sea la mejor opción —intenta corregir, bajando el tono, sin mirarme directamente—. Es arriesgado. Si te reconocen, si te vinculan con nosotros…

—Precisamente por eso —lo interrumpo—. Porque me conocen, Viper sabe que estoy aquí y ya vinieron a tantearme, él querrá

verme.

Declan me observa con esa cara de medir cada palabra, cada gesto. Está evaluando, calibrando si me cree, si le sirve, si puede confiar.

—¿Crees que picaría? —pregunta al fin.

—Sí —respondo seguro—. No de inmediato, pero si le llega el rumor adecuado… si le hacemos pensar que estoy descontento con mi nueva vida, que quiero volver a casa… vendrá a buscarme. Cuando lo haga, podré saber qué traman, qué quieren. Con quién están hablando y qué están dispuestos a hacer para conseguirlo.

Patrick aprieta los labios. No dice nada, pero lo noto tenso.

No me sorprende y lo entiendo. Yo sentiría lo mismo en su caso, pero esto no lo hago por ego, es por proteger lo que estamos empezando a construir.

Declan asiente, sé que lo está calibrando, lo está viendo. La idea le gusta, aunque la trague con recelo.

—Es una jugada arriesgada, pero puede funcionar —dice al fin—. Si montamos bien la coartada… si parece que estás actuando por tu cuenta… pueden morder el anzuelo.

Patrick está apoyado contra la pared, los brazos cruzados, la mirada fija en la mesa como si pudiera perforarla. No dice nada, pero su cuerpo habla por él. Está furioso sin mostrarlo. Pero yo lo noto.

—Pero hay algo claro —añade Declan, sin cambiar el tono—: no pueden verte con ninguno de nosotros. Ni con Patrick, ni con Seamus, ni con nadie del clan. Si hay una sola imagen, una pista, una jodida sombra mal puesta… la historia se cae entera.

Siento cómo se me aprieta el pecho. No ver a Patrick, no hablar con él, no tenerlo cerca… justo cuando me atreví a dejarlo entrar en mi vida.

Lo miro de reojo. Él también lo está procesando. Lo noto en la forma en que su mandíbula se tensa, en cómo respira más despacio. En cómo baja la mirada al suelo como si se estuviera obligando a aceptar algo que le cuesta.

—Tendremos que mantener el contacto por otros medios —dice Declan—. Pero sin vernos en directo. Ni una sola vez hasta que esto

se resuelva.

Lo asumo, no hay más opción.

Pasamos más de dos horas preparando cada movimiento, cada frase que puedo soltar si me interrogan, cada actitud que debo fingir sin parecer falso.

Patrick no habla, pero lo siento ahí, a mi lado, su presencia cortante, dura como el filo de un cuchillo. Aidan me pasa un esquema de calles, zonas donde ya han sido vistos. Ryan detalla en qué garito suelen dejarse caer cuando buscan información. Seamus, como siempre, sugiere directamente prenderles fuego.

Declan me mira todo el rato con los ojos de quien ya ha perdido demasiadas piezas como para permitirse sacrificar otra.

Y yo lo entiendo, de verdad. Esto no es un juego, esto es una guerra. Y soy el peón perfecto para cruzar al otro lado del tablero.

Patrick está cada vez más tenso. No dice nada, pero cada palabra que suelta otro en la sala parece dejarle un nudo más en la garganta. Lo entiendo perfectamente; él ya sabe lo que está en juego. Lo sabe en carne propia porque no se trata solo de un plan. Se trata de mí, de nosotros.

Cuando terminamos, la sala queda en silencio. Las fotos siguen sobre la mesa, Viper me observa desde el papel con su mirada vacía, y por un segundo juro que puedo oler el humo de sus cigarros, sentir su aliento rancio cerca.

Declan se pone de pie.

—Descansad lo que podáis, mañana empieza la partida.

Patrick asiente, seco.

—Debería irme.

Yo miro el reloj. No es tan tarde, pero el día pesa como si llevara semanas dentro.

—Yo también —digo, y recojo mi chaqueta, sin pensar demasiado.

Salimos juntos, los dos en silencio. El aire de la noche está más frío que antes, más afilado. La humedad se mete en la ropa, en los huesos, en el pecho.

Caminamos hasta su coche, uno al lado del otro. Ninguno habla pero hay una carga brutal entre nosotros. Una tensión distinta a todas las anteriores. No es sexual, es miedo.

Entonces Patrick se detiene, se gira hacia mí, me mira de lleno, con los ojos encendidos.

—¿Estás loco?

La pregunta no lleva tono burlón. Es grave. Cruda.

—Es lo más sensato —le contesto.

Él niega con la cabeza, con rabia.

—Sensato mis cojones. Vas a ponerte delante de esos cabrones sin saber qué buscan, sin saber qué pueden hacerte. ¿Y si no dudan? ¿Y si te revientan allí mismo?

—Tendré cuidado —le digo. Y luego, más bajo—. No voy a fallarte.

No dice nada, solo me mira. Esa mirada que pesa, que cala, que hiere sin querer.

Entonces abre la puerta de su coche.

—Nos vemos en tu casa —dice. Y no espera respuesta.

Solo se mete en el coche, arranca y se va.

Yo me quedo ahí un segundo. El corazón me late en la garganta, en las sienes, en los dedos. Subo a la moto y en cuanto arranco, todo vibra. Pero no por el motor.

Estoy conduciendo con el estómago encogido, la cabeza hirviendo, el pecho abierto en canal.

Porque sé lo que está en juego. Y sé que si algo sale mal… no será solo mi vida la que se joda, será la suya también. Será la nuestra.

29

Patrick

Subo al coche hiperventilando. El pecho me duele, los pulmones no responden, la sangre me hierve en las venas como si me estuviera deshaciendo por dentro. Estoy descolocado, asustado, furioso.

No puedo creer que vaya a hacerlo, que se vaya a poner en peligro así por nosotros. Por esta mierda que aún no sabemos ni nombrar.

Mis manos aprietan el volante hasta que los nudillos se quedan blancos. Conduzco sin ver la carretera, con el cuerpo en automático, con la cabeza hecha un lio.

En un semáforo, Jack se detiene a mi lado. Gira el rostro, me mira y me pierde. Joder, cómo me pierde.

Ese hijo de puta tiene los ojos más hermosos que he visto nunca y ahora mismo quiero cerrarlos a besos o arrancárselos a mordiscos, no lo tengo claro. Arranca, y sin dudar, lo sigo.

Llega antes que yo, baja de la moto mientras aparco, cojo mi bolsa sin una sola palabra. Entra y lo sigo.

Cierra la puerta. El clic suena como una sentencia y en ese segundo, me lanzo.

Lo agarro del cuello y lo beso con violencia, con hambre, con rabia. Lo muerdo, lo empujo, lo devoro. Él me responde igual, con furia, con dientes, con lengua. No hay dulzura, no hay pausa, no hay ternura. Solo deseo brutal, salvaje, envenenado por el miedo.

Nos arrancamos la ropa. Tirones, mordiscos, manos que lo rasgan todo. No es una caricia, es una lucha, una necesidad. Me aprieta, le devuelvo el agarre, duros, jodidamente erectos, al borde del colapso. Caemos en el pasillo, nos golpeamos contra las paredes, jadeamos, nos arrastramos hasta la habitación. No sé ni cómo ni

cuándo acabamos sobre la cama, solo sé que él abre el cajón y saca el lubricante, y cuando me mira, me dice:

—Fóllame.

Una palabra. Una jodida palabra que me atraviesa el alma.

Estoy tan duro que ya no me queda sangre en la cabeza. Solo fuego, deseo y algo más oscuro que no quiero nombrar. Algo parecido al amor.

—Quiero sentirte —dice Jack, la voz grave, ronca—. Estoy limpio, me revisé hace nada y nunca lo he hecho sin condón. Pero si tú quieres, lo ponemos.

Le sostengo la mirada.

—Yo también estoy limpio, tampoco lo he hecho nunca sin condón.

Nos entendemos, no hace falta decir nada más.

Él lo sabe, yo lo sé. Esto no es solo sexo. Es entrega, confianza. Es una promesa silenciosa de todo lo que está ardiendo entre los dos.

Jack se estira, aplica lubricante sobre sus dedos y los lleva a su entrada. Lo veo hacer, lo observo abrirse, prepararse, sus dedos perdiéndose dentro de él. Sus gemidos bajos, su cuerpo abierto… y yo ya no puedo aguantar más.

Se estira boca arriba sobre la cama. Abre las piernas y me espera. Yo me acomodo entre ellas. Sus muslos se levantan, me rodean, y siento su mano buscar mi polla, lubricarla, prepararme.

Nos miramos, cara a cara. Me inclino, lo beso largo, profundo, húmedo. Y entonces me guía.

Mi glande presiona su entrada. Poco a poco, avanzo. Calor. Presión. Cielo.

Su cuerpo me recibe como si me perteneciera. Su aro me aprieta, me succiona, me deja sin aire. Él jadea bajo mí. Me envuelve con las piernas, con la cadera, con la boca. No hay espacio entre nosotros, solo hambre.

Bajo mi mano, lo masturbo despacio mientras empiezo a moverme dentro de él, suave, temblando, hasta que me rompe la cabeza el placer y acelero.

Lo follo. Lo follo con todo lo que tengo.

Y él se abre, me deja. Me toma, me araña la espalda, me muerde el cuello, me estira del pelo. Gime mi nombre, me lo entrega todo.

La fricción, el sudor, la velocidad, su voz, su cuerpo, el olor a sexo y confianza… todo me consume.

Lo beso, lo muerdo, lo adoro con la pelvis.

Y cuando siento que se tensa en mi mano, que se viene, que su cuerpo vibra… yo también me corro. Me derramo dentro de él con todo lo que soy, sin poder detenerme, sin querer hacerlo.

Me desplomo sobre su pecho. Jadeando, derrotado, completo.

—No quiero perderte —susurro, la voz rota, la garganta cerrada.

Jack me acaricia la espalda, suave. Me besa el pelo, el cuello, el oído.

—No lo harás, te lo prometo —sentencia.

Y le creo. Con cada músculo de mi cuerpo, con cada latido.

No sé cuánto rato nos quedamos así. Su cuerpo bajo el mío, su aliento en mi cuello. Yo todavía dentro de él, latiendo suave, como si no quisiera soltarlo nunca.

Nos besamos lento, nos acariciamos. No hablamos, solo estamos.

Hasta que poco a poco, como el mar que se retira, nos separamos lo justo para respirar. Sigo acariciando su costado. Siento el sudor enfriarse sobre mi piel, a aun así, no quiero moverme. No quiero que se acabe, no quiero dejar de tocarlo.

Y entonces lo pienso, y lo siento.

Esta podría ser la última noche en no sé cuánto tiempo. No sé cuándo volveré a tenerlo así, cuándo podré volver a sentir su cuerpo, su voz, su boca… y no quiero que esta noche se quede a la mitad.

Así que lo miro directo a los ojos, sin parpadear.

—Quiero que ahora lo hagas tú. Quiero sentirte.

Lo digo con calma, con seguridad. Porque no hay duda, no ahora.

Él se queda quieto un segundo, como si sus músculos necesitaran procesar la frase.

—¿Estás seguro? —pregunta, bajo, ronco, con ese tono suyo que me derrite.

—Totalmente. Quiero recordarlo cuando no estés. Para cuando me faltes.

Su boca se lanza a la mía. Me besa con fuerza. Un beso hambriento, agradecido, emocionado.

Y entre respiraciones entrecortadas, me susurra:

—Iremos despacio. Paramos cuando tú lo digas.

Asiento y es todo lo que necesito.

Nos levantamos. Me tiende la mano y la tomo sin pensarlo. Me lleva al baño, y todo en él cambia. Sigue siendo Jack, el que me besa con los dientes, el que gime sin miedo… pero ahora es cuidadoso y atento.

—Es tu primera vez y quiero que estés cómodo, que te sientas bien. Esto también se disfruta desde la preparación.

Lo deja caer con naturalidad, como si me estuviera enseñando a afilar una cuchilla o limpiar un arma. Me guía en todo momento, sin hacerlo incómodo. Se lava primero y me lava con cuidado, por fuera y por dentro, con calma, con manos firmes pero suaves. El agua tibia, el jabón espeso… su paciencia. Yo me dejo porque confío. Porque quiero esto.

Cuando terminamos, me seca sin prisa. Me besa una vez más, ahí, en medio del baño, sin urgencia, solo piel contra piel.

Cuando salimos del baño, el aire del dormitorio está más frío, pero mi cuerpo arde.

Jack camina delante de mí, desnudo, su silueta recortada por la luz tenue que entra por la ventana. La cama lo espera, nos espera.

Me quedo quieto un segundo, memorizando la escena. Su espalda ancha, sus tatuajes que parecen moverse con cada paso. La seguridad con la que se mueve… como si me conociera desde siempre.

Y, de algún modo, lo hace.

Me estiro sobre las sábanas, boca arriba, preparado. O eso creo. Instintivamente, voy a girarme.

Pero su mano me detiene, firme en mi pecho.

—No. Quiero verte. Mirarte a los ojos.

Su voz es grave, pero cálida. No hay dominio en sus palabras, solo necesidad.

Asiento. Ya no puedo hablar, la garganta me arde.

Jack abre el cajón. Saca dos plugs. Uno pequeño, delgado, como una bala. Otro más grueso, más real. Los deja sobre la mesilla y me lanza una mirada que me recorre entero.

—Vamos poco a poco. Si algo te incomoda, me detienes, me lo dices. No hay espacio aquí para forzar nada, solo para sentir y disfrutar.

Me besa lento y profundo. Su lengua me saborea con devoción. Luego baja por mi cuello, por el pecho. Me lame los pezones hasta que se endurecen, me los muerde. Su lengua traza un camino hasta mi ombligo. Y yo tiemblo.

Mi polla está dura, pegada al vientre. Él no la toca, aún no.

Sigue bajando. Sus manos me abren las piernas. Las separa con cuidado. Me arde el rostro, pero no aparto la mirada. Él la sostiene todo el tiempo, no hay vergüenza aquí, hay puro deseo.

Toma el lubricante, aplica un poco en sus dedos y se acomoda entre mis piernas, abriéndolas con la misma delicadeza con la que se desarma una bomba. Sus manos, grandes, firmes, me sujetan por las caderas, luego me acarician los muslos hasta que me relajo.

Siento su dedo, tibio, húmedo, acariciando mi entrada. No entra de golpe. La rodea primero, la masajea. Hace círculos, como si le hablara a la piel.

Luego, poco a poco… entra.

Mi cuerpo se tensa, de impacto, de entrega.

Jadeo, lo miro. Él me sostiene la mirada. Sin juicio, sin urgencia… deseo y algo más que no sé nombrar.

Su dedo se mueve dentro de mí con paciencia, con ternura. Cuando nota que mi cuerpo lo acepta, que la resistencia cede, mete un segundo dedo.

Ahí sí, un leve gemido se me escapa. Es más intenso, más lleno. Pero no quiero que se detenga, al contrario.

Su boca baja a mi cuello, me besa mientras me abre desde dentro. Sus dedos se mueven lentos, profundos, como si buscaran memorizarme. El calor que se acumula en mi vientre me sacude por dentro. Sí, estoy duro, palpitando, pero él no la toca donde lo deseo.

Solo me abre, me prepara, entonces, cuando estoy jadeando sin contenerme, cuando siento que mi cuerpo ya es suyo, que lo ha

aceptado, retira los dedos.

Toma el plug más pequeño, lo lubrica, y lo acerca a mi entrada.

—Respira. Solo déjate llevar.

Y yo me dejo, porque ya no tengo miedo. Porque esta noche es nuestra, y estoy listo para abrirme. A él. A esto. A todo.

30

Jack

Lo tengo ante mí. Totalmente entregado.

Mío.

Su cuerpo tendido sobre las sábanas, las piernas separadas, los músculos tensos por el deseo, no hay temor en sus ojos. Solo hambre, ganas de sentir, ganas de dar… y de recibir.

Cojo el plug más pequeño, lo lubrico con calma, sin apurar nada. Lo acerco a su entrada, que ya me suplica en silencio.

—Respira —le digo, mientras acaricio su muslo—. Te va a gustar.

Lo sé, porque quiero dárselo todo, no solo placer, quiero hacerle tocar el cielo.

Presiono despacio. Mi mano firme, mi mirada fija en su rostro. Lo empujo poco a poco, sintiendo cómo su cuerpo se adapta. Lo acepta, lo acoge como si hubiera estado esperándolo. Cuando entra del todo, respiro con él.

Empiezo a girarlo, a moverlo dentro, no para torturarlo, sino para enseñarle otra forma de rendirse. Y mientras lo hago, noto su polla. Está dura, húmeda de precum.

Le toco con cuidado de no acelerar las cosas antes de tiempo, estimulándolo con un ritmo lento, casi hipnótico. Cuando su respiración se desborda y sus caderas empiezan a moverse por sí solas, sé que es el momento. Retiro el primer plug y tomo el segundo. Más grueso, más lleno.

Lo lubrico bien, como necesita y lo acerco.

—Es más intenso —le advierto, con una caricia en el vientre—. Pero lo vas a aguantar, lo estás deseando.

Lo empujo, él se tensa, pero no se resiste. Abre los labios, gime bajito. Su cuerpo lo toma. Lo absorbe y cuando lo tengo dentro del todo, sus músculos tiemblan de puro placer. Cuando ya lo siento

completamente abierto para mí, lo saco con la misma calma con la que entró.

Subo hasta su boca, le beso los labios como si le quisiera devorar el alma, y le pregunto:

—¿Estás preparado?

La pregunta flota entre nosotros, cargada de deseo, de algo que va más allá del sexo.

Me mira sin miedo, con esa seguridad callada que tiene cuando algo importa de verdad. Sé que lo está. Lo leo en su cuerpo tenso pero ofrecido, en su respiración contenida, en la forma en que se acomoda sin apartar los ojos de mí.

Me posiciono entre sus piernas. Las alza con naturalidad, intuyendo lo que hacer, como si esto fuera tan suyo como mío. Se abre para mí, y esa entrega me noquea, me arrasa, esta unión no es sólo física, es el acto de dejarme entrar. Literal y simbólicamente.

Lubrico mi polla con cuidado, con generosidad. La siento tan dura que late en mi mano. Luego lubrico su entrada. Paso mis dedos con delicadeza por la piel que tiembla bajo ellos, preparando ese espacio que voy a habitar. Sus músculos se tensan, pero no hay rechazo, solo expectativa.

Me inclino sobre él y lo beso. Un beso húmedo, profundo, lleno de todo lo que no sé decir, mientras nuestras bocas siguen unidas, empiezo a entrar.

Deslizo la punta primero, sintiendo la resistencia inicial, ese anillo de músculo que se niega a ceder… hasta que lo hace. Despacio, centímetro a centímetro, lo invado con una lentitud feroz, porque no quiero hacerle daño, pero tampoco puedo detenerme. Me recibe, me atrapa. Su respiración se agita, jadea contra mi boca, y yo la bebo sintiendo que su aliento me salva la vida.

No soy pequeño y su cuerpo lo nota. Se arquea, aprieta los dientes. Pero no se echa atrás.

Le acaricio la cara, la cintura, los costados. Le susurro que respire, que me sienta, que estoy con él, lo hace. Poco a poco, la incomodidad se transforma. El dolor cede , el calor lo invade.

Su jadeo se convierte en un gemido, ronco, bajo, cargado de un placer tan intenso que me clava el alma. Sus manos me agarran los

hombros. Sus piernas me rodean con fuerza. Me empuja hacia dentro con las caderas, pidiéndome más.

Y yo… me pierdo.

Me hundo hasta el fondo. Todo lo que soy, todo lo que tengo. Lo lleno. Lo poseo.

Empiezo a moverme, suave al principio, trazando una cadencia que nos conecte. Siento su cuerpo ceder a cada embestida, abrirse más, rendirse sin perder ni una pizca de poder. Porque esto no es sumisión, es entrega. Voluntaria, ardiente, compartida.

Mi pelvis choca con la suya. Su calor me quema. Lo beso de nuevo, con hambre, con gratitud. Le lamo el cuello, los labios, los pectorales. No hay parte suya que no quiera marcar con mi lengua.

Él gime, se arquea, se agarra a mí como si fuera el único ancla que tiene en este puto mundo. Mi mano baja a su polla, está empapada de precum, palpitante, viva. Apenas necesito tocarla para que tiemble.

Y entonces lo veo.

Cómo sus ojos se van hacia atrás, cómo se muerde el labio para no gritar, cómo su cuerpo entero vibra debajo del mío.

Le susurro su nombre y él se corre.

Fuerte, violento, caliente. Su semen brota entre nosotros mientras tiembla y jadea y se aprieta contra mí.

Ese momento me arrastra.

Me corro dentro de él, con un gruñido que me nace desde las entrañas. Con una descarga que me vacía, me quiebra, me llena de una paz tan brutal que duele.

Su cuerpo me aprieta, me sostiene, me traga entero y no quiero salir nunca más.

El sudor resbala por mi espalda, su piel caliente bajo la mía, el cuerpo rendido, respirando entrecortado, como si aún no hubiera terminado de asimilar lo que acabamos de hacer. Tal vez no, tal vez ninguno de los dos lo haya asimilado.

Me aparto despacio, con todo el cuidado del mundo. Lo dejo ir centímetro a centímetro, hasta que salgo de él. Me tiendo a su lado, sin romper el contacto, sin alejarme más de lo necesario. Me gusta sentirlo cerca, su cuerpo contra el mío. Su calor, su respiración.

Patrick sigue con los ojos cerrados, aún no ha bajado del todo. Está en algún lugar entre el placer y el aturdimiento. Y yo también estoy allí. Porque esto… esto no ha sido solo sexo. Ha sido algo más. Algo más grande, más profundo, más jodido.

Pasan los minutos sin que digamos nada. Nos quedamos ahí, sobre las sábanas arrugadas, cubiertos de sudor y de todo lo que nos dimos, flotando en ese silencio raro, denso, pero cómodo. Ni siquiera el aire pesa ahora. Solo nosotros, entrelazados en este espacio donde no existe el mundo real.

Patrick rompe el silencio. Su voz es grave, baja, como si no quisiera decirlo, pero no pudiera callárselo más.

—No me gusta que te pongas en peligro.

No me sorprende, ya lo vi en sus ojos cuando propuse ser el cebo. Lo sentí en su cuerpo cuando me folló con rabia, como si pudiera vaciar el miedo con cada embestida.

—Conozco a Viper —respondo sin girarme, sin dejar de mirar el techo—. Sé cómo tratarlo, no te preocupes, sé dónde me meto.

Pero él no dice nada. No porque esté convencido, al contrario, sé que está tragándose todo lo que quiere decir, que se está conteniendo para no herirme. Que está eligiendo el silencio para no romper esto, pero su cuerpo lo dice todo. Está tenso, cada fibra suya gritando que no quiere que lo haga.

Así que hablo yo, sin tapujos.

—Yo tampoco quiero perderte.

Eso lo hace girarse hacia mí. Siento cómo me clava la mirada. Serio, intenso.

—No soy especialmente sensible —continúo, sin rehuirle los ojos —. Supongo que ya te habrás dado cuenta. Pero… no sé qué tienes, te has metido debajo de mi piel. Y no quiero que salgas de ahí.

No dice nada de inmediato, me observa. Busca algo en mi cara, necesita comprobar que voy en serio. Y lo ve. Porque finalmente asiente con los labios entreabiertos.

—Me pasa lo mismo —susurra—. ¿Qué vamos a hacer?

—Lo que podamos —respondo.

—Yo no puedo ocultárselo a Declan por mucho tiempo.

—Cuando llegue el momento, se lo explicaremos. No tienes que hacer un comunicado público, pero tu familia tendrá que saberlo.

Patrick respira hondo, sabe que tengo razón.

—Sí. Ellos tienen que saberlo —dice, tanteando algo más profundo —. Porque me parece que esto… no tiene pinta de ser algo temporal.

Lo miro, sé que está buscando confirmar algo, que necesita saber si yo también lo siento así. Así que no lo dejo en el aire.

—No. No lo parece.

No decimos la palabra. No decimos "relación" ni "nosotros". Pero los dos sabemos que esto ya no es un rollo casual. No lo ha sido desde aquel beso en el estudio, desde que dejamos de tener miedo.

—No quiero estar sin poder verte —añade, en voz baja.

—Yo tampoco, pero tendremos que hacerlo unos días —le recuerdo.

—Lo sé. Lo tengo claro, pero no quiero.

—Vamos a estar bien —le digo, apoyando la mano en su pecho, justo donde late su lealtad irlandesa, ese maldito trébol tatuado—. Cuando esto acabe… ya veremos cómo avanzamos.

—Encontraremos la manera —dice él. Lo dice con una seguridad que no se había permitido antes.

Nos abrazamos fuerte. Sin disimular, sin intentar hacer que parezca algo casual.

Nos quedamos así, fundidos, sosteniéndonos el uno al otro como si estuviéramos resistiendo una tormenta. Porque es justamente lo que estamos haciendo.

Y apuramos cada segundo de esa noche, porque cuando salga el sol, se acabará la tregua y tendremos que separarnos.

31

Patrick

El sol se cuela por las ventanas como una caricia tibia y silenciosa. Me despierto despacio, con la respiración de Jack enredada a la mía y su brazo sobre mi cintura, como una promesa que no supo pedir permiso, pero que tampoco necesita justificarse. Su cuerpo está pegado al mío, firme, tibio, lleno de esa fuerza que me desconcierta y me envuelve a partes iguales.

Y entonces lo siento.

Havoc, en algún momento de la noche, se ha echado sobre mis pies. Pesa, está caliente, y no se ha movido desde que encontró su hueco. El gesto, tan simple, me golpea con fuerza. Porque eso... eso es cotidianidad, rutina. Es pertenencia. Y lo que me remueve no es el perro, ni el peso sobre mis piernas. Es que quiero esto cada día.

Sé que cuando me levante, cuando vuelva solo a mi apartamento silencioso, lo voy a echar de menos como si esta fuera mi vida de siempre y no algo que empezó hace apenas unos días.

Estoy perdido en ese pensamiento, con la mirada clavada en el techo y la garganta cerrada, cuando oigo su voz rasposa romper el silencio.

—Buenos días.

Levanto la vista y ahí está. Con esa tinta recorriendo cada línea de su piel, con esa media sonrisa torcida que me desarma, con el pelo revuelto y la mirada suave. Me lanzo sin pensarlo. Lo beso con hambre, con la urgencia de quien necesita tatuarse la memoria con cada segundo de esto. Nos enredamos, las sábanas caen al suelo, y sin mediar palabra acabamos enganchados, nuestras manos entrelazadas, tocándonos con desesperación compartida, respirándonos en la boca mientras nos tocamos hasta correrno uno sobre el otro, mezclándonos, nuestras risas y nuestras ganas.

Es surrealista. Todo. Esto. Nosotros. Sin embargo, nunca me había sentido tan en casa.

Nos levantamos riendo, tambaleándonos hasta la ducha. El agua caliente nos limpia, pero no borra nada. Cada caricia, cada gesto, se queda grabado en la piel como si formara parte de un mapa que estamos aprendiendo a leer juntos.

Desayunamos sin prisa, compartiendo el silencio, el café, y miradas que dicen más de lo que podemos permitirnos. Luego nos vestimos. Capa a capa, como quien se protege del mundo.

—No corras riesgos innecesarios —le digo, justo antes de salir por la puerta.

—No tengo intención de hacerlo —responde. Me mira, serio, convencido.

—No podemos vernos, pero podemos llamarnos. Tenme al día de todo.

—Lo haré.

Me besa… lento, largo. Con ese peso que tienen los besos que no saben cuándo podrán repetirse.

—Será mejor que me vaya.

—Sí, ponte la máscara de estirado —bromea.

—Y tú la de capullo —respondo, mordiéndole el labio antes de separarme.

Abro la puerta. El frío de diciembre me corta la cara. Dejo el corazón, que se ha quedado congelado, dentro de esa casa.

Salgo y la puerta se cierra detrás de mí con un clic demasiado definitivo. Subo al coche y me quedo un momento quieto. No me pongo el cinturón, no arranco, cierro los ojos, con las manos aún en el volante, la cabeza apoyada contra el respaldo, intentando dejar de sentirlo. Pero es imposible.

Su olor está en mi ropa, su voz en mi cabeza. Su cuerpo… joder, su cuerpo aún lo llevo clavado en el mío. No como un recuerdo, sino como una sensación viva, todavía presente en cada músculo. Con la certeza de que podría cerrar los ojos y volver a sentir el peso exacto de su cuerpo sobre el mío, el roce de su piel ardiendo contra la mía, el calor de su aliento en mi boca mientras me poseía con todo lo que tenía.

La manera en que me miró cuando le dije que lo quería dentro… esa mirada me persigue, me atrapa. Había deseo, sí, pero también había algo más. Una entrega silenciosa, una promesa muda. Me folló borrando todo lo demás, reduciendo el mundo a nuestra respiración entrecortada y a sus caderas chocando contra las mías.

La forma en que se movía, con la precisión de quien sabe exactamente lo que necesito antes de que pueda pedirlo. El modo en que me sostuvo cuando me corrí, consciente de que me estaba rompiendo por dentro y aun así no me soltó. Me abrazó, me contuvo, me dejó temblar contra él.

Y no fue solo el placer. Fue lo que vino después, porque todavía lo siento.

Lo siento dentro. En cada músculo, en cada estremecimiento involuntario. Me arde la piel como si me hubiera marcado. Y sé que no se me va a pasar en horas, ni en días. Voy a llevarlo encima durante mucho tiempo. Porque no fue una noche más. No fue sexo. Fue… algo que no sé nombrar.

Pero sí sé que me ha jodido el equilibrio, que ya no hay vuelta atrás. Que cada vez que me siente a trabajar, cada vez que vea un informe, cada vez que piense en esta guerra… va a estar él ahí. Entre líneas, entre sombras. Porque no se ha ido, porque no quiero que se vaya… porque me gusta demasiado esta puta condena.

Arranco por inercia. Quito el freno de mano, meto primera y salgo a la calle. Conduzco sin pensar, guiado por la costumbre, con los faros abriendo una carretera que no veo de verdad, porque mi cabeza está atrapada allá dentro. Con él.

Intento desviar el pensamiento. No sirve. Miro a mi alrededor buscando algo que me saque de ahí, pero todo me lo devuelve. No debería ser así, no debería sentirme tan vulnerable. Tan… humano.

Pero lo estoy. Lo soy. Y mientras más lo intento, más me doy cuenta de que no hay salida.

Así que hago lo único que sé hacer cuando no puedo con lo que siento: me encierro en lo que puedo controlar.

Llego a mi apartamento. Tiro la bolsa junto a la entrada sin abrirla. El abrigo acaba colgado a medias. Me sirvo un café que no necesito, pero que uso como ritual. Me siento frente al escritorio,

enciendo la pantalla. Abro los informes, los registros, las rutas. Y empiezo a trabajar.

Miro las fechas, las horas, los cruces de calles, los modelos de motos. Busco coincidencias, reviso cámaras de seguridad. Analizo patrones, cruzo datos. Lo hago sin pestañear, con los dedos moviéndose solos sobre el teclado. Lo necesito. Necesito algo que tenga lógica, que no me rompa.

Pero no funciona del todo, cada punto en el mapa que marca una aparición de los Vultures, cada movimiento de su vice, cada sospecha de contacto… me recuerda que Jack está en medio de todo esto. Y eso me carcome por dentro.

Antes, estas cosas eran solo nombres. Rostros. Objetivos, información para aplastar con precisión. Ahora… ahora hay una parte de mi vida metida en medio del tablero. Y si fallamos, si no llegamos a tiempo, si dejamos una rendija abierta… no es solo una ciudad la que pierde. Soy yo. Es él. Somos esto que todavía no tiene forma pero que ya no puedo negar.

Y por eso, esta vez, el margen de error es cero porque esta guerra lleva su nombre tatuado en mi pecho. Aunque todavía no se lo haya dicho, aunque tal vez no lo sepa nunca.

Intento concentrarme pero cada vez que paso la lengua por los labios, lo saboreo a él, eso… me jode. Porque necesito estar centrado. necesito volver a ser el Patrick que todos esperan. El que no tiembla, el que no se distrae, el que nunca pierde el foco.

El teléfono suena. La pantalla muestra un solo nombre: Aidan.

—¿Dónde estás? —pregunta sin preámbulos.

—En casa, revisando los informes.

—Coge el abrigo. Te necesito en los muelles.

Me enderezo al instante, su voz no deja lugar a duda. Algo pasa.

—Voy.

Cuelgo, me pongo el abrigo, guardo la Glock en la cartuchera y salgo. El aire de la calle me golpea, helado y cortante, pero me viene bien, me despeja. Me obliga a poner el cuerpo al mismo ritmo que la mente. Conduzco sin pensar demasiado. Sin música ni distracciones, la ciudad estirándose frente a mí como un tablero de ajedrez que ya ha empezado su juego.

Los muelles están casi vacíos a estas horas. Solo grúas dormidas, metal oxidado y el eco lejano del mar golpeando las piedras.

Distingo el coche de Aidan aparcado al fondo, entre dos contenedores oxidados. Parpadea una vez con las luces al verme acercarme. Aparco junto a él, bajo y entro por el lado del copiloto sin decir una palabra.

—¿Qué estamos mirando? —pregunto, sin quitarle la vista al almacén en penumbra.

—Dos vultures —dice Aidan, seco, con la misma voz que si hablara del clima—. Entraron hace una hora. Nadie más ha salido ni entrado desde entonces. No tengo visión dentro., pero no creo que estén durmiendo la mona.

Asiento, miro al frente. El edificio es viejo, de ladrillo oscuro y persianas industriales cerradas. No hay señales de movimiento pero el silencio pesa. Como si dentro alguien estuviera respirando más fuerte de lo debido.

—¿Armas? —pregunto.

—Uno de ellos, seguro. El otro no lo vi, pero puedo suponerlo.

—¿Y si están esperando a alguien?

Aidan gira la cabeza y me mira por primera vez desde que he llegado.

—Entonces vamos a darles una sorpresa.

Saco el móvil y abro el grupo encriptado que usamos solo nosotros. Tecleo rápido un mensaje corto:

"En los muelles. Vultures en el almacén 14. Aidan y yo en posición."

Declan lo lee. Escribe de vuelta.

"No os metáis hasta que lleguen Seamus y Ryan. Cinco minutos."

Miro a Aidan, él ya está cargando el arma.

Cinco minutos. Puedo esperar.

Pero dentro… algo me ruge. Si están aquí es porque se creen con derecho, eso no vamos a permitirlo. No en Eureka. No mientras yo respire.

32

Jack

Patrick acaba de irse y con él se ha ido algo más que el calor de su cuerpo en mis sábanas. Algo más que el olor de su piel en mi almohada. Me he quedado con la puerta abierta y el pecho apretado, como si al cerrar esa jodida puerta se hubiera ido todo lo que no me atrevo a decirle.

Havoc me mira desde el pasillo. No ladra, ni se mueve, solo me observa, parece que entiende que algo en mí es distinto. Roto, tal vez.

Me paso una mano por la cara, por el pelo, intento sacudirme el temblor sordo que me ha dejado, no se va. Sigo oliéndolo en mi piel, en mis dedos, en las sábanas arrugadas que todavía conservan la forma de su cuerpo. Tengo que moverme, hacer algo. Cualquier cosa.

Cruzo la casa en silencio. Entro en el baño, me lavo la cara con agua helada. Miro al espejo y el reflejo no coopera. Ojeras. Mandíbula tensa. La marca tenue de sus dientes en mi clavícula. No debería gustarme verla ahí, pero me gusta… mucho.

Abro el armario con movimientos mecánicos. Saco unos vaqueros gastados, los que me quedan justos en las caderas. Me los pongo sin pensar, sin prisa pero sin pausa. Después, una camiseta negra de algodón que todavía huele a tabaco y tinta. Me la paso por la cabeza, la acomodo sobre el pecho. La tela me roza los pezones y me recuerda su boca. Joder.

Busco la chaqueta de cuero colgada en la entrada, las llaves en el cuenco, el reloj en la muñeca izquierda. Me siento por un segundo en el borde de la cama, me ato las botas con los dedos torpes. Cada movimiento tiene ese ritmo lento de los días en que el cuerpo va por inercia y la cabeza se ha quedado atrás, en otro cuarto, en otra piel.

Havoc se levanta cuando me enderezo. Me espera en la puerta con las orejas erguidas, como si llevara toda la mañana contando los segundos. Me acerco, le rasco la cabeza, le abro la puerta.

—Hoy vienes conmigo.

El aire de la calle me muerde la cara al salir. Me sienta bien, me recuerda que sigo aquí, que hay cosas que hacer. Todavía no puedo darme el lujo de perderme por completo en él.

Subimos a la furgoneta. Havoc salta al asiento del copiloto como si fuera suyo. Arranco, meto primera, y la ciudad empieza a tragarnos despacio.

Sé que tengo que pensar en Viper, en cómo moverme sin levantar sospechas. En cómo usar lo que fui sin volver a serlo del todo.

El problema es que, ahora mismo, cada vez que cierro los ojos, no veo a Viper. Veo a Patrick. La boca entreabierta, pupilas dilatadas, cuerpo temblando por mí.

Y no sé cuánto tiempo voy a poder aguantar sin tocarlo otra vez, sin rendirme otra vez. Sin dejar que me rompa entero.

No he tocado el móvil en todo el fin de semana. No quiero saber qué mierdas me esperan, pero sé que tengo que moverme, contactar con Viper. Entrar de nuevo en un mundo que dejé atrás por algo parecido a una segunda oportunidad. Aunque nunca la pedí, y seguramente no la merezca.

Conduzco sin pensar, hasta que empiezo a hacerlo. Mi mente, traicionera como siempre, se va a él. A Patrick. Mierda.

Havoc ladra de golpe, me saca de esa imagen que no sé si quiero borrar o tatuarme en el pecho. Hay un gato callejero cruzando la calle, negro, escuálido. Havoc lo sigue con la mirada como si fuera un enemigo.

—Tranquilo, colega. No eres tú el que se está volviendo loco.

Llego al Ink & Dust y aparco. Es temprano todavía, y Silas no ha llegado.

Perfecto.

El estudio huele a tinta, a metal esterilizado, a humedad vieja. Ese olor que nunca se va del todo, que forma parte del lugar como mis cicatrices de mi historia.

Havoc se echa en su rincón favorito, junto al sofá viejo de cuero que rechina cada vez que alguien se sienta.

Yo me quito la chaqueta, me lavo las manos y preparo la bandeja. Todo está en silencio. Todo está en orden.

No sé qué me depara el día. No sé si Viper ya ha empezado a mover sus fichas, no sé si Patrick va a poder sostener su papel sin romperse por dentro. Lo único que sé es que hoy necesito que alguien venga y me distraiga. Que me saque esta sensación de encierro bajo la piel.

Porque si no… voy a empezar a pensar. Y si empiezo a pensar… voy a querer ir a buscarlo. Y sé que eso, ahora mismo, no me lo puedo permitir.

Llevo ya más de una hora en el estudio cuando escucho la puerta abrirse. Havoc ni se inmuta, sabe quién es antes que yo.

Silas entra como siempre, con su paso arrastrado y la gorra ladeada, pero se detiene en seco al verme sentado en la mesa de trabajo, con la aguja ya calibrada y una plantilla medio trazada en el muslo de un cliente.

—¿Y este milagro? —dice, cerrando la puerta con el pie—. ¿Es lunes o me morí y nadie me avisó?

No contesto, me limito a inclinar la cabeza y volver al trabajo. Sigo la línea curva de la loba entre llamas, un homenaje extraño a una madre muerta. Me gusta el trazo, me centra.

Silas cuelga la chaqueta, deja una bolsa de papel sobre la encimera y saca dos cafés sin decir más. Se acerca, me deja uno al lado. Yo no levanto la vista, solo asiento. El zumbido del dermógrafo llena el aire. Constante, preciso, como un mantra en la piel.

El cliente se queda quieto, con la pierna extendida sobre la camilla y el pantalón subido hasta el muslo. Respira hondo, no habla. Agradezco eso.

La loba empieza a tomar forma con cada línea. Ojos entornados, colmillos abiertos, la mandíbula atrapando el cráneo humano que va justo en el centro del círculo de fuego. Todo en blanco y negro, con sombreados pesados, casi sucios.

Es el tipo de pieza que habla más de quien la lleva que de quien la hizo. Pero me gusta. Me gusta mucho. Tiene rabia, tiene pérdida,

tiene sentido. No esas mierdas vacías de moda que me piden a diario.

Me concentro tanto que dejo de oír a Silas moviéndose detrás. Dejo de pensar en Havoc. En Patrick. En Viper. En todo. Solo está la piel. La herida… la tinta entrando.

—¿Qué tal va? —murmura el cliente, sin moverse.

—Bien. Se está integrando contigo.

—¿Ella?

—La loba.

Él se ríe de manera corta, nervioso. Le duele, pero no se queja.

Termino casi una hora después. Paso un paño húmedo, limpio el exceso de sangre y tinta. La loba me mira desde su pierna y parece que pudiera saltar.

—¿Quieres verla?

Él asiente, le paso el espejo. Su silencio me dice más que cualquier puta frase de agradecimiento.

—Es justo como la imaginaba —dice, al fin—. Como si ella siguiera ahí, esperando a morder.

—Entonces está bien hecha.

Se va en silencio, con la pierna vendada y los ojos un poco más húmedos de lo que vino. Me gusta cuando ocurre eso, cuando una pieza no es solo adorno. Cuando algo duele y se queda para siempre.

Limpio con calma. Me saco los guantes y me echo hacia atrás en la silla, por un momento, solo uno, me siento bien.

Entonces Silas dice:

—Ahora sí que empiezo a sospechar que te han cambiado. No solo llegas temprano, encima tatuás con inspiración.

No respondo, me limito a vaciar la tinta, poner alcohol en el acero y volver a prepararme.

Porque el día todavía no ha empezado, pero yo ya tengo la piel encendida.

Silas se encarga de abrir la caja de guantes nuevos, de poner música suave y de limpiar una de las mesas de atrás. Su rutina, la de siempre, con total normalidad pese a encontrarme aquí antes que él, sin mostrar que perciba que algo no cuadra.

Termino otro tatuaje cerca del mediodía. Cobro en efectivo y el tipo se va agradecido, sin demasiadas palabras. Me lavo las manos y estiro el cuello. Havoc bosteza fuerte desde su rincón, dando por cerrada la sesión con ese gesto.

Silas reaparece con un burrito mal envuelto y unas patatas que han visto días mejores.

—Comida gourmet cortesía de la gasolinera de la esquina —dice, dejándolo todo sobre la mesa—. Por si decides seguir siendo humano hoy.

Comemos sin mucha ceremonia, hasta que llega el último cliente. Desde que entra, algo me remueve.

Alto, delgado. Gafas de sol dentro del local. Camina como quien ya ha estado aquí, pero nunca del lado correcto. Mira el lugar como si memorizara puntos de entrada y salida. No a mí. A las cámaras, a Silas.

Silas lo intercepta de inmediato, tablet en la mano.

—¿Nombre?

—Vince. Cita a nombre de Tyler.

Silas frunce el ceño. Teclea. Lo encuentra.

—El Tyler que yo recuerdo no eras tú.

—Cambio de planes.

Se quita la chaqueta y ahí está.

La camiseta gris, vieja, y el símbolo medio borrado de los Vultures. Oculto, pero no tanto. Lo justo para que yo lo vea, para que entienda.

El aire cambia, se vuelve denso. El tipo se sienta sin ser invitado. Silas me mira, yo niego apenas con la cabeza. Espera, aún no.

—¿Qué vienes a hacer aquí? —pregunto desde donde estoy, sin moverme.

—¿No es esto un estudio? Quiero un tatuaje.

Su sonrisa me da náuseas. Silas se aleja unos pasos, hace ver que va por algo. Pero sé que está listo.

—¿Y el Tyler real?

—No lo sé.

Entonces abre su mochila. El clic suena más fuerte de lo que debería, pero no saca un arma, saca una caja. Tinta negra. De las

que no usamos aquí. Una mezcla densa, muy específica. De las que dejan marca, de esas que envían un mensajes.

Silas se acerca, firme.

—Lo mejor será que te largues antes de que no puedas volver a caminar.

El tipo se levanta con lentitud, me mira por encima del hombro.

—Dile a Jack Maddox que su pasado lo está alcanzando. No todos los cabrones olvidan.

Lo sostengo con la mirada.

—Estás delante de Jack Maddox, imbécil. Y si alguien quiere decirme algo, que venga él mismo.

No responde, no sonríe. Se va rápido, sin correr.

Cuando la puerta se cierra, Silas se cruza de brazos.

—¿Qué coño ha sido eso?

—Nada que no esperara.

—¿Llamo a alguien?

—No. Yo me encargo.

Porque si esto era una provocación, acabo de convertirla en una invitación. Viper ya sabe que lo estoy esperando.

Reviso las cámaras una última vez. La imagen congelada del tipo saliendo del estudio todavía arde en la pantalla. No me hace falta repetirlo de nuevo, ya lo memoricé todo. Los gestos, la manera en que miraba. El momento exacto en que supo que estaba fuera de su liga.

Havoc está tendido junto a la puerta, medio dormido pero alerta. Silas limpia algo en la trastienda. Yo saco el móvil, apoyado en el borde de la encimera, y tecleo sin dudar.

Un mensaje para Declan. Solo eso por ahora.

"Acabo de echar el sedal. Vinieron a olisquear. Les dejé una marca. Esperemos que pique. Te aviso si hay movimiento."

Lo envío. Pantalla negra. Silencio.

Espero dos segundos, solo por protocolo. Luego abro otra conversación con Patrick.

No hay nombre guardado, solo su número. Pero la conversación está ahí, me quema los dedos.

Escribo más lento esta vez. Las palabras se arrastran desde donde lo tengo metido bajo la piel.

"Tuvimos visita. Uno de ellos camuflado, mal disimulado. Se hizo pasar por un cliente. Llevaba el símbolo y tinta negra, la de los Vultures. No hizo nada, solo habló, pero vino a provocarme. Le respondí como debía., no le toqué pero le di lo suficiente para que Viper entienda que lo estoy esperando"

"Estoy bien. Aunque no dejo de pensar en cómo me miraste anoche. En cómo te rendiste bajo mis manos. En cómo te abriste solo para mí. Y estoy empalmado desde que saliste por esa puerta. No va a bajarse solo. Prepárate, porque cuando esto acabe te voy a follar hasta saciarme"

Pulso enviar.

Guardo el móvil en el bolsillo trasero y me quedo ahí, en el centro del estudio vacío, con la piel aún caliente de todo lo que no digo y con la garganta apretada de todo lo que sí.

33

Patrick

El ruido de un motor al fondo rompe el silencio.

Aidan y yo nos giramos al mismo tiempo. La pick-up de Seamus aparece entre la niebla como un depredador saliendo del agua. Se detiene junto a nosotros con un chirrido. Ryan baja primero, silencioso, concentrado. Seamus le sigue con esa media sonrisa torcida que solo aparece cuando huele sangre en el aire.

—¿Qué tenemos? —pregunta Ryan, ajustándose los guantes de cuero negro.

—Dos Vultures dentro. Entraron hace una hora, no han salido. No sabemos qué hacen, pero apesta —responde Aidan, sin apartar los ojos del almacén.

—¿Armas? —Seamus ya está revisando su Glock, como si no necesitara la respuesta.

—Probablemente sí. No sabemos si esperan a alguien o qué cojones hacen. Lo sabremos en cuanto entremos.

—¿Queréis discreción o mandar un mensaje? —pregunta Seamus, mirándome.

—Mensaje —digo sin dudar—. Pero vivos

—Lástima —murmura con una sonrisa.

Nos acercamos al almacén 14 desde el flanco este. Ryan va por la parte trasera, Seamus y yo tomamos la puerta principal. Aidan nos cubre desde la esquina del contenedor, arma en mano, ojos como cuchillas.

La puerta metálica está cerrada, pero no con llave. Seamus gira el pomo despacio. Cruje.

Dentro huele a polvo, a gasolina, y a algo más… químico. Reconozco el olor antes de ver nada.

—Están cortando —susurro.

Entramos y los encontramos justo en medio de ello.

Dos vultures. Uno con camiseta sin mangas, el otro cubierto con una sudadera negra. Una mesa metálica cubierta con paquetes abiertos, polvo blanco y básculas portátiles. Una radio vieja suena bajo, hip hop sucio, sin ritmo, el tipo de música que solo escuchas cuando estás demasiado colocado para oír otra cosa.

—Buenas noches, caballeros —dice Seamus, voz calmada, casi amable.

Los dos levantan la vista. Uno va directo a por el arma que tiene en la cintura. Demasiado lento.

Ryan le cruza la cara con el cañón de su SIG antes de que llegue a tocarla. Cae contra la mesa. La droga vuela.

El otro intenta correr pero yo me adelanto. Le meto un rodillazo en el estómago, lo estrello contra la pared. Cae al suelo escupiendo aire, sin saber si llorar o vomitar.

Aidan entra como una sombra y patea la mochila que había bajo la mesa. Se abre, salen más paquetes. Coca, tal vez mezclada, tal vez pura. No importa.

—¿Sabéis dónde estáis? —pregunta Seamus, inclinándose sobre el que sigue en el suelo.

El tipo tiembla. Tiene sangre en la ceja, mira de reojo hacia donde su compañero intenta levantarse. Ryan le pisa el hombro y lo vuelve a bajar de un golpe seco.

—¿Creéis que podéis venir a nuestra ciudad, mover vuestra mierda y que nadie va a notar nada? —le digo, con la voz baja, directa.

—Nos dijeron que el camino estaba libre… —balbucea el de la pared.

—¿Quién? —le gruño.

—Nadie… yo no sé nombres, solo me pagan…

—Eso es una mierda —dice Aidan, aplastando uno de los paquetes con su bota—. Nadie se mete en Eureka sin permiso, nadie corta droga aquí sin saber a quién jode.

Seamus saca un cuchillo, el del puño labrado, el personal. El que no usa para cortar nada que no sea carne.

—Podríamos dejaros un recordatorio. Una letra, una señal de que no sois bienvenidos.

—No —le digo, mirándolo fijo—. Esto es un aviso. No os queremos en Eureka ni en esta costa. Volved al agujero del que venís antes de que os devolvamos en bolsas de plástico.

—Eso no quiere decir que tengan que salir enteros —responde, pero guarda el cuchillo y empieza a golpear a uno con furia.

Ryan gira al que está en el suelo. Le mete un puñetazo seco, directo a la cara. No lo mata, pero lo deja medio aturdido un buen rato. Después le pone la rodilla en el pecho y lo mira desde arriba.

—¿Dónde están los demás?

—No lo sé… lo juro…

—No me importa si no sabes —interviene Aidan—. Me importa que sepas lo siguiente: salís de aquí, volvéis a donde sea que dormís. Y contáis esto. Cada detalle, cada golpe, cada maldito segundo.

—Y si os volvemos a ver —añado— no vamos a hablar. No va a haber advertencia, solo escucharéis el sonido de una bala al entrar en vuestro craneo.

El silencio se asienta por un momento. Pesado, cortante. Seamus escupe al suelo.

—No nos queréis como enemigos, esto fue un favor.

—Un regalo —sonríe Ryan, sin rastro de humor.

Los sacamos fuera. Aidan les lanza las mochilas vacías. Salen como pueden. Los paquetes han quedado reventados en el suelo, los dejamos ahí.

Cuando el portón se cierra tras ellos, el silencio vuelve. Solo queda el olor y la sangre.

—Ahora esperemos que vayan corriendo a contarle a Viper —dice Aidan, limpiándose las manos con una toallita que saca del bolsillo—. A ver a quién buscan para que les salve el culo.

—Y nosotros sabremos a quién van a buscar —añado.

—¿Qué hacemos con esto? —pregunta Ryan, señalando el polvo derramado.

—Lo quemamos —responde Seamus—. Y dejamos que la ciudad huela que esto no es suyo.

Prendo fuego con un mechero barato. El paquete arde lento, el olor químico sube como veneno.

Ryan se queda vigilando desde lejos hasta que el fuego lo consume todo. Aidan recoge las armas, las limpia. Seamus me mira mientras guarda su cuchillo.

—Te has contenido, primo.

—No era el momento de mandar un cadáver. Aún no.

—¿Y cuándo será?

—Cuando Viper aparezca y veamos con quién anda.

Vamos hacia la casa O'Sullivan a comentar lo que ha pasado con los demás, dejando atrás el almacén en llamas.

La advertencia ya está hecha. La sangre ya está en el aire. Ahora solo hay que esperar que el pez grande muerda el anzuelo.

Como siempre, la casa familiar huele a comida caliente y leña en el fuego.

Antes de cruzar la puerta, ya escucho el murmullo de voces, platos en la cocina, el golpeteo de los cubiertos preparando la mesa del comedor. Una rutina grabada en mi cabeza desde la infancia.

Cada rincón de esta casa tiene el eco de nosotros corriendo descalzos, riendo con la boca sucia de barro o de sangre. Hoy, sin embargo, entro con una sensación extraña, ajena, que me hace dudar de si todavía me pertenece del todo.

Seamus va delante, con las manos aún manchadas de la pelea. Ryan le sigue, ya sin rastros visibles, pero con esa energía baja que solo le he visto después de una pelea controlada. Aidan entra el último, en silencio, como siempre.

En el salón están Declan, Liam y Siobhan. Declan con el ceño fruncido sobre un mapa abierto en la mesa. Hay fotos, nombres, rutas marcadas con rotulador. Liam bebe café. Tiene los ojos más hundidos que ayer. Siobhan los mira a los dos mientras pela una manzana, incapaz de evitar hacerse cargo de todo sin necesidad de decirlo en voz alta.

—¿Y bien? —pregunta Declan, sin alzar la vista.

—Mensaje entregado —respondo, colgando el abrigo en su gancho de siempre.

—¿Reaccionaron?

—Con miedo —dice Seamus—. El tipo de miedo que busca protección. Van a moverse, a buscar a quien los respalde.

Declan asiente. Aidan deja un arma sobre la mesa. Nadie lo menciona, pero todos la miramos.

—Bien. Entonces solo es cuestión de seguir la pista —añade Declan, y por un segundo sus ojos se cruzan con los míos.

Justo en ese momento, se abre la puerta de la cocina y aparece mi madre, con Maeve en brazos.

Todo cambia.

La niña salta en cuanto ve a Ryan. Se le lanza con una risa que corta el aire como un cuchillo envuelto en algodón. Ryan se transforma, se ablanda. Su expresión, sus manos, su espalda entera. La toma en brazos como si fuera lo más sagrado que existe, y probablemente lo es. La besa en la frente y luego gira para besar a Siobhan sin decir una palabra.

Yo me quedo quieto. Mirándolos. Una escena que he visto mil veces, que conozco de memoria. Sin embargo, hoy se me clava en el pecho de otra forma.

No porque me haya convertido en un sentimental, ni porque me enternezca la felicidad ajena, sino porque no sé si yo alguna vez podré tener algo así con Jack.

No es que espere tener un bebé y una casa con ventanas blancas, simplemente poder tener un gesto natural con él sin ser juzgado.

No sé si algún día podré volver a esta casa con él al lado. No sé si alguna vez podré ver a Havoc correr por este salón y no sentir que estoy a punto de perder todo lo que apenas estoy empezando a construir. No sé si podré mirar a mi madre a los ojos y decirle quién soy. Qué quiero. A quién amo.

Mientras mi cabeza se enreda en esa mierda que no tiene respuesta, es ella misma quien me arranca de ahí.

—Patrick —dice, sin levantar la voz pero con la firmeza que solo una madre conoce—, tienes unas ojeras horribles.

La miro. Intenta sonar ligera, casi molesta, pero sé que hay algo más detrás.

—Duermo lo justo —respondo, forzando una sonrisa.

—Tú no duermes nada —replica, acercándose mientras deja una fuente de pan sobre la mesa—. No todo es trabajo, hijo. Tienes que descansar aunque sea unas horas, aunque sea por ti.

Si ella supiera. Si supiera en qué cama estuve anoche, en qué cuerpo. En qué abismo.

Pero no lo sabe. Y por ahora…no puede saberlo.

—Lo tendré en cuenta —miento, suave.

Ella me mira como si pudiera leerme el alma. Me acaricia la mejilla con la palma tibia, me huele. Me inspecciona como cuando tenía diez años y llegaba con las rodillas rotas y la camisa manchada de barro.

Pero no dice más. Se aleja para sacar las servilletas. Yo respiro.

No hay sangre. No hay balas. Solo olor a comida y una familia unida que se sienta alrededor de la mesa.

Pero no me engaño, esto no es paz. Es solo el silencio entre dos tormentas. Y la que viene… va a intentar arrasar con todo lo que tengo.

La comida es tan ruidosa como siempre. Seamus se pelea con mi madre por la sal, Ryan hace ruidos de monstruo para que Maeve se ría, y Siobhan le lanza una servilleta al pecho con puntería quirúrgica.

Natasha y Emily llegan cuando ya estamos sentados y se suman con naturalidad.

Aidan no habla casi nada, pero escucha todo. Declan y Liam intercambian teorías sobre rutas de distribución, posibles contactos de los Vultures en el norte, y en algún momento yo también comento algo sobre el golpe de esta mañana.

Pero la verdad es que no estoy ahí. No del todo.

Tengo el móvil en el bolsillo y lo siento arder. Quema. Porque sé que si Jack ha tenido movimiento, nos lo dirá hoy. Y porque una parte de mí —la que no puedo acallar— desea que me diga otra cosa. Que me diga que me extraña, que me quiere. Que ha pensado en mí en algún momento.

Acabamos y volvemos al despacho. Maeve duerme en el sofá con una mantita, y mi madre se encarga de la cocina como si no le doliera la espalda desde 1997. Al llegar al salón, Declan vuelve a

abrir los mapas y documentos. Aidan saca su cuaderno. Ryan trae unas fotos que acaban de llegar y empiezo a repasar las rutas con ellos.

Y entonces el teléfono de Declan vibra. Yo me tenso al instante, mira la pantalla y dice:

—Es un mensaje de Maddox.

"Acabo de echar el sedal. Vinieron a olisquear. Les dejé una marca. Esperemos que pique. Te aviso si hay movimiento."

Se me hiela la sangre. Los ojos me arden. Jack ha tenido visita y necesito saber más. Pero no tengo tiempo para procesarlo porque justo en ese instante vibra otro mensaje… esta vez para mí. Lo abro sin pensar, cuando lo leo… me muero.

"Tuvimos visita. Uno de ellos camuflado, mal disimulado…. estoy bien. Aunque no dejo de pensar en cómo me miraste anoche. En cómo te rendiste bajo mis manos. En cómo te abriste solo para mí. Y estoy empalmado desde que saliste por esa puerta. No va a bajarse

—Joder…

Se me escapa en voz baja, pero con demasiada sinceridad. Me remuevo en la silla. Mi polla responde al instante, como si llevara media tarde esperando una excusa. Me empiezo a empalmar y todos me miran. La peor sincronía posible.

—¿Todo bien? —pregunta Ryan, extrañado.

Intento inventarme algo, me aclaro la garganta. Finjo revisar otro mensaje, aunque no sé si cuela.

—Un aviso de los depósitos… uno de los camiones tiene retraso.

Silencio.

Declan me clava los ojos. Esa mirada suya que no interroga, pero tampoco perdona. La que dice "sé que estás mintiendo" sin abrir la boca. Estoy jodido.

—Deberíamos llamarlo —dice de pronto—. A ver qué tiene exactamente.

Saca el móvil, pone el altavoz y marca. Yo trago saliva, me acomodo como puedo.

—Maddox —dice Jack al contestar.

El sonido de su voz me da directo en la entrepierna. Cálida, grave. Tan suya.

—¿Qué pasó exactamente? —pregunta Declan, seco.

—Vino uno. Camuflado. Se hizo pasar por un cliente. Traía una camiseta medio oculta, la de los Vultures. No dijo mucho, pero se notaba que venía a tantear el terreno.

—¿Y le diste la bienvenida?

—Vino con la tinta que solo usan ellos. Se la devolví sin tocarla. Es suficiente para que Viper entienda que lo estoy esperando.

—¿Crees que se moverán pronto?

—Sí. Quieren medir mi lealtad. Si respondo, Viper va a aparecer o va a enviar a alguien de más peso. Yo voy a intentar tirar del hilo, ver con quién se mueven. Qué buscan exactamente aquí.

Declan asiente. Aidan también.

—Bien hecho —dice mi primo.

Yo no digo nada. Estoy callado, tenso, con la mandíbula apretada al punto de doler. Cada palabra de Jack me perfora el pecho. Cada silencio suyo me arrastra más adentro.

La llamada termina y Declan cuelga.

Volvemos al trabajo. Al menos, ellos lo hacen. Yo… no puedo ni pensar.

Uno a uno empiezan a irse. Siobhan y Ryan salen con su hija dormida. Seamus y Emily se van sin hacer ruido. Aidan sale con una carpeta bajo el brazo. Y así se van uno a uno hasta que al final… solo quedamos él y yo.

Declan se gira, cierra el portátil y me mira.

—¿Vas a decirme qué coño te pasa?

Sus palabras me caen como una bomba sin previo aviso, pero no me muevo.

—Estoy bien.

—Patrick —dice, usando mi nombre como un cuchillo afilado—. Soy la persona que mejor te conoce en el mundo. No estás bien, así que no me mientas.

Miro al suelo, a mis manos, a la nada. No sé por dónde empezar.

—No lo sé —respondo al fin—. No sé cómo contarlo. No sé cómo decirlo sin…

—Ve al grano.

Lo miro. Asiento.

—He conocido a alguien.

No parece sorprendido.

—Ya has tenido relaciones antes. No es una novedad.

—No es como se espera que sea.

—¿Es verde? —pregunta con una ceja alzada.

—No. No es verde —respondo, y entonces lo suelto sin filtro, sin pausa—. Es un hombre.

Veo su rostro cambiar. No veo juicio en su expresión, sinó sorpresa. Poco a poco encaja piezas que no sabía que estaban sobre la mesa.

—Es Jack —dice sin más.

No me echo atrás.

—Sí. Es Jack.

Se hace un silencio. Largo.

—Me extrañó que confiaras en él tan rápido. Sabía que había algo más… pero sinceramente no imaginaba esto. No sabía que te gustaban los hombres.

—Yo tampoco lo sabía. Hasta ahora.

—¿Y cómo…?

—Pasó sin más. No lo busqué, no lo provoqué. Solo… pasó. No puedo evitarlo y no quiero negarlo.

Declan me observa. Veo su cabeza girar, su mente calculando, reacomodando el mapa de nuestra familia entera.

—¿Y es algo de una vez? —tantea.

—No. No es algo casual.

Sus ojos se ablandan un poco, su voz también.

—¿Qué quieres hacer?

—Estoy hecho un lío, pero no quiero esconderlo con vosotros. Sé que de cara a fuera tiene que ser distinto, no necesito publicidad. Pero aquí… en casa… quiero poder ser yo mismo. Y quiero hacerlo con él a mi lado.

Declan asiente. Firme. Sin dudar.

—De acuerdo. Encontraremos la manera de hacerlo encajar.

Entonces, con una sonrisa que apenas roza el sarcasmo, añade:

—Pero a tu madre se lo dices tú.

Me echo a reír. Al fin la tensión cede un poco. y me apoyo contra la mesa.

—Gracias.

Él se acerca. Me pone una mano en la nuca, me aprieta un segundo.

—No va a ser fácil —dice, con la mandíbula apretada, la mirada al frente—. Este tipo de vínculo no se acepta fácilmente en nuestro mundo. Los enforcers serán duros. Las reglas, implacables. Las críticas, inevitables.

Me mira y solo veo sinceridad en su rostro.

—Pero nos mantendremos juntos. Vamos a hacer que funcione, aunque nadie lo entienda. Al final, tampoco querían a Siobhan… y mírala ahora. El mundo cambia. Lo forzamos a cambiar. Nosotros avanzaremos, paso a paso, sin ceder. Como lo que somos: familia.

Hay un silencio que no pesa. Un acuerdo tácito.

—Estoy contigo, hermano. En todo.

Nos abrazamos. No hay palabras dulces, ni dramatismo. Solo un gesto seco, como los de siempre, pero distinto. Esta vez significa algo más, algo que no decimos, pero que ambos sentimos.

Y lo sé, con absoluta certeza: pase lo que pase… no estoy solo.

34

Jack

Todavía tengo el pulso raro desde que el niñato ha salido del local. Una parte de mí quiere ir de cabeza a por él, la otra me grita que no. Que así no.

Me paso toda la vuelta a casa con Havoc, sin decir una palabra. Él lo nota, se queda en el asiento del copiloto quieto, sin reclamar mi atención. La música suena de fondo, pero no la escucho.

Patrick, su mirada esta mañana. Todo se mezcla, me satura, me jode.

No sé qué coño me está pasando, pero cuando lo tengo cerca todo en mi interior se mueve de una manera que no sé controlar.

Entro en casa y me meto directo al baño. Agua caliente, con el cuerpo apoyado contra la pared, intento que el vapor me saque de encima el peso que arrastro. Sorpresa, no funciona.

Solo hay una cosa que me saca de mi propia cabeza últimamente y no está aquí.

Salgo de la ducha, el cuerpo aún húmedo, la toalla mal colocada a la cintura, cuando estoy a punto de vestirme para salir hacia el puto antro donde han visto a los Vultures, suena el móvil.

Patrick.

Respondo antes de pensar.

—¿Qué coño has hecho? —su voz no es fría, ni dura, es caliente, agitada. Vibrando de abajo arriba—. Me has desmontado con ese puto mensaje, se me ha puesto dura delante de todos. Capullo.

Me echo a reír.

—Estoy desnudo —digo, sin disimular la sonrisa que se me escapa —. Literalmente. Acabo de salir de la ducha. Imagínalo. Si te vas a empalmar, al menos hazlo con una buena imagen en la cabeza.

—Cabrón —gruñe, pero no cuelga.

Escucho cómo se deja caer en el sofá. Me lo imagino con una mano en la cara, la otra bajando por el vientre, su respiración deja de ser neutra.

—Estoy empalmado, Jack. No me toques los cojones.

—No, mejor tócatelos tú —respondo, bajando la voz—. Hazlo.

Un silencio largo y denso llena la línea.

—Ya lo estoy haciendo —susurra.

Cierro los ojos, me dejo caer contra la pared. Me paso una mano por el abdomen, bajo. Todavía estoy caliente de la ducha, pero ahora mi interior quema de otra forma.

—Dime qué me harías si estuviera ahí.

—¿Seguro? —respondo, ya con la polla dura entre los dedos—. Porque no me pienso callar.

—No lo hagas.

—Te pondría boca abajo sin preguntar. Con las manos en la cintura, los dedos marcándote. Me metería hasta el fondo. Lento, firme. Ahora no sería suave, te haría gemir hasta que te rindas.

Patrick jadea. Un jadeo real, lo siento en cada respiración que se cuela por el auricular. Lo oigo tocándose, intentando no hacer ruido, pero está perdido. Igual que yo.

—Joder… Jack…

—Me pones jodidamente a mil. Te follaría contra la pared sin pensar en nada más. Ni Vultures, ni Declan, ni el puto mundo. Solo tú y yo.

Mis movimientos se aceleran. Él también está cerca, lo noto. No decimos nombres, no decimos te quieros. Solo gruñidos, aliento, esa urgencia que nos arrastra a los dos.

Su voz se rompe, la mía también. Me envuelvo la polla con la mano y cierro los ojos. Todo en mí arde.

—Estoy cerca —murmura.

—Yo también.

Nos corremos casi al mismo tiempo. Él ahogado en el teléfono, yo con la espalda arqueada y la respiración rota. Todo es carne, tensión, fuego. Ninguno de los dos dice nada durante unos segundos. Luego, nos reímos.

—No me creo que estemos teniendo sexo por teléfono como dos enfermos —suelta, aún jadeando.

—Yo sí. Te quiero follar ahora mismo.

—Tendrás que esperar —se ríe, más suelto—. A mi culo le vendrán bien unos días de tregua.

—Siempre tan considerado —murmuro, dejándome caer en la cama—. Joder, estoy empalmado otra vez.

—Controla esa polla, la quiero intacta. Ten mucho cuidado esta noche.

—Hostia… estirado. Eres un romántico de mierda.

Patrick se ríe. Esa risa suya, seca, con filo, pero real, entonces suelta:

—Se lo he dicho a Declan.

Mi cuerpo se queda quieto. La respiración, en pausa.

—¿Qué?

—Que tú y yo… que pasa algo. Que no es solo sexo y que me importas.

Silencio.

—¿Y?

—Se lo ha tomado bien, no ha dicho nada raro. Ha resoplado, ha puesto esa cara de "sabía que algo pasaba, pero no esperaba ésto"… pero me ha apoyado.

Me llevo una mano a la cara, sin saber si reír o cabrearme.

—¿Y tú cómo lo llevas?

—Yo no podía más, Jack. Tu puto mensaje me ha desmontado. Iba empalmado en el despacho de Declan, con todos a mi alrededor. No aguantaba más, así que cuando ha preguntado, se lo he soltado. Para él… está bien. Encontraremos la manera.

Se queda callado unos segundos.

—Para mí, está bien. ¿Para ti?

Cierro los ojos, aprieto los dientes. Sé la respuesta, pero decirla es otra cosa. Porque si la digo… ya no hay vuelta atrás. Aunque joder. ¿A quién quiero engañar?

—Sí. Para mí también está bien.

No dice nada pero lo oigo respirar. Fuerte, vivo. Como si ese "sí" mío le hubiese aliviado algo que no sabía que estaba aguantando.

—Avísame si pasa algo, ¿vale?

—Lo haré.

—Y vuelve entero. Porque en cuanto te vea…

—¿Sí?

—Te vas a enterar.

—Hablamos luego.

—Suerte.

Cuelgo y me quedo ahí un segundo, mirando el techo. No lo he dicho, pero joder… lo necesito cerca.

Estoy de pie en medio del salón, la polla todavía en la mano, el cuerpo temblando y la respiración desordenada, como si hubiera corrido un maratón.

Semen en el suelo. En mi mano, en mi puto pie. Un desastre.

Me acabo de correr con su voz. Con Patrick jadeando al otro lado del teléfono, susurrando mi nombre mientras se tocaba por mí, mientras se abría solo con el sonido de mi respiración. Me ha bastado eso. Su voz, su puta voz. Hundida, sucia, entregada. Y yo... me he corrido como un animal.

No me arrepiento ni un poco, me ha encantado.

Me ha dejado empalmado, desnudo, lleno de necesidad y con la certeza absoluta de que lo voy a querer otra vez. Y otra. Hasta que me arranque la piel, o hasta que me la pida él.

Me paso el dorso de la mano por la boca. Sigo sonriendo.

El agua ya está corriendo en la ducha. Vuelvo a entrar, por segunda vez en menos de media hora. Esta vez no para olvidarlo, sino para lavarme con su voz aún en la cabeza. Me limpio los restos del orgasmo de la piel.

Cierro los ojos bajo el agua caliente, y todavía siento sus gemidos en el oído. Esa forma que tiene de rendirse, de romperse para mí.

Termino rápido. No porque quiera que se vaya —ni de mi cuerpo, ni de mi cabeza— sino porque tengo que moverme. Porque Viper va a aparecer y este juego no espera.

Salgo. Me seco sin demora y me visto.

Jeans, camiseta negra de algodón grueso. La chaqueta de cuero gastada. Mi navaja en la cintura, oculta. Llaves en la mano. Paso por el rincón donde Havoc duerme y le rasco detrás de la oreja.

—Esta noche te quedas. Cuida el fuerte.

Me mira sin quejarse. Le dejo el agua llena y le enciendo la luz tenue de la entrada.

Salgo y arranco la Harley. El motor brama. El mundo se abre frente a mí como un trapo sucio, y yo avanzo sobre él con las tripas aún tensas de tanto deseo.

Llego al bar donde vieron a los Vultures hace unos días. Aparco y entro.

La música es baja, ambiente de mierda. Mejor. No vine a hablar con nadie que no me busque.

Pido una cerveza y el camarero me la sirve sin pestañear. Me instalo en la barra. Nadie me molesta hasta que aparece una rubia. Piercings, labios inflados, mirada de que busca algo. Me mira con la clara intención de que le rompa la espalda contra la pared del baño. Yo la miro ignorándola por completo, así que se va sin decir nada.

Bien.

A la media hora, llegan los primeros.

Chalecos, parche, la mirada que esquiva sin esquivar. Los Vultures. No me miran, pero me sienten, saben que estoy aquí y que los vi llegar.

Salen y a los pocos minutos vuelven a entrar. Entonces entra Viper.

La peste del pasado.

No lo miro directamente, pero sé que viene hacia mí. Siempre ha tenido esa forma de arrastrar las botas, como si el suelo le debiera respeto.

—Cuánto tiempo, Maddox. No esperaba volver a verte.

—Yo tampoco, Viper —respondo, sin dar más de lo justo—. No esperaba ver tu cara de culo nunca más.

Se ríe, me palmea la espalda. El gesto me da ganas de romperle los dedos.

Hace una seña, dos cervezas nuevas aparecen.

—¿Y cómo te trata la vida, hermano?

La palabra me escuece aunque me la trago.

—No me quejo.

—Me han dicho que tienes un estudio, que eres bueno. Pero que no quieres saber nada de tu tinta antigua…

La voz cambia. Pasa de ser un saludo a un reproche.

—Dejé eso atrás. Ya pagué mi precio.

—A la familia no se la deja atrás nunca.

Una frase de mierda, pero él la cree. Siempre la creyó.

—Yo no tengo familia —le digo, mirándolo a los ojos.

Él sonríe. Le gusta el juego.

—Podrías tenerla cerca, si quisieras.

No respondo, no caigo. No puedo hacerlo fácil o no sería creíble, así que solo escucho.

—¿En qué estáis metidos? —pregunto con indiferencia, como si no supiera.

—Aquí hay demasiadas orejas. Vamos a otro sitio más tranquilo.

—De acuerdo. Voy a mear y te sigo.

Me levanto, entro al baño y cierro. Saco el móvil. Escribo rápido, sin respirar.

"Viper hizo contacto. Me lleva a otro sitio. Esta es mi ubicación. Lo tengo controlado. No intervengáis."

Lo envío y comparto mi ubicación con Patrick.

Silencio el teléfono. No puedo dejar que Patrick responda ahora, no puedo leer lo que pondría y mantener la cabeza fría.

Salgo. Él me espera afuera, mira mi Harley y dice.

—Buena máquina.

—Me lleva a donde necesito.

Suben, arrancan y yo los sigo.

Aunque aún tengo el cuerpo latiendo por él, ahora el juego ha empezado. Y no pienso perder.

35

Patrick

Todavía estoy en shock por lo que acabo de hacer.

Me miro las manos bajo el agua de la ducha y todavía no termino de creérmelo. No lo que hicimos, no lo que sentí. No cómo me corrí con su voz metida en la garganta, jadeando mi nombre, diciéndome lo que me haría si estuviera aquí.

Nunca había hecho algo así, nunca había querido hacerlo. Hasta ahora.

Salgo de la ducha, me seco sin pensar, me pongo unos pantalones de chándal y una camiseta cualquiera. Cruzo la casa descalzo, todavía caliente, con la piel sensible como si me hubiera quemado desde dentro.

Necesito parar.

Me dejo caer en el sofá, cojo una cerveza del suelo —abierta desde hace una hora— y enciendo la tele sin mirar qué hay. Un partido. Hockey, creo. Tal vez fútbol americano. No me importa, solo quiero que el ruido me saque de mi cabeza.

Me quedo medio dormido. La botella a medio camino entre la mano y el suelo, el cuerpo en modo suspensión, la mente repitiendo la forma en que dijo mi nombre justo antes de correrse.

Y entonces, el móvil vibra. Recibo un mensaje y me enderezo de golpe.

Es de Jack.

"Viper hizo contacto. Me lleva a otro sitio. Esta es mi ubicación...."

Me despierto de inmediato. Se me cae la cerveza y ni la recojo. Salto del sofá, tecleo con dedos torpes, casi sin pensar.

"No vayas solo. Espera refuerzos. No vayas con ellos."

No hay respuesta.

—Mierda.

Lanzo el móvil al sofá, corro hacia la habitación, me visto en segundos. Vaqueros, camiseta negra, pistola en la cartuchera, chaqueta. Cojo las llaves, salgo de casa y ya estoy llamando.

Declan contesta al primer tono.

—¿Qué pasa?

—Mensaje de Jack. Viper ha hecho contacto. Me ha compartido la ubicación. Se fue con ellos, dice que no nos metamos.

Silencio. Luego, su voz cambia.

—¿Dónde?

—Te envío la mía, voy hacia allí.

—Escúchame bien. No te acerques demasiado. Si ves algo raro, llamas, iremos todos. Pero Jack sabe lo que hace, si no pidió intervención, es porque no la quiere.

—No voy a dejarlo solo.

—No espero que lo hagas, solo te digo que no te metas si no es necesario. Voy a mandar a Aidan contigo.

—De acuerdo —respondo. Y esta vez, sí. Acepto.

Cuelgo. Entro en el coche, enciendo el motor y salgo volando.

Voy con las tripas encogidas, la boca seca y el pánico de que si algo le pasa… No va a haber nadie que pueda detenerme.

Sigo la ubicación hasta un club cerca del puerto. Uno de esos sitios con la fachada ennegrecida por el salitre y demasiadas capas de olvido. No hay luces llamativas, un letrero apagado da la bienvenida, música que se escapa por una puerta mal cerrada, y el rumor sucio de lo que pasa adentro.

Aparco a una distancia prudente, lo suficiente para no ser visto aunque lo bastante cerca como para reaccionar si algo sale mal.

Y me quedo ahí, con las manos en el volante y con el corazón queriendo salir por la boca.

El móvil no vibra. No hay mensajes nuevos ni ninguna señal de Jack.

A los pocos minutos, unos faros se detienen detrás de mí. Reconozco la silueta antes de que baje. Aidan. Se sube sin decir nada, se sienta en el asiento del copiloto con la naturalidad de quien siempre ha ocupado ese lugar.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, sin levantar la voz.

Le explico todo. El mensaje, el lugar, que se fue con ellos. Que no contestó. Aidan escucha sin interrumpirme, sin comentar nada. Solo traga la información y la archiva en algún rincón de su cabeza. Frío, preciso, letal.

Yo, en cambio, estoy al borde de mi resistencia. No dejo de mover la pierna, las manos me tiemblan.

—Voy a entrar —digo, con la voz rota por la ansiedad.

Aidan levanta una mano y me frena sin tocarme.

—No. No vas a hacerlo.

—No puedo estar aquí esperando —respondo. Y es verdad, me duele, me abrasa.

Me mira, sin rodeos, dispara.

—¿Qué hay entre ese tipo, Maddox, y tú?

El mundo se detiene un segundo. Me congelo.No sé qué decir.

La pregunta queda flotando entre nosotros, como el humo de algo que está a punto de arder. No hay juicio en su voz, solo espera.

Al final respiro hondo, bajo la mirada y dejo que salga.

—Es complicado. No sé exactamente lo que hay, pero me importa.

Aidan no reacciona de forma visible. No asiente, no frunce el ceño. Lo procesa.

—De acuerdo —dice al fin, como si fuera un dato más en la misión —. Pero no es buena idea entrar ahora. Si él dijo que estará bien, hay que esperar.

Me jode. Me jode tanto que podría golpear algo. Pero tiene razón y lo sé.

Saco un cigarro. Aidan no dice nada hasta que lo enciendo.

—No sabía que te iban los tíos.

Lo fulmino con la mirada. Él no se inmuta.

—Yo tampoco. Es complicado, en serio.

Asiente.

—Te creo. Pero si es lo que quieres… me tienes aquí para lo que sea.

Me quedo callado un segundo. El humo me raspa la garganta.

—Gracias, Aidan. En serio. Estoy hecho una mierda.

Él gira la cabeza, me observa con la serenidad de quien ha visto cosas mucho peores.

—¿Declan lo sabe?

—Se lo he dicho esta noche. No podía ocultarlo más. Creo que no he sido muy sutil cuando se trata de Jack…

Me río, bajo, nervioso. Él también sonríe apenas.

Charlamos un rato más sobre cosas que no importan. Lo justo para soltar algo de peso.

El móvil vibra en mi mano, lo miro con esa urgencia contenida que me parte el aliento por la mitad, aunque ya estaba pendiente, ya lo esperaba, ya lo necesitaba, siento el estómago caer igual cuando veo la notificación. Solo dos palabras, secas, breves, precisas.

"Todo ok."

Nada más. Ningún detalle, ninguna explicación. Pero no las necesito, porque esas dos palabras son todo lo que hacía falta para que pueda volver a respirar, de pronto me devuelven el aire, y el peso en mi pecho —ese que no me había soltado desde que me llegó su ubicación— se deshace en un solo segundo.

Cierro los ojos, dejo escapar el aire que no sabía que estaba conteniendo, me apoyo contra el asiento y dejo que la mandíbula se relaje, que los dedos aflojen, que la cabeza vuelva a su sitio aunque el corazón siga en cualquier parte menos donde debería.

Aidan me lanza una mirada rápida, de esas que no preguntan porque no necesitan hacerlo, y yo no digo nada porque tampoco hace falta. Le muestro la pantalla y es suficiente.

Sabemos que lo que viene ahora es esperar, aguantar, resistir ese impulso desesperado de hacer algo cuando no hay nada que hacer. Así lo hacemos. Esperamos en silencio durante horas que se sienten como una condena. No hablamos, no fumamos, no hacemos ningún gesto que pueda distraernos. Solo miramos.

Cada coche que pasa, cada puerta que se abre, cada sombra que se mueve nos pone en alerta. Estoy en modo guerra, y él también.

Y entonces, por fin, los vemos.

Primero salen los Vultures. Uno, dos, tres, cinco. Ríen, hablan. Se suben a sus motos con ese andar de quienes creen que tienen el mundo bajo los pies. Pero yo no los estoy mirando a ellos, yo solo lo busco a él.

Por fin lo veo, Jack, unos pasos detrás. La chaqueta abierta, la mirada fría, el cuerpo entero diciéndome que está tenso pero entero, alerta pero bien. Lo reconozco por cómo camina, por cómo se mueve entre ellos sin formar parte de ellos. aun así, lo sigue haciendo. Juega su papel.

Suben a sus motos. Ellos se van por un lado. Jack, por otro.

—Voy tras ellos —dice Aidan, ya saliendo de mi coche.

—Yo sigo a Jack —respondo sin pensarlo, sin pedir permiso, sin dejar espacio a que diga nada más.

Él no discute, asiente y nos separamos.

Me quedo con el corazón golpeando contra las costillas mientras sigo la estela de la Harley. Mantengo la distancia lo suficiente para que nadie me vea, pero lo bastante cerca para no perderlo.

Las calles se suceden como un suspiro largo, todo en mí está enfocado en esa figura negra sobre dos ruedas. No respiro bien hasta que lo veo girar en dirección a su casa. Aparca frente a la entrada, se baja, mira a los lados y se toma un segundo antes de subir las escaleras.

No parece nervioso, pero está en guardia. Lo conozco lo suficiente como para saberlo. La forma en que sostiene los hombros, la tensión en la mandíbula. Está bien, pero no relajado.

Paso de largo, doblo la esquina y aparco a un par de manzanas. Apago el motor, me bajo, reviso los retrovisores, el retroceso de la pistola, todo en automático. Camino en silencio, sin ruido, sin luz, con los ojos escaneando cada rincón.

Me acerco a su calle, me deslizo entre los edificios, espero unos minutos más por precaución. No veo a nadie, todo está en calma. Eso no me relaja, me enfoca más.

Me muevo por detrás, por donde sé que nadie estará mirando. Llego a la puerta trasera y miro alrededor una última vez. Nada. Entonces llamo. Una sola vez. Firme, rápido.

La puerta se abre casi de inmediato. Y ahí está Jack.

En cuanto me ve, sin una sola palabra, sin un puto segundo de duda, me agarra de la chaqueta, me tira hacia dentro con la urgencia de quien ha sentido la distancia demasiado tiempo, con la

tensión acumulada desde que se bajó de la moto, me estampa contra él con una brutalidad contenida, su boca me devora.

Me besa con hambre, con la lengua caliente y los dientes chocando un poco por la fuerza con la que nos encontramos, me besa incapaz de detenerse aunque quisiera, necesitando comprobar que sigo aquí, de carne y hueso, no solo un mensaje en su móvil o una voz al otro lado de la línea.

Yo me hundo en ese beso con todo lo que tengo, con el cuerpo entero, con los dedos clavándose en su nuca, con la respiración cortada, porque no hay forma de contener esto, de frenar lo que somos cuando estamos cerca.

No hay palabras, solo esto. Su boca. Mis manos. Su cuerpo entero temblando contra el mío como si acabara de volver de la guerra, de alguna forma, esto es exactamente eso.

36

Jack

Llaman a la puerta trasera, por un segundo me quedo congelado, con el cuerpo tenso y la mano ya cerca del arma. A estas horas no espero a nadie, y si alguno de esos cabrones de los Vultures ha decidido presentarse sin avisar, lo voy a mandar a la mierda o lo voy a sacar a patadas, lo que venga primero.

Me acerco con sigilo, sin hacer ruido, apoyo la espalda contra la pared, miro por la cortina y entonces lo veo.

Patrick.

De pie, respirando rápido. Con la chaqueta abierta, los ojos clavados en la puerta como si su vida dependiera de que le abra.

No pienso, no dudo, no hay espacio entre la decisión y el cuerpo. Abro de golpe, lo agarro de la chaqueta y lo tiro hacia dentro, las manos me arden por tenerlo lejos, y antes de que pueda decir una puta palabra, lo beso.

Lo beso con la sensación de que se me acabara el tiempo, y no hubiera un segundo más de vida después de esto. Mi boca en la suya, mis manos en su espalda, en su cuello, en su mandíbula. Me agarra igual, con desesperación, con hambre, con una fuerza que me arranca un gruñido del pecho.

—No deberías estar aquí —digo entre jadeos, cuando el aire ya escasea.

—Lo sé —responde él, con la voz rota, con la frente pegada a la mía—, pero no podía quedarme fuera.

No podemos parar. Nos buscamos al borde de rompernos, con la intensidad de quien teme que cada roce sea el último. Me lo como a besos, le muerdo el cuello, le arranco la camiseta, me dejo arañar la espalda, le quito el cinturón con los dientes.

Él me empuja contra la encimera, yo lo tumbo en el suelo. Nos follamos como si nos estuviéramos diciendo todo lo que no sabemos poner en palabras. Con la sensación de que el cuerpo es la única forma de hablar que nos queda.

Piel contra piel, respiraciones sucias, embestidas duras, gemidos que muerdo en su boca. Lo penetro entre maldiciones, entre promesas que no digo pero siento. Él se deja, me agarra, me aprieta, me hace suyo como si necesitara grabarme dentro. Nos corremos juntos, entre gritos ahogados y espasmos que nos dejan sin fuerza.

Nos quedamos allí, sudados, temblando, tumbados en un charco de nosotros mismos, con los cuerpos entrelazados, con el corazón golpeando en las costillas sin querer bajar nunca más.

Respiramos y nos miramos.

Patrick habla primero, con los ojos clavados en el techo, pero la voz cargada de algo más que cansancio.

—No puedes hacer esto más. He estado a punto de entrar en ese puto club cien veces.

Me giro hacia él, con una ceja levantada, pero la voz aún baja.

—Lo tenía todo controlado.

—Eso no me importa una mierda —dice, girándose hacia mí con el ceño fruncido—. Las cosas se descontrolan en un segundo, Jack. Un segundo.

—Ha ido bien —respondo, más suave de lo que pensaba—. Tengo bastante información que nos será de ayuda. Parece que están tratando con los armenios. Les interesa entrar en esta costa y tienen algún tipo de trato en marcha.

Patrick se queda en silencio. Me observa pero no me interrumpe.

—No rasqué mucho porque no quería levantar sospechas, pero en el club había dos tipos que me presentaron como "amigos de la casa". Uno se hacía llamar Aram Sarkisian. El otro era más joven, ojos fríos, y con un acento de mierda. Levon, creo. Levon Davtian. No pregunté más, no podía sin descubrirme.

Me siento en el suelo, me paso la mano por el pelo.

—Quieren mover coca con ellos, usar esta zona para entrada y descarga. Parece que en unos días se viene algo gordo. Va a venir el

Prez. Cole Harlan. Aunque nadie le llama así. Todos lo llaman Grim.

Hago una pausa. No porque lo necesite, sino porque su nombre siempre pesa un poco cuando lo digo en voz alta.

—Yo lo conocí en los años de Tacoma. No hablaba mucho, pero cuando lo hacía, todos le escuchaban. Siempre iba un paso por delante. Nunca se manchaba las manos, pero cuando alguien terminaba muerto… todos sabían que fue porque Grim lo decidió. No grita, no amenaza. Su sola presencia hace que todos guarden silencio. Si él viene a esta costa, no es por curiosidad; es porque ya decidió lo que quiere.

Patrick me mira en silencio, con el gesto tenso y la mandíbula apretada. Lo entiende.

—La plana mayor de los Vultures se va a juntar con los armenios —añado, más bajo—. Todo huele a expansión, a algo que no va a parar si no lo paramos nosotros.

No dice nada por un momento. Solo me mira, tenso, entonces, con la voz rota:

—Tenemos que encontrar otra manera. No te quiero con ellos de nuevo, Jack.

Lo miro y me acerco.

—Patrick, no soy un crío. Sé cuidarme, siempre lo he hecho. No me voy a quedar de brazos cruzados viendo a esos hijos de puta entrar y arrasar en nuestra ciudad. No va a pasar.

Me inclino. Le agarro la cara con una mano. Lo beso lento, esta vez. Sin rabia, sin prisa. Como quien quiere decir algo sin decirlo.

—Estaremos bien, te lo prometo. Pronto se acabará. Y los Vultures van a ser agua pasada para siempre.

Él cierra los ojos, apoya la frente en mi pecho. Aunque no me diga nada, sé que me cree. Sé que tiene miedo y sé que no me quiere perder. Y yo… yo tampoco.

Vamos a la habitación sin hablar, con el cuerpo todavía temblando por todo lo que acabamos de escupir, con la piel pegajosa y el alma arañada, pero sin necesidad de arreglar nada esta noche. Ya hemos dicho lo suficiente, ya lo hemos hecho todo.

Nos metemos en la cama aislándonos del resto del mundo. No nos abrazamos, no nos dormimos enredados, pero nuestros cuerpos se

tocan, espalda con pecho, rodilla contra muslo, con una electricidad que se resiste a soltarnos del todo. Dormimos así, sin pensar en mañana. Sin hacernos promesas, sin rendiciones.

Hasta que el mundo vuelve a colarse en forma de pitido.

El despertador de Patrick suena antes de que el sol siquiera haya empezado a pintar la ventana. Él se remueve, gruñe, apaga la alarma sin abrir los ojos, pero ya está despierto. Igual que yo. Sabemos lo que toca. No puede quedarse, no hoy.

Nos duchamos juntos, el agua resbala por su espalda, por la mía, y aunque no follamos de nuevo, hay algo más íntimo en ese silencio compartido que en cualquier jadeo. Lo toco sin intención de poseerlo. Él se apoya contra mi pecho sin miedo a dejarse caer. Lavarnos juntos se siente más salvaje que todo lo que hicimos anoche, porque esto se siente real.

Salimos, nos vestimos con ropa que huele a otra noche, a otro día, a todo lo que no podemos decir todavía. Comemos algo rápido en la cocina —una tostada fría, un café que sabe a poco— y Havoc nos mira desde su rincón con los ojos entrecerrados, sin entender por qué estamos despiertos cuando ni el cielo lo está.

Patrick apura el café, deja la taza en el fregadero y se gira hacia mí.

—Ayer Aidan me preguntó por ti —dice, sin rodeos.

Lo miro en silencio.

—Se lo dije, no todo, pero lo suficiente. Así que cuando esto acabe… vamos a tener que hablar con todos.

Asiento. Podría asustarme, podría querer echarme atrás. Pero no lo siento así. No con él.

—Pensé que me daría pánico —añade—, pero no. Lo siento natural, es como si ya lo hubiéramos decidido sin darnos cuenta.

Nos quedamos ahí, frente a frente, el ruido del mundo todavía apagado. Me acerco. Lo beso lento, no para decir adiós, para decir: Estoy aquí.

Se gira sin más y me dice que tenga cuidado. Pero antes de cruzar el umbral, se gira un segundo, me mira con esa media sonrisa torcida que solo saca cuando está cansado, cuando no lleva la armadura encima.

—La que más miedo me da es mi madre —dice de pronto—. Porque soy su hijo mayor y supongo que esperaba una nuera encantadora, dulce, delicada… y un montón de nietos con pecas y nombre irlandés.

Se ríe solo con decirlo, pero hay algo real debajo de esa risa. Una verdad antigua, de esas que se aprenden en silencio.

—Y sinceramente… —añade, con una mirada rápida de arriba abajo— no creo que cumplas con ninguna de sus expectativas.

Levanto una ceja, cruzado de brazos contra el marco de la puerta.

—No creo que pueda pasar por dulce, ni por delicado… ni por nuera. Pero puedo ser encantador, si me lo propongo.

Patrick se ríe. Una risa baja, cansada, de esas que se sienten bien en el pecho.

—Lo sé —dice, girándose de nuevo—. Por eso me jodes tanto.

Y se va, a mí se me queda el eco de esa risa grabado en la piel.

Intento volver a la cama, pero no puedo dormir. Su olor todavía está en mis sábanas, su calor en mi pecho, y aunque el cuerpo está cansado, la cabeza no se apaga. No desde hace días, no con todo lo que se mueve.

Me levanto y me vendo las manos, cuelgo el saco y empiezo a golpear. Fuerte, rápido. Sin ritmo. Solo con rabia contra todo lo que no puedo controlar. Contra lo que siento y contra los recuerdos que se me cuelan por los puños. Golpeo hasta que me duelen los nudillos, hasta que el sudor me cae por la espalda y ya no puedo pensar, solo respirar.

Cuando acabo, me ducho por segunda vez. Me visto sin mucha ceremonia —camiseta negra, jeans, botas— y me cuelgo la chaqueta de cuero al hombro. Havoc me mira desde el sofá con cara de sueño, moviendo apenas la cola.

—Hoy no puedes venir —le digo, agachándome a rascarle la cabeza—. No si aparece Viper. No quiero que estés cerca de esa mierda.

Él gime bajito, pero no protesta.

Arranco la Harley y la ciudad todavía está medio dormida cuando cruzo el asfalto. Llego al Ink & Dust antes de lo habitual. Abro yo.

Luces, ventilación, máquina de café. El silencio del estudio me ayuda a contener lo que aún no se ha ido.

Poco después, oigo pasos en la acera y la llave en la cerradura secundaria. Silas entra, con su mochila al hombro y la gorra girada hacia atrás. Se me queda mirando un segundo y suelta:

—Vaya. Dos días seguidos abriendo... ¿quién eres tú y qué has hecho con Jack?

Levanto la cabeza desde la tablet sin sonreír demasiado.

—No seas comemierda.

Nos reímos. Él va directo a buscar café y empieza nuestro día.

Cliente tras cliente. Piel, tinta, sombras. Agujas que zumban, líneas que calman. Entre uno y otro, me limpio las manos, reviso el móvil, escribo algo a Patrick. Pequeñas cosas, nada que diga demasiado, pero suficiente para que sepa que estoy aquí. Que sigo entero.

Empiezo a relajarme. Casi. Hasta que oigo la puerta abrirse y las pisadas inconfundibles.

Viper.

No hace falta verlo para saber que es él. Tiene una forma de andar que dice más que su voz. Una forma de ocupar el aire, de meterse en él.

—Vaya —dice, paseando la mirada por el estudio como si le perteneciera—. Tienes un buen garito.

—Sí. Es un buen sitio —respondo, sin emoción.

—¿Qué quieres, Viper?

No lo adorno. No le doy vueltas. No le regalo nada.

—Al grano, eh, Maddox —dice, con una media sonrisa que me hace desear partirle la cara—. No has cambiado.

—Tú tampoco.

Vuelve a mirar alrededor, evaluando cada rincón, cada salida, cada cámara.

—Mañana viene Grim —suelta entonces, hablando del tema con la ligereza de quien comenta el tiempo—. Y tú eres de aquí, así que seguro que conoces el mejor club de la ciudad para recibirlo.

Mi estómago se cierra en seco. Mañana. No imaginaba que fuera tan pronto.

Tardo un segundo en responder, pero no dejo que lo note. Miro a un punto fijo, pienso en frío.

—Sí... —digo al fin—. Creo que el Iron Mercy sería perfecto para Grim.

Intento sonar convencido, seguro. Haciendo que parezca que no me importa una mierda.

—Sabía que podía contar contigo, hermano —responde, y la palabra me da ganas de escupirle en los pies—. Nos vemos allí.

Se gira, pero antes de salir, me suelta una palmada en la espalda.

—Grim estará contento de verte.

Y se va.

Deja la puerta abierta un segundo de más, como si esperara que el asco saliera con él. Pero no, ese se me queda dentro. Bien metido en el estómago, difícil de tragar, imposible de escupir.

37

Patrick

Salgo de casa de Jack cuando aún no ha amanecido. No hay nadie en la calle. Ni voces, ni coches, ni perros, me acompaña el frío de esa hora en la que la noche se resiste a morir.

Camino como una sombra entre los callejones traseros. Lo aprendí de adolescente, cuando empecé a hacer cosas que no debía. Lo volví parte de mí con los años. Paso entre la niebla que empieza a levantarse desde el suelo, me subo al coche y arranco sin encender las luces hasta estar lejos.

No voy a casa, voy directo a ver a Declan.

Tengo que contarle todo lo que Jack me dijo. Las piezas empiezan a encajar y si nos dormimos ahora, nos van a pasar por encima. Lo sé, lo siento en la piel.

El trayecto es rápido. Conozco cada cruce, cada vuelta. Aunque las ruedas giran y el motor zumba suave, mi cabeza no se calla. Las palabras de Jack repican una y otra vez. Los nombres. Las caras. El apodo de Grim. La coca. Los armenios. Todo.

Cuando llego a casa, el cielo empieza a clarear por el este, pero la casa aún duerme. Las cortinas están cerradas, las luces apagadas. Solo una lámpara del porche sigue encendida, como si esperara que alguien volviera.

Abro con mi llave y entro despacio. La casa está igual que siempre. Cálida y en paz. Pero yo estoy al otro extremo de eso.

Cruzo los pasillos en silencio, evitando los escalones que crujen, y entro en la cocina. Saco una taza, me sirvo café del termo que mamá siempre deja preparado antes de acostarse. Me siento a la mesa, con las manos alrededor del calor, pero la mente lejos, ausente. Sumergida en todo lo que ha pasado.

No sé cuánto tiempo pasa, pero de pronto la siento. Sus brazos me rodean por detrás. El perfume que lleva desde que tengo memoria se cuela en mi nariz, y todo mi cuerpo reacciona antes que yo.

—¿Qué te pasa, cariño?

Su voz es suave, dormida, pero firme. Como siempre.

—Estoy bien, mamá.

—No, no estás bien —responde al instante, sin soltarme—. Pero ya me lo contarás cuando puedas hacerlo.

Me abraza con fuerza, con todo lo que le da el cuerpo. Aunque apenas me llega al pecho, me aprieta intentando retenerme. Como si supiera que algo en mí se está escapando, y no quiere dejarlo ir. Me quedo quieto, dejando que su abrazo me sostenga, aunque solo sea por un minuto.

Cuando me suelta, no pregunta más, no insiste. Se mueve por la cocina igual que ha hecho toda la vida. Me prepara un desayuno como si no llevara años sin hacerlo. Pan tostado, huevos revueltos. Un poco de fruta, zumo y café fresco.

No me pregunta si quiero, lo pone delante de mí y yo como. Porque si me niego, no lo va a aceptar, y porque la verdad es que… lo necesitaba.

Poco a poco, la casa empieza a moverse.

Primero baja Declan. En camiseta y pantalón de pijama, el pelo revuelto, la mirada afilada desde el primer segundo. Detrás viene Natasha, envuelta en una bata, con esa serenidad que desprende solo con respirar. Nos cruzamos una mirada con Declan. No hace falta hablar, él ya sabe que esto no es una visita casual.

Después van llegando los demás. Siobhan, con Maeve medio dormida en brazos. Seamus y Emily, que se quedaron aquí anoche, porque según dice Emily, tenía algo muy importante que contarle a Natasha y se hizo tarde. Aidan, puntual como siempre, ya vestido, ya listo. Liam aparece por último, como si no quisiera que lo vieran.

Nadie dice nada durante unos minutos. Solo desayunan. Se sientan, se miran. Hasta que Declan deja la taza a un lado y se cruza de brazos.

—¿Qué pasó?

Respiro. Me paso una mano por la cara y hablo.

Les explico todo desde el principio. Lo del falso cliente en el estudio, el símbolo, la tinta negra. Que era un Vulture, que Jack lo dejó ir para enviar un mensaje. Viper hizo contacto directo, anoche se reunieron, y los Vultures están en tratos con los armenios. Les informo de que hay un par de nombres. Aram Sarkisian. Levon Davtian. Gente peligrosa, metida en cosas muy grandes. Quieren esta costa y planean mover coca con ellos. Jack lo escuchó sin presionar, pero que le dieron información. Y que todo indica que en unos días harán una operación grande. La entrada.

—Y va a venir el Prez —digo al final, mirando a Declan directo a los ojos—. Se llama Cole Harlan. Pero le llaman Grim, porque trae la muerte con él, según dicen.

La palabra pesa en la cocina, Aidan entrecierra los ojos. Seamus frunce el ceño. Declan no se inmuta, pero sé que lo ha oído antes.

—¿Sabes cuándo? —pregunta.

—No, aún no. Solo que es pronto. Muy pronto.

Hay un segundo de silencio y Declan se pone de pie.

—Muy bien —dice—. Entonces, trazaremos un plan.

Llama a los demás con la voz firme, sin levantar el tono. Se mueven, cogen café, se acomodan. El aire cambia. Ya no es una cocina familiar, es una sala de guerra.

Mientras hablan, mientras discuten rutas, nombres, recursos, yo me quedo en silencio con las manos en los bolsillos. El cuerpo aún marcado por las huellas de Jack. Y la sensación de que esto solo acaba de empezar.

Pasamos el día encerrados en el despacho de Declan. Pantallas encendidas, archivos por todos lados. Olor a café viejo y tensión contenida. Nadie se distrae ni habla de otra cosa. Todo el mundo sabe que esto ya no es una amenaza: es real y está en marcha.

—¿Alguna novedad de los armenios? —pregunta Declan desde su silla, sin levantar la vista de la pantalla.

—Bastante —respondo, marcando con el dedo los puntos clave sobre el mapa digital frente a nosotros—. Su jefe se llama Tigran Sargsyan. Opera desde Chicago. Tiene conexiones en toda la zona centro, pero no le basta. Quiere expansión.

—¿Y qué clase de hijo de puta es? —pregunta Seamus, estirando las piernas sobre una silla vacía.

—Frío, meticuloso. Usa testaferros, no se ensucia las manos. Pero si hay una masacre, él ya la había aprobado antes de salir de su casa. Se mueve con lentitud, pero cuando actúa… arrasa.

Aidan asiente, repasando una lista en su tablet.

—Tenemos localizados a cinco de sus hombres en la costa este. Ninguno relevante. Pero están moviendo cosas pequeñas. Ensayando, probando la respuesta.

—¿Y ahora se vienen hacia aquí? —murmura Siobhan.

—Sí —confirmo—. Y no vienen a negociar, vienen a tomar. Si nos quedamos quietos, nos pisan. Si respondemos mal, nos revientan.

—¿Qué quieren exactamente? —pregunta Declan.

—La costa. Control total. Rutas de entrada para su cocaína. Contactos, infraestructura. Y los Vultures se la están sirviendo en bandeja.

—Cabrones sin códigos —espeta Seamus—. Lo único peor que una mafia sin reglas, es una que cree que no las necesita.

—No siguen jerarquías como nosotros —añado, cruzando los brazos—. No respetan nada. Si hay que matar a un niño para que un trato cierre, lo hacen. No se detienen, no dudan.

La sala queda en silencio por un momento. Solo se escucha el clic de los teclados y el zumbido de una máquina vieja. La energía ha cambiado, se siente el filo en el ambiente, como una hoja desenvainada que todavía nadie ha alzado, pero todos saben que está ahí.

Entonces vibra mi móvil. Lo saco y es Jack.

"Viper ha estado en el estudio. Dice que Grim llega mañana. Les he aconsejado que lo reciban en el Iron Metal."

Me quedo helado un segundo. El Iron Metal es nuestro. Uno de nuestros bares más limpios, más discretos, pero sigue siendo una bomba si no lo controlamos bien.

Declan ve mi expresión y se tensa de inmediato.

—¿Qué pasa?

—Jack dice que Grim llega mañana —respondo, ya de pie, con el cuerpo ardiendo por dentro—. Viper se presentó en el estudio y le

dijo que lo esperaran en el Iron Metal.

—¿Mañana? —replica Siobhan, levantando la vista—. ¿Tan pronto?

—Eso parece —digo—. Jack sugirió el local y ellos aceptaron.

Declan se pone en pie despacio.

—Es un buen movimiento. Lo controlamos nosotros. Cámaras, salidas, personal. Pero hay que asegurarlo todo hoy.

Le escribo a Jack de inmediato.

"¿Puedes hablar?"

Tarda apenas unos segundos.

"Dame media hora, estoy en el estudio. En cuanto llegue a casa, te llamo."

Le muestro la pantalla a Declan.

—Podremos saber más en media hora.

—Bien —dice él, ya con otra expresión—. Entonces lo organizamos desde dentro.

A partir de ahí, la atmósfera cambia.

Aidan busca los planos del local. Seamus empieza a hacer llamadas en clave. Siobhan se comunica con el gerente del bar, sin levantar sospechas. Declan nos distribuye con la precisión de un general: puestos, rutas de salida, rotación de gente, vigilancia externa. Todo fluye como un mecanismo engrasado. Nadie se queja, nadie duda.

Tenemos veinticuatro horas. Una sola noche para trazarlo todo, para preparar el espacio. Para que Grim no pise nuestro territorio… sino nuestra trampa.

Y si todo sale como debe, cuando esos cabrones entren en el Iron Metal, ya estaremos esperándolos con los colmillos listos.

38

Jack

En cuanto la puerta se cierra detrás de Viper, me quedo un segundo inmóvil, con la mandíbula apretada y la espalda recta. El estudio huele a tinta y amenaza. El tipo se fue sonriendo, como si acabara de clavar una bandera en terreno conquistado. Pero no sabe dónde se ha metido. Aún no.

Saco el móvil y escribo rápido, sin darle más vueltas.

"Viper ha estado en el estudio. Dice que Grim llega mañana. Les he aconsejado que lo reciban en el Iron Metal."

Tardo menos de diez segundos en recibir la respuesta.

"¿Puedes hablar?"

Me mojo los labios, miro a Silas que anda guardando material y limpiando como si no hubiera pasado nada, y escribo:

"Dame media hora. Estoy en el estudio. En cuanto llegue a casa, te llamo."

Guardo el teléfono y me acerco a Silas, que me observa de reojo.

—Te dejo el cierre.

—¿Va todo bien?

—No. Pero va —le respondo, sin detenerme—. Si alguien raro se asoma, no digas nada. Cierra, te vas y me avisas después.

Él asiente, como siempre, sin meter las narices.

Salgo y subo a la Harley. El motor ruge con ganas. El viento me pega en la cara en cuanto tomo la primera curva. Vuelvo a casa volando, con la cabeza llena de nombres, rutas y estrategias. Pero sobre todo, con ganas de escuchar su voz. La del único hijo de puta que logra que todo esto me importe más de lo que debería.

Entro en casa sin encender las luces. Havoc me recibe con las orejas medio bajas, como si notara que algo está fuera de lugar. Me mira sin ladrar, esperando.

—Todo bien —le digo, aunque no estoy seguro de que sea verdad.

Me saco las botas, dejo la chaqueta colgada, y voy directo a la cocina. Abro la nevera y saco una cerveza. La abro de un golpe seco y me la llevo al salón. Me dejo caer en el sofá con el teléfono en la otra mano.

Marco.

Patrick contesta al primer tono, con la rapidez de quien ya tenía el teléfono en la mano.

—Hola —dice, con esa voz suya tan medida, tan formal que me dan ganas de empujarlo contra una pared y hacerle decir cosas más sucias—. Pongo el altavoz. Están todos conmigo. ¿De acuerdo?

—Por supuesto, estirado —respondo con media sonrisa—. ¿Quieres que suene educado o les hablo con la misma delicadeza que si estuviéramos con la mierda hasta el cuello?

Escucho el clic, el sonido se amplía. Hay movimiento al otro lado, voces bajas, sillas arrastrándose, algún vaso que golpea una mesa.

Y entonces, la voz de Declan, seca y directa:

—¿Qué pasó?

Me inclino hacia adelante, con los codos en las rodillas y la cerveza entre los dedos.

—Viper ha estado en el estudio. Me ha dicho que Grim llega mañana. Me pidió un lugar para recibirlo. Les propuse el Iron Metal, recordé que Patrick me dijo que os pertenece, y como yo no lo sabía, deduje que no es algo de dominio público, así que nos da ventaja.

Se hace un silencio tenso y pesado. Seamus suelta una risa, como si le diera rabia reconocerlo.

—Hijo de puta astuto.

—Les di lo que querían. —respondo—. Un sitio que parezca neutral, sin lujos, sin vigilancia. Un sitio que no levante sospechas pero que esté controlado.

—Podemos trabajar con eso —dice Aidan—. El acceso trasero es discreto. Podemos usar el almacén como sala de apoyo. ¿Están todas las cámaras activas?

—Sí, se revisan cada mañana. Ya tienen instrucciones por si algo se mueve. Nadie va a colarse sin que lo sepamos —contesta Liam.

—¿Y cómo lo han tomado? —pregunta Siobhan—. ¿Han desconfiado?

—En absoluto, se lo han tragado todo. Viper estaba tan tranquilo que hasta me ha dado una palmada en la espalda.

—Entonces están confiados —añade Declan, por fin—. Perfecto. Eso nos da ventaja.

—Yo estaré dentro con ellos mañana, pero puedo ayudaros a montar la escena desde fuera —digo—. Vosotros decidís cuándo apagamos las luces.

Hay un segundo de silencio. Después Emily habla por detrás, pero no distingo las palabras. Siobhan da un par de nombres en voz baja, camareros del Iron. Declan da la orden de preparar todo para revisar el plano.

—¿Puedes conectarte por vídeo? —pregunta Aidan.

—Sí. Dadme cinco minutos. Me cambio y me conecto.

Cuelgo.

Respiro hondo. Me levanto y voy al dormitorio, me quito los vaqueros, me pongo el pantalón gris de chándal sin ropa interior, porque sé lo que provocará en él y me encanta. Me paso una camiseta negra, vieja, rota en el cuello. No tengo que verme bien, solo tengo que recordarle lo que no puede tocar.

Paso por la cocina, le sirvo la cena a Havoc. Se acerca despacio, come en silencio. Le dejo una caricia en la cabeza y vuelvo al salón.

Meto una pizza congelada en el microondas. No tengo hambre, pero sé que la necesitaré. Abro otra cerveza. Me siento en el sofá con el portátil encendido y antes de conectarme, saco el móvil y tecleo.

"Estoy a punto. También lo está mi polla. Me puse el pantalón gris sin nada debajo. Piensa en eso mientras hablas con Declan."

Espero. Tres segundos. Cinco. Y responde:

"Eres un cabrón."

Sonrío, porque me lo imagino en ese salón lleno de hermanos y café frío. Con las mejillas encendidas y los muslos tensos. Con los dientes apretados y la voz firme. Y con la imagen de mi chándal tatuada en la cabeza, justo de donde no puede sacársela.

Abro la videollamada y la pantalla se llena. Ellos están listos y yo también. Con mapas abiertos y el gris sobre la piel. Todos sabemos que la guerra empieza mañana. Yo sé que Patrick O'Sullivan no me va a sacar de su cabeza por más que lo intente.

Se hace de día sin darnos cuenta organizando nuestra jugada. La luz entra por la ventana poco a poco, pero nadie la mira. Seguimos centrados en los planos, en las cámaras, en las rutas de entrada y salida. Llevamos horas así, hablando sin levantar la voz. Corrigiendo, cruzando nombres, tachando posibles errores.

El salón parece una sala de guerra: papeles marcados, vasos vacíos, restos de pizza fríos, y una cafetera que ya huele a quemado. La tensión nos mantiene despiertos.

En algún momento, Seamus y Emily se levantan y desaparecen. Luego Ryan y Siobhan se van a dormir una hora. Aidan apenas parpadea. Declan cierra su portátil con calma y se estira el cuello mientras me mira.

—Está bien por hoy. Nos quedan unas horas, pero casi todo está listo.

Solo asiento, no tengo energía para más palabras. Cierro sesión, apago la pantalla, y el silencio de mi casa me golpea con fuerza. Como si todo el ruido del mundo hubiera quedado fuera.

Agarro el móvil y le escribo a Silas.

"Hoy no voy al Ink. Encárgate tú de todo."

Tarda en responder, pero cuando lo hace, se nota preocupado, como si supiera que si no voy, algo pasa.

"¿Todo bien?"

"No lo sé. Pero estoy en ello."

"Vale. Ten cuidado."

"Haré lo que pueda."

Suelto el móvil sobre la mesa. Me quito la camiseta, la dejo tirada en el suelo. Los pantalones me pesan más de lo normal, me los saco sin ganas. Camino desnudo hasta el dormitorio y me dejo caer sobre la cama.

Havoc entra detrás de mí y se tumba cerca, como siempre. Todo está en silencio, todo parece en calma. Pero por dentro sigo ardiendo, me cuesta cerrar los ojos.

No pasan ni cinco minutos cuando el móvil vibra. Una videollamada. Sé que es él sin necesidad de mirar el nombre.

Lo acepto y ahí está.

Patrick, en su cama, con la cara iluminada solo por la pantalla. El torso desnudo, la sábana cubriéndole justo por debajo del ombligo. No veo más, pero no necesito verlo. Ya lo tengo en la cabeza. Su respiración, su mirada, su gesto de querer controlarse y no poder.

Me apoyo contra la almohada, medio sonriendo.

—Hola, estirado —le digo, en voz baja, ronca, cargada de lo que no hemos podido tocar—. ¿Me has echado de menos?

Él me mira con esa mezcla suya de rabia y deseo. Se frota la cara y suelta aire despacio.

—Cabrón… he estado empalmado toda la puta noche —dice entrecortado.

Se ríe entre dientes y me imagino su frustración. El cuerpo tenso, la polla dura, las ganas a flor de piel mientras intentaba parecer el mismo de siempre delante de toda su familia.

—Declan no ha dejado de mirarme el paquete. —continúa—. Y cuanto más me miraba, más me costaba no empalmarme. Me las vas a pagar.

Le sonrío lento sin quitarle los ojos de encima.

—¿Ah, sí? ¿Me vas a castigar, Patrick? ¿Vas a hacerme pagar por tenerte así?

Lo veo tragar saliva. La mandíbula se le tensa, la mano desaparece bajo la sábana, pero no se mueve aún.

—Joder, Jack… —susurra.

Su voz tiembla, pero no de miedo, de puro deseo. De eso que nos devora por dentro y que no nos da tregua.

—Vas a ser mi puta muerte —me confiesa entre jadeos.

—Y tú la mía —le digo, serio, mirándolo como si lo tuviera delante, al alcance de la mano—. Pero vale la pena.

Nos miramos, solo eso. Y es más que suficiente. Yo no necesito verlo moverse para saber qué está haciendo. Él no necesita oírme gemir para saber cómo estoy. En poco tiempo, ya nos conocemos bien y nos deseamos peor.

La pantalla parpadea por la poca luz. Su pecho sube y baja, el mío también.

Y una noche más desde que empezó esto, como dos cabrones adolescentes sin remedio, terminamos masturbándonos a distancia, con las miradas cargadas de todo lo que nos falta y las manos haciendo lo que el cuerpo no puede compartir.

Yo soy el primero en llegar. Me muerdo el labio para no decir su nombre. Él me sigue segundos después. Cierra los ojos susurrando algo que no llego a oír.

Pero no cuelga y yo tampoco. La pantalla sigue encendida.

Él, medio dormido, con el brazo cruzado sobre el pecho, los dedos todavía manchados de su deseo. Yo, de lado, con Havoc respirando cerca. Los dos desnudos, exhaustos. Con la única distancia que nos separa medida en pixeles.

Nos quedamos así. Mirando, respirando. Por primera vez en todo el día… descansando.

39

Patrick

Me despierto desnudo, envuelto en el calor vago de unas sábanas que ya no saben a mí, sino a nosotros, al deseo que cruzó la pantalla, a la imagen de su cuerpo en movimiento, de sus ojos mirándome sin filtros, de su voz que todavía me vibra dentro.

El móvil sigue encendido al lado de mi almohada, la luz tenue de la videollamada parpadea suave, y ahí está él. Jack. Dormido. Con la cabeza ladeada, el pecho descubriéndose a cada respiración, los labios entreabiertos, como si todavía estuviera en medio del gemido que nos dejó sin aliento anoche.

No quiero moverme. No quiero tocar nada. Ni siquiera cerrar los ojos. Solo mirarlo. Memorizar cada curva, cada sombra, cada línea de su rostro que ahora está en paz, esa paz que dura lo que dure este silencio, porque lo sé, en cuanto cuelgue esta llamada, en cuanto vuelva a poner los pies en el mundo real, la calma va a explotar.

Lo que nos espera afuera ya se ha puesto en marcha, y yo todavía no estoy listo para soltar esto.

Así que me quedo observándolo. Escucho su respiración tranquila, acompasada, y dejo que marque el ritmo de la mía. Me aferro a esta imagen intentando detener el tiempo, convencido de que mirarlo dormir me concede una tregua: no ser un O'Sullivan por un rato, no llevar el apellido como un peso, sino como algo que él nunca ha juzgado, ni cuando le conté la mitad, ni cuando se lo dejé todo entre las manos.

Pasan minutos. Quizá media hora, no lo sé, hasta que su cuerpo se mueve. La respiración cambia, se hace más superficial, más rápida, los dedos se tensan sobre la sábana, los párpados tiemblan, y de pronto, abre los ojos. Está desorientado, lo noto enseguida.

Mira hacia los lados como si no supiera dónde está, hasta que la vista le cae encima de la pantalla y me ve.

Sonríe.

—Buenos días, estirado… es un poco rarito que me estés mirando dormir.

La sonrisa se me escapa sola, baja, tibia, sin intención de ocultarse.

—Bueno… no es lo más raro que hemos hecho últimamente.

Jack se ríe, esa risa suya ronca, medio rota por el sueño, pero real. Tiene los ojos entornados, el pelo hecho un desastre, y una voz que me atraviesa como un susurro al oído. Se rasca el pecho, se estira como un gato perezoso y me mira con esa cara de "sí, estoy jodido, pero tú también".

Bromeamos, sin urgencia, únicamente para alargar esto un poco más. Para fingir que no tenemos la cuenta atrás pegada a la nuca.

Ponemos el móvil en altavoz. Lo dejo sobre la repisa del baño mientras me cepillo los dientes, él se mueve por la cocina, lo escucho abrir la nevera, murmurarle algo a Havoc. Yo preparo café, él maldice por no encontrar una camiseta limpia.

Es compartir una mañana normal, con la sensación de que de verdad esto podría repetirse. Con la ilusión extraña de que viviéramos juntos, en un piso pequeño, donde el caos se queda fuera y nosotros estamos dentro, seguros, desnudos, vivos.

—¿Sabes que esta noche puede salir todo mal, verdad? —pregunto mientras me abrocho la camisa.

—Lo sé. Pero prefiero saberlo a creer que tenemos el control total.

—Grim no es cualquier mierda, Jack. Ese cabrón no viene a mirar, viene a mover piezas.

—Lo sé, conozco de lo que es capaz, por eso nosotros vamos a romperle el tablero.

—Hablas como si no tuvieras miedo.

—Todo lo contrario, lo tengo. Por eso pienso rápido.

Me detengo un momento y lo miro a través de la pantalla. Él está en el sofá, con las piernas abiertas, un cigarro apagado en la mano y esa expresión suya de tipo que ya ha vivido demasiado pero aún no ha decidido parar.

—No te metas donde no puedas salir.

—Tú tampoco, Patrick.

Se hace el silencio. No sé si lo provocamos o si se cuela por las rendijas. Pero ahí está.

—Tengo que ir a casa de Declan. Vamos a comer todos juntos antes de mover las piezas.

—¿Están todos listos?

—Más de lo que parece. Declan no dice mucho, pero no se le escapa nada. Seamus quiere sangre. Aidan ya tiene las salidas trazadas. Y mi madre… bueno, hace como que no se entera, pero está cocinando con la determinación de quien se prepara para la guerra.

—Porque es justo donde vamos.

—Sí. Justamente.

Silencio.

Jack me mira con una intensidad que podría empujarme de nuevo hacia la cama; no le gusta que me aleje aunque sea por algo necesario. Lo entiendo, a mí tampoco me gusta.

—Te llamo desde allí.

—Aquí estaré. Cuidándome.

—Hazlo. No quiero que esto acabe antes de tiempo.

—Y tú no hagas ninguna estupidez de héroe, ¿me oyes?

—No prometo nada.

—Patrick.

—¿Qué?

—Me gusta esto.

—¿El qué?

—Despertar contigo, aunque sea en una pantalla de mierda.

—A mí también.

No decimos más. Cuelgo y el mundo vuelve a avanzar.

Conduzco con el pecho apretado y la cabeza enredada, con los nombres y los mapas dándome vueltas por dentro, sabiendo que nos jugamos más que un operativo. Nos jugamos la posibilidad de repetir esta mañana. Sin guerra, sin llamadas. Sin miedo.

Cuando entro en la casa familiar, la sensación me golpea como siempre. No es la puerta, ni el olor a madera, ni el calor que se

queda pegado en las paredes. Es lo que pasa dentro de mí.

Una presión muda en el pecho, ese instinto de alzar la espalda, de mantener la voz medida, de respirar solo lo justo. Aquí crecí, aquí aprendí a callar antes de pensar. Aquí se formó el hombre que soy… y también el que me está rompiendo por dentro.

La cocina está llena. Voces bajas. Vajilla que suena, pasos cruzados. Mi madre está de espaldas, removiendo algo en una olla que huele a gloria. Mi tío descansa en una butaca. Seamus ya se ha servido cerveza y está contando una historia que probablemente nunca ocurrió. Aidan consulta algo con Declan en la mesa. Liam revisa su móvil. Ryan apoya los codos donde no debe y Siobhan le da un manotazo sin mirarlo. Todo se siente vivo, familiar. Con esa sensación de que somos intocables.

Nos sentamos todos a comer. Es una costumbre que no necesita ceremonia. Somos muchos, hablamos cruzado, comemos con apetito. Pero la tensión está. Se nota.

La conversación gira en torno a esta noche, a las posiciones, a los nombres confirmados, a los horarios. A lo que sabemos y lo que aún no. Y todo se hace con ese tono de falsa calma que tenemos todos cuando las armas ya están cargadas.

Pero yo no estoy escuchando, o al menos, no del todo. Mientras mastico, mientras asiento y simulo que participo, hay algo que me arde en la garganta desde que me desperté.

Llevo días cargándolo, desde la primera vez que Jack me besó sin permiso. Desde la primera noche en su casa, desde que vi su nombre iluminado en la pantalla y supe que no era un juego. Que no iba a pasar, que no era solo deseo.

Ahora no puedo seguir callando. No es que me lo exijan, nadie me lo ha pedido, pero yo lo necesito. Porque lo que siento por Jack está empujando, está creciendo, está tomando espacio… y si esta noche todo se va al carajo, no quiero que nadie diga que no lo dije cuando debía.

Así que dejo los cubiertos en el plato, me echo hacia atrás en la silla, apoyo las manos en los muslos. No golpeo la mesa, me basta con bajar la voz.

—Tengo algo que decir.

Las conversaciones se apagan como si alguien cortara la corriente. Todos giran la cabeza hacia mí. Algunos fruncen el ceño, otros solo esperan y el silencio se instala como un peso.

—Sé que esta noche hay mucho en juego. Sé que todos tenemos claro el objetivo, pero hay algo que no quiero seguir guardando. Porque… si algo sale mal, si algo se tuerce, yo necesito haberlo dicho.

Mi voz no tiembla, pero me cuesta tragar. El pecho me arde. Aún así, sigo.

—Esto no es fácil. No para mí, pero lo que siento… es más fuerte que todo eso. No lo vi venir ni lo busqué, nunca imaginé que me pasaría. Pero me pasó, me está pasando.

Las palabras me queman la lengua, pero ya no hay vuelta atrás.

—Me he enamorado.

Silencio.

—De Jack.

Y ahí está. Su nombre sale de mi boca, crudo, limpio.

—No es una fase. No es algo físico ni un desliz. No puedo explicarlo, solo sé que cuando lo tengo cerca… todo se recoloca, como si lo hubiera estado esperando sin saberlo. Y que cuando no está, todo me falta.

Trago saliva. Nadie dice nada, pero nadie aparta la mirada.

—Y él está conmigo en esto. No lo queremos tratar como un secreto ni como un juego. Está conmigo de verdad, porque también siente lo mismo. Porque lo elijo y él me elige.

La mesa entera contiene la respiración.

Entonces Seamus, cómo no, se inclina un poco hacia delante, entrecerrando los ojos con la necesidad de confirmar que ha oído bien.

—¿Te estás tirando al tatuador?

Mi madre le lanza una mirada de muerte. Él levanta las manos.

—Vale, vale, solo… no pensé que te gustaran los tíos, eso es todo.

Y sin que tenga tiempo de reaccionar, una colleja le cruza la nuca con la fuerza justa, sin violencia, pero con precisión quirúrgica. El típico golpe que solo una madre puede dar sin moverse demasiado ni levantar la voz.

—Idiota —le dice, sin mirarlo.

Él se queja, frotándose la cabeza con una mueca. Pero nadie se ríe, nadie se burla.

Yo lo miro fijo.

—No me gustan los tíos. Me gusta él.

Y eso lo zanja.

Entonces mi madre se acerca despacio. Me mira con esa ternura que solo se reserva a un hijo que acaba de caerse de la bici, atravesándome por dentro con los ojos. Y me abraza. Sin decir nada al principio, solo apretándome fuerte, con la firme convicción de que su cuerpo puede protegerme de todo lo que viene, de todo lo que aún no sabe.

Entonces, sin soltarme, me susurra.

—Te quiero, Patrick. No tienes que explicar nada, solo no te calles nunca lo que te hace feliz.

Cierro los ojos y respiro del todo desde que empezó esto.

Después de lo que digo, el silencio se queda un segundo más, asentándose.

Entonces escucho a Natasha, con su tono siempre tranquilo, siempre suave:

—A mí me parece un buen tipo, de los que te mira a los ojos sin esconderse, eso no se ve mucho últimamente.

Siobhan asiente. Ryan no dice nada, pero me da una palmada en la espalda. Emily se ríe y le da otro toque a Seamus en el brazo.

—Te lo tienes merecido por bocazas —le dice—. Si aprendieras a pensar antes de hablar te ahorrarías collejas… aunque no sería tan divertido.

Seamus resopla y hace una mueca, pero por dentro está aliviado. Todos lo estamos.

Y, poco a poco, todo vuelve a respirar. La comida sigue, la charla retoma su curso. El clima cambia, nada se rompe, simplemente se acomoda.

Cuando me levanto para estirar las piernas, Declan se me acerca, discreto, sin mirarme directamente.

—Has hecho bien —dice, sin más—. Ahora lo entienden. Y esta noche… estarás más centrado, más aliviado. Todos sabrán

exactamente lo que nos jugamos si Jack está contigo. Porque si está contigo, Patrick, es familia.

No digo nada, asiento y lo abrazo. Fuerte pero breve. De esos abrazos que valen más que mil palabras.

Nos recomponemos y volvemos al despacho. Cruzamos mapas, señales, posiciones. Aidan afina movimientos, Siobhan coordina personal en el Iron y Declan ajusta los cierres.

Y a media tarde, suena el teléfono. Es Jack. Contesto al instante y lo pongo en altavoz.

—Viper acaba de llamar —dice—. Grim ya está en Eureka. Vamos al Iron Mercy a las diez. Me lo han dicho sin rodeos, lo quieren como punto de encuentro. Les ha parecido buena idea.

Asiento. Lo sabíamos, pero oírlo hace que el reloj suene más alto en la cabeza.

—Entendido —respondo—. Lo tendremos listo.

—Os llamo en cuanto lo vea —añade—. Lo justo para los últimos ajustes. Después… a volar.

La llamada dura unos minutos más. Revisamos posiciones, repaso de protocolos, alguna broma suelta que no relaja, pero al menos hace que respiremos.

—Ten cuidado, Jack —le digo al final.

Él responde sin pausa:

—Tú también, estirado.

Cuelga y el reloj empieza a contar de verdad.

A las ocho salimos con todo preparado. Cada uno sabe qué hacer, dónde estar, cuándo actuar. No hay espacio para errores.

El club está cerrado al público, pero operativo desde dentro. Entramos por el almacén lateral, con pasos secos, sin palabras. Recorremos pasillos, cortinas, zonas privadas. Nos colocamos en nuestras posiciones. Cada cual con su silencio, su arma, su miedo.

Yo no puedo quedarme quieto. No puedo no pensar.

A las nueve y algo suena el móvil. Es Jack.

Salgo al callejón trasero, lo más lejos posible de oídos innecesarios, y contesto sin pensarlo.

—¿Ya estás ahí?

—Sí, a punto. Solo quería escucharte un momento.

Su voz suena como siempre… pero no del todo. Hay algo más abajo, más hondo. Lo mismo que tengo yo ahora mismo en el pecho.

—¿Todo bien?

—Sí. Más o menos, ya sabes. Mierda de última hora, nervios, moteros armados y tu cara metida en mi cabeza sin permiso.

Me río, seco.

—Podrías pensar en otra cosa, ¿sabes?

—He probado. No funciona.

Silencio. No incómodo, solo denso.

—¿Estás seguro de esto, Jack?

—No. Pero tampoco lo estaba cuando te besé por primera vez y mira dónde estamos ahora.

—No es lo mismo.

—No. Esto es peor. Porque si sale mal, no habrá después. Y joder… quiero ese después contigo.

El aire me duele.

—También lo quiero.

—Me alegra oírlo. Porque si salgo entero de esto, no pienso seguir haciendo esto a medias. Ni con la cabeza ni con el cuerpo. Mi vida está contigo, para bien o para mal.

Trago saliva. Me miro las manos. Están quietas, pero por dentro… por dentro hay tormenta.

—La mía también.

Silencio. Respiramos.

—Patrick… no soy bueno diciendo estas cosas, nunca lo he sido. Pero me importas. Mucho. Demasiado. Eres el primero que me hace querer quedarme. Así que, si salgo de esto… prepárate. Porque no pienso soltarte.

Sonrío. Aunque no me esté viendo.

—Entonces no salgas a medias, sal entero. Porque si vuelves, Jack… tampoco te voy a soltar.

—¿Eso es una promesa?

—Eso es lo más cerca que vas a oírme decir que te quiero.

Él se ríe, y no es una risa cualquiera. Es esa risa rota, baja, honesta. La que solo le he oído a él, la que solo le he provocado yo.

—Te quiero, estirado de mierda.

—Te quiero, tatuador cabrón.

Colgamos y vuelvo dentro con el corazón latiendo como un tambor de guerra, pero con la certeza de que esta noche, pase lo que pase, mi vida no volverá a ser igual.

40

Jack

Estoy en la moto, aparcado frente al Iron Mercy, las luces del cartel parpadean como siempre, ese rojo apagado que vibra sin decidirse a morir del todo, el neón tiembla con cada ráfaga de viento y yo intento no pensar, intento no imaginar cómo va a ir todo esta noche, intento no recordar lo que me dijo Patrick hace un rato, pero es imposible, lo tengo en la piel, en la puta sangre.

Faltan diez minutos.

El plan está cerrado, todos dentro, todo medido al milímetro, si algo falla ahora, será porque tenía que fallar, pero aún así, algo me aprieta el pecho, un nudo justo bajo el esternón que no me deja tragar.

Saco un cigarro, me lo enciendo con los dedos tensos, inhalo largo, el humo me quema un poco la garganta, y me lo trago intentando calmarme, creyendo por un segundo que podría apagar algo con eso, pero no, ni de cerca.

Miro la hora otra vez. Cinco minutos. Nada.

Aguanto el tipo, quieto, apoyado en el manillar, con todo lo que alguna vez creí tener bajo control temblándome por dentro.

Entonces oigo los motores.

No uno, ni dos, al menos una docena, duros, sucios, salvajes, como una estampida vieja que reconozco sin mirar, porque ese sonido está grabado en mi columna, porque una parte de mí todavía sabe lo que significa.

Me giro y ahí vienen.

Negros, grandes, con los chalecos marcados, los cascos brillando bajo las farolas, las luces de las motos devorando la calle como si fuera suya, y delante de todos, él, abriendo paso con la autoridad de quien cree que la ciudad le debe algo.

Cole Harlan. Grim.

Mi pasado con botas y mirada de acero, el que me enseñó a sobrevivir y al que un día decidí dejar atrás, el que no perdona, el que no olvida, el que viene a cobrar.

Su moto es mate, sin cromados, sin nombre, lleva el casco abierto, la cara como siempre, dura, impenetrable, jodidamente intacta.

Yo lo miro impasible, no muevo ni un músculo, porque sé que no puedo flaquear ahora, si bajo la mirada y dejo que lea algo que no debe, esta noche no va a ser una operación, va a ser una sentencia.

Grim aparca frente al Iron con la naturalidad de quien da por hecho que la calle le pertenece. Baja de la moto sin prisa, da un paso. Otro. La puta acera tiembla con él. Camina con la seguridad de quien sabe que cada baldosa reconoce su nombre, que la ciudad lo esperaba; todo parece girar a su alrededor y los demás solo estamos de paso.

Se gira y me ve. No, no me ve. Me mira. Directo.

Lleva las gafas oscuras aunque sean casi las diez de la noche. No hay luna ni reflejo, pero sé que sus ojos están fijos en los míos. Lo siento en la piel, en la nuca, en el estómago. Es una presión cruda, una marca de mi origen, algo que no se borra por muchos años que pasen.

Se detiene a dos metros de mí. No sonríe ni frunce el ceño. Solo dice:

—Maddox.

Silencio. Luego, esa voz suya, grave, seca, con filo bajo la calma.

—Hay cosas que se pueden enterrar un tiempo… pero tarde o temprano, la tierra escupe lo que no quiere tragar.

Me quedo quieto, no me inmuto.

—¿Y qué parte de mí te escupe hoy, Grim?

Él da un paso más. No invade mi espacio, pero lo roza. Su presencia lo llena todo, aun así, no me achico.

—La parte que pensó que podía salir sin pagar, que podía quitarse el chaleco y seguir respirando tranquilo.

—Ya pagué. Lo sabes. Y si no lo sabes, es porque no estuviste cerca cuando sangré.

Grim inclina la cabeza, apenas, como si valorara mis palabras.

—Sangrar no siempre basta, Jack. A veces, hay que ofrecer algo más.

—¿Como qué? ¿Lealtad eterna? ¿La puta alma?

—Como respeto. Aunque sea a lo que ya no quieres ser.

Nos medimos en silencio.Pasan unos segundos y nadie habla.

—Estoy aquí —digo—. Podría no estarlo, pero estoy.

Grim asiente muy despacio, con una calma peligrosa.

—Sí, estás. Eso me dice más de lo que crees.

Entonces, ladea la cabeza. Me observa, como si quisiera leerme por dentro, luego, sin apartar la mirada, suelta:

—No jodas esta noche, Maddox. No traiciones lo que fuimos, porque si lo haces… no será la tierra quien te escupa.

Y ahí está la amenaza. Vestida de historia, envuelta en fraternidad muerta. Le aguanto el pulso.

—Yo ya no traiciono, Grim. Solo elijo.

Él sonríe apenas.

—Entonces elige bien.

Se da la vuelta y entra en el club sin mirar atrás.

Yo me obligo a tragar todo lo que me quema por dentro porque la noche ha empezado y el infierno acaba de cruzar la puerta.

Entramos en el Iron Mercy aparentando que no pasa nada, fingiendo que esto es otra noche más. Pero todo está donde tiene que estar. Cada hombre en su sitio, cada salida controlada, cada cámara activa. Todo perfecto.

Grim camina a mi lado. No habla, su sola presencia marca el ritmo del aire. Nadie lo frena ni lo guía. Él entra con la convicción de quien se siente dueño del local y cree que esta ciudad le debe algo que ha venido a cobrar sin levantar la voz.

Subimos directamente a la zona VIP. Todo está preparado. El sofá central, amplio, bajo, con vista perfecta del escenario. Dos mesitas laterales ya llenas de botellas. Humo en el aire, música densa.

Las luces son rojas, suaves, como un corazón latiendo despacio. Las bailarinas se mueven con esa mezcla exacta entre profesionalismo y provocación. Saben qué tienen que hacer. La

consigna es clara: que beban, que se relajen, que no piensen en nada más que en tetas, ritmo y poder.

Me siento. Tomo una cerveza sin pensarlo, me relajo lo justo para parecer uno más, lo justo para que Grim no huela la tensión que llevo en los huesos.

Él se acomoda a mi lado. Toma una copa, pero no la bebe todavía. Mira alrededor midiendo el valor de cada pared. Luego me lanza una frase, baja, sin tensión, pero afilada.

—Eureka sigue oliendo igual. A hierro, asfalto y secretos.

Bebo un trago sin girarme.

—No cambia mucho, solo se disfraza mejor.

Grim asiente con la cabeza, mirando hacia la barra, como si hablara de arquitectura.

—No pensé que aguantarías aquí tanto tiempo. Siempre fuiste más de ruido y carretera.

—La ciudad te endurece diferente. Te enseña a mirar sin moverte.

—O a esconderte mejor.

Lo miro solo un segundo. No lo suficiente para invitar al enfrentamiento. Lo justo para dejar claro que no me doblo.

—¿Y tú, Maddox… qué has hecho todo este tiempo?

No lo miro.

—Sobrevivir.

Él sonríe. No una risa de verdad, solo con los labios. Bebe otro poco, como si eso le diera derecho a escarbar más.

—Me dijeron que tatúas, que tienes tu propio sitio. Un estudio, ¿no?

Asiento con la cabeza, sin mirarlo.

—Ink & Dust.

—Nombre curioso. Tinta y polvo. Tiene algo de… penitencia, ¿no?

Me bebo media cerveza de un trago. El sabor me raspa la garganta.

Grim sigue:

—¿Lo aprendiste en la cárcel?

Y ahí está. La primera puñalada, no por la pregunta, por el tono.

Aprieto la mandíbula. Aguanto. No respondo todavía.

—¿Qué más aprendiste ahí dentro, Jack? ¿A seguir órdenes? ¿A callar más fuerte? ¿O a borrar lo que fuiste?

Me está buscando, está tanteando terreno. Quiere ver si sigo siendo el mismo o si el nuevo Maddox sangra más fácil.

Le doy un sorbo a la cerveza. El cristal cruje entre mis dedos.

—Aprendí a no matar a quien no vale la pena.

Silencio. Se tensa por un segundo pero no se inmuta. Sonríe de nuevo, más marcado.

—Entonces hiciste progresos. Porque antes te costaba controlarte.

—Antes no tenía nada que perder.

—¿Y ahora?

Lo miro.

—Ahora tengo más que tú.

Grim no responde. Solo asiente, como si estuviera evaluando. No me reta, no me felicita, deja que las palabras queden flotando.

—Eso está por verse —murmura.

Justo en ese instante, siento el cambio en el aire. Me giro con la misma naturalidad con la que sacaría un arma si fuera necesario. No lo es pero casi.

Los veo entrar.

Primero, los que ya conozco. Aram Sarkisian, traje oscuro, anillos en tres dedos, la sonrisa de un abogado y la mirada de un sicario. Levon Davtian, más bajo, más ancho, con esa forma de andar de quien lleva una pistola metida en la espalda y un plan en la cabeza.

Y detrás de ellos… Tigran Sargsyan.

No necesita presentación. Camina con la presencia de los que no esperan preguntas. No es muy alto, pero compacto. Pelo oscuro, barba bien cuidada, traje negro con camisa blanca abierta hasta el segundo botón.

No sonríe ni se apresura. No parece mirar, pero lo ve todo. A su alrededor, cuatro hombres más que no reconozco. Dos llevan pinta de ejecutores. Los otros dos… podrían ser cualquier cosa, eso los hace más peligrosos.

El ambiente cambia sutilmente, apenas es perceptible, pero se siente real.

Las bailarinas siguen su ritmo. La música no se detiene y nadie se pone de pie. Esto no es una bienvenida oficial, es un campo minado disfrazado de club.

Grim se incorpora. Yo dejo la cerveza, me acomodo en el respaldo y me preparo para lo que pueda venir.

Porque acaba de empezar el espectáculo y yo estoy en primera fila.

41

Patrick

Estamos en la sala de control del Iron Mercy. Luces tenues, pantallas encendidas, café a medio beber sobre las mesas. Todos en silencio, todos mirando. Hay un zumbido constante de los ventiladores, pero fuera de eso, solo respiraciones contenidas y la tensión que se mastica como un trozo de carne dura.

Declan está junto a mí, de pie, con los brazos cruzados. Aidan controla la consola de cámaras, ojos quietos, gesto fijo. Siobhan tiene una tablet entre manos, pero no la toca. Liam observa con los labios apretados. Ryan se ha apoyado en la pared sin decir palabra desde que llegamos. Seamus masca chicle como si masticar más fuerte pudiera calmarle la sangre con Emily al lado. Yo… yo estoy con la espalda tensa y los ojos clavados en una pantalla concreta. Solo una.

—Ya entran —anuncia Aidan, sin levantar la voz.

Todos nos acercamos un poco más. En la pantalla, los Vultures empiezan a llenar el espacio como una sombra que se arrastra. Son once, todos armados, todos relajados en apariencia, pero sabemos lo que son, lo que traen. Al frente de todos, caminando con la seguridad de quien cree que el lugar le pertenece, él.

—Mira al cabrón —masculla Seamus—. Grim anda con la soltura de quien siente el Iron como su puto salón. Ni siquiera ha mirado alrededor.

—No necesita hacerlo —responde Declan sin emoción—. Cree que tiene el control.

—Y no sabe que está entrando en la trampa —añado, sin apartar la vista de Jack.

Grim cruza el salón. Las luces rojas lo tiñen todo de un aire de caverna subterránea, como si estuviéramos observando a través del

infierno mismo. Llega hasta Jack. Lo ve y le habla.

—¿Qué coño le está diciendo? —pregunta Ryan, apretando los brazos.

—No lo sé… —respondo bajo, más para mí que para ellos—. Pero no me gusta cómo se le acerca.

Jack no se mueve mucho, apenas inclina la cabeza pero su espalda está tensa. La mandíbula apretada y el modo en que sostiene la botella de cerveza me dice que está al límite.

—Va a aguantar —dice Aidan, más seguro de lo que parece.

—Sí, pero le está costando —añado—. Y yo aquí arriba… sin poder moverme.

—¿Tienes idea de lo que le dice? —pregunta Liam.

—Le está pinchando. Probablemente escarbando en lo de la cárcel o en lo que dejó atrás. Grim sabe dónde duele.

—¿Y Jack podrá tragárselo? —dice Siobhan, bajando la mirada.

—Jack es un cabrón más fuerte de lo que nadie cree —respondo —. Pero eso no hace que me joda menos.

—Estás sudando solo de verlo —murmura Seamus, sonriendo.

—¿Tú no lo estarías? —le lanzo.

—Yo estaría bajando con un bate, pero bueno, cada uno tiene su estilo.

La tensión me empuja contra la mesa. Paso la mano por la nuca y respiro hondo.

Las bailarinas aparecen en escena. Se deslizan entre ellos como parte del decorado, sexys sin esfuerzo, con la sensualidad precisa que hemos pedido. Los Vultures empiezan a aflojar el cuerpo. Ríen, beben, se divierten. Juegan a relajarse. Pero Grim no, él sigue igual. Mirando, midiendo. Esperando.

—No se está tragando el teatro —dice Ryan.

—Nos va a dar problemas ese hijo de puta —añado, sin pensar.

—¿Y Jack?

Lo miro.

—Aguanta.

—¿Y tú? —dice Declan, girándose un poco hacia mí.

—Yo me estoy rompiendo por dentro, gracias por preguntar.

—No hace falta que seas fuerte con nosotros —responde Emily, y me clava la mirada—. Ya lo has sido suficiente esta semana.

El aire se espesa aún más cuando Aidan dice en voz baja:

—Ya vienen los armenios.

Ahí se termina la charla. Nos acercamos a las pantallas como si estuviéramos a punto de ver estallar algo.

Primero entra uno con cara de abogado corrupto y alma podrida. Lo sigue otro más tranquilo, más metódico. Detrás el que esperábamos… Tigran Sargsyan.

No hace falta que lo presenten. Su sola presencia oscurece el ambiente. Trae consigo la sensación de que todo lo que toca termina mal. Viste elegante, con esa frialdad de los que no negocian, imponen. Se mueve como un depredador que sabe que no tiene rival. Cuatro hombres más lo escoltan, todos armados, todos sin expresión.

—Mierda… —susurra Seamus—. Huelen a traición desde aquí.

—Y a dinero sucio —añade Siobhan.

—Son siete —anoto—. Siete armenios. Once Vultures. Dieciocho en total.

—¿Podemos con ellos? —pregunta Emily, aunque ya sabe la respuesta.

—Sí —dice Declan—. Si no cometemos errores.

Todos asienten.

Yo me quedo mirando a Jack, a su perfil. A su forma de contener el fuego sin dejarlo escapar por los ojos.

—Está en el centro —murmuro—. Justo donde no quiero que esté.

—Si está ahí es porque ha elegido estar —dice Aidan—. Y confía en ti.

—O confía más en que nosotros haremos lo correcto cuando llegue el momento —respondo.

—¿Tú confías en él? —pregunta Declan, sin ironía.

—Con todo lo que tengo —respondo sin titubear—. Pero no puedo evitar sentir que lo tengo en el filo de un cuchillo.

—Lo entiendes porque tú también estás ahí —dice Aidan—. Porque si esto se tuerce, Patrick… no solo vamos a por los Vultures o

los armenios. Vamos a por cualquiera que le ponga una mano encima.

No digo nada, solo asiento.Porque sí. Porque eso es lo que vamos a hacer.

—Cuando todo esto acabe —dice Declan, sin apartar los ojos de la pantalla—, supongo que vas a querer sentarlo a la mesa.

—Sí. No es algo pasajero.

—Mamá aún lo está procesando —añade Liam—, pero esta mañana no le tembló el pulso.

—Me metió una colleja —gruñe Seamus, frotándose la cabeza.

—Y bien merecida —responde Siobhan sin levantar la vista.

Todos reímos un poco. Suficiente, entonces vuelvo a mirar la pantalla.

Jack sigue ahí y yo también. Esperando. Contando cada segundo que nos separa de la primera bala.

—Ya tengo audio —dice Aidan, girando un dial con precisión quirúrgica—. Limpio. Muy claro.

Nos acercamos todos un poco más. El murmullo del club queda de fondo, distorsionado por los filtros, pero las voces que importan llegan nítidas. Cortantes y venenosas.

En pantalla, los Vultures están ya instalados. Grim en el centro, como un ídolo decrépito rodeado de fieles. El bastardo no se ha quitado las gafas, aunque esté bajo techo, aunque sea de noche, aunque todos sepamos que no necesita ver para oler la tensión que flota en el aire.

—¿Siempre ha sido tan ridículo? —pregunta Ryan.

—No lo sé —responde Declan sin apartar la vista de la imagen—. Ahora solo parece que finge demasiado.

Yo no hablo, no puedo. Estoy demasiado ocupado conteniendo las ganas de tragarme la distancia entre Jack y los enemigos que lo rodean.

No puedo protegerlo desde aquí.

Solo escucho y rezo en silencio para que todo lo que hemos montado se mantenga en pie.

Los armenios atraviesan el salón del club con otra clase de energía. Más lenta, más medida. No es arrogancia, es una amenaza

pura. Una que no necesita presentación ni justificación.

—Joder… —susurra Seamus.

—Ni una puta palabra de más —dice Declan—. Todos atentos.

Se saludan fríamente, sin una pizca de calor. Como si lo hicieran solo porque el protocolo lo exige y les da igual si el otro vive o muere después. El respeto que se tienen es táctico, no personal. Están ahí para evaluar si pueden sacar algo del otro sin ceder nada. Ni poder. Ni control. Ni orgullo.

—Tenemos la mercancía —dice Aram—. Coca de alta pureza, buena rotación. Solo necesitamos la vía para colocarla donde cuenta.

—Y no tenéis la estructura —responde Grim, sin emoción—. Porque aquí, sin una ruta segura, no sois nada.

—Por eso hablamos con vosotros —interviene Levon—. Con los Vultures tenemos posibilidad de mover lo que traemos. Vosotros tenéis la distribución, los contactos. La mano de obra.

—Queréis nuestra red —dice Viper—. Y nosotros queremos saber qué ganamos.

—Un flujo constante, limpio. Inyectado en una costa que ya conocéis.

—¿Y dónde tenéis guardada la mercancía ahora? —pregunta Grim, sin rodeos.

—En varios puntos seguros.

—No me gusta hacer tratos con fantasmas —replica Grim—. Si hay producto, quiero saber dónde está. No os vamos a proteger a ciegas.

—Lo será —responde Aram, sin vacilar.

—No mientras los O'Sullivan sigan respirando —interviene Viper—. Esa familia es el muro. Para que esto funcione… primero hay que tirarlo abajo.

Silencio. El aire se tensa. Las palabras son cuchillos sin desenfundar.

—Por eso estamos aquí —responde finalmente Tigran, con esa calma suya que hiela la sangre—. No buscamos aliados eternos, solo cómplices eficientes. Los O'Sullivan son un problema para ambos. Y lo sabéis.

—Sí —dice Grim, dejando caer el cuerpo un poco hacia atrás, relajado en apariencia—. Han estado en esta costa demasiado tiempo. Lo controlan todo. Puertos, almacenes, distribución… hasta las putas calles. Y lo hacen sin hacer ruido. Eso los hace peligrosos.

—También previsibles —añade Levon—. Tienen códigos. Tradición. Orgullo. Todo eso… se puede romper.

—Lo primero es aplastarlos —dice Grim—. Lo segundo… ya será el negocio.

—¿Tenéis los medios para aplastarlo? —pregunta Aram, mirando a su alrededor, como si midiera el músculo de los Vultures con los ojos.

—Tenemos gente. Accesos. Informantes —responde Grim—. Solo necesitamos el momento. Y vuestra ayuda.

—¿Queréis ayuda? —dice Tigran, ladeando la cabeza—. Yo os ofrezco artillería. Un barco cargado y hombres dispuestos a ensuciarse. Vosotros ponéis la cobertura.

—Y si sale bien —añade Grim—, esta costa será nuestra. Mitad y mitad.

—Hasta que deje de conveniros —murmura Seamus desde la sala de control, mascando con fuerza—. Qué bonito suena todo.

—Ya lo han dicho —responde Aidan—. No buscan aliados, solo cómplices. No hay lealtad, solo intereses.

Yo no digo nada porque en ese momento, Jack asiente levemente. Como si confirmara con su cuerpo que esa es la jugada. Todo encaja, se está acercando al núcleo. Al punto exacto donde sabremos qué va a explotar primero.

Declan se cruza de brazos y dice en voz baja:

—Ahora sabemos lo que queríamos. Tienen intención, medios… y sangre en las manos.

—Exacto —asiento, sin apartar la vista de Jack—. No han dicho dónde está la mercancía. Ni qué ruta usarán. Eso es lo que vale, lo demás son fuegos artificiales.

Declan mantiene los brazos cruzados, el gesto hermético.

—Lo están adornando —dice Siobhan, con la mirada fija en la pantalla—. Palabras, condiciones, medias promesas… pero aún no han soltado lo que importa.

—Exacto —respondo, tenso—. Ni dónde, ni cómo, ni cuándo. Nada que podamos usar todavía.

—Van a soltarlo —dice Declan, sin levantar la voz—. Es cuestión de orgullo. Ninguno quiere parecer débil. Los dos quieren demostrar que mandan.

—En cuanto lo digan —añade Seamus, con el chicle apretado entre los dientes—, les volamos el castillo de naipes.

—En cuanto salga eso por su boca —murmura Aidan, desde el panel de control—, todo estallará por los aires.

—Sí —digo, sin dudar—. En cuanto tengamos su confirmación… ya tendremos lo que queremos.

Declan me mira. Solo un segundo. Lo suficiente.

—Esa será la señal.

Nada más, porque no hace falta. Todos lo sabemos, estamos a una sola frase de hacer historia. Cuando la suelten… vamos a escribirla con sangre.

42

Jack

Esto parece una puta pelea de gallos, a ver quién la tiene más larga.

Los Vultures tiran con arrogancia. Los armenios responden con frialdad. Nadie baja la guardia, nadie se moja. Y los O'Sullivan son el enemigo en común que todos quieren usar como excusa… pero ninguno suelta prenda.

Ni ubicación, ni cargamento, ni movimiento. Solo palabras, solo humo.

Estoy a dos segundos de perder la paciencia, entonces abro la boca.

—Los O'Sullivan son fuertes en el puerto. Tienen ojos en cada contenedor, cada muelle, cada lancha. Pero la zona sur… la vigilan menos. Lo justo. Si vais a mover algo, sería la mejor opción para entrar. Siempre que el almacén esté cerca, claro.

Miento descaradamente.

La zona sur es una de las más controladas, justo porque parece menos protegida. Pero si alguien se atreve a meter algo por ahí, se come una bala antes de que huela el aire.

Grim gira la cabeza y me mira. No dice nada, solo me mira.

Supongo que esperaba que me mantuviera callado. Que siguiera siendo su mascota tatuada, obediente y decorativa, que me quedara en mi sitio, escuchando sin interferir.

Pues no, me importa una mierda lo que piense. Solo quiero una cosa, una jodida dirección.

Tigran no reacciona, ni siquiera parpadea. Pero Aram entrecierra los ojos, y Levon, que hasta ahora no había hablado, se inclina un poco hacia la mesa.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —pregunta.

—Vivo aquí —respondo, sin adornos—. Me conozco esta ciudad mejor que la mayoría. Me importa que el negocio salga bien. Si queréis entrar sin hacer saltar las alarmas… esa es vuestra mejor opción.

Grim no aparta la mirada. Me está midiendo, sopesando si esto es una traición o un favor. No le doy tiempo a pensarlo demasiado.

—O preferís que alguien más lo descubra y tengáis que pagarlo caro —añado, tranquilo, como si no acabara de echar gasolina sobre el fuego.

Espero. Porque si esa frase sirve de algo… si alguno se calienta lo suficiente como para hablar más de la cuenta… puede que hoy tengamos lo que vinimos a buscar.

Y con eso, la señal para empezar el infierno.

Grim gira la cabeza muy despacio sin decir nada, me clava la mirada. Viper se tensa a mi izquierda, cruzando los brazos como quien se prepara para algo que no quiere ver venir. Aram se remueve en su asiento.

Y Tigran… Tigran ni se inmuta, tamborilea los dedos contra el vaso, como si contara sus propias pulsaciones.

—¿Qué insinúas? —pregunta finalmente Aram, con la voz cargada de esa calma molesta de los que se creen por encima.

—Nada —respondo—. Solo que llevamos media hora dándonos palmaditas en la espalda sin decir una mierda útil.

—El respeto lleva tiempo —replica Levon.

—El respeto se gana, lo demás es teatro.

—¿Y tú quién eres para hablar de respeto? —lanza Aram, con la sonrisa ladeada.

Grim hace un gesto con la mano, deteniéndolo.

—Cállate —dice sin siquiera mirarlo.

El silencio se espesa, todos lo sienten. Grim vuelve a mirarme.

—¿Tú crees que el sur es seguro?

—Más que cualquier otra zona de esta ciudad. Al menos si sabes por dónde entrar —respondo, sin pestañear—. Hay puntos ciegos, viejos depósitos sin vigilancia, accesos directos desde el río. Si alguien tiene una operación en marcha, no me sorprendería que fuera ahí.

Tigran suelta una breve risa, apenas un exhalar de aire, y dice:

—¿Y tú lo sabrías… por qué?

—Porque no me fui tan lejos como creeis —respondo, ladeando la cabeza hacia Grim—. Algunos piensan que cuando uno se aleja, se desconecta. Pero no, solo mira las cosas con otros ojos.

—¿Insinúas que sabes dónde está? —pregunta Viper, desconfiado.

—No. Pero si tuviera que apostarlo… sería allí. Solo es una corazonada.

Silencio.

—¿Y por qué deberíamos fiarnos de tu corazonada? —suelta Levon.

—Porque estoy aquí y no tengo ninguna necesidad de ayudaros, pero aquí estoy. Y vosotros no queréis fallar.

El aire se corta. Grim se gira finalmente hacia Tigran.

—No vamos a dar un solo paso si no sabemos de dónde sale el producto. ¿Tienes algo… o estás vendiendo promesas?

Tigran levanta lentamente la mirada.

—¿Te falta confianza?

—Me sobra experiencia —responde Grim—. He visto a muchos socios con muchas ganas y nada que ofrecer. Si aquí hay un trato, tiene que haber algo más que palabras.

Aram se impacienta, golpea la mesa con los dedos. Mira a Tigran, pero el armenio no se mueve. No responde aún, solo observa.

Después de varios segundos que parecen horas, dice:

—Está en el norte.

Silencio.

—Zona industrial de Northwood —añade Aram, bajando la voz—. 23 Summer Street. En un antiguo almacén ferroviario. Nadie lo usa desde hace años, lo tenemos controlado. Acceso por tierra y por agua, movimiento sin ruido. Ahí es donde está la carga.

Nadie habla. Mi corazón da un vuelco, pero el cuerpo no lo delata.

Mantengo el gesto neutro. Sin moverme me llevo la cerveza a la boca, bebo un trago largo. El sudor me resbala por la espalda, pero mi rostro sigue impasible.

No miro a Patrick, no giro la cabeza hacia las cámaras ocultas, no me delato. Solo me inclino un poco hacia un lado y suelto un

suspiro, como si la noche ya se me hiciera larga.

—Summer Street —repite Grim, apoyando ambos codos sobre la mesa—. Suena a nombre inventado.

—No lo es —responde Aram, sin inmutarse—. Es donde tenemos el almacén.

Me mantengo callado, sentado. Un poco inclinado hacia atrás, con el botellín apoyado entre las piernas y los dedos girando el cristal, sin mirar a nadie. La conversación empieza a resquebrajarse, se siente. Las frases llegan más cortantes. Las miradas más lentas, las manos más cerca del cinturón.

—Podrías al menos fingir que conoces el terreno —lanza Levon a Grim, con esa arrogancia que siempre precede a una pelea.

—Podrías tú fingir que sabes con quién estás hablando —responde Grim, sin moverse un centímetro.

Nadie se ríe, se oye ese puto zumbido en el aire. Ese que aparece antes de una tormenta, cuando los relámpagos se están formando bajo la piel.

Yo me levanto despacio. Me estiro el cuello. Me paso la mano por la nuca, como si llevara horas aguantando esta mierda y quisiera un trago en condiciones. Camino hacia la barra, sin apurar el paso, sin mirar a nadie. Solo un tipo cansado que quiere otra cerveza.

Pero cada paso me acerca a la cortina.

—¿Y entonces qué? —dice uno de los Vultures—. ¿Nos fiamos de un nombre al azar? ¿De una calle que no conocemos? ¿De un puto almacén fantasma?

—Es eso o quedaros fuera —responde Aram, con los dientes apretados.

—O preferimos reventar vuestro almacén, quedarnos con la mercancía y enseñaros cómo se hacen las cosas en este lado del país —dice uno más atrás, ya levantado.

Las sillas crujen, los músculos se tensan.

—Bajad la voz —murmura Tigran—. Vais a conseguir que esto se convierta en otra cosa.

Estoy junto a la barra, apoyo los codos. Me inclino hacia el camarero, le pido otra cerveza con la voz justa para no destacar. Me la sirve, doy un trago. Mi mirada no se mueve del hueco entre las

botellas, donde la cortina cubre la puerta lateral. Dos pasos, solo dos y estaré fuera de la línea de fuego.

—Mucha boca para quien necesita nuestra ruta —masculla Grim, cada vez más tenso.

—Y mucha soberbia para quien no controla ni su puta ciudad —escupe Levon.

Una copa cae al suelo y estalla. Un grito. Un Vulture saca el arma.

—¡A ver si ahora sí hablamos en serio! —ladra uno.

—¡Eh, tranquilo, nadie ha dicho nada! —otro se levanta de golpe.

—¡Cierra el pico, maricón, que esto va contigo también! —grita un armenio.

—¡A la mierda! —alguien empuja una mesa. Las botellas tiemblan, la música se apaga.

Yo doy el paso, me deslizo. Estoy justo donde quería. La cortina está a un lado, detrás, la salida.

Grim se incorpora lentamente.

—Os recuerdo una cosa —dice, con la voz baja, grave—. Esta ciudad no es vuestra. Si alguien se atreve a pensar lo contrario… que lo intente.

—¿Tú crees que la vais a mantener solos? —dice Tigran, calmado como una víbora—. Todos vuestros enemigos tienen algo en común: paciencia.

—Y los míos tienen algo más útil: armas.

Un Vulture se gira demasiado rápido. Un armenio se pone en tensión. Alguien desenfunda.

Justo entonces, las luces se apagan.

Oscuridad. Gritos.

—¡¿Qué coño es esto?!

—¡Eh, joder!

—¡No veo!

—¡Es una trampa!

—¡Al suelo!

—¡Cuidado, cuidado!

—¡Me cago en todo!

Se escuchan pasos, vasos rotos, insultos, el clic de un seguro. Yo me agacho, me deslizo entre las sombras. La cortina está ahí, a mi

lado. Alguien tropieza conmigo.

Yo me muevo rápido, directo hacia la cortina. Estoy casi ahí. Un paso, medio. Pero alguien me agarra.

—¿Dónde crees que vas? —escucho la voz de Viper contra mi cuello.

No pienso, lanzo el cuerpo hacia atrás, le meto el codo en el estómago y un puñetazo seco directo a la cara. Siento el crujido de los dientes, el gemido de dolor, su cuerpo cayendo hacia atrás. Alguien lo pisa, alguien cae sobre él, otro grita "¡me han dado, me han dado, hijo de puta!" aunque dudo que alguien haya disparado.

La confusión es total. Gritos. Insultos. Puños. Golpes. Disparos al aire.

Entonces, la luz regresa. Seca, directa, sin aviso. Una ráfaga blanca que lo arrasa todo, que rompe la oscuridad como un cuchillo. De pronto, el silencio. No uno natural, sino de esos que se sienten demasiado perfectos para ser reales, con el aire inmóvil junto a los cuerpos. Nadie habla, nadie se mueve. Todo congelado en una imagen que no se sabe si es antes del desastre… o justo después.

Y ahí están los O'Sullivan.

Entrando con la seguridad de quien se sabe dueño del terreno, con la calma brutal de quienes no necesitan demostrar nada, porque ya lo dominan todo. Se abren paso entre la gente, armados, alerta, sin levantar la voz. Lo hacen con la determinación de quienes han esperado este momento toda la vida.

Delante de todos, él. Patrick.

No mira a nadie más, me mira a mí. Me encuentra entre la multitud como si supiera exactamente dónde buscarme. No hay gesto, no hay sonrisa, no hay palabras. Solo esa mirada que lo dice todo sin decir nada.

Por un segundo, mientras el mundo entero se tensa alrededor, mientras las armas se alzan y la amenaza flota como gasolina en el aire, esa mirada me ancla, diciéndome: estoy aquí.

Yo, sin moverme, sin parpadear, lo entiendo. Porque es lo mismo que siento. Porque aunque nadie lo sepa, aunque estemos a segundos del caos, él es mi puto oasis en medio del incendio. Y yo, su maldito punto débil.

43

Patrick

Desde la sala segura, todo se reduce a pantallas, coordenadas y señales que se repiten en un bucle hipnótico, pero yo no miro el plano general. No me interesan ni los ángulos ni las rutas de escape ni el control de las cámaras. Solo lo miro a él. A Jack. Y a cada palabra que deja caer con esa calma suya que es puro veneno cuando quiere serlo.

Está presionando. Lo sé. Está jugando con los silencios, con las pausas, con esa forma suya de hablar como si no le importara la respuesta, cuando en realidad cada frase que suelta está diseñada para hacerlos sangrar sin que se den cuenta. Es bueno, jodidamente bueno.

Pero me está matando. Cada segundo que pasa ahí dentro, entre esos dos nidos de serpientes, siento que camino por un alambre sin red, y cada palabra que intercambian puede ser la última.

Estoy de pie, incapaz de quedarme sentado. Declan a mi lado, imperturbable. Aidan controla el audio con la atención quirúrgica de siempre. Seamus, al lado de Emily, no aparta la mirada de la pantalla central y aprieta la mandíbula con tanta fuerza que parece que va a romperse los dientes.

Ryan y Siobhan ya están completamente equipados. Nadie habla. El aire está denso, pesado, cargado de electricidad, en ese momento justo en el que la tensión se podría cortar con una navaja, lo oímos.

—Summer Street.

Tigran lo dice como si fuera una calle cualquiera, un dato más en una conversación comercial. Pero no lo es, no para nosotros. Porque esa dirección es la llave. Es lo que necesitábamos, lo que esperábamos.

Miro a Declan, que ya se ha incorporado. Nos miramos apenas un segundo. Asiente, y no hace falta más.

—Aidan, lanza la señal —dice.

—¿Luz o sonido? —pregunta Aidan.

—Luz —responde—. Que primero se caguen del susto. Después, si quieren guerra, la tendrán.

Seamus ya está en la puerta, con las armas listas.

—¿Y si no quieren hablar? —gruñe.

—Entonces hablaremos nosotros —responde Declan.

—¿Si nos provocan puedo matarlos?

—No dispares primero —dice Declan, girándose hacia él con voz firme—. Los O'Sullivan no ejecutan cobardes por la espalda. Les damos la oportunidad de irse.

—¿Y si no la toman?

—Entonces no los dejamos salir.

Silencio.

—Lo justo —dice Aidan.

—Lo necesario —respondo yo.

En menos de dos segundos, estamos fuera de la sala. Nos movemos como lo que somos: una puta maquinaria entrenada para esto. No hay dudas, no hay voces elevadas. Solo el sonido seco del metal al encajarse, las pisadas sobre el suelo, los murmullos cortos de órdenes que no necesitan repetirse.

Cada uno a su posición, sabiendo lo que toca hacer. Las entradas están cubiertas. Las salidas selladas. Francotiradores desde arriba, guardias en los pasillos laterales. Todo lo que pasa desde este momento ya no es azar. Es estrategia y estamos listos.

Declan me mira antes de dar la orden final.

—¿Estás bien?

—No —respondo.

Él asiente.

—Bien.

Cuando nos posicionamos y todos están en sus marcas, Declan levanta el brazo. Aidan lo ve desde el pasillo y pulsa el interruptor que lleva en la muñeca. En ese instante, las luces se apagan.

No hay aviso, simplemente la oscuridad tragándose el lugar entero. Y con ella, llega el caos.

Gritos, cristales rotos, sillas arrastradas. Una botella estallando contra una mesa. El sonido metálico de las armas saliendo de sus fundas. Insultos lanzados al aire. Y ese temblor primitivo que se instala en el cuerpo cuando el mundo se rompe.

—¡¿Qué coño es esto?!

—¡No veo nada, joder!

—¡Al suelo!

—¡Mierda! ¡Esto es una jodida trampa!

Es entonces que avanzamos.

Nos deslizamos por la oscuridad como cuchillas. Aidan primero, después yo, Seamus cubriendo el lateral izquierdo. Declan en el centro. Siobhan vigilando las salidas, Ryan cubriéndole la espalda.

Pasamos como sombras. Cuando estamos posicionados, cuando sentimos cómo se acumula la adrenalina en el aire, Aidan pulsa de nuevo el interruptor.

Luz. Blanca. Cruel. Implacable.

Y ahí estamos los O'Sullivan, en el corazón del nido.

Todos se giran. Los Vultures, congelados, con las manos cerca del cinturón. Los armenios tensos, algunos ya de pie. Pero nadie dispara aún, saben que están jodidos. También saben que nosotros no temblamos. Nunca temblamos.

Mis ojos vuelan por la sala. No busco enemigos, busco una cara hasta que lo encuentro.

Jack está de pie, respirando. Entero.

El peso que tenía clavado en el pecho se rompe. Respiro por fin. Pero no me muevo todavía..

Declan avanza un paso. El líder. La voz.

—Esto se acabó —dice, alto, claro, con la seguridad de quien no necesita amenazar para ser temido—. Eureka no es tierra de nadie. Esta ciudad tiene dueño y no sois ninguno de vosotros. Esta reunión no existe ni existió nunca.

Tigran se cruza de brazos, esperándolo. Grim no, Grim parece a punto de explotar.

—¿Nos estáis amenazando? —gruñe Grim, los dientes apretados, el pulso contenido—. ¿Eso es todo lo que os queda?

—Os estamos dando una salida —responde Declan, sin moverse, sin pestañear, sin prisa por apretar el gatillo—. Bajad las armas. Salid. Y quizá viváis para contarlo.

—¿Y si no? —pregunta Levon, sonriendo por debajo, como si el chiste le ardiera en la boca. Ya tiene la pistola asomando, provocando.

—Entonces os enterraremos bajo este puto club —responde Declan, sin subir el tono. No necesita hacerlo, porque cada palabra que dice pesa más que una bala.

—¿Tanto por una ciudad de mierda? —murmura Aram, con desprecio.

Y ahí doy un paso. No hacia él, hacia todos. El arma firme, la voz igual de dura que mi mirada.

—No es una ciudad de mierda —digo, sin vacilar—. Es toda la costa oeste. Cada calle. Cada muelle. Cada maldito kilómetro. Este territorio lleva nuestra sangre en cada rincón. No os queremos aquí. Ni ahora, ni mañana, ni nunca.

Silencio.

—No queremos veros por Eureka —añado—. Ni por Los Angeles. Ni por Seattle. Ni por San Francisco. Ni por ningún punto de esta costa. Que os quede claro: no solo defendemos una ciudad, defendemos lo que es nuestro.Si hace falta, lo defenderemos con fuego.

Mi voz no tiembla. No es un aviso, es una promesa. Cualquiera que rompa esa línea, sabrá lo que significa enfrentarse a los O'Sullivan.

Seamus da un paso más, sin bajar el arma.

—Dadnos una excusa, anda. Solo una. Llevo toda la semana esperando esto.

—¡Seamus! —dice Declan, sin alzar la voz pero con suficiente peso para frenarlo.

—Tranquilo —responde él, con una sonrisa torcida—. Solo estoy respirando fuerte.

Y ahí, justo cuando uno de los Vultures se mueve demasiado rápido, cuando un armenio se gira como si fuera a disparar hacia la salida, una silla cae. Un grito. Una pistola se levanta.

Llega el primer disparo… después, todo arde.

Tiros. Voces. Gritos. El reservado explota en una lluvia de fuego, madera rota, cristal volando en todas direcciones. Nos cubrimos, disparamos. Todos estamos posicionados estratégicamente, habíamos estudiado esta posibilidad sin dejar nada al azar. Jack debería haber salido por la puerta de la cortina, pero sigue ahí, de pie al lado de la barra… eso no estaba en el plan.

Aidan abre fuego desde una columna. Seamus se lanza tras una mesa y Emily responde con una ráfaga seca. Ryan cubre a Siobhan mientras ambos despejan el flanco derecho. Declan avanza sin frenar, protegiéndose como puede, descargando plomo con precisión quirúrgica. Liam nos cubre desde la izquierda.

Yo solo pienso en él.

Jack ha desaparecido de mi campo de visión. Lo busco entre la humareda, entre los cuerpos que se mueven, entre las balas que zumban como insectos furiosos. Lo veo moverse al fondo, rápido, ágil. No sé si huye o ataca, no sé si está ileso o herido, no sé si me ha visto.

—¡JACK! —grito, pero mi voz se pierde.

Y entonces me lanzo, porque si el mundo va a arder, que lo haga. Pero no sin él.

44

Jack

Todo estalla en un parpadeo. Un segundo estamos midiendo el terreno con palabras veladas y amenazas suaves, y al siguiente el mundo revienta en gritos, disparos y humo.

Los Vultures gritan, se alzan de golpe, armas en mano, aferrándose a la ilusión de que aún tienen el control, convencidos de que este es su nido y no la trampa perfecta donde vinieron a morir. Los armenios se mueven como ratas acorraladas, disparando al azar, intentando borrar el error de haberse atrevido a pisar esta ciudad.

Yo solo tengo un objetivo. Uno solo. Sobrevivir lo suficiente para encontrarlo a él.

Me echo hacia un lado, rodando por el suelo cuando una ráfaga de tiros atraviesa el aire a centímetros de mi cabeza. Un Vulture pasa corriendo junto a mí y cae como un saco de carne cuando una bala le revienta la clavícula.

Grito algo, no sé qué. No lo oigo, hay demasiado ruido, demasiado caos. El suelo está cubierto de cristales, sangre y restos de muebles rotos. No veo, no respiro.

Entonces, entre ese infierno... veo a Patrick.

Está caminando hacia mí entre el humo, los disparos, como si no le importara nada más. Tiene la vista clavada en mí, yo estoy haciendo exactamente lo mismo. No veo nada más. Solo sus ojos, su paso firme, ese gesto suyo de apretar la mandíbula cuando todo está jodido y aún así sigue.

En ese momento mi cuerpo se congela, porque veo algo más. Un movimiento, una sombra.

Grim.

No hace ruido, no dice nada, veo el brillo de la navaja, afilada, sucia, en su mano, y la forma en que sus ojos saltan hacia Patrick en

cuanto nota que yo lo estoy mirando. Se mueve rápido, directo, como una sombra letal entre el caos, y sé lo que va a hacer antes de que ocurra.

Va a por él. A por Patrick.

No pienso. Solo actúo.

—¡Patrick!

Le grito mientras me lanzo, cruzo la distancia en un instante, me interpongo, lo empujo lejos, lo saco de la trayectoria justo cuando Grim embiste con el brazo hacia delante. Siento la navaja atravesarme. El acero entra, corta, se hunde en mi y me roba el aire de golpe. El dolor me quema, me parte.

Grim está tan cerca que puedo oler el sudor de su piel, sentir su respiración sobre mi cara mientras me sostiene con una mano y retuerce el mango de la navaja con la otra. Sus ojos se clavan en los míos y ahí, tan bajo que solo yo puedo escucharlo, me escupe la sentencia:

—Nos veremos en el infierno, Maddox.

Me suelta de golpe, la hoja sale con un tirón que me arranca un gemido. Me tambaleo, la sangre me empapa las manos, la camiseta, Grim sale corriendo, deslizándose entre el caos, desapareciendo en la oscuridad antes de que nadie pueda detenerlo.

Caigo encima de Patrick, lo cubro instintivamente, mi cuerpo como un escudo torpe y roto, siento sus manos buscándome, su voz gritándo. Todo lo demás —el ruido, el mundo, la rabia, el miedo— se vuelve lejano.

—¡Jack! —grita, y esa voz, su voz, es el único sonido que atraviesa el caos.

Me mira. Y su cara… joder, su cara. Nunca lo he visto así, nunca lo vi con esa desesperación. Con ese terror puro, como si estuviera viendo cómo el mundo se le escapa por las manos, al borde de acabarse.

—No… no, no, no… —repite, y sus manos se aprietan sobre mí, calientes, temblorosas.

Yo intento hablar pero no me sale nada. El dolor me corta la garganta, me arde el pecho. La cuchilla me ha entrado por el

costado, y aunque el cuerpo entero me grita, no me importa. Porque él está bien, porque le salvé.

—Jack, quédate conmigo, joder, quédate —me dice, y su voz ya no es firme. Ya no es la del O'Sullivan frío. Es solo Patrick, el hombre. Solo él. Mirándome con la intensidad de quien lo apuesta todo en una sola mirada y en ese instante se rompe en mil pedazos.

—Te tengo… estoy aquí… no te muevas —susurra mientras me sostiene, mientras intenta tapar la herida con sus manos, aferrándose a la esperanza de que pueda detener la sangre solo con su amor.

Respiro con dificultad pero aún lo veo. En sus ojos hay algo que no había visto jamás. No solo veo el miedo, la rabia. Veo amor crudo. Puro.

Y pienso: si voy a morir, que sea aquí, con él. Sabiendo que valió la pena, porque si hay una forma de arder, esta es la mía.

Sus manos presionan la herida. Fuerte, desesperadas, pero inútiles. La sangre se escurre entre sus dedos igual. Caliente y densa.

El zumbido en mis oídos es más fuerte que los disparos, más fuerte que los gritos. Más fuerte que todo. El mundo se va apagando a mi alrededor y solo queda esa vibración sorda, esa oscuridad que se cuela por los bordes.

—Jack, mírame. Mírame, joder. No cierres los ojos.

Lo intento, lo juro. Parpadeo. Me esfuerzo por mantenerme ahí. Pero el cuerpo pesa. Cada latido duele, cada respiración es una puñalada.

—Te vas a quedar conmigo, ¿me oyes? No me hagas esto. No ahora.

Su voz… su voz ya no suena firme. Tiembla. Se rompe, como si yo me estuviera deshaciendo dentro de sus brazos y él no pudiera detenerlo.

—Prometiste… —murmura, apretando los dientes—. Prometiste que estaríamos bien, que saldríamos de esta. No puedes romper esa promesa. No puedes, Jack.

Quiero decirle que no lo haré, que estoy luchando. Que estoy aquí.

Pero ya no puedo. Las palabras no llegan, la lengua se me queda atrás. La oscuridad se cuela por los bordes de mi visión, todo se vuelve más borroso. Más lejano, más lento.

Patrick me sacude. Me llama. Me maldice.

Pero el zumbido ya no se detiene. La sangre sigue saliendo. Y yo solo puedo mirarlo una última vez. Anclarme en su mirada, perderme en esos ojos que lo son todo.

Luego… Todo se apaga.

45

Patrick

Estoy corriendo hacia él. Entre disparos, humo, gritos y cuerpos que caen como sombras deshechas, corro hacia Jack, porque lo he visto, porque está ahí, porque nada más importa. No oigo nada más, no veo a nadie más. Solo a él avanzando entre el fuego. Su cuerpo luchando por mantenerse en pie. Entonces, sin aviso, salta hacia mí.

Un instante. Eso es todo lo que tarda. Siento su cuerpo cayendo sobre el mío. Pesado. Inmóvil. Caliente. Tan jodidamente caliente por la sangre que brota de su costado y empapa todo lo que toca.

—¡Jack! —grito, el nombre me rompe la garganta.

Caemos al suelo, él encima de mí, el tiempo se parte en dos. Todo lo que pasa alrededor se vuelve un eco lejano. Los gritos, las órdenes, el fuego, todo se borra. Solo lo tengo a él. Su sangre. Su cuerpo. Su silencio.

—No, no, no… Jack… joder —le digo, mientras mis manos van directo a la herida. La presiono con fuerza, con desesperación, como si pudiera detenerlo todo solo con mis dedos.

Su sangre me cubre las manos. La ropa. El pecho. Su sangre. No hay nada más.

—Mírame —susurro, bajando la cabeza hasta rozar su frente con la mía—. No cierres los ojos. Te vas a quedar conmigo, ¿me oyes? No me hagas esto. No ahora.

Él no responde. Respira, sí, pero débil. Su piel arde y se enfría al mismo tiempo. Su boca está entreabierta, los párpados le tiemblan.

—Jack… por favor. Prometiste que estaríamos bien. Que saldríamos de esta. —le murmuro, y noto la voz romperse. —No puedes romper esa promesa. No puedes, Jack.

Las lágrimas me llenan los ojos, pero no caen. No pueden porque no me lo permito. Porque si empiezo a llorar, ya no puedo sostenerlo, no puedo presionar, no puedo mantenerlo aquí conmigo.

A mi alrededor, todo se ha detenido. Mis hermanos han tomado el control. Los Vultures están desarmados. Algunos muertos, otros tirados boca abajo con la nuca bajo cañones. Los armenios no han tenido mejor suerte. Seamus ha perseguido a los que han intentado escapar y Aidan los ha rematado. Pero yo… yo no estoy ahí.

Estoy aquí. En este rincón del infierno. Con él.

—¡Aidan! ¡Seamus! —grito sin dejar de apretar su costado.

Ellos llegan rápido. Me miran y se mueven sin preguntas.

—Tenemos que sacarlo de aquí ya —dice Aidan, agachándose.

—¡No lo toquéis! —gruño, como un animal—. No lo soltaré hasta que lo vea respirar bien.

—Tenemos que movernos, Patrick —Seamus me mira, serio, sin sarcasmo, sin bromas, con el peso real de la situación. Su mano se posa sobre mi hombro—. Lo llevaremos entre los tres, vamos.

No quiero, no puedo, pero lo hago. Con los dientes apretados y el alma hecha mierda, me separo apenas para que entre los dos lo levanten. Yo sigo presionando su costado mientras lo cargamos, mientras lo arrastramos por el pasillo trasero hasta el coche blindado. Mi camiseta es un trapo empapado. Las manos me tiemblan, no por el miedo, sino por el dolor de no poder hacer más.

No sé cuánto tardamos en llegar. El coche vuela por las calles ignorando leyes, límites y semáforos. Solo la urgencia, solo el tiempo que se nos escapa.

Voy sentado con Jack entre mis piernas, su cabeza apoyada contra mi pecho, mi mano aún presionando la herida creyendo que eso bastará para mantenerlo anclado a mí. Siento su respiración, leve, interrumpida, con el aire costándole más que la vida. Le hablo al oído aunque no sé si me oye.

—Te vas a quedar, ¿me oyes? No me jodas. No después de todo lo que hemos pasado. No puedes morirte. No puedes, Jack…

Mi voz es un hilo roto. Mi corazón va como un tambor de guerra mientras la sangre… sigue saliendo.

Cuando llegamos, ya nos esperan en la puerta del hospital. El nuestro, con los nuestros.

Nos abren y corren hacia nosotros.

—¡Aquí! ¡Ya está listo el quirófano! ¡Rápido!

Intento bajar con él, pero unas manos me frenan. Firmes y profesionales.

—Déjalo. Nosotros lo atendemos —dice uno de los médicos.

—¡No! ¡No podéis! ¡No me separéis de él! ¡Joder, no lo soltéis!

—Lo has hecho bien. Está vivo. Ahora déjanos a nosotros hacer nuestra parte.

—¡Si muere…! —mi voz se rompe, los ojos me arden—. Si muere es por mi culpa…

—No —dice el médico—. Ha recibido una herida por ti, eso no lo hace cualquiera. Ahora lucha por él quedándote fuera y dejando que lo salvemos.

No tengo fuerza, no tengo voz. Solo lo veo desaparecer detrás de esas puertas blancas mientras me quedo de pie, lleno de sangre que no es mía… con el corazón colgando de un hilo, y una sola frase martilleándome por dentro:

Puede morir por mí. Puede morir por mí. Y no sé si voy a sobrevivir a eso.

La espera es una tortura que no muerde… destroza. Minuto a minuto. Segundo a segundo.

Estoy sentado en esa puta sala blanca que huele a desinfectante y a miedo. Las manos me tiemblan aunque las mantenga firmes. Tengo la camiseta empapada, las botas manchadas, los nudillos abiertos de apretar demasiado. Pero el dolor no entra, nada entra. Solo el vacío. Solo el puto hueco que dejó Jack al cerrar los ojos en mis brazos.

Aidan y Seamus están a mi lado, no se han movido ni un ápice, pero siento que el vacío me inunda, como si no hubiera nada si Jack no está.

Entonces entran todos.

Primero Declan con Natasha, luego Ryan y Siobhan… Liam. Y detrás, mi madre.

Me ve y no dice nada. Solo camina hacia mí, con ese andar contenido de cuando quiere llorar y no puede. Se agacha frente a mí, me abraza fuerte, con los brazos bien cerrados, aferrándome con la misma firmeza que cuando yo medía un metro veinte y necesitaba que ella me sostuviera. En ese momento, lo necesito. Joder, si lo necesito.

—Estoy aquí —susurra mientras me acaricia la nuca con una ternura que me desarma—. Estoy aquí, hijo.

Cierro los ojos y me dejo sostener. Solo un segundo, porque si me quedo más, me romperé del todo. Me despego, respiro hondo y me obligo a no gritar. A no llorar. A no volver a esa sala y arrancar la puerta al quirófano con las manos. Lleva ahí dentro demasiado tiempo.

—¿Nada? —pregunto, sin mirar a nadie.

Declan niega con la cabeza, serio, cansado, pero firme.

—Están trabajando, Patrick. Lo están dando todo.

Asiento. Me obligo a tragar. Entonces, solo entonces, me doy cuenta de que ni siquiera he preguntado cómo ha ido todo.

—¿Y… los demás? —digo en voz baja—. El resto. La operación. ¿Qué pasó?

Se hace un silencio pesado, como si todos esperaran que fuera otra persona quien hablara. Al final es Aidan quien responde.

—Diecinueve muertos —dice, sin adornos.

Me tenso.

—¿Nuestros?

—Dos. Soldados. Declan ya ha hablado con sus familias. Les daremos el reconocimiento que merecen.

Me paso la mano por la cara, sintiendo el sudor seco mezclado con la sangre de Jack aún pegada a mi piel.

—¿Y los Vultures?

—Todos muertos —responde Siobhan, con la voz seca—. Todos menos uno.

Los miro y ya sé el nombre. Lo sé antes de que lo digan.

—¿Grim?

Declan asiente.

—Se parapetó con uno de los suyos. Lo usó como escudo y se esfumó. Salida trasera. Cuando llegamos ya no estaba.

—Mierda… —murmuro.

—Ya lo buscaremos —añade Seamus—. No podrá esconderse para siempre.

Pero no me basta, porque mientras ese cabrón siga respirando, esto no ha terminado.

—Entonces no está acabado —digo en voz baja, la mirada fija en el suelo—. Aunque todos estén muertos… esto no se ha terminado.

—No —dice Declan, firme—. No hasta que Grim desaparezca del mapa.

Me quedo en silencio. El pitido lejano de algún monitor en otro pasillo es lo único que llena el aire.

Diecinueve muertos. Dos de los nuestros. Grim vivo. Jack… luchando.

Mientras el mundo arde afuera, yo solo quiero que una puerta blanca se abra y me diga que él también sigue aquí.

Las horas no pasan, se arrastran lentas. Crueles. Infinitas.

Estamos todos, pero nadie habla, o si lo hacen, no escucho. Estoy allí, en la sala de espera del hospital, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas al borde del colapso.

He perdido la cuenta de cuántas veces me he levantado y me vuelto a sentar. Cuántas veces he caminado de un lado a otro con la mandíbula apretada y el estómago revuelto. Mis hermanos me observan de reojo, Declan me ofrece café, lo ignoro. Mamá me acaricia la espalda cada cierto tiempo, pero yo no me muevo. No puedo.

Hasta que por fin se abre la puerta y todo se detiene.

El médico entra. Su bata está arrugada, su cara es la de alguien que lleva demasiadas horas de pie, y sin embargo, cuando se planta frente a mí y me mira, algo en su postura cambia. Es como si ya supiera lo que su siguiente frase va a hacerme por dentro.

—Ha salido adelante —dice. Esas tres palabras me parten en dos.

Mi cuerpo se afloja entero, mis piernas ceden un poco, pero no caigo. Me obligo a mantenerme firme mientras él continúa.

—Está en cuidados intensivos. Hemos tenido que transfundirle mucha sangre. Estuvo muy inestable durante la intervención, pero aguantó. Se aferró como una fiera. Es fuerte, muy fuerte. Esta noche será decisiva… si pasa esta noche, creemos que estará fuera de peligro.

Trago saliva. Mis labios están secos, las manos me sudan. Pero por primera vez desde que todo empezó, puedo respirar.

—¿Puedo verlo? —pregunto, y mi voz apenas sale.

—Unos minutos. Está sedado, pero podrías hablarle, si quieres. A veces… escuchan —dice, con un leve gesto en los labios que no llega a sonrisa.

Asiento. Ya estoy de pie antes de que termine.

—Están preparando la habitación —añade—. Tardarán unos minutos. Te recomendaría que te cambies de ropa. Estás…

Me miro. La camiseta es una mancha seca de sangre, mis jeans están tiesos, las botas cubiertas de polvo y restos del club. No parezco un hermano de la familia O'Sullivan. Parezco un superviviente de guerra.

Mamá, sin decir nada, se levanta y me pone una bolsa en las manos.

—Te la traje antes. Anda, ve.

Voy al baño. Me encierro, me apoyo un segundo en el lavamanos y ahí es cuando me rompo.

No lloro, no grito, no me derrumbo. Cierro los ojos, respiro hondo, y dejo que el aire salga como si me costara siglos soltarlo. Me cambio en silencio. Ropa limpia. Camiseta gris, jeans oscuros, botas. Me lavo la cara, los brazos, las manos... El agua está fría. La piel me arde, pero no me importa. Porque sé que al salir de aquí, lo veré.

Cuando abro la puerta, una enfermera me espera al final del pasillo. Me guía sin hablar. No hace falta, lo único que quiero ahora es cruzar esa puerta blanca.

Y cuando por fin lo hago… el mundo se detiene.

Jack está tendido en la cama, con más cables de los que creía posibles. Tiene tubos saliendo de su brazo, un monitor marcando sus latidos, un respirador ayudándole a no rendirse.

Está pálido, hundido, pero está vivo.

El médico me acompaña hasta el pie de la cama y me explica, con voz baja:

—La hoja atravesó el lateral derecho. Le rozó una costilla y le afectó el pulmón. Hemos drenado líquido, cosido desgarros, estabilizado la presión. Hubo una hemorragia interna difícil de contener, pero resistió. Resistió con todo lo que tenía. No todo el mundo sobrevive a algo así. Lo hizo porque se aferró, porque no quiso soltarse.

Lo miro sin poder apartar los ojos de él.

—¿Sufre? —pregunto, apenas.

—No. Está sedado. No siente nada, pero está aquí. Lo importante ahora… es que siga estándolo.

Asiento. El médico se retira y me deja solo con él.

Solo entonces me acerco. Camino lento, como si no supiera si mis piernas me van a sostener. Llego a su lado, lo miro… no me atrevo a tocarlo. No todavía. Solo lo observo. Contemplo esa boca entreabierta, esa frente tensa incluso dormido, esa garganta marcada por el vendaje que cubre la herida.

Y entonces… alzo la mano.

Le tomo la suya. Grande. Firme. Fuerte. Aunque ahora esté tibia, quieta.

No me aprieta, pero lo hago yo, después de toda la noche conteniéndome, de toda esta jodida pesadilla, puedo respirar de verdad.

—Estás vivo… —susurro, sin poder evitar que la voz se me rompa.

—Estás aquí y estás vivo. Y te vas a poner bien, tú no puedes morir por mí, Jack Maddox… porque yo no puedo vivir sin ti.

Las siguientes horas son un infierno lento y tibio.

Jack sigue sedado, pero estable. Eso es lo que repite el médico cada vez que entra a revisar sus constantes. Estable. Sólido. Respondiendo bien. Como si su cuerpo fuera una máquina hecha para aguantar lo imposible. Le van quitando tubos, algunos cables. Medicación que ya no necesita.

Yo no me muevo de su lado.

He pedido a los demás que se vayan. A Declan. A Aidan. A Seamus, que se negó hasta que le lancé una mirada que no admitía

réplica. Incluso mamá se resistió, pero al final lo entendieron.

Necesito estar solo con él, necesito ver su pecho subir y bajar sin testigos. Sentir que el silencio no es vacío, sino vida contenida.

La habitación está en penumbra. el brillo suave del monitor ilumina los bordes. Yo en esta silla de mierda, al lado de su cama, con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos perdidos en el suelo. Mi mano no ha soltado la suya ni un segundo.

Podría dormir pero no lo hago. No quiero cerrar los ojos y perderme el momento en que él despierte. No después de todo.

El tiempo pasa lento, denso… hasta que lo escucho.

—¿Me estás velando, estirado?

Su voz. Su voz ronca, rota, herida. Pero suya.

Al principio pienso que la he imaginado, que el cansancio me está jugando una mala pasada. Pero entonces alzo la vista y lo veo con los ojos abiertos, su boca dibujando esa maldita sonrisa torcida. Él.

Y es lo más precioso que he oído en toda mi puta vida.

No me contengo, no lo pienso. Solo me inclino sobre él y lo beso.

Lo beso con todo. Con el alma, con el miedo, con la rabia, con la alegría que no sé cómo sostener. Le beso la vida, la muerte evitada, el dolor, el milagro. Le beso el corazón que volvió a latir.

—Joder, Jack… —murmuro contra su boca, sin separarme del todo —. Me has dado un susto de muerte. Nunca más. ¿Me oyes? Nunca más hagas nada así.

Él sonríe despacio. Le duele, lo noto, pero aún así lo hace.

—Me alegra ver que me extrañaste —susurra.

—Te odio. Te amo. No sé qué coño siento, pero no vuelvas a hacer eso.

—Lo pensaré —dice, con la voz ronca.

—Ni se te ocurra.

Y ahí me quedo, con su mano en la mía, mi frente contra la suya. Respirando su aire, ahora sí respirando sin miedo.

46

Jack

Cuando abro los ojos, lo primero que siento es el dolor.

No es dolor punzante, es un tormento constante, profundo. Como si me hubieran metido en una picadora y luego me hubieran recompuesto a base de grapas y mala leche.

Cada vez que respiro, siento que me están clavando algo por dentro. Me quema el pecho, me pesa el cuerpo, me zumba la cabeza.

Aún así… estoy vivo. Estoy aquí.

Tardo unos segundos en ubicarme. El techo blanco, el olor a desinfectante, los pitidos constantes, las luces suaves. Estoy en un hospital, eso es evidente. Pero lo que no me esperaba ver… es a Patrick.

Está sentado junto a la cama. Con la cabeza inclinada y mi mano atrapada entre las suyas, aferrándola como lo único que le impide venirse abajo.

Mi primer impulso es cerrar los ojos y fingir que aún estoy dormido. Solo para seguir viéndolo así un poco más. Tan quieto, tan jodidamente real. Pero luego no puedo evitarlo.

—¿Me estás velando, estirado?

Mi voz suena como si me hubieran lijado la garganta con papel de vidrio. Pero eso no importa, porque en cuanto lo digo, él abre los ojos de golpe, me mira igual que si acabara de resucitar, y sin decir una sola palabra, se lanza sobre mí y me besa.

Y joder… ese beso me da más aire que todo este puto hospital.

No sé si es suave o desesperado. Solo sé que no me duele, aunque me debería doler. Que su boca en la mía lo apaga todo, por un momento, el infierno que tengo dentro se silencia.

—Joder, Jack… —murmura, con la voz hecha mierda—. Me has dado un susto de muerte. Nunca más, ¿me oyes? Nunca más hagas algo así.

Le sonrío lo justo. No puedo más. Me duele hasta pestañear.

—Me alegra ver que me extrañaste.

—Te odio. Te amo. No sé qué coño siento, pero no vuelvas a hacer eso. —contesta, y se ríe. Pero su risa es temblor, no broma.

Me explica lo que pasó, cómo me sacaron a tiempo. Que el médico dijo que si hubiera tardado un poco más, no lo contaba. Dice que ha estado sin moverse de esta silla en toda la maldita noche. Que peleó por mí como si yo fuera parte de él.

Y lo soy, por supuesto que lo soy.

—Me siento como una puta mierda —susurro, cerrando los ojos—. Pero estás aquí. Eso es lo que cuenta.

—Lo que cuenta es que sigas aquí —responde, y me aprieta la mano como si pudiera anclarme con eso.

—¿Y Havoc? —pregunto, con la voz medio apagada.

—Seamus se hizo cargo —dice.

Abro un ojo y le lanzo una mirada de horror fingido.

—¿Seamus? ¿Con Havoc?

—Sí.

—Genial. Volveré a casa y mi perro sabrá abrir botellas y decir tacos en gaélico. Perfecto.

Patrick se ríe. Y joder, oírlo reír así, aquí, con el pecho aún marcado por la guerra, me da más vida que todos los medicamentos del planeta.

—¿Y qué pasó con los Vultures? —pregunto después de un silencio, bajando la voz. No sé si quiero la respuesta, pero necesito saberla.

Patrick me mira, la sonrisa se borra solo un poco.

—Diecisiete muertos —dice sin adornos—. Todos menos Grim. Ese cabrón se parapetó con uno de sus hombres y se esfumó entre el caos. Lo buscamos, pero… nada.

—Hijo de puta —susurro, cerrando los ojos por un momento—. Siempre fue bueno desapareciendo.

—Pero no eternamente.

—No. No eternamente —repito.

Nos quedamos callados un instante, los dos sabemos que esa historia no está cerrada, que no habrá paz de verdad hasta que él también caiga.

Pasa el médico y me revisa. Me dice que voy mejor, que he aguantado como un hijo de puta, bueno, lo dice con palabras más técnicas, y que si sigo así, en un par de días podré irme a casa. Pero que no espere hacer nada más que respirar y quejarme, aún me tienen que monitorizar, ajustar la medicación, y que no se me ocurra pensar en levantarme.

Patrick asiente con ese aire de enfermero personal que se ha adjudicado sin pedírselo nadie.

Cuando por fin llega el día de salir, me siento agotado, como después de haber corrido diez maratones con una herida abierta en el costado. Quieren vestirme entre enfermeras, gruño, me quejo, pero no dejo que lo haga nadie más que él.

Subimos al coche y en cuanto arranca y me acomoda en el asiento, suelto:

—Eres un enfermero de primera, estirado. Ya puedo verte con bata blanca y termómetro en la mano. ¿Te excita que te llame doctor O'Sullivan?

Patrick gira la cabeza despacio. Me mira con cara de no saber si pegarme o besarme, entonces sonríe con esa sonrisa suya que me jode el alma.

—Eres imbécil, Jack.

—Y tú me amas.

—No te confundas. Estoy bajo efectos secundarios del trauma. Se me pasará.

—Seguro —respondo, con una ceja levantada—. Pero mientras dure, quiero mimos, atención, y que me desnudes con cuidado.

—No vas a moverte del sofá en una semana.

—Si tú estás ahí, no pienso quejarme.

Así volvemos a casa. Lentos, rotos, pero juntos. Eso, ahora, lo es todo.

La siguiente semana la pasamos entera en mi casa.

Bueno, mi casa… en realidad, parece más suya últimamente. Patrick no se separa de mí ni un puto segundo. Literal. Me vigila como si fuera a desangrarme solo por agacharme a coger el mando de la tele. Me lleva el café, me cambia las vendas, me mira dormir. Y no me deja correrme.

Sí. Así como lo oyes. No me ha dejado correrme ni una sola puta vez en siete días.

Dice que me estoy recuperando, que necesito descansar. Que mi cuerpo ha pasado por demasiado.

¿Mi cuerpo?

Mi cuerpo lo único que quiere es el suyo. Me pongo duro con solo verlo salir de la ducha con esa toalla floja, o cuando se inclina sobre mí con esa cara de preocupación mientras me acomoda la manta. Él lo sabe, el muy cabrón lo sabe. Y aún así, se hace el inocente, se hace el enfermero profesional, se hace el santo. Me tiene con los huevos azules y la paciencia al límite.

Hasta que esta mañana, en lugar de una paja, o de un beso con lengua, o de una promesa sudada, me suelta esto:

—Hoy vamos a hacer algo diferente.

—¿Sí? ¿Algo con final feliz? —pregunto, con una ceja levantada.

—No. Algo más importante.

—¿Más importante que que no me exploten las pelotas?

Patrick me ignora, ya está acostumbrado.

—Vamos a comer a casa de mi familia.

En ese momento se me baja todo.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Comer, como en una mesa, con manteles y cubiertos, Declan mirándome con esa cara de quien conoce cada delito que he cometido en la puta vida?

—Exacto.

—Fantástico. Esto sí que me baja la libido.

Al final, acepto. Le debo más de lo que puedo decir. Ha estado ahí cada segundo desde que abrí los ojos en ese hospital. Y, aunque me joda admitirlo, quiero hacerlo bien.

Así que me ducho, me visto. Me peino hasta donde puedo. Me pongo la chaqueta buena. Y me subo a su coche igual que dos adolescentes yendo a conocer a los suegros. Solo que aquí, los suegros pueden desmembrarte si los cabreas.

Cuando llegamos, ya están todos.

La plana mayor de los O'Sullivan y algunos soldados que reconozco de vista. La casa huele a café, carne al horno y jodido peligro.

Entro con Patrick al lado, los saludos son rápidos pero directos. Todos me miran, todos me ven. Y todos… me reciben.

No con abrazos ni con palmaditas, con miradas que ya no desconfían. Con manos que se estrechan y silencios que pesan menos.

Entonces, aparece la madre de Patrick.

Pequeña, recta, con esa dignidad feroz que he visto en su hijo, solo que en versión materna y absolutamente desarmante. Se acerca sin prisa, me mira como si pudiera leerme de cabo a rabo, y sin decir una palabra, me abraza.

Fuerte. Firme. Sin dudar.

—Gracias —me dice, su voz tiembla un poco—. Gracias por salvar a Patrick. Nunca podré pagártelo.

Me quedo quieto. No sé qué hacer con mis manos ni con mi alma.

—No fue nada… —murmuro—. No podía hacer otra cosa.

Ella me mira. Me acaricia la mejilla sin que le importen mis cicatrices ni mi pasado. Con la certeza de que fui yo quien estuvo ahí cuando más lo necesitaban.

Declan se acerca, me estrecha la mano con fuerza.

—De corazón —dice—. Te debo la vida de mi primo. Eso no es poca cosa.

Asiento. No sé qué decir, porque en este clan, las palabras sobran cuando los gestos ya lo han dicho todo.

Uno a uno, los demás hacen lo mismo. Aidan me aprieta el hombro con una sonrisa leve. Seamus me lanza una mirada cómplice y un comentario de mierda.

—Mira que eres listo, Maddox. Te apuñalan y acabas ganándote la mesa. Me estoy replanteando mi estrategia vital.

—Tú ya tienes una mujer que te aguanta —respondo—. No abuses de tu suerte.

Nos reímos. Sí, me río. En esta casa. Con ellos.

Algo dentro de mí se afloja un poco, como si hasta hoy hubiera estado caminando de puntillas por la vida.

Me siento en la mesa. Patrick a mi lado. Me sirven comida caliente, me pasan el pan. Me preguntan por Havoc, por el estudio, por cómo estoy.

Y es entonces cuando Seamus abre la boca, porque claro, no podía aguantarse más.

—Tu perro me gruñó durante tres días seguidos —dice, llevándose una cerveza a los labios—. Creo que sospecha que soy el hermano problemático.

—¿Sospecha? —responde Patrick, sin levantar la vista de su plato —. Es más listo que tú, eso está claro.

—Ey, ese bicho es el demonio con patas. Le hablé en tono amable y casi me arranca un dedo.

—Quizás no le guste tu acento —digo, encogiéndome de hombros.

Las risas estallan suaves, repartidas por la mesa. Incluso Declan sonríe.

—Bueno —añade Seamus, como si nada—, lo importante es que ya somos amigos. Me dejó acariciarlo el último día, aunque no descarto que estuviera planeando matarme mientras tanto.

—No me sorprendería —murmura Aidan.

—Ni a mí —dice Siobhan—. Havoc tiene mejor instinto que muchos de nosotros.

Patrick solo niega con la cabeza, aguantándose la sonrisa. Yo me limito a seguir comiendo, en silencio, pero por dentro… hay algo que se suelta, se afloja, se acomoda. Como si realmente, por primera vez, este lugar no fuera solo el terreno de Patrick, sino también, poco a poco, el mío.

No digo nada más, me recuesto un poco en la silla, con el plato medio vacío delante, el vaso en la mano, y el murmullo de todos flotando en el aire.

Risas. Comentarios cruzados. Algún que otro insulto bien colocado. Gente que se conoce, que se cuida a su manera. Que se clava los colmillos solo cuando sabe que el otro va a devolver la mordida.

Y yo en medio de todo eso. Sin tener que fingir ni justificarme.

Patrick me lanza una mirada breve, como quien confirma que todo está bien sin tener que decirlo. Yo le devuelvo el gesto. Y sí, está bien, más que bien.

No pensé que algo así fuera posible para mí. Ni que un tipo como yo pudiera sentarse en una mesa como esta sin estar vigilando la salida. Pero aquí estoy, sin sentirme fuera de lugar.

Así que solo me quedo ahí. Con su mano rozando la mía bajo la mesa. Con el corazón latiendo sin prisa por primera vez en mucho tiempo.

Y me permito pensar que esta vez, sí quiero quedarme. Con ellos, con él, para siempre.

Epílogo

Patrick

Han pasado tres meses desde que un cuchillo estuvo a punto de matarlo.

Desde entonces, no ha habido un solo día que no le dé las gracias al destino —o al puto infierno— por no habérmelo arrebatado.

Ahora lo miro cruzar el salón con una taza de café en una mano y Havoc siguiéndolo pegado a sus talones, y me sigue pareciendo una locura que esté aquí. Vivo. Andando. Riéndose de mi manera de doblar las camisetas. Jodiéndome por mis playlists. Besándome el cuello cada vez que paso por su lado. Aquí. Conmigo.

Nos hemos adaptado el uno al otro con una naturalidad que desarma, con la sensación de que siempre hubo un hueco exacto esperando ser ocupado, de que el dolor nos fue puliendo hasta dejar solo lo imprescindible.

La convivencia ha sido fácil. Natural. Jodidamente perfecta.

Lo difícil empieza hoy.

Porque lo que viene no se resuelve con caricias ni café por la mañana. Lo que viene es territorio O'Sullivan. Tradición. Lealtades construidas en sangre y silencios. Esta vez… vamos a hablar. Con todos.

Los Enforcers.

Ocho hombres duros. Leales. Inquebrantables. El músculo invisible que mantiene todo en pie cuando el mundo se tambalea. No solo son ejecutores, son la historia viva del clan. Hombres que han enterrado a más amigos que enemigos, hombres que no se venden, que no se doblan, que no se esconden cuando arde la calle.

Y sí. Hoy siguen siendo ocho.

Porque Donovan es historia, su traición fue un cuchillo en la espalda de todos nosotros, y aunque todavía escuece el recuerdo, su

nombre ya no ocupa ninguna silla.

La suya, ahora, la ocupa Rourke Ward. No es un novato, creció entre sombras. Aprendió a matar sin perder la cabeza. Y ha demostrado con sangre —propia y ajena— que su lealtad al clan no es de palabra: es de hueso.

Declan lleva semanas diciendo que si vamos a seguir adelante, tenemos que hacerlo con todo. Que la verdad no se puede seguir empujando bajo la alfombra. Este es el momento.

Yo lo supe desde el segundo en que vi a Jack abrir los ojos en esa habitación de hospital. No iba a pasarme la vida escondiéndolo, no después de eso.

Así que esta noche, estamos todos en la casa familiar. En el despacho principal, ante la larga mesa de madera tallada por generaciones. Declan a la cabeza. Aidan y Seamus a los lados. Liam, Siobhan y Ryan más atrás. El tío Ronan está detrás, dejando paso a la nueva generación.

Jack está a mi lado, de pie sin ocultarse. Camisa negra, mirada firme. Mantiene un silencio afilado. No hace falta que hable, su sola presencia ya es un grito.

Los Enforcers van entrando uno por uno. Flannery el último, como siempre. Camina lento pero cada paso pesa como un sello de plomo. Malloy le sigue. Luego Kieran, luego los otros. Ocho sillas ocupadas por hombres que han derramado sangre por este apellido.

Declan espera a que todos se sienten antes de hablar. No se apresura, sabe jugar sus cartas.

—Gracias por venir —dice, con tono firme, sin una nota de duda —. Sabemos que vuestras agendas no están hechas para cenas familiares, pero esto no es una cena. Es una presentación.

Algunos levantan la ceja. Flannery entrelaza los dedos sobre la mesa.

Declan hace una pausa. Mira a cada uno de ellos, entonces empieza.

—Este clan ha sobrevivido a guerras, traiciones, sangre y pérdida. Lo hemos hecho juntos. Siempre. Porque cuando elegimos algo, lo defendemos hasta el final. Eso no ha cambiado. Lo que sí ha cambiado… son los tiempos.

Silencio. Flannery no se inmuta. Burke se reclina un poco. Connolly entrecierra los ojos.

—Patrick está aquí —dice Declan, señalándome apenas con la cabeza—. No como mi primo, no como vuestro compañero. Sino como hombre. Como alguien que ha pasado por la guerra y ha vuelto más fuerte. Y con él… está Jack Maddox.

Los ojos se mueven rápidos, evaluando. Algunos con tensión, otros, con sospecha. Uno o dos con abierta incredulidad.

—Jack se ha ganado el derecho a estar aquí —continúa Declan—. No por mí ni por Patrick. Sino por lo que hizo. Por cómo se jugó la vida y por cómo la sigue arriesgando cada día sin pedir nada a cambio. Él es familia. Y —hace una pausa—, es su pareja.

Nadie respira. Kieran rompe el silencio con una risa amarga.

—¿Y venís a anunciarlo como si nada? ¿Pensáis que eso no va a levantar polvo?

—No hemos venido a pedir permiso —respondo yo, sin levantar la voz—. Hemos venido a decir la verdad. No lo busqué, no fue parte del plan. Pero ocurrió. Y no pensamos esconderlo.

—¿Y esperáis que aplaudamos? —dice otro.

—Esperamos respeto —dice Declan, sin pestañear—. Porque si después de todo lo que hemos vivido juntos, sois capaces de darle la espalda a Patrick por esto… entonces el problema no es de él. Es vuestro.

Kane se remueve en la silla.

—Lo que cada uno haga en su cama no me importa. Pero esto… esto es diferente. ¿Lo traéis aquí? ¿A la mesa?

—Sí —responde Declan—. Porque esta es su casa y este es su sitio.

Flannery se incorpora. El silencio se espesa aún más.

—He enterrado a muchos de los nuestros —dice, con voz ronca—. A muchos. Y nunca vi a nadie tirarse delante de un cuchillo por uno de los nuestros… sin ser uno de ellos. Maddox lo hizo y eso para mí, es suficiente.

Se queda mirando a cada uno. Uno por uno, cuando termina, asiente.

—Si está con Patrick, está con nosotros.

Nadie lo contradice, ni siquiera Kieran. Sabemos que no siempre será fácil, pero al menos ahora nadie se ha opuesto.

En ese momento siento algo que me aprieta el pecho desde dentro. Es una sensación de pertinencia que nace de lo más profundo de mí.

Jack no se mueve, pero sé que lo ha sentido también. Sé que para él esto no es solo aceptación, es algo que no tuvo nunca. Algo que yo tampoco pensé que podría tener de esta manera.

Declan se relaja por fin, me lanza una mirada, leve, como quien dice: "Ya está."

Y sí. Ya está.

Ya somos lo que somos a plena luz. Sin disculpas. Todo puede irse a la mierda si no le gusta, nosotros nos quedamos.

La reunión sigue su curso, porque aunque lo más difícil ya se ha dicho, el mundo no deja de girar y nosotros no dejamos de vigilarlo.

Declan repasa el estado de las últimas semanas. Habla de los restos de los Vultures. Aunque la mayoría fueron eliminados en el operativo, algunos han hecho incursiones menores por la costa, como ratas que creen que todavía hay migajas que recoger. Nada que no podamos controlar, pero lo suficiente como para no bajar la guardia.

Los italianos, por su parte, tampoco se han quedado quietos. No se enfrentan abiertamente, pero están tanteando terreno. Pequeños movimientos, nuevas caras. Sospechas que aún no tienen nombre, pero que no vamos a dejar crecer.

Y los armenios… Los armenios no han respirado más desde aquella noche. No dejamos nada en pie y parece que con eso bastó. No hay señales de que vayan a intentarlo de nuevo, al menos, por ahora.

Declan cierra la carpeta de informes y se pone de pie.

—Eso es todo por hoy. —Mira a los Enforcers—. Lo que viene ahora… ya no necesita armas.

Y con eso, la reunión termina.

Nos levantamos, nos recolocamos las camisas, nos limpiamos las manos manchadas de estrategia y silencios, y nos dirigimos al comedor, donde mamá ya tiene la mesa puesta como si no

acabáramos de decidir el futuro de medio mundo, con Maeve presidiéndola desde su trona.

Los aromas llenan el aire. Estofado, verduras asadas, vino tinto...

Vamos tomando asiento. En orden, como siempre. Sin decirlo, pero sabiendo perfectamente cuál es nuestro lugar.

Entonces bajan Natasha y Emily, riéndose entre ellas, cómplices como dos adolescentes con un secreto que están a punto de soltar.

Declan recibe a Natasha con un beso suave, le pone una mano sobre la barriga redonda que ya no deja lugar a dudas. Queda poco más de un mes, pero todos sabemos que los gemelos no van a esperar tanto. Un niño y una niña. Declan camina con la sensación de que el mundo por fin tiene sentido.

Emily se acerca a Seamus, se le cuelga del cuello y le susurra algo al oído. Él suelta una carcajada con la euforia de quien acaba de escuchar el mejor chiste del mundo.

—¿Qué has hecho ahora? —le pregunta Liam con media sonrisa.

Pero no hay tiempo para respuestas, porque mamá empieza a servir los platos con la naturalidad de un domingo familiar cualquiera y no el corazón del clan criminal más poderoso de la costa oeste.

La conversación es ligera, distendida. Comentamos que los Enforcers no han sido tan duros. Que Flannery hasta parecía humano. Seamus, por supuesto, no puede callarse.

—¿Sabéis qué echo de menos? A Havoc —dice con tono nostálgico, dando vueltas al vino en su copa—. Me hacía caso, me respetaba. Y tenía mejor criterio que muchos de vosotros.

—¿Un perro? —pregunta Siobhan, escéptica—. ¿Vas a buscar uno para rellenar el vacío emocional?

Emily lo mira. Sonríe. Y le suelta:

—No creo que pueda ser, Seamus. Vamos a estar muy ocupados.

Y se saca del bolsillo un test de embarazo.

Silencio. Seamus parpadea. Una vez. Dos. Se queda blanco.

—¿Qué…? —balbucea—. ¿En serio?

Emily asiente tranquila, hasta que él salta, la coge en brazos y da una vuelta con ella en el aire.

—¡Un bebé! ¡Joder, un hijo! ¡Vamos a tener un jodido hijo!

Todos reímos. Mamá se lleva las manos a la cara con lágrimas en los ojos. Declan levanta su copa, Natasha aplaude. Yo… intento no imaginar a Seamus criando a un ser humano.

En medio de toda la conmoción, Aidan —que suele ser de pocas palabras— suelta, sin levantar la vista del plato:

—Que el mundo se prepare. Porque no sé si estará listo para un hijo vuestro.

Hace una pausa y añade, casi con solemnidad:

—Que Dios nos coja confesados.

Y ahí explota la carcajada general. Porque por una vez, por un momento, somos solo eso: una familia.

Jack

Estamos sentados en la mesa, esa que ya es tan mía, tan nuestra, que me cuesta recordar cómo era mi vida antes de llegar aquí. Emily acaba de soltar el bombazo, Seamus va a ser padre.

Padre.

No sé si el mundo está listo para eso, ni para él, ni para ella, son una pareja explosiva, volátil, pura dinamita envuelta en sarcasmo y carne. Estoy convencido de que sus genes juntos van a dejar huella en la humanidad.

Hace solo unas horas, los Enforcers —los tipos más duros, más antiguos, más implacables que he conocido jamás— me miraron a los ojos y, sin rodeos, me aceptaron. No como colega, ni como un invitado que pasa y saluda. Me aceptaron como el compañero de Patrick. Como su pareja. Como parte de esta puta familia.

Eso, joder, vale más que cualquier promesa.

No es que vayamos a magrearnos delante de ellos, ni a cogernos de la mano en cada maldita cena familiar. No necesito eso. Ellos tampoco. Pero que lo sepan, que lo hayan visto. Y que hayan asentido en silencio, con ese respeto seco que se gana a fuego… eso me basta. Es más que suficiente.

Todos se ríen, y yo le aprieto la mano a Patrick.

No es que me haya entrado la urgencia de tener hijos —no es lo mío, no me llama, nunca me llamó—, sino porque, en medio de todo esto, de risas, de anécdotas, de familia… me doy cuenta otra vez, como si fuera la primera: estoy aquí sentado con ellos. Soy parte de algo real.

La cena termina entre bromas y planes, nos levantamos, nos despedimos, y nos vamos a casa. Nuestra casa.

Hace poco más de un mes, decidimos que ya era hora, que mi casa, con todo su caos y su historia, se nos quedaba pequeña, que su apartamento, tan ordenado y tan bien ubicado, no era suficiente para Havoc ni para nuestra vida compartida.

Así que compramos una casa nueva, cerca de Declan, por comodidad y seguridad, con espacio suficiente para que Havoc no se aburra, con paredes gruesas, puertas reforzadas y ventanas que no ceden al primer impacto.

Han sido unos meses tranquilos, no del todo, nunca del todo, porque hay un nombre que sigue flotando en el aire como un maldito espectro: Grim.

Sabemos que está fuera, que se esfumó, pero tarde o temprano volverá, y cuando lo haga, esta vez no va a escapar.

Me descubro tocándome la cicatriz, inconscientemente. Aún duele a veces, pero más que eso, me recuerda por qué estoy vivo.

Patrick me ve, sin decir nada, pone su mano sobre la mía. No hace falta hablar, nunca hace falta entre nosotros.

Llegamos a casa rápido, cerramos la puerta, y no espero ni un segundo. Me lanzo a su cuello, lo muerdo, lo beso, lo empujo contra la pared y sonrío contra su piel.

—¿Entonces es oficial? ¿Soy tu pareja? ¿Te vas a casar conmigo, estirado?

Pero Patrick no se ríe. Se separa un poco, mete la mano en la chaqueta y saca una caja pequeña, de esas que no pesan nada y sin embargo pueden cambiarlo todo. La abre. Dentro, hay dos anillos sencillos, sobrios. De oro blanco. Sin piedras ni adornos.

Solo un nudo celta grabado, entrelazado sin principio ni fin. Eterno. Como lo que significa, como lo que somos.

—No quiero una gran ceremonia —dice, y su voz no tiembla, pero su mirada sí—. No necesito una iglesia, ni una fiesta, ni a un extraño leyéndonos votos que ya nos hemos hecho sin palabras. Solo quiero esto. A nosotros. A nuestra familia. A lo que hemos construido.

Se detiene, traga saliva, pero no baja la vista.

—Tú y yo, Jack. Como compañeros. Como amigos. Como amantes. Como una sola vida que se entrelaza con la otra. Como este nudo. Sin principio, sin final.

Silencio, su voz baja, firme, directa a mi pecho:

—¿Quieres casarte conmigo, Jack Maddox?

Se me atraganta el aire, la emoción me muerde el pecho, y sonrío como un cabrón.

—Joder, estirado… en el fondo eres un puto romántico.

—¿Eso es un sí?

—Por supuesto que es un sí.

Nos besamos, pero no como antes, no como siempre.

Este beso lleva algo más. No es solo deseo, ni solo amor. Es compromiso, es furia, es hambre, es la certeza de que no hay otra persona en el mundo con la que querríamos llegar hasta el final.

Este beso nos une, nos sella, nos rompe y nos reconstruye. No hay suavidad, solo una necesidad cruda, primitiva, que nos arrastra por el pasillo mientras nuestras manos hacen trizas la ropa que nos estorba y nuestras bocas no se separan ni un segundo, como si el oxígeno solo valiera la pena si lo compartimos.

Cuando lo empujo sobre la cama ya estoy duro, al borde, el pulso se me dispara, el corazón se me desboca contra las costillas y su mirada —esa puta mirada azul que me arrastra a su centro— me quema más que cualquier llama.

Me subo sobre él sin pedir permiso, porque no lo necesito. Muerdo su cuello, sus hombros, lo marco como mío mientras él arquea el cuerpo debajo de mí ofreciéndome la vida entera, jadea fuerte, tenso, de pronto me toma del pelo y me obliga a mirarlo.

—Hazme tuyo —me dice, con la voz quebrada, con esa frase desgarrándole algo por dentro—. Como siempre, como nunca.

No me contengo. Le arranco lo que le queda de ropa, me deshago de la mía como puedo, busco el lubricante con desesperación, deslizo mis dedos entre sus piernas, lo abro, lo preparo mientras se retuerce y se muerde los labios, conteniéndose para no explotar, pero lo oigo gemir bajo mi tacto, lo siento latir, caliente, vulnerable, perfecto para mí.

No hay música, ni velas, ni hay decorado. Solo nosotros. Solo el sonido de nuestra respiración, el temblor bajo la piel, el calor que se vuelve insoportable, el hambre que nos consume.

Lo penetro de una sola embestida, profunda, rotunda, brutal, y su espalda se arquea con un grito ronco, su cuerpo me recibe hecho para esto, para mí, incapaz de existir fuera de este momento.

Me aferro a sus caderas y lo follo sin compasión, sin pausa, con la furia de todo lo que hemos callado, con la promesa de lo que somos, de lo que vamos a seguir siendo.

Él me arrastra hacia él, me muerde el labio, me araña el pecho, me cabalga después con la intención de dejarme grabado en su piel, sus ojos clavados en los míos, lo único que veo en ellos es entrega, salvaje, total, absoluta.

Estamos cubiertos de sudor, temblando, besándonos con la voracidad de quien quiere comerse el alma del otro, me agarro a sus muslos con desesperación, él me agarra del cuello, gime mi nombre una vez más, pronunciándolo como una despedida o un comienzo.

Cuando estamos al límite, cuando todo se desborda y ya no hay nada más que aguantar, lo aprieto contra mí, con violencia, con urgencia. Nos corremos juntos, con un rugido ahogado que le entrego en la boca y su nombre quemándome la garganta.

Caemos derrumbados. Respirando igual que después de salir del infierno. Empapados. Yo dentro de él, él sobre mí. Mi corazón desbocado, su aliento contra mi cuello.

En voz baja, sin risa esta vez, solo le digo:

—Para siempre, Patrick.

—Para siempre, Jack.

Y así es, porque algunas uniones no necesitan testigos, solo verdad, fuego y cicatrices que se curan con amor.

Fin

Y próximamente… Reina

1

Liam

El bajo se arrastra por el suelo como una serpiente en celo, sube por mis botas, por mis piernas, me empuja el pecho desde dentro como un segundo corazón. Lo siento más que la música, más que el alcohol, más que la piel que tengo pegada encima. Me golpea el cuerpo como si quisiera sacarme del mío.

Y por unos segundos… lo consigue.

El club está saturado de humedad y cuerpos que no paran de moverse, de sudar, de rozarse. Huele a ginebra derramada, a perfume caro que se quedó colgado del cuello equivocado, a sexo no consumado pero prometido. Las luces no iluminan nada, únicamente cortan la oscuridad a latigazos. Azul, rojo, humo, neón. Todo gira. Todo vibra. Todo late.

En esta esquina del mundo, nadie me pregunta de dónde vengo. Nadie espera que dispare. Nadie se arrodilla. Nadie me teme. Nadie me debe. Eso, por unas horas… me deja respirar.

Estoy apoyado en la barra, camiseta negra pegada al cuerpo, la espalda empapada y las venas abiertas de tanta rabia contenida. El vaso de whisky helado me quema la palma y la garganta. Mis amigos se descojonan en un sofá privado al fondo, peleándose por quién va a llevarse a quién esta noche. Yo no tengo prisa.

Me relamo el labio inferior justo cuando la veo acercarse.

Piernas largas, piel tostada, vestido rojo que parece más pintura que tela. Camina consciente de lo que vale, pero sin buscar atención. La obtiene sin pedirla. Su pelo es una nube brillante que le cae por los hombros, y su boca… joder. Esa boca fue hecha para el pecado.

Se me para al lado sin tocarme, pero el calor de su cuerpo me acaricia igual.

—No pareces de los que se esconden —dice, sin mirar directamente.

—Tampoco de los que se presentan —le respondo, sin quitarle los ojos de encima.

—¿Entonces qué eres?

—De los que no te convienen.

Ella gira despacio la cabeza, me mira como si acabara de decirle justo lo que quería oír.

—Perfecto.

Sonríe y se pega un poco más, su pierna roza la mía. El aire entre nosotros se vuelve espeso, sucio, eléctrico. No hay introducciones ni cortesías. Solo la urgencia muda que flota entre nosotros como el humo de un cigarro mal apagado.

—¿Nombre? —le pregunto mientras dejo el vaso en la barra.

—Ni lo vas a recordar —dice, ya inclinándose hacia mi oído—. Pero si haces las cosas bien, quizá lo grites.

Eso basta. La tomo por la cintura, la atraigo, la beso sin advertencia y ella no solo lo permite: lo exige. Me muerde, me araña. Me lame la comisura del labio con una risa baja y sucia que me pone duro al instante. Sus manos ya están en mi camiseta, subiendo, bajando, buscando algo que ni ella sabe.

—Si me quitas la ropa aquí mismo, no voy a detenerte —dice, jadeando, con una seriedad que deja claro que no está jugando.

—No me tientes.

—¿Y si quiero?

Mis manos bajan por sus caderas, la empujo un poco contra la barra y ahí, entre luces estroboscópicas y el eco grave del house, me olvido de todo: los rusos, los Vultures, los cabrones italianos queriendo volver al norte, los narcos, las balas.

Jayden aparece entre el humo, con dos vasos más y la cara roja de tanto reír.

—¿Te la vas a comer aquí o vas a invitar? —se burla mientras se apoya con un codo en la barra.

—Vete a la mierda —respondo sin girarme, mi mano todavía en el muslo de ella.

El otro que se nos une es Callum, puro irlandés con mandíbula torcida y las manos llenas de cicatrices. Su voz llega empapada en bourbon.

—A este paso, va a hacernos llorar. ¿Le vas a romper el corazón esta noche, Liam?

—No creo que tenga uno —murmuro, mirando a la chica, que se ríe como si no le importara nada de lo que decimos.

—Tranquilo, rubio —dice ella, pasándome un dedo por el cuello—. No vine a quedarme.

—Entonces estás en el lugar correcto.

Justo ahí, cuando el calor empieza a convertirse en algo más denso, más carnal, más inevitable… suena el puto teléfono.

Lo tengo en el bolsillo trasero, vibra fuerte, insistente. Me despego un centímetro de su boca, jadeando, con la mandíbula apretada, las ganas ardiéndome en la columna.

Lo saco, la pantalla iluminada muestra el nombre que no quiero leer ahora mismo.

Patrick.

No jode a esta hora si no es importante.

—¿Sí?

—Ven a casa —dice, sin rodeos. Su voz es más seca que de costumbre.

—¿Qué pasó?

—Natasha está de parto. Vamos a ser tíos, joder.

Silencio. No el de la música, uno dentro de mí.

—¿Ya?

—Sí. Todos vamos a estar aquí. Muévete.

Cuelga sin esperar respuesta, como siempre. Como el cabrón que es.

Me quedo mirando el teléfono unos segundos. La chica me jala del cuello, vuelve a besarme con la intención de arrancarme del mundo otra vez. Pero no puedo. No esta noche.

Me aparto con suavidad. Ella frunce los labios.

—¿Ya te vas?

—Sí.

—¿Siempre te vas así?

La miro. Me muerdo el interior de la mejilla. Le dejo una sonrisa suave como despedida.

—Esta noche… no puedo quedarme.

Ella me observa sin decir nada más.

Camino entre la gente, esquivando cuerpos, luces, botellas. Jayden alza la ceja al verme pasar.

—¿Todo bien?

—Voy a casa.

—¿Problemas?

—Todo lo contrario. Vamos a tener un bebé.

Jayden suelta un silbido.

—Joder. Felicidades, tío.

—No es mío, idiota —le digo sin mirar atrás.

Abro la puerta trasera del club, el aire frío me golpea en la cara como un golpe de realidad. Subo a mi coche, un deportivo negro que ruge más que habla. Lo enciendo, el motor responde como un animal encerrado.

Piso el acelerador y el club queda atrás en segundos. La noche, de pronto, deja de ser mía. Ahora… es de la familia.

Cuando aparco frente a casa, la sensación de fiesta muere sin necesidad de apagar el motor. No hay risas, ni luces tenues, ni música arrastrándose por las paredes. Solo ventanas encendidas, luces iluminando la entrada, ese aire cargado que solo tiene sentido cuando algo importante está por pasar.

Entro sin llamar, nadie llama en esta casa, y menos yo. Paso el umbral, la primera imagen que tengo es la de un hormiguero a punto de estallar.

Mi madre está en la cocina, de espaldas, con las manos en la encimera y la cabeza agachada. No cocina, solo está ahí, de tal forma que el simple hecho de moverse parece demasiado.

Patrick está de pie junto a la ventana, sin despegarse del móvil. Viste de una manera que delata que no ha dormido en toda la noche, pero sin una arruga en la ropa. Jack está sentado cerca, con las piernas ligeramente abiertas, la espalda tensa, los dedos entrelazados. No habla, observa. Con la actitud de quien está aprendiendo las reglas con el cuerpo entero.

El tío Ronan está junto a la chimenea, con un vaso vacío entre las manos. No lo bebe, lo sostiene. La mirada perdida, el peso de que pronto volverá a ser abuelo colgado del pecho. No ha dicho nada desde que llegué, pero su silencio pesa más que cualquier palabra.

—¿Dónde estabas? —pregunta Patrick.

Está de pie, quieto, la mirada fija en mí, con una intensidad capaz de oler el whisky, el sudor y el perfume de otra que no importa.

—En el club —respondo mientras me quito la chaqueta y la dejo sobre el respaldo de una silla.

Patrick asiente una sola vez. No dice nada más, pero no hace falta, su forma de mirarme ya dice suficiente.

—¿Ya se fueron? —pregunto, recorriendo con la vista el salón. Todos están aquí menos los que importan esta noche.

—Hace menos de una hora —responde Siobhan, sentada en el sofá con Maeve dormida en brazos—. Declan estaba hecho una sombra. Natasha… con la calma de quien era ella la que lo tranquilizaba a él.

Ryan está a su lado, con la mano en su hombro, la otra acariciando el cabello suave de su hija, necesitando recordarse que todo sigue bien.

Todo el mundo intenta estar calmado. Nadie lo consigue del todo.

—¿Vamos al hospital o esperamos? —pregunta Jack, directo.

—Vamos —dice Patrick sin dudar—. No hay razón para quedarnos aquí cruzados de brazos. Ella va a tardar, sí, pero igualmente… hay que estar. Todos.

—Nos quedamos nosotros —dice Siobhan, levantando la mirada—. Maeve no va a aguantar tanto movimiento.

—Ve tú —le dice Ryan, lo bastante alto como para que lo escuchemos todos—. Yo me quedo con Maeve. Tú tienes que estar ahí.

Siobhan lo mira, con esa mezcla de orgullo y ternura que le sale solo a ella. Asiente despacio, deja a Maeve con cuidado en los brazos de Ryan. Él la acomoda como si fuera de cristal y le da un beso en la coronilla. Cuando levanta la vista, nos encuentra a todos mirándolos.

—¿Qué pasa? ¿Nunca vieron a un hombre enamorado de su hija?

—Sí, pero no tan cursi —le dice Aidan desde la cocina, con una sonrisa torcida mientras se sirve café—. Me estás arruinando la imagen.

—Ya no tengo reputación que proteger —le contesta Ryan sin perder el tono.

El momento se siente más liviano por un segundo. Apenas un respiro, pero suficiente.

Emily está de pie cerca de la escalera, hablando con mamá en voz baja. Pero lo que me llama la atención es Seamus.

No la toca, no la interrumpe. Solo la mira.

Está apoyado en la pared, los brazos cruzados, el ceño marcado como una cicatriz en la frente. No la pierde de vista ni un segundo, como si cada palabra que sale de su boca necesitara pasar por su aprobación.

Desde que supimos que está embarazada, Seamus no es el mismo. Si antes era el tipo que se interponía entre una amenaza y su gente, ahora directamente parece que podría matar con una mirada. Está más callado, más letal, más presente.

—Vas a hacerle un agujero en la cara si sigues mirándola así —le digo al pasar por su lado.

—Al menos nadie más se atreve a mirarla —responde, sin apartar la vista de Emily.

—¿Y si alguien lo intenta?

—No vivirá para contarlo.

No lo dice con rabia, lo dice como un hecho. Como algo inevitable.

Patrick abre la puerta sin necesidad de palabras y todos nos ponemos en marcha.

Chaquetas, llaves, carteras, teléfonos. Todos se levantan sin empujar, sin hablar demasiado. Jack se pone la suya sin hacer ruido. Mamá le lanza una mirada rápida, todavía evaluándolo, pero sin juicio. Aidan ya está esperando en la puerta. Tío Ronan se mueve despacio, pero firme, con el rostro sereno. Emily se acomoda la chaqueta y Seamus está a su lado en menos de un segundo, con los ojos encendidos.

Mi madre cruza frente a mí, me acaricia el brazo como cuando era crío y ese gesto me decía que todo iba a salir bien. Lo hace otra vez, y sin decir nada más, salimos.

Cada uno toma su coche. Ninguno espera, ninguno pregunta quién va con quién. Es una coreografía que llevamos en la sangre. Motores que arrancan como rugidos, luces que se encienden al mismo tiempo. La fila se forma sola. Una hilera de acero y familia.

Podríamos parecer un convoy de guerra, pero esta vez… vamos a recibir vida.

Y no hay orgullo más grande que ese.

Continuará…

Agradecimientos

Gracias. Siempre gracias.
A quienes seguís entrando una y otra vez en mis historias, incluso sabiendo que nunca van a ser caminos fáciles. Gracias por confiar en mí, por dejaros arrastrar por personajes imperfectos e intensos… y aun así hacerlo. Este universo existe porque vosotras lo sentís conmigo, porque lo hacéis vuestro en cada mensaje, en cada teoría y en cada emoción compartida.
A mi Emiverso, gracias por ser tan increíblemente valientes. Por mirar más allá de prejuicios, etiquetas o expectativas y abrazar esta historia exactamente como merecía ser abrazada. Por entender que el amor nunca debería tener límites cuando nace desde la verdad. Gracias por acompañar a Patrick y Jack con el corazón tan abierto y por demostrarme, una vez más, que las historias más bonitas son las que se sienten sin miedo.
Al Hospitalito del Mundo Literario, gracias por elegir a Patrick para compartirlo juntas, por abrirle un espacio entre vosotras y por seguir apostando por mis historias libro tras libro. Sois todas increíbles, y saber que mis personajes se viven de esa manera es algo que nunca dejará de emocionarme.
A Isa, porque incluso en los días más grises siempre encuentras la manera de estar. Gracias por ser refugio, calma y caos del bueno al mismo tiempo.
A Gloria, por tener un auténtico máster en Emiversología. Por las relecturas infinitas, por captar detalles que a veces ni yo recuerdo haber dejado ahí, por la frescura con la que vuelves a mirar cada historia y por vivir y compartir este universo con una intensidad que me emociona más de lo que imaginas.
A Sandra, por estar siempre al pie del cañón, con una sonrisa, una idea nueva y unas ganas infinitas de seguir haciendo crecer el Emiverso, incluso cuando las redes sociales parecen empeñadas en lo contrario. Gracias por la energía, el apoyo constante y por no dejarme bajar los brazos.

A mi familia, gracias por la paciencia eterna. Por convivir con mis silencios, mis desapariciones mentales, mis horarios imposibles y mis personajes viviendo conmigo las veinticuatro horas del día.
Y a mi madre… qué puedo decirte ya que no sepas. Gracias por ser el pilar de todo esto desde el principio, por leerme siempre, por acompañarme en cada historia y por creer en mí incluso cuando yo todavía estoy intentando ordenar todas las ideas que tengo en la cabeza. No habría llegado hasta aquí sin ti.
Gracias por seguir aquí, historia tras historia.

Con todo mi cariño,

Emi C. Kastle

Sobre la autora

Emi C. Kastle no escribe historias porque las busque, sino porque terminan encontrándola a ella. Los personajes aparecen, se instalan en su cabeza y dejan de darle tregua hasta que consigue ponerlos sobre el papel.

Le atraen las personas imperfectas, las que arrastran contradicciones, las que sienten demasiado y aun así siguen adelante. Personajes que no encajan del todo, relaciones que se complican, emociones que incomodan y vínculos que no siempre llegan de la forma correcta… pero sí de una forma profundamente real.

Sus historias se mueven entre la intensidad, el caos, la tensión emocional y esos pequeños momentos capaces de sostenerlo todo cuando alrededor parece derrumbarse. Porque para ella no se trata de escribir personajes perfectos ni caminos sencillos, sino de explorar todo lo que ocurre cuando alguien encuentra a otra persona capaz de atravesarle las defensas.

No cree en las historias vacías ni en el sufrimiento sin sentido. Cree en los procesos, en las cicatrices, en lo difícil que resulta llegar hasta ciertos lugares… y en lo mucho que merece la pena cuando finalmente lo haces.

Al final, sus historias hablan de que a veces, lo más inesperado, se acaba convirtiendo en lo mejor de tu vida.